

Bajo el cielo eterno

Veronica Rossi

Traducción de Juanjo Estrella

Título Original: *Under the Never Sky*

© 2012, Veronica Rossi

© 2012, Traducción de Juanjo Estrella

Editorial: B de Block

ISBN: 978-84-9019-027-2

Maquetación ePub: Cupcake



A Luca y Rocky

1
Aria

AL mundo que quedaba más allá de los muros de la Cápsula lo llamaban «la Tienda de la Muerte». Había mil maneras de morir ahí fuera. Aria jamás imaginó que llegaría a acercarse tanto.

Se mordía el labio mientras observaba la pesada puerta de acero que se alzaba frente a ella. En las letras rojas, parpadeantes, de una pantalla se leía: AGRICULTURA 6. PROHIBIDO EL PASO.

Ag 6 solo era una cúpula de servicio, pensó Aria. Había muchas que suministraban a Ensoñación alimentos, agua, oxígeno, todo lo que una ciudad encapsulada necesitaba. Ag 6 había resultado dañada durante una tormenta reciente, aunque al parecer los desperfectos eran menores. Supuestamente.

—Tal vez debiéramos volver —le dijo Cachemira. Se encontraba junto a Aria en la cámara estanca, y se retorció, nerviosa, un mechón de pelo largo y pelirrojo.

Había tres chicos agachados alrededor del panel de control dispuesto junto a la puerta, manipulando la señal para poder salir sin que se disparara la alarma. Aria intentaba ignorar sus constantes discrepancias.

—Vamos, Cachemira. ¿Qué es lo peor que puede ocurrir?

Aria lo dijo en broma, pero la voz le salió demasiado aguda, y para disimular añadió una risita que, de todos modos, también sonó algo histérica.

—¿Que qué podría ocurrir en una cúpula dañada? —Cachemira empezó a enumerar con sus dedos finos—. Podría pudrirsenos la piel. Podríamos quedar encerrados fuera. Una tormenta de éter podría convertirnos en carne chamuscada, y los caníbales se nos comerían para desayunar.

—Pero si esto también pertenece a Ensoñación.

—Sí, pero queda fuera de los límites.

—Cachemira, no tienes por qué venir, si no quieres.

—Tú tampoco —replicó ella.

Pero se equivocaba.

Desde hacía cinco días, Aria no había dejado de preocuparse por su madre. ¿Por qué no se había puesto en contacto con ella? Hasta entonces nunca se había saltado ni una sola de sus visitas diarias, por más ocupada que estuviera con sus investigaciones médicas. Y, si quería obtener alguna respuesta, Aria tenía que meterse en aquella cúpula.

—Ya os lo he dicho cien, no, mil veces. Ag 6 es un lugar seguro —intervino Soren sin apartar la mirada del panel de control—. ¿O es que creéis que tengo intención de morir esta noche?

En eso tenía razón. Soren se quería demasiado a sí mismo para poner en peligro su vida. Aria posó la mirada en su espalda musculosa. Soren era el hijo del Director de Seguridad de Ensoñación. Poseía uno de esos cuerpos que solo los privilegios proporcionan. Estaba incluso bronceado, lo que no dejaba de ser ridículo, teniendo en cuenta que ninguno de ellos había visto nunca el sol. Y además era un genio descifrando códigos.

A su lado seguían Ruina y Eco. Aquellos dos hermanos seguían a Soren a todas partes. Normalmente contaba con centenares de seguidores, pero eso era en los Reinos. Esa noche eran solo cuatro los que lo acompañaban en la atestada cámara estanca. Eran solo cinco los que se estaban saltando la ley.

Soren se incorporó y esbozó una sonrisa pícaro.

—Voy a tener que hablar con mi padre sobre sus protocolos de seguridad.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Aria.

Soren se encogió de hombros.

—¿Acaso lo dudabas? Ahora empieza lo bueno. Ha llegado el momento de desconectarse.

—Espera —dijo Cachemira—. Creía que solo ibas a trucar nuestros Smarteyes.

—Ya lo he hecho, pero no tendremos tiempo suficiente. Debemos

desconectarnos.

Aria pasó un dedo sobre su Smarteye. Ella llevaba siempre el dispositivo sobre el ojo izquierdo, conectado en todo momento. «El Ojo» los llevaba a los Reinos, los espacios virtuales en los que pasaban la mayor parte del tiempo.

—Caleb nos matará si no volvemos pronto —insistió Cachemira.

Aria puso los ojos en blanco.

—Tu hermano y sus noches temáticas. —Normalmente recorría los Reinos con Cachemira y su hermano mayor, Caleb, y lo hacían desde su lugar favorito del Lounge de Segunda Generación. Durante el último mes, Caleb había organizado sus noches alrededor de temas: el de esa noche era «Alimentar amigos y locuras», y había empezado en un Reino Romano en el que habían devorado jabalí asado y guiso de langosta. Después se habían trasladado hasta un programa de Minotauro en un Reino Mitológico—. Me alegro de haber salido de allí antes de que llegaran las pirañas.

Gracias a su Smarteye, Aria mantenía las visitas diarias a su madre, que había seguido con su investigación en Alegría, otra Cápsula situada a centenares de kilómetros de distancia, distancia que no le había preocupado hasta que, hacía cinco días, la comunicación con Alegría se había visto interrumpida.

—¿Cuánto tiempo se supone que vamos a pasar ahí fuera? —preguntó Aria. A ella le bastaban unos minutos a solas con Soren. Los suficientes para preguntarle por Alegría.

Ruina sonrió ampliamente.

—¡El tiempo que haga falta para montarnos un fiestón de verdad!

Eco se apartó el pelo de los ojos.

—El tiempo que haga falta para montarnos una fiesta en directo.

El verdadero nombre de Eco era Theo, pero pocos lo recordaban. Su apodo le venía como anillo al dedo.

—Podemos desconectarnos durante una hora. —Soren le guiñó un ojo—. Pero no te preocupes, que después te pondré en marcha.

Aria forzó una carcajada ronca y seductora.

—Más te vale.

Cachemira le dedicó una mirada desconfiada. Ella no sabía nada del plan de Aria. En Alegría había sucedido algo, y Aria sabía que Soren podía sacarle información a su padre.

Soren echó los hombros hacia delante y hacia atrás, como un boxeador a punto de saltar al ring.

—Ahí vamos, fallos del sistema. Agarraos bien los pantalones. Nos desconectamos en tres, dos...

A Aria le sorprendió un timbrazo agudo que procedía del interior de sus oídos. En su campo de visión apareció de pronto una pared roja. Aguijonazos dolorosos se clavaron en su ojo izquierdo, y se propagaron por el cuero cabelludo, concentrándose en la base del cráneo, antes de descender por la columna vertebral y de explotar en sus extremidades. Oyó que uno de los chicos, tenso, maldecía de alivio. La pared roja desapareció tan deprisa como había aparecido.

Parpadeó varias veces, desorientada. Los iconos de sus Reinos favoritos habían desaparecido. Los mensajes de la bandeja y la tira continua de noticias que aparecía en la parte inferior de su Smartscreen tampoco se encontraban en su sitio. Solo permanecía la puerta de la cámara estanca, que se veía poco definida, filtrada a través de una fina película. Bajó la vista y se miró las botas grises. De un gris intermedio. Ese era el tono que cubría prácticamente todas las superficies de Ensoñación. ¿Cómo era posible que el gris se viera incluso menos vivo de lo que ya era?

Una sensación de soledad se apoderó de ella, a pesar de que se encontraba en una cámara pequeña y atestada. No podía creer que en otro tiempo la gente viviera siempre así, sin acceso más que a lo real. Los Salvajes del exterior seguían viviendo así.

—Ha funcionado —declaró Soren—. ¡Estamos desconectados! ¡No somos más que carne!

Ruina empezó a dar saltos.

—¡Somos como los Salvajes!

—¡Somos Salvajes! —exclamó Eco—. ¡Somos forasteros!

Cachemira no dejaba de parpadear. Aria habría querido tranquilizarla, pero los gritos de Ruina y Eco en aquel espacio tan reducido le impedían concentrarse.

Soren movió hacia la derecha una barra de apertura manual instalada en la puerta. La cámara se despresurizó emitiendo un breve silbido, y se creó una corriente de aire fresco. Aria bajó la mirada y vio que la mano de Cachemira se aferraba a la suya. Durante apenas un segundo, hasta que Soren abrió la puerta, fue consciente de que llevaba meses sin tocar a nadie, desde la marcha de su madre. Entonces Soren completó la operación.

—La libertad al fin —dijo antes de adentrarse en la oscuridad.

Gracias al haz de luz que se derramaba desde la cámara estanca, Aria vio los mismos suelos lisos que lo cubrían todo en Ensoñación, aunque aquí cubiertos de polvo. Las huellas de Soren dibujaban un camino en la penumbra.

¿Y si la cúpula no fuera segura? ¿Y si Ag 6 estuviera llena de peligros externos? Un millón de muertes en la Tienda de la Muerte. Podía existir un millón de enfermedades flotando en el aire, rozando casi sus mejillas. Aspirar aquel aire le pareció algo así como suicidarse.

Aria oyó los pitidos del panel de control, que provenían del lugar en el que se encontraba Soren. Destellos de luz parpadeaban acompañados de potentes chasquidos. Apareció un espacio cavernoso. Cultivos alineados que se perdían en la distancia, rectos como franjas. Arriba, tuberías y vigas que se entrecruzaban en el techo. No vio ningún agujero, ni ningún otro desperfecto. Con sus suelos sucios y su silencio solemne, la cúpula se veía solo como un espacio descuidado.

Soren se plantó de un salto frente a la puerta de entrada, y se agarró al marco.

—Si esta noche acaba siendo la mejor de vuestra vida, podéis echarme la culpa a mí.

* * *

Los alimentos se cultivaban en unos montículos de plástico que le llegaban a la cintura. Hileras y más hileras de frutas y verduras putrefactas la rodeaban

formando filas interminables. Como todo en la Cápsula, habían sido diseñadas genéticamente persiguiendo la eficacia. Carecían de hojas, no necesitaban tierra, y muy poca agua.

Aria arrancó un melocotón pasado, y torció el gesto al constatar qué poco había hecho falta para dañar su carne blanda. En los Reinos, la comida seguía cultivándose, o se fingía que se cultivaba virtualmente, en granjas de pajares rojos y campos cubiertos de cielos siempre azules. Le vino a la mente el último eslogan del Smarteye: «Mejor que real.» Y en ese caso era cierto. Los alimentos reales de Ag 6 eran como los viejos antes de que empezaran a aplicarse los tratamientos anti-edad.

Los chicos pasaron los primeros diez minutos persiguiéndose unos a otros por los pasillos, y saltando sobre los cultivos alineados. Su actividad improvisada acabó convertida en un juego que Soren bautizó como «Pelota Podrida», y que consistía en lanzar frutas y verduras a los demás. Aria participó durante un rato, pero Soren se las tiraba siempre a ella, y lo hacía con demasiada fuerza.

Iba a refugiarse junto a Cachemira detrás de una hilera justo cuando Soren decidió cambiar de juego. Puso a Ruina y a Eco contra una pared, como si quisiera ejecutarlos, y empezó a disparar pomelos contra los dos hermanos, que permanecían inmóviles y se reían.

—¡Más cítricos no! ¡Negociemos!

Eco también levantó las manos, como Ruina.

—¡Nos rendimos, cosechador de fruta! ¡Negociemos!

La gente siempre hacía lo que quería Soren. Él tenía prioridad en los mejores Reinos. Había uno, incluso, que llevaba su nombre: SOREN 18. Su padre lo había creado hacía un mes, cuando cumplió dieciocho años. Los Tilted Green Bottles tocaron en un concierto especial. Durante la última canción, el estadio se inundó de agua de mar. Todos se transformaron en sirenas y sirenos. Incluso en los Reinos, donde todo era posible, aquella fiesta había sido espectacular. La locura se apoderó del concierto subacuático. Soren había conseguido que las aletas caudales resultaran sexis.

Aria casi no se relacionaba con él después de clase. Soren dominaba los Reinos de deportes y combates. Lugares en que la gente podía competir y someterse a clasificaciones. Ella se limitaba a los Reinos artísticos y musicales, acompañada de Cachemira y Caleb.

—Mira qué cosa tan fea —dijo Cachemira frotándose una marca de naranja que tenía en los pantalones—. Seguro que no se quita.

—Se llama mancha —le aclaró Aria.

—¿Para qué sirven las manchas?

—Para nada. Por eso en los Reinos no las tenemos. —Aria se fijó en su mejor amiga. Parecía agarrotada, y levantaba mucho la frente por encima del Smarteye—. ¿Estás bien?

Cachemira movió los dedos delante del Smarteye.

—Esto no me gusta nada. Todo ha desaparecido. ¿Dónde está la gente? ¿Y por qué sueno tan falsa?

—Todos sonamos falsos. Como si nos hubiéramos tragado unos megáfonos.

Cachemira arqueó una ceja.

—¿Unos qué?

—Unos conos que usaba la gente para amplificar la voz. Antes de que existieran los micrófonos.

—Suenan superantiguo —dijo Cachemira. Miró a su alrededor, echó hacia atrás la espalda y se dirigió a Aria—. ¿Piensas decirme qué está pasando aquí? ¿Por qué estamos con Soren?

Ahora que estaban desconectados, Aria se dio cuenta de que podía contarle a su amiga por qué estaba ligando con él.

—Tengo que saber qué le ha pasado a Lumina. Sé que Soren puede sacarle información a su padre. Tal vez ya sepa algo.

La expresión de Cachemira se suavizó.

—Seguramente la conexión está dañada. Pronto tendrás noticias tuyas.

—Hasta ahora las interrupciones habían durado solo unas pocas horas. Nunca tanto tiempo.

Cachemira suspiró y se apoyó en el montículo de plástico.

—Cuando la otra noche vi que le cantabas, no daba crédito. Y tendrías que haber visto a Caleb. Según él, te habías tomado las medicinas de tu madre.

Aria sonrió. Por lo general, mantenía su voz en privado, algo que quedaba entre su madre y ella. Pero hacía unas noches se había obligado a cantar una tórrida balada a Soren en un Reino de Cabaret. En cuestión de minutos, aquel Reino se había llenado, y había cientos de personas que esperaban para oírla cantar de nuevo. Aria se había largado de allí. Y, tal como esperaba, desde entonces Soren no había dejado de irle detrás. Y cuando le propuso lo de aquella noche, ella había aprovechado la oportunidad.

—Tenía que conseguir que se interesara por mí —dijo, quitándose una semilla que se le había quedado pegada a una rodilla—. Hablaré con él tan pronto como deje su guerra de frutas. Y entonces nos iremos de aquí.

—Pues pidámosle que pare ya. Le decimos que estamos aburridas... lo que es cierto.

—No, Cachemira —se negó Aria. A Soren no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer—. Ya me encargo yo.

Soren se plantó en lo alto de una hilera de cultivo, frente a ellos, y las dos retrocedieron de un salto. Sostenía un aguacate con una mano, y tenía el brazo echado hacia atrás. Sus pantalones grises estaban cubiertos de manchas de zumo y pulpa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estáis aquí sentadas sin hacer nada?

—La Pelota Podrida nos aburre —dijo Cachemira.

Aria torció el gesto, anticipándose a la reacción de Soren, que se cruzó de brazos y movió la boca a un lado y a otro mientras las miraba desde las alturas.

—En ese caso, tal vez tendríais que iros. Un momento. Casi me olvidaba. No podéis iros. Supongo que tendrás que seguir aburriéndote, Cachemira.

Aria miró en dirección a la puerta de la cámara estanca. ¿Cuándo la había cerrado? Cayó en la cuenta de que él era el único que disponía de todos los códigos de la puerta, y de los que permitían reiniciar sus Smarteyes.

—No puedes mantenernos atrapados aquí, Soren.

—Las acciones preceden a las reacciones.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cachemira.

—¡Soren! ¡Ven aquí un momento! —lo llamó Ruina—. ¡Tienes que ver esto!

—Señoras... Me reclaman en otra parte.

Lanzó el aguacate al aire antes de salir corriendo.

Aria lo cazó al vuelo sin pensar. Aterrizó en su mano y se abrió, convertido en una masa verde y pegajosa.

—Está hablando de que ya es demasiado tarde, Cachemira. Ya nos ha dejado encerradas aquí fuera.

* * *

De todos modos, Aria se acercó a revisar la puerta de la cámara estanca. El panel no respondía. Miró el botón rojo de emergencia. Estaba conectado directamente al ordenador central. Si lo presionaba, los Guardianes de Ensoñación vendrían a ayudarlos. Pero en ese caso recibirían un castigo por haberse escapado, y tal vez perdieran sus privilegios en los Reinos. Además, ella perdería toda posibilidad de hablar con Soren sobre su madre.

—Nos quedaremos un poco más. Ellos tendrán que regresar pronto.

Cachemira se retiró el pelo por detrás de un hombro.

—Está bien, pero ¿puedo cogerme de tu mano otra vez? Así me siento más como cuando estoy en los Reinos.

Aria miró la mano extendida de su mejor amiga y vio que retorció ligeramente los dedos. Se la cogió, pero tuvo que reprimir el impulso de retirarla mientras se acercaban, juntas, al extremo más alejado de la cúpula. Los tres chicos franquearon una puerta que Aria no había visto hasta ese momento. Se encendieron otras luces. Por un instante, se preguntó si su Smarteye se habría reactivado y si, en

realidad, estaría contemplando un Reino. Un bosque se recortaba frente a ellos, hermoso y verde. Pero entonces alzó la vista y se encontró con el conocido techo blanco sobre las copas de los árboles, recorrido por una madeja de cables y tuberías. Y se dio cuenta de que se trataba de un inmenso terrario.

—Lo he encontrado yo —dijo Ruina—. ¿A que soy un genio?

Eco ladeó la cabeza, y el pelo enmarañado se le retiró de los ojos.

—Un genio, tío. Esto no es real. Bueno, sí, real sí es. Ya sabes lo que quiero decir.

Los dos miraron a Soren.

—Perfecto —dijo él, mirando fijamente. Se quitó la camisa, la tiró al suelo y corrió hacia el bosque. Un instante después, Ruina y Eco lo siguieron.

—Nosotras no vamos a entrar ahí, ¿verdad?

—Como ellos no.

—Aria, no bromees.

—Cachemira, mira bien este sitio. —Dio un paso al frente. La fruta podrida era una cosa. Pero el bosque era una verdadera tentación—. Tenemos que entrar a verlo.

Bajo los árboles reinaban la penumbra y el frescor. Aria pasaba la otra mano por los troncos, sentía su textura rugosa. La pseudocorteza no se le clavaba en la piel. Aplastó una hoja seca cerrando el puño, y creó con ella virutas afiladas. Se fijó en los dibujos que creaban las hojas y las ramas más arriba, e imaginó que, si los chicos se callaran, tal vez oyera respirar a los árboles.

No perdía de vista a Soren a medida que se adentraban en el bosque, en busca de la ocasión de hablar con él, y hacía lo posible por no pensar en la mano tibia y sudorosa de Cachemira. En los Reinos ya habían caminado cogidas de la mano, donde existía el tacto. Pero allí la mano no apretaba tanto, no tanto como aquí.

Los chicos jugaban a perseguirse entre los árboles. Habían encontrado palos, que sostenían como si fueran lanzas, y se habían manchado la cara y el pecho con

tierra. Pretendían ser Salvajes, como los que vivían en el exterior.

—¡Soren! —gritó Aria al ver que pasaba disparado junto a ella.

Él se detuvo, lanza en mano, y le dedicó un bufido. Ella se echó hacia atrás. Soren soltó una carcajada y salió corriendo.

Cachemira se detuvo y tiró de ella.

—Me están asustando.

—Lo sé. Siempre se dedican a asustar a la gente.

—No digo ellos. Los árboles. Tengo la sensación de que van a caer sobre nosotras.

Aria miró hacia arriba. Por más distintos que resultaran esos bosques, esa posibilidad no se le había pasado por la cabeza.

—Está bien. Volveremos junto a la cámara estanca y esperaremos allí —dijo, y empezó a retroceder. Pero minutos después se dio cuenta de que habían llegado a un claro por el que ya habían pasado. Casi se rio por lo increíble de la situación. Estaban perdidas en el bosque. Soltó la mano de Cachemira y frotó la palma contra los pantalones.

—¡Estamos avanzando en círculos! Esperemos hasta que pasen los chicos. No te preocupes, Cachemira. Seguimos estando en Ensoñación. ¿Lo ves?

Señaló hacia arriba, al techo entre las hojas, pero al momento pensó que ojalá no lo hubiera hecho. Las luces que había sobre ellas perdieron intensidad, parpadearon un instante y después volvieron a iluminar como antes.

—Dime que esto no acaba de suceder —le dijo Cachemira.

—Nos vamos de aquí. Ha sido una mala idea.

¿Sería esa la parte de Ag 6 que había sufrido desperfectos?

—¡Ruina! ¡Ven aquí! —gritó Soren. Aria se volvió y creyó ver durante un instante su torso bronceado pasando entre los árboles. Se mordió el labio. Era su oportunidad. Si se daba prisa, podría hablar con él. Si dejaba a Cachemira ahí, sola.

Cachemira le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Aria. Ve. Habla con él. Pero no tardes.

—Te lo prometo.

* * *

Soren sostenía un montón de ramas entre los brazos cuando ella fue a su encuentro.

—Vamos a encender un fuego.

Aria se quedó helada.

—No lo dices en serio. ¿No pensarás... verdad?

—Somos forasteros. Y los forasteros encienden fuegos.

—Pero seguimos estando dentro. No puedes hacerlo, Soren. Esto no es ningún Reino.

—Exacto. Esta es una buena oportunidad de ver cómo son las cosas de verdad.

—Soren, está prohibido. —En los Reinos, el fuego era una luz ondulante, anaranjada y amarilla, que desprendía un ligero calor. Pero ella sabía, gracias a los años de ejercicios de seguridad practicados en la Cápsula, que el fuego real era distinto—. Podrías contaminar nuestro aire. Podríamos incendiar Ensoñación.

Dejó de hablar al ver que Soren se le acercaba más. Tenía la frente cubierta de gotas de agua, que resbalaba y creaba surcos en el barro que le cubría la cara y el pecho. Estaba sudando. Era la primera vez que veía sudar a alguien.

Se inclinó sobre ella.

—Yo, aquí, puedo hacer lo que quiera. Lo que quiera.

—Eso ya lo sé. Todos podemos hacer lo que queramos, ¿no?

Soren hizo una pausa.

—Sí.

Ahí estaba la oportunidad que estaba esperando. Pensó bien en las palabras que iba a decir.

—Tú sabes cosas, ¿verdad? Por ejemplo los códigos que nos han traído hasta aquí... Cosas que en teoría no deberías saber.

—Sí, claro.

Aria sonrió y se abrió paso por entre las ramas que sostenía. Se puso de puntillas, invitándole a susurrarle confidencias.

—Cuéntame un secreto. Dime algo de eso que en teoría no sabes.

—¿Como qué, por ejemplo?

Las luces volvieron a parpadear. A Aria le dio un vuelco el corazón.

—Dime qué pasa en Alegría —dijo, haciendo esfuerzos por disimular la preocupación en la voz.

Soren dio un paso atrás, meneando la cabeza despacio y entrecerrando los ojos.

—Tú quieres saber algo de tu madre, ¿verdad? ¿Por eso has venido hasta aquí? ¿Me has estado utilizando?

Aria ya no podía seguir mintiendo.

—Dime por qué la comunicación sigue interrumpida. Tengo que saber si está bien.

Soren concentró la mirada en sus labios.

—Tal vez más tarde te deje que me convenzas para que te lo cuente —dijo. Y echando los hombros hacia atrás, levantó más las ramas—. En este momento no puedo, estoy descubriendo el fuego.

Aria regresó deprisa hasta el claro del bosque donde esperaba Cachemira. Y allí encontró también a Ruina y a Eco. Los dos hermanos estaban amontonando ramas y hojas en el centro. Cachemira se fue hacia ella apenas la vio aparecer.

—Llevan haciéndolo desde que te has ido. Intentan encender una hoguera.

—Ya lo sé. Vámonos. —En Ensoñación vivían seis mil personas. No podía permitir que Soren lo pusiera todo en peligro.

Aria oyó un chasquido de troncos cayendo e instantes después algo le golpeó un hombro. Soltó un grito al ver que Soren la rodeaba y se plantaba frente a ella.

—De aquí no se va nadie. Creía que ya lo había dejado claro.

Ella miró la mano que le agarraba el hombro, y notó que le temblaban las piernas.

—Suéltame, Soren. Nosotras no vamos a involucrarnos.

—Demasiado tarde. —Sus dedos se hundieron en ella con más fuerza. Ella ahogó un grito de dolor, un dolor que le recorría el brazo. Ruina soltó la rama larga que arrastraba y miró en su dirección. Eco se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos. Las luces se reflejaban en su piel. Ellos también estaban sudando.

—Si te vas —dijo Soren—, le diré a mi padre que todo esto ha sido idea tuya. Tenemos los Smarteyes apagados, de modo que es tu palabra contra la mía. ¿Y a quién te parece que creará?

—Estás loco.

Soren la soltó.

—Cállate y siéntate. —Sonrió de oreja a oreja—. Y disfruta del espectáculo.

Aria se sentó junto a Cachemira al borde de la línea de árboles, reprimiendo las ganas de llevarse la mano al hombro dolorido y frotárselo. En los Reinos, si te caías de un caballo te dolía. Si te torcías un tobillo, te dolía también. Pero el dolor era solo un efecto que se añadía para aportar algo más de emoción. En los Reinos no te lastimabas realmente. Pero esto era distinto. Como si no existiera límite al dolor. Como si el dolor fuera a durar siempre.

Ruina y Eco iban y venían del bosque y traían montañas de ramas y de hojas. Soren les indicaba dónde debían dejarlas, y el sudor le resbalaba por la nariz. De vez en cuando, Aria miraba de reojo las luces, que al menos habían dejado de parpadear.

No podía creer que se hubiera metido en aquella situación, y que hubiera arrastrado a Cachemira. Sabía que entrar en Ag 6 entrañaba riesgos, pero no esperaba que sucediera algo así. Nunca había sido su intención formar parte del círculo de Soren, aunque siempre había sentido interés por aquel chico. A Aria le gustaba encontrarle fisuras a su imagen. Su manera de observar a la gente cuando la gente se reía, como si no entendiera el significado de la risa. Su manera de levantar el labio superior cada vez que decía algo que a él le parecía especialmente inteligente. Su manera de mirarla de vez en cuando, como si supiera que ella no estaba convencida.

Ahora se daba cuenta de qué era lo que le intrigaba de él. A través de aquellas fisuras había creído ver atisbos de otra persona. Y ahora, sin la vigilancia de los Guardianes de Ensoñación, era libre para mostrarse tal como era.

—Voy a sacaros de aquí —susurró.

Los ojos de Cachemira, desprovistos del Smarteye, se inundaron de lágrimas.

—Cállate, que te va a oír.

Aria notó el crujir de las hojas secas bajo sus pies y se preguntó cuándo habrían regado aquellos árboles por última vez. Vio que la hoguera alcanzaba primero un palmo, después medio metro. Cuando llegó casi al metro, Soren declaró que ya estaba lista.

Se metió la mano en una bota y extrajo de ella una batería y un cable, que entregó a Ruina.

Aria no daba crédito a lo que veía.

—¿Lo tenías planeado? ¿Has venido hasta aquí para encender un fuego?

Soren le dedicó una sonrisa y retiró mucho los labios.

—Y también tengo otras cosas en mente.

Aria aspiró hondo. Tenía que estar de broma. Intentaba asustarla porque ella lo había engañado. Pero ella no podía hacer nada.

Los chicos formaron un círculo, y Soren susurró «inténtalo así», y «por el otro lado, tonto», y «déjame hacerlo a mí», hasta que los tres se retiraron de golpe, alejándose de la llama que ascendía desde las hojas.

—¡Uau! —exclamaron los tres al unísono—. ¡Fuego!

2 Aria

MAGIA.

Esa era la palabra que a Aria le venía a la mente. Una palabra antigua, de la época en que las ilusiones aún sorprendían a las personas. Antes de que los Reinos convirtieran la magia en algo común.

Se acercó más, atraída por los tonos dorados y ambarinos de la llama. Por sus cambios constantes de forma. Nunca había olido nada tan intenso como ese humo. Sentía que la piel de los brazos se le tensaba. Después vio que las hojas ardientes se retorcían, se ennegrecían y se esfumaban.

Aquello estaba mal.

Aria alzó la vista. Soren se había quedado petrificado en el sitio, y mantenía los ojos muy abiertos. Parecía embrujado, lo mismo que Cachemira y los dos hermanos. Como si estuvieran viendo el fuego sin verlo.

—Ya basta —dijo—. Tendríamos que apagarlo... o ir a buscar agua, o algo.
—Nadie se movió—. Soren, está empezando a propagarse.

—Alimentémoslo más.

—¿Más? Los árboles están hechos de madera. ¡Se propagará a los árboles!

Eco y Ruina salieron corriendo antes de que ella terminara de hablar.

Cachemira la agarró de la manga y la apartó de la hoguera.

—Aria, déjalo ya, o volverá a hacerte daño.

—Si no hacemos algo, arderá todo esto.

Miró hacia atrás. Soren seguía demasiado cerca del fuego. Las llamas ya eran casi tan altas como él. Y habían empezado a emitir ruidos, chasquidos y crujidos que destacaban sobre un rugido constante.

—¡Recoged palos! —gritó Soren a los hermanos—. ¡Con palos se hará más alto!

Aria no sabía qué hacer. Cada vez que pensaba en impedirles continuar, el dolor del hombro regresaba, recordándole lo que podría volver a sucederle. Eco y Ruina volvieron con las manos llenas de ramas. Las arrojaron al fuego, y unas chispas se elevaron hasta los árboles. Una bocanada de calor le golpeó las mejillas.

—Vamos a tener que salir corriendo, Cachemira —susurró—. Preparadas, listas... ¡ya!

Por tercera vez esa noche, Aria cogió a Cachemira de la mano. No podía permitir que se rezagara. Con piernas temblorosas, se movía entre los árboles esforzándose por avanzar en línea recta. No sabía cuándo habían empezado a seguirlas los chicos, pero oía a Soren tras ella.

—¡Encontradlas! —gritaba—. ¡Dispersaos!

Entonces Aria oyó un alarido que la llevó a detenerse en seco. Soren estaba aullando como un lobo. Cachemira se cubrió la boca con la mano, ahogando un sollozo. Ruina y Eco se sumaron al grito, y el bosque se llenó de chillidos lúgubres y desbocados. ¿Qué les estaba ocurriendo? Aria empezó a correr de nuevo, tirando tan fuerte de Cachemira que la hizo tropezar.

—¡Vamos, Cachemira! ¡Ya estamos cerca! —No podían estar lejos de la puerta que conducía a la cúpula de cultivo. Cuando llegaran a ella, pulsaría la alarma de emergencia. Y se ocultarían hasta que llegaran los Guardianes.

Las luces del techo volvieron a parpadear, se apagaron y ya no volvieron a encenderse. La oscuridad golpeó a Aria como si fuera un cuerpo sólido. Se agarrotó al instante. Cachemira chocó contra su espalda y soltó un grito. Las dos cayeron al suelo, ciegas, brazos y piernas entrelazados. Aria se incorporó como pudo, parpadeando una y otra vez, haciendo esfuerzos por orientarse. Pero tanto con los ojos abiertos como cerrados, lo que veía era lo mismo.

Los dedos de Cachemira revoloteaban rozándole el rostro.

—Aria, ¿eres tú?

—Sí, soy yo —susurró ella—. No grites, o nos oirán.

—¡Traed fuego! —ordenó Soren a gritos—. ¡Traed alguna llama para poder ver algo!

—¿Qué nos van a hacer? —preguntó Cachemira.

—No lo sé. Pero no pienso dejar que se acerquen lo bastante para averiguarlo.

Cachemira, a su lado, se puso muy tensa.

—¿Ves eso?

Sí. Lo veía. Una antorcha avanzaba hacia ellas en la distancia. Aria reconocía el paso firme de Soren. Estaba más lejos de ellas de lo que se temía, pero se dio cuenta de que aquello no tenía la menor importancia. Cachemira y ella no podrían moverse sin gatear ni avanzar palpando justo por delante de ellos. Incluso en el caso de que conocieran el camino, avanzar uno o dos metros no les serviría de gran cosa.

Apareció una segunda llama.

Aria buscó con la mano alguna piedra, algún palo. Las hojas se desintegraban en sus manos. Amortiguó una tos contra la manga. Cada vez que respiraba, los pulmones se le cerraban más y más. Se había preocupado por Soren y por el fuego. Pero ahora se daba cuenta de que, tal vez, el mayor peligro fuera el humo.

Las antorchas oscilaban en la oscuridad, cada vez más cerca. Ojalá su madre no se hubiera ido. Ojalá ella nunca le hubiera cantado nada a Soren. Pero con desear que las cosas hubieran sido distintas no iba a cambiar nada. Tenía que poder hacer algo. Se concentró. Tal vez pudiera reiniciar su Smarteye y pedir ayuda. Pensó en la secuencia de órdenes que siempre ejecutaba. Pero incluso mentalmente tenía la sensación de ir palpando en la oscuridad. ¿Cómo se reiniciaba algo que no se había apagado nunca?

No le ayudaba precisamente a concentrarse ver que las antorchas se acercaban cada vez más, ni notar que Cachemira temblaba a su lado. Pero era la única esperanza que le quedaba. Finalmente, de las profundidades de su cerebro surgió algo: una palabra apareció en su Smartscreen, en letras azules que flotaban recortadas contra los bosques calcinados.

¿REINICIAR?

«¡Sí!», ordenó.

Aria se agarrotó al sentir clavos ardiendo que le recorrían el cráneo y la espina dorsal. Ahogó un grito de alivio cuando apareció la cuadrícula de iconos. Volvía a estar conectada, pero todo se veía raro. Todos los botones del interfaz eran genéricos, y estaban mal colocados. Y ¿qué era eso? Vio un icono de mensaje en su pantalla con la etiqueta: «Pájaro Cantor», que era el apodo con el que la llamaba su madre. ¡Lumina le había enviado un mensaje! Pero el documento estaba almacenado localmente, y no iba a serle útil. Tenía que contactar con alguien.

Aria intentó establecer conexión con Lumina directamente. Pero en la pantalla apareció «ERROR DE CONEXIÓN», seguido de un número de fallo. Lo intentó con Caleb, y con los diez amigos que le vinieron a la mente. Pero no funcionó con ninguno. No estaba conectada a los Reinos. Lo probó por última vez. Tal vez su Ojo todavía estuviera grabando.

«REVISAR», ordenó.

El rostro de Cachemira apareció en el recuadro de grabaciones situado en el ángulo superior izquierdo de la Smartscreen. Cachemira apenas resultaba visible, solo se distinguían los contornos de su rostro asustado y el brillo del fuego que se reflejaba en su Smarteye. Detrás de ella, una nube resplandeciente de humo se aproximaba.

—¡Se acercan! —susurró Cachemira desesperada, y la grabación cesó.

Aria ordenó a su Ojo que volviera a grabar. Así, pasara lo que pasara, fuera lo que fuera lo que Soren y los hermanos hicieran, ella contaría con pruebas.

Las luces volvieron a encenderse.

Entrecerrando los ojos para protegerse de ellas, Aria vio que Soren escrutaba la zona, y que Ruina y Eco iban a su lado como una jauría de lobos. Abrieron mucho los ojos al descubrirlas. Se puso en pie de un salto y tiró de Cachemira una vez más. Echó a correr, agarrando con fuerza la mano de su amiga, tropezando con raíces y apartando las ramas que se le enredaban en el pelo. Los chicos gritaban en voz muy alta, y sus gritos se clavaban en los oídos de Aria. Sus pasos retumbaban con fuerza tras ellas.

La mano de Cachemira se soltó de la suya. Aria se volvió al caer al suelo. El pelo de Cachemira quedó extendido sobre las hojas. Alargaba la mano, buscando a

Aria, gritando su nombre. Soren estaba tendido casi sobre ella, y le rodeaba las piernas con los brazos.

Sin pensar, Aria pisó con fuerza la cabeza de Soren, que emitió un gruñido y se echó hacia atrás. Cachemira logró escabullirse, pero vio que Soren venía de nuevo a por ella.

—¡Suéltala! —Aria dio un paso hacia él, pero esta vez no lo pilló desprevenido. Extendió la mano y le agarró el tobillo.

—¡Corre, Cachemira! —le gritó.

Ella forcejeaba para liberarse, pero Soren no la soltaba. Él se levantó y la agarró del antebrazo. Llevaba restos de hojas y tierra en la cara y el pecho. Tras él, el humo avanzaba entre los árboles a oleadas grises, moviéndose despacio y deprisa a la vez. Aria bajó la mirada. La mano de Soren duplicaba en tamaño la suya, y era muy musculosa, como el resto de su cuerpo.

—¿No lo notas, Aria?

—¿Notar qué?

—Esto. —Y le apretó el brazo con tal fuerza que no pudo reprimir un grito—. Todo. —Soren miró a su alrededor, sin posar la vista en ningún punto.

—No, Soren, no lo hagas. Por favor.

Ruina llegó corriendo, con una antorcha en la mano, jadeando.

—¡Ayúdame, Ruina! —le gritó ella. Pero él ni siquiera la miró.

—Ve a por Cachemira —le ordenó Soren, y Ruina obedeció al momento.

—Ahora estamos solos tú y yo —le dijo, pasándole una mano por el pelo.

—No me toques. Lo estoy grabando todo. Si me haces daño, lo verá todo el mundo.

Cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, ya se había caído al suelo. El peso de él la aplastaba, y le impedía respirar. Soren bajó la vista y vio que le faltaba el aire. Y se concentró en su ojo izquierdo. Aria sabía qué era lo que estaba a punto

de hacer, pero tenía los brazos inmovilizados, atrapados entre sus muslos. Cerró los ojos y gritó cuando los dedos de él se hundieron en su piel, se aferraron a los bordes de su Smarteye. La cabeza de Aria se echó primero hacia delante, y después hacia atrás con fuerza, impactando en el suelo.

Dolor. Como si le hubieran arrancado el cerebro. Sobre ella, el rostro de Soren se veía borroso. Un calor se desplazaba desde la mejilla hasta el oído. El dolor iba haciéndose menos agudo, más intermitente, y latía en ella al compás de su corazón.

—Estás loco —susurró alguien con su misma voz.

Los dedos de Soren se aferraban a su nuca.

—Esto es real. Dime que lo sientes.

Aria seguía sin poder respirar bien. Lanzadas de dolor le atravesaban los ojos. Se estaba difuminando, perdiendo potencia, lo mismo que su Smarteye. Entonces Soren alzó la vista, apartándola de ella, y dejó de apretar tan fuerte. Soltó una maldición y se alejó.

Aria consiguió ponerse de rodillas, apretando mucho los dientes para soportar el grito desgarrado que invadía sus oídos. Recortándose contra el fuego estrepitoso, vio a un desconocido que se internaba en el claro del bosque. No llevaba camisa, pero no era ni Ruina ni Eco.

Se trataba de un Salvaje auténtico.

El torso del forastero era casi tan oscuro como sus pantalones de piel, y su pelo, rubio y serpenteante como la Medusa. Llevaba los brazos cubiertos de tatuajes. Tenía los ojos reflectantes de un animal. Y no los llevaba cubiertos por ningún dispositivo.

Al acercarse más, el cuchillo largo que llevaba a un costado emitió un destello, iluminado por el fuego.

3
Peregrino

LA residente observaba a Perry, mientras la sangre resbalaba por su pálido rostro. Avanzó unos pasos, alejándose de él, pero Perry sabía que no se mantendría en pie mucho más tiempo. No con las pupilas tan dilatadas. Un paso más y las piernas le fallaron, y cayó al suelo.

El hombre seguía de pie, detrás de aquel cuerpo inerte. Miraba a Perry con sus ojos raros, uno normal y el otro cubierto por el parche claro que llevaban los residentes. Los demás lo habían llamado Soren.

—¿Forastero? —dijo—. ¿Cómo has entrado?

Se expresaba en el mismo lenguaje que usaba Perry, pero más duro. Afilado en vez de suave. Perry aspiró hondo, despacio. A pesar del humo, el enfado del residente resultaba perceptible en el claro del bosque. Su sed de sangre transmitía un olor rojo, abrasado, que era común a hombres y a bestias.

—Has entrado cuando hemos entrado nosotros —se rio Soren—. Has entrado después de que yo desactivara el sistema.

Perry le dio una vuelta al cuchillo y lo agarró con más fuerza. ¿No veía el residente que el fuego se acercaba?

—Sal de ahí, o te quemarás, residente.

Soren se sobresaltó al oír hablar a Perry. E inmediatamente después sonrió, mostrándole unos dientes blancos como la nieve.

—Eres de verdad. No doy crédito. —Dio un paso al frente, sin temor. Como si fuera él, y no Perry, quien empuñara el chuchillo—. Si pudiera irme, Salvaje, ya lo habría hecho hace tiempo.

Perry era más alto que él, pero Soren era más corpulento. Sus huesos estaban recubiertos de músculos. Perry casi nunca veía a gente de ese tamaño. Ellos no contaban con la comida necesaria para desarrollarse tanto. No como allí.

—Te estás acercando a tu muerte, Topo.

—¿Topo? No es un término exacto, Salvaje. La mayor parte de la Cápsula queda por encima del nivel del suelo. Y, además, no morimos jóvenes. Ni nos hacemos daño. Ni siquiera podemos rompernos ningún hueso.

Soren bajó la mirada y se fijó en la chica. Volvió a concentrarse en Perry y dejó de avanzar hacia él. Ocurrió muy deprisa, y el impulso que llevaba le hizo balancearse sobre los pies. Había cambiado de opinión en relación con algo.

Soren dejó de mirarlo y se concentró en otra cosa. Perry volvió a respirar. Humo de madera. Plástico ardiendo. El fuego se estaba avivando. Aspiró otra vez, y hasta él llegó lo que ya suponía: el olor de otro residente que se acercaba a él por la espalda. Había visto a tres hombres. ¿Eran los otros dos los que se mantenían agazapados tras él, o solo uno? Volvió a inspirar, pero no logró determinarlo. El humo resultaba demasiado denso.

Soren se fijó en la mano de Perry.

—Eres bueno con el cuchillo, ¿verdad?

—Lo suficiente.

—¿Has matado a alguien alguna vez? Seguro que sí.

Estaba ganando tiempo, facilitando que quien estuviera detrás de Perry pudiera acercarse más.

—Nunca he matado a ningún topo —respondió Perry—. Todavía no.

Soren sonrió. Y entonces se echó hacia delante, y Perry supo que los demás también se le acercarían. Dio media vuelta y solo vio a un residente, más lejos de lo que esperaba, que corría con una barra metálica en la mano. Perry adelantó el cuchillo. El filo entró y se hundió en el estómago del residente.

Soren se plantó en un momento tras él. Perry se volvió, preparándose para el ataque. El golpe lo alcanzó de lado, en la mejilla. El suelo retrocedió y se onduló. Perry rodeó a Soren con los brazos cuando, borroso, se retiraba. Lo empujó, pero no logró abatirlo. El Topo estaba hecho de piedra.

Perry recibió un puñetazo en los riñones y gruñó, preparándose para el dolor.

Pero no le dolió tanto como debería haberle dolido. Soren volvió a pegarle. Perry se descubrió soltando una carcajada. El residente no sabía usar su propia fuerza.

Se echó hacia atrás y le asestó el primer puñetazo, que le dio de lleno en aquel parche claro del ojo. Soren se incorporó, tenía las venas del cuello hinchadas como enredaderas. Perry no esperó más. Acumuló la fuerza de todo su cuerpo en el siguiente golpe. El hueso de la mandíbula del residente crujió al partirse. Soren cayó a plomo. Y se incorporó lentamente, como una araña moribunda.

La sangre asomaba entre los dientes, y tenía la boca muy ladeada, pero no le quitaba la vista de encima a Perry.

Perry maldijo y dio un paso atrás. No era eso lo que pretendía cuando se coló allí.

—Ya te lo había advertido, Topo.

Las luces habían vuelto a apagarse. El humo se movía entre los árboles a oleadas, iluminado por el fuego. Se acercó al otro hombre para recuperar el cuchillo. El residente empezó a gritar al ver a Perry. Le brotaba sangre de la herida. Perry no fue capaz de mirarle a los ojos cuando retiró el cuchillo.

Regresó junto a la chica. Tenía el pelo esparcido alrededor de la cabeza, oscuro y brillante como plumas de cuervo. Perry se fijó en que su dispositivo ocular reposaba sobre unas hojas, junto a su hombro. Lo empujó con un dedo. La cubierta se notaba fresca. Aterciopelada como una seta. Más densa de lo que esperaba a juzgar por su aspecto de medusa. Se lo metió en el macuto. Después cargó a la chica sobre un hombro, lo mismo que hacía con las piezas de caza grandes, y le pasó el brazo por las piernas para mantenerla bien sujeta.

Ninguno de sus sentidos le resultaban útiles en ese momento. El humo era tan denso que cubría todos los demás olores, e impedía la visión, lo que le desorientaba. Allí tampoco había pendientes, ni elevaciones del terreno con las que guiarse. Solo paredes de llamas y de humo por todas partes.

Avanzaba cuando el fuego se replegaba. Y se detenía cuando exhalaba lenguas de calor que le abrasaban las piernas y los brazos. Las lágrimas inundaban sus ojos y le impedían ver con claridad. Tropezaba, y el humo le daba miedo, y le mareaba. Finalmente encontró un canal de aire puro y corrió hacia él. La cabeza de la residente colgaba contra su espalda.

Perry alcanzó la pared de la cúpula y avanzó resiguiéndola. En algún punto tenía que existir alguna salida. Tardó más de lo que en un principio creía. Se encontró con la puerta por la que él había entrado, y accedió a una habitación de acero. Para entonces, cada vez que respiraba sentía como si unas brasas se avivaran en sus pulmones.

Dejó a la chica en el suelo y cerró la puerta. Después, durante un buen rato, se limitó a toser y a caminar hasta que el dolor que sentía tras la nariz remitió. Se frotó los ojos, y al hacerlo se manchó el antebrazo de sangre y hollín. El arco y el carcaj con las flechas seguían donde los había dejado, apoyados contra la pared. La curva que describía el arco contrastaba enormemente con las líneas perfectas de aquel espacio.

Perry se arrodilló, tambaleante, y se fijó en la residente. El ojo había dejado de sangrarle. Estaba muy bien hecha. Cejas finas, oscuras. Labios rosados. Una piel suave como la leche. Su instinto le decía que eran de edades similares, pero aquella piel lo despistaba, y no estaba tan seguro. La había observado desde un árbol, su atalaya. Con qué asombro contemplaba las hojas. Casi no le había hecho falta recurrir al olfato para saber cuál era su estado de ánimo. En su rostro se reflejaba hasta la más mínima emoción.

Perry le apartó el pelo negro del cuello y se inclinó sobre ella, aproximándose más. Con el olfato bloqueado por el humo, era la única manera. Aspiró hondo. Su carne no olía tan fuerte como la de los otros residentes, pero aun así su aroma resultaba perceptible. Sangre caliente, pero también un toque rancio, de putrefacción. Volvió a inspirar, curioso, pero la mente de la chica estaba profundamente hundida en el inconsciente, y no revelaba ningún humor.

Pensó en llevarla con él, pero sabía que los residentes morían en el exterior. Era allí, en aquella habitación, donde tendría más posibilidades de sobrevivir al fuego. Había pensado en ir a ver cómo se encontraba la otra chica. Pero ya no iba a poder ser.

Se puso en pie.

—Será mejor que vivas, topilla —dijo—. Después de todo lo que ha pasado...

Entonces salió de allí, cerró la puerta y accedió a otra cámara, muy dañada por un ataque de éter. Perry se agachó para pasar a través de aquel espacio oscuro, medio derrumbado. El paso se estrechaba cada vez más, y le obligaba a gatear sobre

cemento roto y metal retorcido. Así, empujando el arco y las flechas, regresó de nuevo a su mundo.

Se puso en pie y aspiró hondo en plena noche. Agradeció el aire limpio que inundaba sus pulmones chamuscados. Unas alarmas rompieron el silencio, amortiguadas primero por los cascos, pero atronando después a su alrededor con tal fuerza que las sentía retumbar en el pecho. Perry se colgó al hombro el macuto y el carcaj, recogió el arco y se puso en marcha, a buen paso, en la madrugada fresca.

Una hora después, cuando la fortaleza de los residentes ya no era más que un montículo en la distancia, se sentó para dar un poco de reposo a su cabeza herida. Ya había amanecido, y el día ya era caluroso en el Valle del Escudo, una extensión de tierra seca que llegaba casi hasta su morada, a dos días de camino en dirección norte. Apoyó la frente en el antebrazo.

El humo seguía aferrado a su pelo y a su piel. Lo olía cada vez que respiraba. El humo de los residentes no era como el suyo. Olía a acero triturado y a productos químicos que se calentaban más que el fuego. Le dolía la mejilla izquierda, pero eso no era nada comparado con el núcleo del dolor que sentía bajo la nariz. Los músculos de las piernas seguían dando sacudidas, corriendo aún para alejarse de alarmas.

Haberse colado en la fortaleza de los residentes ya era grave. Su hermano lo desterraría solo por eso. Pero es que además había entrado en contacto con los topos. Y había matado al menos a uno de ellos. Los Mareas no tenían problemas con los residentes, como sí les sucedía a otras tribus. Perry se preguntaba si, por su culpa, las cosas estaban a punto de cambiar.

Se acercó el macuto y rebuscó en su interior. Sus dedos rozaron algo fresco y aterciopelado. Perry soltó una maldición. Se había olvidado de dejarle el parche del ojo a la chica. Lo extrajo, lo depositó sobre la palma de la mano y lo examinó. Atrapaba la luz azul del éter como una inmensa gota de agua.

Nada más entrar en la zona boscosa, Perry había oído a los topos. Sus voces y sus risotadas resonaban desde el espacio de cultivo. Se había acercado sigilosamente y los había observado, atónito al descubrir que tanta comida se dejaba ahí para que se pudriera. Su plan era quedarse solo unos minutos, pero la chica despertó su curiosidad. Cuando Soren le arrancó el dispositivo ocular del rostro, no pudo seguir ahí plantado sin hacer nada, por más que ella fuera solo una topo.

Perry volvió a guardarse el parche en el macuto, y se le ocurrió que podría venderlo cuando los mercaderes pasaran por allí en primavera. Los objetos de los residentes alcanzaban buenos precios, y eran muchas las cosas que su gente necesitaba, por no hablar de su sobrino, Garra. Perry siguió rebuscando en el macuto, palpó la camisa, el chaleco y el pellejo con el agua, hasta que encontró lo que quería.

La piel de la manzana resplandecía más tenuemente que el dispositivo ocular. Perry la acarició con los pulgares, resiguiendo sus curvas. La había encontrado en el espacio agrícola. Era lo único que se le había ocurrido coger mientras seguía a los topos. Se acercó la manzana a la nariz y aspiró el perfume dulce. Se le hizo la boca agua.

Era un regalo absurdo. No era siquiera la razón por la que se había colado allí.

Y ni mucho menos bastaría.

Peregrino

PERRY penetró en el recinto de los Mareas casi a medianoche, cuatro días después de su partida. Se detuvo en el descampado central y aspiró el perfume salado del que era su hogar. El mar quedaba a más de treinta minutos en dirección oeste, pero los pescadores, con la mercancía, esparcían su olor por todas partes. Perry se pasó una mano por el pelo, húmedo aún por haber estado nadando en él. Esa noche él también olía un poco como los pescadores.

Perry se descolgó el arco y el carcaj del hombro. No había cazado nada, por lo que no tenía sentido que siguiera su ruta habitual hasta el pabellón de las cocinas. Permaneció donde estaba, contemplando una vez más, como si se tratara de algo nuevo, lo que conocía con los ojos cerrados. Casas construidas con piedras redondeadas por el tiempo. Puertas de madera y postigos desgastados por el aire salobre y por la lluvia. Su aspecto, a pesar del embate de los elementos, era sólido. Como una raíz que creciera sobre el nivel de la tierra.

Él prefería el recinto a esa hora, en plena noche. Como el invierno se aproximaba y los alimentos escaseaban, Perry se había acostumbrado al nerviosismo que flotaba en el ambiente durante el día. Pero cuando el sol se ocultaba, la nube de las emociones humanas se retiraba y permitía apreciar fragancias más discretas. La tierra fresca, abierta como una flor apuntando al cielo. El almizcle de los animales nocturnos que dejaba rastros fáciles de seguir.

Incluso sus ojos preferían esas horas. Los perfiles eran más definidos. Los movimientos, más identificables. Aquella nariz, aquellos ojos, le decían que estaba hecho para la noche.

Aspiró hondo una vez más, armándose de valor, y entró en casa de su hermano. Contempló un instante la mesa de madera y las dos sillas de cuero desgastado frente al hogar, antes de subir al altillo acurrucado bajo las vigas del techo. Y al fin, al posar la vista sobre la puerta cerrada del único dormitorio, se relajó. Valle no estaba despierto. Su hermano estaría durmiendo con su hijo, Garra.

Perry se acercó a la mesa y aspiró despacio. La tristeza lo impregnaba todo, pesadamente, y contrastaba con el colorido de la estancia. Le dificultaba la visión como una niebla densa y grisácea. Perry también captaba el olor a humo del fuego

agonizante, el aroma penetrante de la Luster dejada en la jarra de barro cocido que reposaba sobre la mesa. Había transcurrido un mes desde la muerte de Mila, la mujer de su hermano, y su olor se había disipado, casi había desaparecido.

Perry rozó el borde de la jarra azul con un dedo. Había visto a Mila adornar el asa con flores amarillas la primavera pasada. El toque de Mila estaba por todas partes: en los platos y los cuencos de cerámica que había fabricado; en las alfombras que había tejido y en los jarrones de cristal llenos de cuentas que había pintado. Era lo que se conocía como Visionaria, una persona dotada de una capacidad excepcional de visión. Como casi todas ellas, Mila se preocupaba por el aspecto de los objetos. En su lecho de muerte, cuando ya no podía tejer, pintar ni modelar arcilla, se dedicaba a contar historias, y las llenaba de los colores que amaba.

Perry se apoyó en la mesa, débil de pronto, y cansado de añorarla. Él no tenía derecho a recrearse en la tristeza. Su hermano sí, y su sobrino también, pues habían perdido a su esposa y a su madre, y eso dolía mucho más. Pero Mila también formaba parte de su familia.

Se volvió hacia la puerta del dormitorio. Quería ver a Garra. Pero a juzgar por la jarra casi vacía, Valle había estado bebiendo. Y un encuentro con su hermano mayor en esas circunstancias era demasiado arriesgado.

Por un momento, se permitió imaginar cómo sería disputarle a Valle el puesto de Señor de la Sangre. Actuar sobre una necesidad tan real como la sed. Si él dirigiera los Mareas, introduciría cambios. Asumiría los riesgos que su hermano evitaba. La tribu no podría seguir ocultándose allí, acobardada, durante mucho más tiempo. La caza resultaba demasiado escasa, y las tormentas de éter empeoraban cada invierno. Según algunos rumores, había tierras más seguras de cielos serenos y azules, pero Perry no estaba seguro de que fueran ciertos. Lo que sí sabía era que los Mareas necesitaban a un Señor de la Sangre que actuara, y su hermano no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

Perry se miró las botas de piel desgastadas. Ahí estaba él. De pie, inmóvil. No era mejor que Valle. Susurró una maldición y meneó la cabeza. Se quitó el macuto y lo dejó en el altillo. Después se descalzó, se subió al altillo, se tumbó boca arriba y contempló las vigas. Era absurdo soñar despierto con algo que jamás haría. Antes de llegar a ese momento, se marcharía de allí.

Todavía no había cerrado los ojos cuando oyó el chirriar de una puerta, y el crujido de la escalera. Garra, una mancha pequeña, oscura, borrosa, se catapultó

desde el último peldaño, se enterró bajo la manta y permaneció a su lado más inmóvil que una piedra. Perry pasó por encima de él para instalarse del lado de la escalera. La cama era pequeña, y no quería que su sobrino se diera la vuelta en sueños y se cayera.

—¿Cómo es que nunca te mueves tan deprisa cuando vamos de caza? —le preguntó, burlón.

Nada. Ni el más leve movimiento bajo la manta. Garra se sumía en largos silencios desde la muerte de su madre, pero nunca había dejado de hablar con Perry. Considerando lo que había sucedido la última vez que estuvieron juntos, a Perry no le sorprendía el silencio de su sobrino. Había cometido un error. Últimamente cometía muchos.

—Supongo que no quieres saber qué te he traído. —Pero Garra no cayó en su trampa—. Una lástima —añadió Perry transcurrido un momento—. Te habría encantado.

—Ya sé lo que es —dijo al fin Garra, con la voz clara, llena del orgullo de sus siete años—. Una caracola.

—No es ninguna caracola, pero te has acercado un poco. De hecho he ido a nadar.

Antes de regresar a casa, Perry se había pasado una hora frotándose la piel y el pelo con puñados de arena para eliminar los olores que los impregnaban. Si no lo hubiera hecho, a su hermano le habría bastado levantar un poco la nariz para saber dónde había estado. Y las reglas de Valle prohibiendo el contacto con los residentes eran muy estrictas.

—¿Por qué te escondes, Garra? Sal de ahí. —Retiró la manta. Una oleada fétida llegó hasta él. Perry se echó hacia atrás, cerró los puños y dejó de respirar. El olor de Garra se parecía mucho al que empezó a desprender Mila cuando la enfermedad se apoderó de ella. Quiso creer que se trataba de un error. Que Garra se encontraba bien y que llegaría con vida al año nuevo. Pero los olores nunca engañaban.

La gente creía que ser esciro significaba tener poder. Ser un Marcado —alguien dotado de un sentido dominante— era excepcional. Pero incluso entre los Marcados, Perry era único por contar con dos sentidos dominantes. Poseer el don de la videncia lo había convertido en un buen arquero. Pero solo los videntes con

olfatos tan potentes como el de Perry podían identificar, mediante ese sentido, sentimientos como la desesperación y el miedo. Una habilidad muy práctica a la hora de conocer al enemigo, pero que se convertía casi en una maldición cuando se trataba de la propia familia. La decadencia de Mila había sido muy dura, pero, en el caso de Garra, Perry había llegado a detestar su sentido del olfato por revelar lo que le revelaba.

Se obligó a mirar fijamente a su sobrino. El resplandor del fuego encendido abajo se proyectaba en las vigas. Perfilaba el contorno de las mejillas del niño, que teñía de un tono anaranjado. Le iluminaba las puntas de las pestañas. Perry observaba al pequeño enfermo y no se le ocurría ni una palabra digna de ser pronunciada. Garra ya sabía lo que sentía por él. Sabía que, si pudiera, se cambiaría por él sin dudarlo.

—Ya sé que estoy empeorando —dijo Garra—. A veces se me duermen las piernas... A veces no me llegan tan bien los olores. Pero nada me duele demasiado. —Volvió el rostro hacia la manta—. Sabía que te enfadarías.

—Garra, yo no me... No es contigo con quien estoy enfadado.

Perry aspiró hondo varias veces para ahuyentar el nudo que se le había formado en la garganta. Su ira se mezclaba con el sentimiento de culpa de su sobrino, y le impedía pensar con claridad. Conocía el amor. Amaba a su hermana, Liv, y a Mila, y recordaba sentir amor por Valle hacía apenas un año. Pero en el caso de Garra, era algo más que amor. La tristeza del niño lo golpeaba como una piedra. Las preocupaciones del niño le hacían salir disparado. Su alegría le daba ganas de volar. En cuestión de un instante, las necesidades de Garra se convertían en las suyas propias.

Los esciros lo llamaban entrega, abnegación. Aquel vínculo siempre le había hecho la vida más fácil a Perry. El bienestar de Garra era siempre lo primero. Durante los últimos siete años se había dedicado en cuerpo y alma al niño: le había enseñado primero a caminar y después a nadar. A perseguir presas, a disparar con las flechas, a camuflar las piezas cobradas. Cosas fáciles. A Garra le encantaba todo lo que hacía Perry. Pero desde que Mila había enfermado, las cosas ya no resultaban tan sencillas. No conseguía que su sobrino se sintiera bien, que estuviera contento. Pero sabía que el mero hecho de estar ahí ya suponía una ayuda para él. El mero hecho de permanecer a su lado tanto tiempo como pudiera.

—¿Y qué es? —le preguntó Garra.

—¿Qué es qué?

—Lo que me has traído.

—Ah, eso. —La manzana. Quería contárselo a Garra, pero en la tribu había audiles con un oído tan fino como su sentido del olfato. Y estaba Valle, un problema aún mayor. Perry no podía arriesgarse a que su hermano la oliera. Faltaban apenas unas semanas para el inicio del invierno, y todos los trueques del año ya se habían completado. Valle le preguntaría de dónde había sacado aquella manzana. Y ya tenía bastantes problemas con él, no necesitaba más.

—Tendrás que esperar a mañana. —Tendría que darle la manzana a varias millas del recinto. Por el momento permanecería envuelta en un pedazo de plástico viejo, enterrada en el interior de su macuto, junto al dispositivo ocular de la residente.

—¿Es bueno?

Perry cruzó los brazos detrás de la cabeza y apoyó la nuca en las manos.

—Vamos, Garra, no me creo que me preguntes eso.

Garra reprimió una risita.

—Hueles a algas sudadas, tío Perry.

—¿Algas sudadas?

—Sí, de esas que llevan días secándose al sol.

Perry soltó una carajada y le dio un codazo en las costillas.

—Gracias, Pito.

Garra le devolvió el codazo.

—De nada, Pato.

Permanecieron allí unos minutos, respirando acompasadamente, en silencio. A través de una grieta en la madera, Perry veía un gajo de éter arremolinándose en el cielo. En los días más serenos, era como encontrarse bajo las olas, observando que

el éter se rizaba y se alisaba más arriba. Otras veces fluía como el agua embravecida de unos rápidos, furioso y de un azul cegador. Fuego y agua unidos en el cielo. El invierno era la estación de las tormentas de éter, pero en los últimos años esas tormentas empezaban antes y duraban más. Ya se había desatado alguna. La más reciente había estado a punto de aniquilar a todas las ovejas de la tribu. Se encontraban tan lejos del recinto que no habían podido rescatarlas a tiempo. Valle aseguraba que se trataba de una fase, y que pronto disminuiría su intensidad. Perry discrepaba.

Garra se dio la vuelta, a su lado. Perry sabía que no estaba dormido. Su estado de ánimo se había vuelto oscuro, húmedo. Y finalmente se tensó como un cinturón en torno al corazón de su tío, que tragó saliva, con un nudo en la garganta.

—¿Qué ocurre, Garra?

—Creía que te habías ido. Creía que te habías alejado después de lo que pasó con mi padre.

Perry soltó el aire despacio. Hacía cuatro noches, Valle y él estaban sentados a la mesa, pasándose la botella una y otra vez. Por primera vez en lo que parecían semanas, volvían a charlar como hermanos. Sobre la muerte de Mila, sobre Garra. Ni siquiera las medicinas que Valle adquiría servían ya de nada. Ninguno de los dos lo decía, pero ambos lo sabían: con suerte, Garra sobreviviría a ese invierno.

Cuando Valle empezó a desbarrar, Perry se dijo que había llegado la hora de irse. A él, la Luster lo suavizaba, pero a Valle le producía el efecto contrario: lo ponía rabioso, lo mismo que hacía con su padre. Pero no se fue, porque Valle seguía hablando, y él también. Entonces Perry expresó la conveniencia de trasladar la tribu a otro lugar más seguro. Un comentario tonto. Sabía dónde iba a llevarlos, porque siempre los llevaba al mismo sitio. A discusiones. A palabras duras. Pero en esa ocasión Valle no le dijo nada. Se incorporó y le dio un manotazo en la cara. Un bofetón seco que, al instante, le devolvió una sensación conocida y horrible.

Él, por puro reflejo, le devolvió el golpe, que le alcanzó la nariz. Se enzarzaron entonces en un forcejeo alrededor de la mesa. Y enseguida descubrió que Garra estaba plantado frente a la puerta del dormitorio, soñoliento, incrédulo. Perry dejó de mirar a Valle para fijarse en su sobrino. Los mismos ojos verdes, serios, que también se clavaban en los suyos y le preguntaban cómo era capaz de partírle la nariz a un hombre que acababa de enviudar. En su propia casa. Delante de su hijo irremisiblemente enfermo.

Avergonzado pero todavía lleno de rabia, Perry salió de allí. Y se dirigió directamente hasta la fortaleza de los residentes. Tal vez Valle no fuera capaz de encontrar medicamentos que ayudaran a Garra, pero él había oído rumores sobre los topos. Y por eso se había colado allí, desesperado y muerto de ganas de hacer algo bien. ¿Y qué había conseguido? Apenas una manzana y el inútil dispositivo ocular de una residente.

Perry atrajo a su sobrino hacia sí.

—Fue una tontería, Garra. En ese momento no razonaba. Lo de aquella noche no debería haber ocurrido. Pero de todos modos necesito irme.

En realidad, ya debería haberlo hecho. Regresar implicaba volver a ver a Valle. No sabía si podrían seguir evitándose después de lo que había ocurrido. Pero Perry no estaba dispuesto a permitir que el último recuerdo que Garra tuviera de él fuera el puñetazo que le había asestado en la cara a Valle.

—¿Y cuándo te irás? —le preguntó su sobrino.

—He pensado que podría intentar... tal vez podría quedarme... —Tragó saliva. Le costaba encontrar las palabras, incluso cuando hablaba con Garra—. Pronto. Duérmete, Garra. Ahora estoy aquí.

Garra hundió el rostro en el pecho de su tío. Perry clavó la mirada en el éter mientras las lágrimas frías del niño le empapaban la camisa. A través de la grieta de la viga, veía las volutas azules formar círculos, fundirse en remolinos que giraban hacia un lado y hacia otro, como si no se decidieran por una dirección. La gente decía que el éter corría por la sangre de los Marcados. Que la calentaban y le proporcionaban su sentido. Era solo un dicho, pero Perry suponía que debía de ser cierto. La mayor parte de las veces, no se sentía en absoluto distinto al éter.

Garra tardó mucho rato en caer rendido, como un peso muerto en sus brazos. Para entonces a él ya se le había adormecido el hombro bajo el peso de su cabeza. Pero lo dejó donde estaba, y él también se durmió.

Perry soñó que se encontraba de nuevo en el incendio de los residentes, siguiendo a la chica. No podía verle el rostro, pero reconocía el pelo negro azabache. Y su olor desagradable. La seguía. Tenía que llegar hasta ella, aunque no sabía por qué. Estaba seguro de ello, con esa seguridad que solo existe en los sueños.

Despertó empapado en sudor, con calambres en las piernas. Su instinto le

dijo que no se frotara los músculos, a pesar de que eso era lo que le pedía el cuerpo. Unas motas de polvo flotaban en el aire en penumbra del altillo, dispuestas como él imaginaba que debían de ser los olores, siempre dando vueltas en el aire. Más abajo, los tablones de madera crujían bajo el peso de su hermano, que ya iba de un lado a otro, echando más leña al fuego para avivarlo. Perry miró el macuto que seguía a sus pies, con la esperanza de que la capa de plástico desgastada impidiera a Valle captar los olores que se ocultaban debajo.

La escalera crujió también. Valle estaba subiendo. Garra dormía acurrucado junto a Perry, con la barbilla apoyada en un puño, el pelo castaño húmedo de sudor. Los chasquidos de la madera cesaron.

Valle respiraba tras él, y en el silencio aquel sonido acompasado resonaba con más fuerza. Perry no era capaz de oler el estado de ánimo de Valle. Como eran hermanos, sus narices no apreciaban los tonos, pues los confundían con los suyos propios. Pero imaginaba un aroma rojo, amargo.

Vio un cuchillo que se aproximaba, y durante un breve instante de pánico irreflexivo Perry pensó con asombro que Valle iba a matarlo allí. Se suponía que los desafíos al Señor de la Sangre debían dirimirse al aire libre, ante la tribu. Así se hacían las cosas. Pero aquel había empezado en torno a una mesa de cocina. Mal desde el principio. Garra sufriría, tanto si Perry se iba como si moría, tanto si moría como si vencía.

Pero una décima de segundo después, Perry se dio cuenta de que aquello no era ningún cuchillo, sino solo la mano de Valle, acercándose a Garra. La posó sobre su cabeza. La dejó allí un momento, y le retiró el pelo húmedo de la frente. Un momento después, bajó la escalera y cruzó la habitación. El altillo se inundó de luz cuando la puerta se abrió para volver a cerrarse. La casa quedó en silencio.

ARIA despertó en una habitación que no había visto nunca. Torció el gesto, y se apretó las sienes doloridas con los dedos. Una tela pesada crujía sobre sus brazos. Bajó la mirada. Un traje blanco la cubría desde el cuello hasta los pies. Movi6 los dedos, metidos en unos guantes grandes. ¿De quién era aquella ropa?

Aspiró hondo al reconocer que se trataba de un Medsuit. Lumina le había hablado de ropa terapéutica como aquella. ¿Cómo podía ser que estuviera enferma? El entorno esterilizado de Ensoñación erradicaba las enfermedades. Los ingenieros genéticos, como su madre, los mantenían a todos físicamente bien. Pero ella, en ese momento, no se sentía bien. Despacio, con cuidado, movió la cabeza a izquierda y derecha. Incluso los menores movimientos le causaban dolores intensos.

Se incorporó lentamente, ahogando un grito al sentir un pinchazo agudo en el antebrazo. Un tubo lleno de un líquido claro sobresalía de un parche del traje, a la altura del brazo, y desaparecía en la ancha base de la cama. Le dolía la cabeza, y tenía la lengua pegada al paladar.

Envi6 un mensaje apresurado.

«Lumina, ha ocurrido algo. No sé qué está pasando. ¿Mamá? ¿Dónde estás?»

Un mostrador de acero recorría la pared lateral de la habitación. Sobre él, una pantalla regresiva, bidimensional, como las de hacía mucho tiempo. Aria veía en ella varias líneas, las constantes vitales que el traje que llevaba puesto le transmitían.

¿Por qué tardaba Lumina tanto tiempo en responder?

«Hora y posición», solicitó a su Smarteye. Pero no obtuvo ni una ni otra. ¿Dónde estaba su Smartscreen?

«Cachemira, Caleb, ¿dónde estáis?»

Aria intentó trasladarse a un Reino de playa. Uno de sus preferidos. Se agarrotó al constatar que, en su mente, aparecían unas imágenes equivocadas.

Árboles en llamas. Un humo que se movía como en oleadas. El terror desbocado de Cachemira. Soren encima de ella.

Levantó la mano hasta tocarse el ojo izquierdo, y la retiró al parpadear. Allí no había nada, salvo un globo ocular inservible. Posó la palma de la mano sobre ese ojo desnudo en el momento en que un hombre delgado, con bata de médico, entraba en la sala.

—Hola, Aria. Estás despierta.

—Doctor Ward —dijo ella, momentáneamente aliviada.

Ward era uno de los colegas de su madre, un 5ª Gen de expresión seria y cara cuadrada. No era poco frecuente tener solo un padre o una madre, pero unos años atrás Aria había llegado a preguntarse si Ward sería su padre. Ward y Lumina se parecían: los dos eran reservados y se dedicaban en cuerpo y alma a su trabajo. Pero cuando Aria se lo preguntó, ella le respondió: «Nosotras nos tenemos la una a la otra. Y eso es todo lo que necesitamos.»

—Cuidado —le dijo Ward—. Tienes una laceración en la frente que no se te ha curado del todo, pero eso es lo peor. Los análisis han salido negativos en todo lo demás. No hay infección. No hay lesión pulmonar. Unos resultados magníficos, teniendo en cuenta por lo que has pasado.

Aria no retiró la mano. Sabía lo horrible que debía verse.

—¿Dónde está mi Smarteye? No puedo entrar en los Reinos. Estoy aquí colgada. Sin nadie.

Se mordió el labio para no seguir hablando.

—Al parecer, tu Smarteye se perdió en la cúpula de Ag 6. Te he encargado otro. Debería estar listo en cuestión de horas. Entretanto, puedo pedir un aumento en la dosis de sedantes...

—No —respondió ella sin pensarlo—. Nada de sedantes.

Ahora comprendía que tuviera la mente confundida, como si las cosas importantes se hubieran organizado de otro modo, o se hubieran perdido.

—¿Dónde está mi madre?

—Lumina está en Alegría. La comunicación lleva una semana cortada.

Aria lo miró fijamente. En el monitor, un pitido indicó el vuelco que le dio el corazón. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Ella había entrado en Ag 6 por Lumina. Pero ¿cómo era posible que su madre siguiera ilocalizable? Recordaba haber reiniciado el Smarteye y haber visto el archivo con la etiqueta de «Pájaro Cantor».

—No puede ser. Mi madre me envió un mensaje.

Ward arqueó mucho las cejas.

—¿En serio? ¿Y cómo sabes que era suyo?

—El título era «Pájaro Cantor». Y así solo me llama Lumina.

—¿Y viste el mensaje?

—No, no tuve ocasión. ¿Dónde está Cachemira?

Ward aspiró hondo antes de hablar.

—Aria, siento tener que decirte esto. Solo tú y Soren habéis sobrevivido. Sé que Cachemira y tú estabais bastante unidas.

Aria se agarró con fuerza a los bordes de la cama.

—¿Qué está diciendo? —oyó que preguntaba—. ¿Está diciendo que Cachemira está muerta?

No era posible. Nadie moría a los diecisiete años. La gente vivía más de un siglo.

El monitor volvió a emitir un pitido. En esta ocasión más fuerte, más persistente.

Ward seguía hablando.

—Abandonasteis la zona segura... con los Smarteyes desinstalados... cuando respondimos...

Pero ella solo oía el bip-bip-bip...

Ward retrocedió y se fijó en el monitor. En el gráfico que mostraba, en sus líneas ascendentes, en sus cifras crecientes, en la sensación de derrumbe que se dibujaba en su pecho.

—Lo siento, Aria —dijo.

El Medsuit se tensó, arrugándose a la altura de las extremidades. Sintió algo frío en el brazo. Bajó la mirada. Un líquido azul recorría el tubo y desaparecía en el interior del traje terapéutico. En su interior. A través del Smarteye había ordenado que se le administraran más sedantes. Ward se acercó más a ella.

—Échate hacia atrás ahora, si no quieres caerte.

Aria habría querido pedirle que no se acercara más, pero sentía los labios entumecidos, y la lengua se había convertido en un extraño peso muerto en la boca. La habitación parecía alargarse, y el pitido del monitor se ralentizaba por momentos. Aria cayó hacia atrás, y aterrizó en el colchón con un golpe seco.

El doctor Ward apareció sobre ella con gesto impaciente.

—Lo siento —volvió a decirle—. Es lo mejor para ti en este momento.

Y después salió de la habitación y cerró la puerta sin hacer ruido.

Aria intentó moverse. Sentía que las extremidades le pesaban y se sentían atraídas, como por un imán, hacia abajo. Tuvo que concentrarse al máximo para llevarse la mano a la cara. Se asustó, pues no reconocía los guantes que cubrían los dedos, ni el vacío que palpaba alrededor del ojo.

Dejó caer la mano, incapaz de seguir controlándola. El brazo se descolgó sobre el borde de la cama. Aún lo veía, pero no podía hacer nada para que volviera a su posición anterior.

Cerró los ojos. ¿Le había ocurrido algo a Lumina? ¿O era a Cachemira? La mente se le había llenado de unas vibraciones parecidas a las de un diapasón que reverberara dentro de su cráneo. Pronto no tendría la menor idea de qué era lo que la había entristecido.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido cuando regresó el doctor Ward. Sin su Smarteye, Aria sentía que no sabía nada.

—Lo siento, pero he tenido que sedarte. —Hizo una pausa, esperando a que ella dijera algo, pero ella mantenía la vista fija en las luces del techo, que dibujaban motas negras en su visión—. Ya están listos para iniciar la investigación.

Una investigación. ¿Ahora resultaba que era delincuente? Se le aflojó el Medsuit. Ward dio un paso al frente y carraspeó. Aria torció el gesto al notar que le quitaba la aguja del brazo. El dolor podía soportarlo, pero no el roce de aquellas manos. Se incorporó tan pronto como él se hubo retirado, la mente turbia, mareada.

—Sígueme —le dijo Ward—. Los Cónsules están preparados.

—¿Los Cónsules?

Eran las personas más influyentes de Ensoñación, y gobernaban todos los aspectos de la vida en la Cápsula.

—¿Asiste también el Cónsul Hess? ¿El padre de Soren?

El doctor Ward asintió.

—De los cinco, él es el más implicado. Ocupa el cargo de Director de Seguridad.

—¡No puedo verlo! Fue culpa de Soren. El incendio lo provocó él.

—¡Cállate, Aria! ¡Por favor, no digas nada más!

Permanecieron unos instantes mirándose. Aria tragó saliva y notó la garganta reseca.

—No puedo contarles la verdad, ¿verdad?

—Mentir no te servirá de nada —respondió Ward—. Tienen métodos para obtener la verdad.

Aria no daba crédito a lo que oía.

—Ven. Si nos retrasamos más te condenarán nada más que por haberles hecho esperar.

* * *

El doctor Ward la llevaba por un amplio pasillo curvado, que le impedía ver qué había delante. El Medsuit la obligaba a caminar con los brazos y las piernas ligeramente separadas. Si a eso sumaba la rigidez de los músculos, se sentía como una zombi siguiendo al colega de su madre.

Se fijó en que había grietas y manchas de óxido en las paredes. Ensoñación llevaba en pie casi trescientos años, pero ella, hasta ese momento, no había apreciado señales de deterioro. Había pasado toda su vida en el Panóptico, la vasta e inmaculada cúpula central. Casi todo tenía lugar allí, en cuarenta niveles que alojaban las áreas residenciales, escolares, de reposo y avituallamiento, todas ellas organizadas alrededor de un atrio. Aria jamás había visto una sola grieta en el Panóptico, aunque lo cierto era que nunca se había molestado demasiado en buscarlas.

El diseño del lugar era deliberadamente anodino y reiterativo para promover al máximo el uso de los Reinos. En la realidad todo era poco estridente y se mantenía en tonos grises, que era el color con el que vestían todos. Ahora, mientras seguía al doctor Ward, no podía dejar de pensar qué otras partes de la Cápsula se estarían deteriorando.

Ward se detuvo frente a una puerta sin placa ni identificación.

—Nos vemos luego.

Sonó a pregunta.

Aria no vio a los cinco Cónsules de Ensoñación al entrar en la sala. Así era como se presentaban siempre en público, hablando desde un antiguo Senado virtual. A la mesa solo había sentado un hombre.

El padre de Soren. El Cónsul Hess.

—Toma asiento, Aria —dijo Hess señalándole la silla metálica que tenía delante.

Ella obedeció y se cubrió el ojo desnudo con un mechón de pelo. La habitación era una caja metálica de paredes marcadas por hendiduras. Olía mucho a lejía.

—Un momento —dijo el Cónsul Hess sin dejar de observarla.

Aria se cruzó de brazos para disimular el temblor que se había apoderado de sus manos. Probablemente él estaría repasando los informes sobre el incendio en su Smarteye, o tal vez hablando con algún experto sobre el procedimiento a seguir.

El padre de Soren era un Gen 12, y hacía tiempo que había iniciado el segundo siglo de su vida. Se suponía que Soren y él se parecían, pues eran corpulentos y de rasgos similares. Pero su similitud no era evidente. Los tratamientos anti-edad mantenían la piel del Cónsul Hess tan fina y suave como la de un recién nacido, mientras que el bronceado de Soren le hacía parecer mayor. Pero como a todos los que tenían más de cien años, a Hess la edad se le notaba en los ojos, hundidos y apagados como huesos de oliva.

Aria se fijó en la silla dispuesta junto a la suya. Se suponía que no debía estar vacía. Debería haberla ocupado su madre, en lugar de encontrarse a centenares de kilómetros de allí. Aria siempre había intentado entender la dedicación de Lumina por su trabajo. No era fácil, sabiendo de él tan poco como sabía.

—Es información reservada —le decía cada vez que ella le preguntaba—. Todo lo que te puedo contar sobre él, tú ya lo sabes. Tiene que ver con el campo de la genética. Es un trabajo importante, aunque no tan importante como tú.

¿Cómo iba a poder creerla ahora? ¿Dónde estaba su madre cuando Aria la necesitaba?

La atención del Cónsul Hess se centró en ella con la insistencia de un foco. Todavía no había dicho gran cosa, pero ella sabía que la estaba estudiando. Daba golpecitos con las uñas en la mesa de acero.

—Empecemos —ordenó al fin.

—¿No deberían estar presentes todos los Cónsules?

—Los Cónsules Royce, Medlen y Tarquin están ocupados en cuestiones de protocolo. Visionarán nuestra conversación más tarde. El Cónsul Young sí se encuentra con nosotros.

Aria se fijó en el Smarteye de su interlocutor, cada vez más consciente de la gran ausencia dibujada en el lado izquierdo de su propio rostro.

—Conmigo no está.

—Sí, es cierto. Has pasado por toda una peripecia, ¿verdad? Me temo que mi hijo comparte cierta responsabilidad en lo sucedido. Soren es un quebrantaleyes congénito. Un rasgo difícil, a su edad. Pero algún día resultará bastante útil.

Aria no dijo nada hasta que supo que podría hacerlo sin que le temblara la voz.

—¿Ha hablado con él?

—Solo en los Reinos —respondió el Cónsul Hess—. Pasará tiempo hasta que pueda volver a hablar en voz alta. Le están cultivando huesos nuevos para la mandíbula. Y gran parte de la piel del rostro tendrá que ser regenerada. Nunca recuperará del todo su aspecto anterior, pero ha sobrevivido. Ha tenido suerte... aunque no tanta como tú.

Aria clavó la vista en la mesa. Había una raya larga y profunda en su superficie. No quería imaginarse a Soren con cicatrices. No quería imaginarlo en absoluto.

—Hace más de un siglo que Ensoñación no sufría una brecha en su seguridad. Es absurdo y a la vez impresionante que un grupo de Gen 2 haya logrado lo que las tormentas de éter y los Salvajes no han conseguido en tanto tiempo. —Hizo una pausa—. ¿Eres consciente de lo cerca que estuvisteis de destruir toda la Cápsula?

Ella asintió sin levantar la vista. Desde el principio había sabido lo peligroso que era encender fuego, pero había permanecido allí sentada, mirando sin hacer nada. Tendría que haber actuado antes. Tal vez habría podido salvarle la vida a Cachemira si Soren no le hubiera inspirado tanto temor.

Las lágrimas le nublaron la visión.

Cachemira estaba muerta.

¿Cómo era posible algo así?

—Con las cámaras de Ag 6 estropeadas y vuestros Smarteyes desactivados, nos encontramos en una situación algo primitiva. Solo disponemos de vuestra descripción de los hechos para saber qué fue lo que ocurrió esa noche. —Se echó hacia delante, y al hacerlo las patas de la silla se deslizaron sobre el suelo emitiendo

un leve chirrido—. Necesito que me cuentes qué fue lo que ocurrió exactamente en la cúpula.

Ella alzó la vista y escrutó sus ojos fríos en busca de alguna pista. ¿Habían encontrado su Smarteye? ¿Sabía Hess algo de la grabación?

—¿Qué le ha contado Soren? —preguntó.

El Cónsul Hess esbozó una sonrisita.

—Eso es confidencial, como también lo será tu testimonio. No se divulgará nada hasta que la investigación haya concluido. Cuando quieras.

Resiguió la raya de la mesa con un dedo cubierto por el guante. ¿Cómo podía contarle al Cónsul Hess que su hijo se había convertido en un monstruo? Necesitaba su Smarteye. Sin él, creerían cualquier cosa que Soren les vendiera. Soren mismo lo había dicho en la cúpula agrícola.

—Cuanto antes lo aclaremos, antes podrás irte —insistió Hess—. Necesitas tiempo para vivir el duelo, como todos nosotros. Hemos suspendido las actividades escolares y todo el trabajo no esencial hasta la semana próxima para permitir que se inicie la curación. Y me han informado de que tu amigo Caleb le está organizando un homenaje a Cachemira. —Hizo una pausa—. Además, supongo que estarás impaciente por ver a tu madre.

Aria se agarrotó y alzó la vista.

—¿Mi madre? Ward me ha dicho que la comunicación seguía interrumpida.

Hess agitó la mano, despectivo.

—Ward no pertenece a mi equipo. Lumina está bastante preocupada por ti. He dispuesto que puedas verla tan pronto como terminemos.

Las lágrimas volvieron a inundar los ojos de Aria, y resbalaron por sus pestañas. Ahora estaba segura. Lumina estaba bien. Seguramente habría tratado de ponerse en contacto con ella mientras estaba en Ag 6, y le habría dejado un mensaje cuando ella no estaba disponible.

—¿Cuándo ha hablado con ella? ¿Por qué se interrumpió la comunicación durante tanto tiempo?

—Aria, aquí las preguntas no las formulas tú. Dame tu versión. Desde el principio.

Le contó lo de la desconexión de los Smarteyes, primero despacio, pero después ganando confianza al describir la partida de Pelota Podrida y el incendio. Las palabras que pronunciaba la acercaban más al momento de reencontrarse con Lumina. Cuando llegó al momento en que los chicos habían empezado a perseguirlas a Cachemira y a ella, se le quebró la voz.

—Cuando él... cuando Soren... me arrancó el Smarteye, supongo que perdí el conocimiento. Después de eso ya no recuerdo nada.

El Cónsul Hess apoyó los brazos en la mesa.

—¿Y por qué habría hecho Soren algo así?

—No lo sé. Pregúnteselo usted.

La mirada distante de Hess se clavó en la suya. ¿Le transmitían las preguntas los demás Cónsules?

—Él me ha contado que lo de llegar hasta allí fue idea tuya. Que buscabas información sobre tu madre.

—¡La idea fue suya, no mía! —El dolor de cabeza regresó, y no pudo evitar una mueca de disgusto. Los sedantes. El malestar físico. La tristeza. No sabía cuál de las tres cosas le dolía más—. Soren quería vivir una aventura de verdad. Fue hasta allí dispuesto a encender una hoguera. Yo me apunté solo porque creía que sabría decirme algo sobre Alegría.

—¿Y cómo llegaron a encontrarte en la cámara de aire exterior?

—¿Me encontraron allí? No lo sé. Ya se lo he dicho. Me desmayé.

—¿Había alguien más contigo?

—¿Alguien más? —repitió ella. ¿Quién más podría haber habido en una cúpula externa? Aria se puso rígida cuando una imagen borrosa apareció en su mente. ¿Aquello había ocurrido realmente? —Había... había un forastero.

—Un forastero —repitió Hess sin alterarse—. ¿Y cómo crees tú que un

forastero logró entrar en Ag 6 la misma noche que vosotros, a la hora exacta en que Soren desactivó el sistema?

—¿Me está acusando de permitir la entrada en Ensoñación de un Salvaje?

—Yo me limito a formular preguntas. ¿Por qué fuiste tú la única a la que pusieron a salvo llevándote a la cámara de aire? ¿Por qué no fuiste atacada?

—¡Me atacó su hijo!

—Cálmate, Aria. Estas preguntas son rutinarias, no es mi intención que te disgustes. Tenemos que recabar hechos.

Ella se fijó en el Smarteye de Hess, e imaginó que en realidad estaba hablando con el Cónsul Young.

—Pues si quiere recabar hechos —dijo con voz firme— recupere mi Smarteye. Y verá lo que sucedió.

El Cónsul Hess, sorprendido, abrió mucho los ojos, pero al instante recobró la compostura. —De modo que sí realizaste una grabación. No es poca proeza, con un Ojo desactivado. Eres una chica lista. Lo mismo que tu madre. —Hess dio varios golpecitos a la mesa con los dedos—. Ya han empezado a buscar tu Ojo. Lo encontraremos. ¿Qué recogiste en tu grabación?

—Lo que acabo de decirle. Su hijo volviéndose loco.

Hess se apoyó en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—Esto me coloca en una posición difícil, ¿verdad? Pero no dudes que se hará justicia. Mi responsabilidad, por encima de cualquier otra consideración, es mantener la seguridad de la Cápsula. Gracias, Aria, has sido de gran ayuda. ¿Crees que estás en disposición de soportar varias horas de viaje? Tu madre está impaciente por verte.

—¿De verdad me está proponiendo que me desplace hasta Alegría?

—Exacto. Tengo un vehículo esperando. Lumina ha insistido en que quería verte en carne y hueso para asegurarse de que estabas recibiendo el tratamiento adecuado. Puede ser bastante persuasiva, ¿verdad?

Aria asintió, sonriendo para sus adentros. No le costaba imaginar la discusión que habrían mantenido. Lumina tenía la paciencia propia de un científico. No paraba hasta obtener el resultado que esperaba.

—Estoy bien. Puedo ir.

En realidad no lo estaba ni remotamente, pero fingiría estarlo si de ese modo lograba reunirse con Lumina.

—Bien. —El Cónsul Hess se puso en pie. Dos hombres uniformados con los trajes azules de Guardianes de Ensoñación entraron en la sala, ocupándola casi por completo con su imponente tamaño. La miraron a la cara, fijándose en el vacío dejado por el Smarteye. Aria decidió que no tenía sentido seguir cubriéndose el ojo desnudo. Se levantó ella también, haciendo esfuerzos por sobreponerse al dolor que sentía en todos los músculos y las articulaciones.

—Cuidadla bien —ordenó el Cónsul Hess a los Guardianes—. Y tú, ponte buena, Aria.

—Gracias, Cónsul Hess.

Él sonrió.

—No me las des. Es lo menos que puedo hacer, después de todo lo que has vivido.

Peregrino

PERRY se cargó al hombro el macuto y el arco y salió con Garra a última hora de la mañana del día siguiente. Había pescadores y granjeros pululando por la explanada. Eran demasiados, y conversaban unos con otros como si ya hubiera concluido la jornada de trabajo. Perry apoyó una mano en el hombro de Garra para detener su avance.

—¿Nos están atacando? —preguntó el niño.

—No —respondió Perry. Los olores que le llegaban no transportaban el suficiente pánico como para hablar de un ataque—. Debe de ser el éter. —Los remolinos azules parecían más luminosos que durante la noche. Perry los entreveía ondulándose sobre los densos nubarrones, portadores de lluvia—. Seguramente tu padre habrá convocado a todo el mundo.

—Pero si no parece tan grave.

—No —concedió Perry. Como todos los esciros más poderosos, él también era capaz de prever las tormentas de éter. La sensación de escozor en la nariz le decía que el estado del cielo todavía iba a empeorar antes de suponer amenaza. Pero Valle nunca se arriesgaba cuando se trataba de la seguridad de los Mareas.

Los ruidos de su estómago lo llevaron a conducir a Garra hasta las cocinas. Se fijó en que su sobrino se apoyaba más en la pierna derecha. No se trataba de una cojera demasiado evidente. De hecho, apenas se notaba. Pero cuando un grupo de niños se acercó gritando y levantando polvo, Garra se detuvo por completo. Los pequeños pasaron de largo, a la carrera. Mocosos flacos, ágiles a causa del trabajo y las comidas escasas, no de la enfermedad. Hacía apenas unos meses, Garra iba a la cabeza de ese mismo grupo.

Perry levantó a su sobrino por los hombros, lo puso boca abajo e hizo como que se divertía. Garra se echó a reír, pero él sabía que su sobrino también estaba fingiendo. Sabía que se moría de ganas de salir corriendo tras sus amigos. De volver a tener unas piernas que le respondieran.

En la penumbra de las cocinas permanecía suspendido un olor a cebolla y a

humo de leña. Se trataba de la estructura más extensa del recinto. Allí era donde comían. Donde Valle organizaba las reuniones en los meses de invierno. Una parte de la estancia estaba ocupada por una docena de mesas con caballetes, más la de Valle, que ocupaba la cabecera, al fondo, y estaba elevada sobre un estrado de piedra. En la otra, tras medio muro de ladrillo, se encontraba el hogar donde se cocinaba, una hilera de fogones de hierro y varias tablas de trabajo que llevaban años sin lucir un aspecto rebosante.

Ahí era donde iban a parar los productos del día, procedentes de los campos y del mar. Todo lo que Perry y los demás cazadores lograban aportar. Todo se llevaba hasta allí, y las familias lo compartían. Los Mareas eran afortunados, pues contaban con un río subterráneo que recorría el valle y facilitaba el riego. Pero ni siquiera disponer de toda el agua del mundo servía de nada cuando atacaban las tormentas de éter, que abrasaban porciones enteras de terreno. Ese año, sus campos resecos no habían dado lo necesario para llenar las despensas antes de la llegada del invierno. La tribu comería gracias a la hermana de Perry, Liv.

Cuatro vacas. Ocho cabras. Dos docenas de pollos. Diez sacos de cereal. Cinco bolsas de hierbas secas. Esas eran algunas de las cosas que el matrimonio de Liv con un Señor de la Sangre del Norte, había aportado a los Mareas. «Soy cara», había bromeado Liv el día de su partida, pero ni Perry ni su mejor amigo, Rugido, se habían reído. La mitad del pago por ella ya había llegado. Esperaban que la otra mitad lo hiciera en breve, una vez que Liv se reuniera con su futuro esposo. La necesitaban con urgencia, antes de que el invierno se instalara con fuerza.

Frente a ellos Perry vio a un grupito de audiles que ocupaba una de las mesas del fondo. Echados hacia delante, susurraban. Los Orejas se pasaban el día susurrando. Un momento después, captó una onda verde, luminosa, que se mecía como un ciprés. Era el nerviosismo de aquellos hombres. Probablemente alguno de ellos habría oído su pelea con Valle.

Perry aupó a Garra, lo sentó sobre el muro de ladrillo y le pasó una mano por el pelo, despeinándolo.

—Arroyo, hoy te he traído una comadreja. No he encontrado nada mejor. Ya sabes cómo están las cosas ahí fuera.

Arroyo levantó la vista de la cebolla que picaba, y sonrió. Llevaba una de las puntas de flecha de Perry sujeta a un cordón de cuero, a modo de collar, algo que a Perry no le pasó desapercibido. Tenía buen aspecto esa mañana. Ella siempre tenía

buen aspecto. Sus ojos, de un azul intenso, se posaron un instante en las mejillas de Perry, y entonces le guiñó uno a Garra.

—Qué cosita tan mona. Espero que tenga buen sabor. —Se asomó a la gran cacerola que colgaba sobre el fuego—. Échala aquí dentro.

—¡Arroyo! ¡Yo no soy ninguna comadreja!

Perry lo levantó al vuelo, y el niño soltó una risita.

—Espera un momento, Perry —dijo Arroyo, preparando dos cuencos de gachas para ellos—. Será mejor que lo engordemos un poco antes de cocinarlo.

Garra y él se sentaron junto a la puerta, como siempre, porque desde allí a Perry le llegaban mejor los olores del exterior. Así, si a Valle le daba por presentarse, dispondría de unos segundos de ventaja. Desde su sitio, vio que Wylan y Oso, los mejores hombres de Valle, estaban sentados con los audiles, lo que significaba que seguramente su hermano había salido a cazar solo.

Perry engulló las gachas de cebada para que los sabores no se apoderaran de su boca. Ser esciro implicaba también poseer un acusado sentido del gusto, lo que no siempre suponía una ventaja. Aquella pasta blanda había absorbido los rastros de otras comidas servidas en ese mismo cuenco de madera, y transmitía en su lengua un regusto rancio a pescado salado, leche de cabra y nabos. Se levantó a por otra ración, pues sabía que Arroyo no se la negaría, y nunca estaba de más alimentarse cuando se tenía ocasión. Al terminar, se echó hacia atrás y cruzó los brazos sobre el pecho, sintiéndose solo medio lleno, y bastante culpable al pensar que se estaba llenando la barriga a costa de la felicidad de su hermana.

Garra llevaba un rato revolviendo su comida, formando montoncitos con la cuchara. Ahora se dedicaba a mirar a todas partes menos al cuenco. A Perry le dolía ver a su sobrino tan demacrado.

—Vamos a ir a cazar, ¿de acuerdo? —Le preguntó. Salir de caza le proporcionaría una excusa para alejar al niño del recinto. Quería regalarle la manzana, la fruta favorita de Garra. Valle siempre le compraba unas cuantas en secreto cuando los mercaderes las traían.

Garra dejó de remover las gachas.

—Pero, ¿y el éter?

—Nos mantendremos alejados de él. Vamos, Garra. Podríamos ir un ratito.

El pequeño se rascó la nariz, se echó hacia delante y susurró:

—Ya no puedo salir del recinto. Me lo ha dicho mi padre.

Perry frunció el ceño.

—¿Y cuándo te ha dicho eso?

—Eh... Un día después de que te fueras, creo.

Perry disimuló un principio de ira, pues no quería que su sobrino la notara. ¿Cómo podía Valle privarle de cazar? A Garra le encantaba.

—Estaríamos de regreso antes de que tu padre lo supiera.

—Tío Perry...

Él volvió la cabeza, siguiendo la línea de visión de Garra hasta la mesa que quedaba a sus espaldas.

—¿Qué? ¿Crees que los Orejas me han oído? —le preguntó, aunque sabía que sí. Perry susurró algunas sugerencias a los audiles. Ideas sobre lo que más les valdría estar haciendo, en lugar de meterse en las conversaciones de los demás. Aquellas recomendaciones le valieron varias miradas severas.

—Mira, Garra, tenías razón. Me oyen. No debería sorprenderme. Yo huelo a Wylan desde aquí. ¿A ti te parece que esa peste horrible sale de su boca?

Garra sonrió. Había perdido algunos dientes de leche, y su sonrisa recordaba a una mazorca de maíz de dos colores.

—Yo creo que ese olor le sale de la zona sur del cuerpo.

Perry se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Cállate, Peregrino! —exclamó Wylan—. Ya lo has oído. El chico no puede salir de aquí. ¿Quieres que Valle se entere de lo que estás haciendo?

—Eso depende de ti, Wylan. Decírselo o no decírselo a Valle. ¿Quieres

vértelas con él o conmigo?

Perry conocía la respuesta. Su hermano castigaba reduciendo a la mitad las raciones de comida. Obligando a realizar tareas pesadas. Incrementando las guardias nocturnas en invierno. Cosas desagradables, pero todas ellas preferibles, para una criatura vanidosa como era Wyler, a la posibilidad de que Perry le propinara una paliza. De modo que cuando todos los audiles se pusieron en pie y se fueron hacia él, Perry estuvo a punto de volcar el banco al levantarse. Se quedó en el corredor que formaban las hileras de mesas. Garra estaba bastante más atrás.

Wylan, que iba delante, se detuvo a unos pasos de él.

—Peregrino, eres un idiota integral. Ahí fuera está pasando algo.

Perry tardó unos segundos en comprender. Habían oído algo fuera, y sencillamente se habían levantado para salir a ver. Se apartó, y los audiles pasaron apresuradamente. Los demás ocupantes de la cocina hicieron lo mismo.

Perry regresó junto a Garra. A su sobrino se le había derramado el contenido del cuenco, y las gachas iban cayendo al suelo por una hendidura de la mesa.

—Yo creía... —dijo, mirando las tablas desgastadas—. Ya sabes lo que creía.

Garra sabía mejor que nadie que Perry era de sangre caliente. Siempre había sido impulsivo, pero desde hacía un tiempo las cosas habían empeorado. Últimamente, si había alguna pelea, Perry encontraba la manera de acabar metido en ella. El éter de su sangre se concentraba, adquiría más potencia con el paso de los años, de las tormentas. Sentía que su cuerpo tenía voluntad propia. Siempre al acecho. Preparándose para la única pelea que le proporcionaría satisfacción.

Pero aquella, precisamente, era la que no podía librar. En un desafío para convertirse en Señor de la Sangre, el perdedor moría o era obligado al destierro. Y Perry no se atrevía a imaginar siquiera la posibilidad de dejar sin padre a Garra. Ni podía obligar a su hermano y a su sobrino enfermo a vivir a la intemperie. En las tierras fronterizas, más allá de los territorios de las tribus, no existían las leyes: allí solo existía la supervivencia.

Aquello le dejaba solo una salida. Tenía que irse él. Alejarse era lo mejor que podía hacer por Garra. De ese modo el niño podría quedarse y vivir lo que le quedaba de vida en la seguridad que proporcionaba el recinto. Pero de ese modo él nunca ayudaría a los Mareas tanto como habría podido.

* * *

Fuera, la gente se agolpaba en la explanada. El aire de la primera hora de la tarde se llenaba de ánimos excitados, de olores fuertes. Pero no había rastros de temor. Docenas de voces hablaban al unísono y aturdían sus oídos, pero seguramente los audiles habían oído algo que les había hecho salir disparados. Perry vio a Oso creando una ola en su avance a través de la multitud. Wylan y algunos otros lo siguieron en dirección al exterior del recinto.

—¡Perry! ¡Aquí arriba!

Arroyo se había subido al terrado de la cocina, y desde allí le hacía señas. A Perry no le sorprendió verla ya allí. Se subió a los establos contiguos a la estructura, tirando de Garra para que hiciera lo mismo.

Desde allí se disfrutaba de una buena vista de las colinas que formaban la frontera oriental de los Mareas. Las tierras de cultivo se perdían en la distancia en un damero de verdes y marrones salpicado de hileras de árboles que seguían el curso del río subterráneo. Perry también distinguía las porciones de tierra ennegrecida por el éter, los puntos en que los torbellinos habían impactado a principios de aquella primavera.

—Allí —le dijo Arroyo.

Miró en la dirección que le señalaba. Como Arroyo, él también era vidente, y veía mejor que la mayoría de personas durante el día, aunque su verdadero don consistía en su visión nocturna. No conocía a ningún otro vidente como él, e intentaba pasar desapercibido.

Perry meneaba la cabeza, incapaz de distinguir nada a lo lejos.

—Ya sabes que se me da mejor de noche.

Arroyo esbozó una sonrisa maliciosa.

—Sí, lo sé muy bien.

Él le devolvió la sonrisa. No se le ocurría qué decir.

—Más tarde.

Ella soltó una risotada y volvió a fijar los ojos azules en la lejanía. Era una vidente de gran poder, la mejor de la tribu desde que su hermana menor, Clara, había desaparecido. Había transcurrido más de un año desde su partida, pero Arroyo no había perdido la esperanza de verla regresar. Perry olía la esperanza que sentía en ese momento. Y olió también la decepción posterior.

—Es Valle —le dijo—. Trae algo grande. Parece un ciervo.

Perry debería haber sentido alivio al saber que se trataba solo de su hermano, que regresaba de su jornada de caza, y no de los miembros de otra tribu en busca de alimentos. Pero no lo sentía.

Arroyo se acercó más a él, fijándose de nuevo en la mejilla amoratada.

—Eso tiene que doler, Per. —Le resiguió la hinchazón del rostro con un dedo, pero tan suavemente que no le dolió nada. Cuando su perfume floral llegó hasta él, no pudo reprimir el deseo de atraerla hacia sí.

La mayoría de chicas de la tribu sentían desconfianza cuando estaban cerca de él. Y él lo comprendía, si tenía en cuenta su precario futuro con los Mareas. Pero Arroyo no. En más de una ocasión, mientras estaban tendidos, juntos, sobre la hierba tibia del verano, ella le había susurrado al oído que podían convertirse en la pareja gobernante. A él le gustaba Arroyo, pero aquello no sucedería nunca. Él escogería a otra esciro algún día, a alguien con su mismo sentido primordial. Pero Arroyo no se rendía nunca, y en realidad a él no le molestaba que no lo hiciera.

—¿Entonces? ¿Es verdad lo que ocurrió entre Valle y tú? —le preguntó.

Perry soltó despacio el aire. Con los audiles cerca no existían los secretos.

—Esto no me lo ha hecho Valle.

Arroyo sonrió como si no lo creyera.

—Hoy aquí se ha congregado todo el mundo, Perry. Es el momento perfecto para desafiarlo.

Él dio un paso atrás y masculló una maldición. Ella no era esciro. Jamás entendería qué significaba vivir entregado. Por más que quisiera ser Señor de la

Sangre, jamás podría hacer daño a Garra.

—¡Ya lo veo! —dijo el niño desde el borde del terrado.

Perry corrió a su lado. Valle atravesaba el campo que rodeaba el recinto, lo bastante cerca de él para que todos pudieran verlo. Era alto, como Perry, pero siete años mayor: su constitución era la de un hombre. La cadena que el Señor de la Sangre llevaba al cuello resplandecía a la luz del cielo. En sus bíceps se enroscaban las marcas del esciro. Una banda en cada brazo, solitaria y orgullosa, no como las de Perry, que eran dos garabatos. La marca del nombre de Valle trazaba una línea sobre su piel, a la altura del corazón, y se elevaba y se hundía como el perfil de su valle. Llevaba el pelo negro echado hacia atrás, y Perry distinguía bien sus ojos, tan serenos y sosegados como siempre. Tras él, en una litera fabricada con ramas y sogas, reposaba su presa.

El ciervo parecía pesar unos cien kilos. Tenía la cabeza echada hacia atrás para que la cornamenta no arrastrara. Era de diez puntas. Un animal inmenso.

Abajo, el tambor empezó a repetir un ritmo grave. Se le fueron sumando los demás instrumentos, que tocaron la Canción del Cazador. Una canción que hacía que a Perry le latiera con fuerza el corazón cada vez que la oía.

La gente echó a correr en dirección a Valle. Le arrebataron la litera de las manos. Le llevaron agua, lo alabaron. Con un ciervo de ese tamaño todos podrían comer hasta hartarse. Un animal tan grande era una señal extraordinaria de abundancia. Un buen presagio para el invierno que se avecinaba. Y para la estación de crecimiento que se acercaba. Por eso Valle había convocado a la tribu en el recinto. Quería que todo el mundo lo viera regresando con la pieza.

Perry bajó la vista y se miró las manos temblorosas. Ese ciervo debería de haberlo cazado él. Él debería haber sido el que cargara aquella litera. No daba crédito a la suerte de Valle. ¿Cómo podía haberse cobrado un ciervo tan grande cuando él no había encontrado ninguno en un año entero? Perry sabía que era mejor cazador que su hermano. Apretó mucho los dientes, intentando apartar del pensamiento la idea que se derivaba de ella, sin lograrlo. Él también sería mejor Señor de la Sangre.

—Tío Perry —dijo Garra, levantando la cabeza para mirarlo, respirando con dificultad.

Y Perry vio que todos los celos y la ira que sentía en su interior traspasaban al

rostro demacrado de su sobrino. Y se mezclaban con su temor. Aspiró la mezcla desesperada que formaban, y su olor le dijo que no debería haber regresado.

ARIA siguió a los Guardianes por los pasillos curvos. Quería salir de aquel mundo real en que las cosas se oxidaban y se cuarteaban. En que la gente moría en incendios. Ojalá tuviera su Smarteye para poder escindirise y escapar a un Reino. Con él ya podría haberse ido, estar en otra parte.

Empezó a ver que había más Guardianes en los vestíbulos y en los espacios que entreveía al pasar, y que por su aspecto parecían cantinas y salas de encuentro. A casi todos los conocía de cara, pero en realidad eran desconocidos. En los Reinos no se mezclaba con ellos.

Los Guardianes le hicieron pasar a través de una cámara estanca marcada como «Defensa y Reparaciones Externas 2». Se detuvo en seco al entrar en un nudo de transporte tan grande que ella no había visto jamás algo así. Allí había aerodeslizadores dispuestos en hileras, vehículos azules, iridiscentes, que hasta ese momento ella solo había visto en los Reinos. Las aerodinámicas naves parecían replegadas, como insectos preparados para alzar el vuelo. En el aire, más arriba, flotaban pistas aéreas marcadas por haces de luz azulada. De un grupo de Guardianes situados más lejos llegaron unas carcajadas amortiguadas por el zumbido de los generadores. Ella había estado durante toda su vida muy cerca de aquel hangar. Todo aquello existía en Ensoñación, y ella no tenía la menor idea.

Uno de los deslizadores más alejados de donde se encontraba se iluminó con un resplandor azul. Y fue entonces cuando cayó en la cuenta: estaba a punto de salir. Jamás pensó que abandonaría Ensoñación. Aquella Cápsula era su hogar. Pero ya no era lo mismo. Había visto sus frutas podridas, el óxido de sus paredes. Había visto máquinas que bloqueaban su mente y que le inmovilizaban las extremidades. Soren estaba ahí. Y Cachemira ya no. ¿Cómo iba a poder seguir viviendo sin ella? No podría. Necesitaba irse de allí. Y, sobre todo, necesitaba a su madre. Lumina sabría cómo solucionarlo todo.

Con los ojos llenos de lágrimas, siguió a los Guardianes hasta un Rover. Reconoció el vehículo por haberlo visto en los Reinos. Se trataba de una máquina pensada para correr. Aria puso el pie en un peldaño metálico, y al llegar arriba vaciló. ¿Cuándo regresaría?

—No te detengas —le ordenó un Guardián que llevaba guantes negros. El habitáculo resultaba sorprendentemente pequeño, iluminado por una luz tenue, azulada, y con asientos a ambos lados.

—Aquí, aquí —dijo el hombre.

Aria se sentó donde le indicaba e intentó ponerse las bridas, manipulándolas torpemente con unos dedos cubiertos por los guantes del Medsuit. Habría querido pedir ropa, pero no quiso perder tiempo, ni arriesgarse a que Hess cambiara de opinión.

El hombre le arrebató los cinturones y se los abrochó mediante varias maniobras consecutivas. Después se sentó frente a ella, junto a los otros cinco Guardianes. Revisaron las coordenadas usando una jerga militar que ella apenas comprendía, y se callaron cuando la puerta se cerró emitiendo una especie de silbido, de grito ahogado. El vehículo cobró vida, empezó a vibrar y a zumbar como un millón de abejas. Cerca de la cabina algo empezó a moverse dentro de un armario, creando un repiqueteo metálico. El ruido volvió a avivar su dolor de cabeza. Y en la boca se le coló un empalagoso sabor químico.

—¿Cuánto dura el viaje? —preguntó.

—No mucho —respondió el Guardián que le había abrochado el cinturón. El hombre cerró los ojos. Casi todos los demás hicieron lo mismo. ¿Lo hacían siempre? ¿O era solo para evitar mirar el vacío sobre su ojo izquierdo?

El tirón del despegue la pegó al asiento, y después, mientras la nave se ponía en marcha, la empujó hacia un lado. Sin ventanas por las que mirar, Aria se concentraba en todo lo que oía. ¿Qué estaba ocurriendo fuera? ¿Habían abandonado ya el hangar? ¿Se encontraban ya en el exterior?

Tragó saliva para librarse del sabor amargo que le invadía la lengua. Necesitaba agua, y los cinturones del asiento le apretaban demasiado. No podía siquiera aspirar profundamente sin clavárselos. Empezó a sentirse mareada, como si le faltara el aire. Aria repasó mentalmente las escalas vocales, luchando contra la nota aguda de su jaqueca. Las escalas siempre la calmaban.

El Rover ralentizó la marcha mucho antes de lo que ella esperaba. ¿Media hora? Aria sabía que no calculaba el tiempo con exactitud, pero no había sido un viaje largo.

Los Guardianes pulsaron unas placas que llevaban en las muñecas de sus uniformes y se pusieron los cascos, procediendo con ademanes rápidos, practicados con anterioridad. Sus visores emitían una luz tenue, que traspasaba sus Smarteyes. Aria miró a su alrededor, en la cabina. ¿Por qué no le habían proporcionado un casco a ella?

El hombre de los guantes negros se puso en pie y le desabrochó los cinturones. Aria, finalmente, pudo aspirar hondo, pero no se sintió satisfecha. Una levedad extraña se había apoderado de ella.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó. No había notado ningún impacto de aterrizaje. El Rover seguía emitiendo zumbidos.

La voz del Guardián se proyectó a través del altavoz del casco.

—Tú sí.

La puerta del Rover se abrió y, al hacerlo, permitió la entrada de un estallido de luz. Un aire caliente inundó la cabina. Aria parpadeó de prisa, intentando que sus ojos se adaptaran a la claridad. No veía ningún hangar. No veía nada que se pareciera a Alegría. Una vasta extensión de tierra desolada se perdía hasta el horizonte. Un desierto que llegaba hasta donde alcanzaba la vista. No entendía nada. No podía aceptar lo que veía.

Una mano se aferró a su muñeca. Ella gritó y se echó hacia atrás.

—¡Suélteme!

Se agarró con todas sus fuerzas a los cinturones del asiento.

Unas manos duras se posaron en sus hombros, le apretaron los músculos y la arrancaron de sus asideros. Tiraron de ella hacia el borde en un instante. Ella bajó la vista y se miró los pies cubiertos por el tejido. Estaban a escasos centímetros de la junta metálica. Mucho más abajo veía tierra roja, cuarteada.

—¡Por favor! ¡Yo no hice nada!

Un Guardián se plantó tras ella. Lo vislumbró apenas un instante, en el momento en que le daba una patada en los riñones. Después empezó a caer al vacío.

Apretó mucho los labios al impactar contra la tierra. Sintió un dolor intenso

en las rodillas y los codos. Fue a dar con una sien en el suelo. Ahogó un grito, porque emitir cualquier sonido —incluso respirar—, significaba la muerte. Aria levantó la cabeza y se miró los dedos manchados de tierra color óxido.

Estaba tocando el exterior. Se encontraba en la Tienda de la Muerte.

Se volvió a tiempo de ver cómo se cerraba la trampilla del Rover, y pudo contemplar por última vez a los Guardianes. Otro Rover flotaba junto al primero, y los dos resplandecían como perlas azules. Un zumbido reverberó en el aire a su alrededor mientras se alejaban, levantando nubes de tierra rojiza en su avance sobre la inmensa llanura.

Los pulmones de Aria se comprimían en espasmos, luchaban por obtener oxígeno. Se cubrió la boca y la nariz con la manga del traje. No podía reprimir por más tiempo la necesidad de respirar. Aspiró y espiró a la vez, asfixiándose, con los ojos llenos de lágrimas, mientras intentaban recobrar el ritmo de la respiración. Vio que los Rovers se perdían en la distancia, y tomó nota mental del punto donde desaparecían. Cuando dejó de verlos, se sentó a contemplar el desierto. Su aspecto era desolado, árido, en cualquier dirección. El silencio era tan absoluto que se oía a sí misma cada vez que tragaba saliva.

El Cónsul Hess la había engañado.

Había mentido. Ella ya suponía que la castigarían de algún modo cuando concluyeran las investigaciones, pero no así. Llegó a la conclusión de que el Cónsul Young no había presenciado el encuentro a través del Smarteye de Hess. Habían estado ellos dos solos. En su informe, probablemente, el Cónsul declararía que ella había muerto en Ag 6, junto con Cachemira, Eco y Ruina. Hess la culparía a ella por organizar lo de aquella noche, y también por permitir la entrada en la Cápsula de un Salvaje. Estaba convencida de que le cargaría a ella todos sus problemas para quitárselos de encima para siempre.

Con las piernas temblorosas logró levantarse, haciendo esfuerzos por sobreponerse a la sensación de mareo. El calor de la tierra impregnaba el tejido del Medsuit, y le calentaba las plantas de los pies. Como si le hubiera leído los pensamientos, el traje impulsó una bocanada de aire fresco que le recorrió la espalda y el estómago. Estuvo a punto de echarse a reír. El Medsuit seguía regulando la temperatura.

Alzó la vista. Unas nubes grises oscurecían el cielo. Entre ellas se veía el éter.

Éter de verdad. Los chorros circulaban sobre las nubes. Eran hermosos, como relámpagos atrapados en corrientes líquidas, finos como velos en algunos lugares. En otros, se unían formando caudales gruesos, luminosos. Por su aspecto, nadie habría dicho que el éter era capaz de acabar con el mundo, pero eso era lo que había estado a punto de suceder durante la Unidad.

En el transcurso de seis décadas, tras su aparición, el éter abrasó la tierra con incendios constantes, pero, según le había explicado su madre, el golpe más fuerte contra la humanidad lo supuso su capacidad de generar mutaciones. Surgieron nuevas enfermedades, que evolucionaron rápidamente, y que se propagaron. Hubo epidemias que arrasaron poblaciones enteras. Los antepasados de Aria fueron algunos de los afortunados que se refugiaron en las Cápsulas.

Un refugio con el que ella ya no contaba.

Aria sabía que no podía sobrevivir en aquel mundo contaminado. Ella no había sido diseñada para ello. La muerte era solo cuestión de tiempo.

Se fijó en la zona más iluminada de la nube, donde la luz brillaba a través de una neblina dorada. Esa luz provenía del sol. Tal vez llegara a ver el sol verdadero. Tuvo que reprimir las ganas de llorar al pensar en esa posibilidad. Ver el sol. Porque... ¿Quién lo sabría? ¿A quién podría contar que había visto algo tan increíble?

Se dirigió hacia el punto donde habían desaparecido los Rovers, a pesar de saber que era absurdo. ¿Acaso creía que el Cónsul Hess cambiaría de opinión? Pero ¿dónde podía ir si no? Avanzaba moviendo unos pies que no reconocía como suyos, sobre una tierra que parecía piel de jirafa.

No había dado más de diez o doce pasos cuando empezó a toser de nuevo. Y al poco tiempo regresó el mareo, y no pudo seguir manteniéndose en pie. Pero no eran solo los pulmones los que rechazaban el aire exterior. Le lloraban los ojos, y sentía la nariz irritada. Le ardía la garganta, y la boca se le iba llenando de una saliva caliente.

Había oído muchas historias sobre la Tienda de la Muerte, como todos. Un millón de maneras de morir. Sabía que existían manadas de lobos listos como hombres. Le habían hablado de las bandadas de cuervos que devoraban a personas vivas a trocitos, y de tormentas de éter que se comportaban como depredadores. Pero en ese momento ella se convenció de que la peor muerte de la Tienda de la

Muerte consistía en pudrirse en soledad.

Peregrino

PERRY observaba a su hermano mayor avanzar por la explanada. Valle se detuvo y echó hacia atrás la cabeza, olisqueando el viento. Sostenía la testa del ciervo en la mano, un inmenso amasijo de cuernos, gruesos como ramas de arbusto. Impresionante. Perry no podía negarlo. Valle recorrió la multitud con la mirada hasta encontrar a su hermano, y vio que Garra estaba a su lado.

Perry iba cobrando conciencia de muchas cosas a medida que su hermano se acercaba: del dispositivo de la residente, y de la manzana, ambos envueltos en plástico y enterrados en lo más hondo de su macuto; del cuchillo que llevaba apoyado en la cadera; del arco y las flechas que cargaba a la espalda. Notó que la gente dejaba de hablar y formaba un círculo a su alrededor. Sintió que Garra se apartaba de su lado y retrocedía. También olía los humores: docenas de olores intensos que impregnaban el aire tanto como el éter del cielo.

—Hola, hijo —dijo Valle, observando a Garra con tristeza. Perry lo veía en su mirada. Y también veía la hinchazón que rodeaba su nariz. Y se preguntaba si alguien más se fijaría en ella.

Garra levantó la mano, a modo de respuesta, pero sin dar un paso al frente. No quería demostrar su debilidad en presencia de su padre. Cómo sufría, por la pena, sí, y también por la enfermedad. Hacía mucho tiempo había sido Perry el que se escondía de su padre ocultándose tras las piernas de Valle. Pero entre los esciros, esconderse no servía de nada. Los olores delataban.

Valle levantó la cabeza del ciervo.

—Para ti, Garra. Escoge un cuerno. Con él te haremos la empuñadura de un puñal nuevo. ¿Te gustaría?

Garra se encogió de hombros.

—Está bien.

Perry se fijó en el cuchillo que Garra llevaba al cinto. Era uno suyo, antiguo. De niño, le había tallado plumas en la empuñadura, creando un diseño adecuado

para él y, después, para Garra. No veía motivo para que lo cambiara por otro.

Finalmente, Valle lo miró a los ojos. Se fijó en el moratón del rostro, y la sospecha centelleó en su mirada. Valle sabía que eso no se lo había hecho él. Él no le había propinado ningún puñetazo aquella noche, desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué te ha ocurrido, Peregrino?

Perry permaneció en silencio. No podía contarle la verdad a Valle, pero mentir tampoco iba a servirle de nada. Dijera lo que dijese, la gente creería que el causante de aquel moratón era Valle, lo mismo que Arroyo. Culmando a cualquier otro solo conseguiría que los demás lo consideraran un débil.

—Gracias por preocuparte, Valle. Me alegro de estar en casa. —Señaló la cabeza del ciervo—. ¿Dónde lo has abatido?

—En la Punta del Musgo.

Perry no podía creer que le hubiera pasado por alto el olor del ciervo. No hacía mucho tiempo que había pasado por allí.

Valle sonrió.

—Buena pieza, ¿no te parece, hermanito? La mejor en años.

Perry dedicó una mirada asesina a su hermano mayor, reprimiendo las palabras desagradables que se le ocurrían. Valle sabía que a Perry le molestaba que lo llamara así delante de la tribu. Ya no era pequeño. No había nada pequeño en él.

—¿Todavía crees que hemos agotado la caza?

Perry estaba convencido de ello. Los animales habían huido. Habían notado que el éter se fortalecía con el paso de los años. Y él también lo notaba. Pero ¿qué podía decir? Valle sostenía en sus manos la prueba de que todavía había caza en el exterior, lista para ser cobrada.

—Aun así deberíamos trasladarnos —dijo sin pensar.

Una sonrisa asomó al rostro de Valle.

—¿Trasladarnos, Perry? ¿Lo dices en serio?

—Las tormentas van a seguir empeorando.

—Este ciclo pasará, como han pasado todos.

—Con el tiempo, tal vez. Pero es posible que nosotros no logremos sobrevivir a lo peor si nos quedamos aquí.

La multitud congregada a su alrededor se inquietó audiblemente. Valle y él podían discutir así en privado, pero nadie cuestionaba al Señor de la Sangre en presencia de otros.

Valle cambió de postura.

—En ese caso, cuéntenos cuál es tu idea, Perry. Cómo crees que podemos trasladar a más de doscientas personas al exterior. ¿Crees que las cosas nos irán mejor sin un lugar donde refugiarnos? ¿Luchando por sobrevivir en las tierras de la frontera?

Perry tragó saliva. Él sabía lo que sabía. Pero nunca era capaz de expresarlo bien. Con todo, ahora ya no podía seguir callado.

—El recinto no resistirá si las tormentas empeoran mucho. Estamos perdiendo nuestros campos de cultivo. Y lo perderemos todo si nos quedamos. Tenemos que encontrar una tierra más segura.

—¿Y adónde quieres que vayamos? —le preguntó Valle—. ¿Crees que alguna otra tribu nos acogerá en su territorio? ¿A todos?

Perry negó con la cabeza. No estaba seguro. Valle y él eran Marcados. Valían algo, aunque solo fuera por su sangre. Pero los demás no. Los No Marcados que no eran esciros, ni audiles, ni videntes, y que constituían la mayoría de la tribu, no valían nada.

Valle entrecerró los ojos.

—¿Y si las tormentas son aún peores en otros territorios, Peregrino?

Perry no podía responder a eso. No sabía si el éter atacaba tanto en otros lugares como atacaba allí. Él solo sabía que durante el invierno anterior, las tormentas habían arrasado una cuarta parte de su territorio. Y temía que ese invierno fuera peor.

—Si nos vamos de esta tierra, moriremos —reiteró Valle, en un tono repentinamente áspero—. Intenta pensar un poco, para variar, hermanito. A lo mejor te sirve de algo.

—Estás equivocado —replicó Perry. ¿Es que nadie más lo veía?

Varias personas ahogaron un grito. A Perry casi le parecía oír sus pensamientos a través del olor que desprendían sus emociones. «Peléate, Perry. Será todo un espectáculo.»

Valle le entregó la cabeza del ciervo a Oso. El silencio de la muchedumbre era tal que Perry oyó el chaleco de cuero de Oso crujir cuando este dio un paso al frente. La visión de Perry empezó a canalizarse, tal como le sucedía cuando iba de caza. Ya solo veía a su hermano mayor, el mismo que lo había defendido tantas veces cuando él era un niño, pero que ahora se negaba a creerle. Perry miró a Garra. No podía hacerlo. ¿Y si mataba a Valle allí mismo?

Garra dio un paso al frente.

—¿Podemos ir a cazar, padre? ¿Podemos ir de caza Perry y yo?

Valle bajó la mirada, y la oscuridad de sus ojos se suavizó al momento.

—¿De caza, Garra? ¿Ahora?

—Hoy me encuentro bien. —El niño echó hacia atrás la barbilla—. ¿Podemos ir?

—¿Tantas ganas tienes de superarme, hijo?

—¡Sí!

Las carcajadas de Valle provocaron algunas risitas forzadas de los congregados.

—Por favor, padre, solo un rato.

Valle arqueó las cejas mirando a Perry, como para indicarle que le parecía adecuado que su hijo hubiera salido en su rescate. Esa mirada estuvo a punto de lograr que Perry se abalanzara sobre él.

Valle se arrodilló y extendió los brazos. Garra le rodeó el cuello fuerte con sus bracitos flacos, cubriendo con ellos la cadena de Señor de la Sangre. Ocultándola a ojos de Perry.

—Esta noche celebraremos un banquete —dijo Valle, separándose un poco y sosteniendo entre sus manos la cara de su hijo—. Y a ti te guardaré los mejores cortes. —Se puso en pie y con un gesto pidió a Wylan que se acercara—. Asegúrate de que no se alejen mucho del complejo.

—No lo necesitamos —intervino Perry. ¿Acaso Valle creía que no era capaz de proteger a Garra? Además, no le interesaba la presencia de Wylan. Si venía el audil, no podría regalarle la manzana a su sobrino—. Lo mantendré sano y salvo.

Los ojos de Valle se posaron en la mejilla hinchada de su hermano.

—Hermanito, si te vieras entenderías por qué no te creo.

Más risas, que esta vez nadie se molestó en disimular. Perry se agitó. Los Mareas no lo tomaban en serio.

Garra le tiró del brazo.

—Vamos, tío Perry. Antes de que se haga tarde.

Los músculos de Perry estaban impacientes por ponerse en movimiento, pero no podía darle la espalda a su hermano. Garra lo soltó y se adelantó, corriendo con paso lastimero.

—¡Venga, tío Perry! ¡Vamos!

Y, haciéndolo por él, Perry fue tras su sobrino.

CUANDO el ataque de tos remitió, Aria se tendió de lado. Le dolían las costillas. Sentía la garganta irritada, hinchada. Pero había sobrevivido. La piel no se le había derretido, ni había entrado en estado de shock. Tal vez las historias que se contaban no fueran ciertas. O tal vez era simplemente que todavía no le había sucedido.

Se puso en pie y reemprendió la marcha. Ya había aceptado que no llegaría a ningún sitio. Lo que le importaba era fingir que sí. Que avanzando paso a paso encontraría algún refugio. Llegó a convencerse a sí misma hasta tal punto que cuando vio unas formas borrosas en la distancia, creyó que eran imaginaciones suyas.

Aceleró el paso. El corazón le latía con fuerza a medida que los perfiles se dibujaban con más claridad y el suelo se llenaba de cascotes. Algunos fragmentos rotos atravesaban las suelas del Medsuit y se le clavaban en los pies. Se detuvo para mirar intensamente hacia un mar de cemento. Entre las ruinas sobresalían hierros, restos escultóricos, retorcidos, oxidados. Aquello había sido una gran ciudad en otro tiempo, pensó. Desafiante, allí, en medio de la nada. Ya ni siquiera serviría para proporcionarle refugio a ella. Fijó otro rumbo, y volvió a ponerse en marcha.

Evitaba pensar en la medida de lo posible, pero los recuerdos regresaban a su mente, en estampida, más allá de su control. Ward la había visto con vida. ¿Lo habría presionado Hess para que no hablara? ¿Sufría su madre en ese momento? ¿Qué le habría dicho Lumina en el mensaje titulado «Pájaro Cantor»?

Aria se sentó a descansar. Recordó la última vez que había estado con su madre en Ensoñación. Un Domingo de Canto. Todos los domingos de su vida, a las once en punto, Aria se encontraba con su madre en el Reino de la Ópera de París, réplica del lujoso Palais Garnier. Lumina era siempre la primera en llegar, y la esperaba con las manos apoyadas en el regazo, la espalda recta, en su asiento preferido de la primera fila. Todas las semanas acudía vestida del mismo modo, con un traje de noche negro, un collar de perlas que adornaba su cuello esbelto, el pelo negro recogido en un moño perfecto.

Durante una hora, en un escenario con cabida para cuatrocientos intérpretes,

Aria le cantaba. Se convertía en Julieta, en Isolda, en Juana de Arco, y le cantaba sobre el amor maldito, sobre la dignidad y la resignación ante la muerte. Aria desgranaba las historias con su densa voz de soprano, que se elevaba entre columnas doradas y cortinajes color carmesí hasta alcanzar los ángeles pintados al fresco en los techos. Actuaba todas las semanas para Lumina porque su madre pasaba allí esa hora, más tiempo del que le dedicaba a lo largo de toda la semana.

Y lo hacía a pesar de que odiaba la ópera. No la soportaba. La exageración dramática. La violencia y la procacidad. En Ensoñación nadie había muerto jamás de mal de amores. La traición nunca desembocaba en asesinato. Esas cosas ya no sucedían. Ahora tenían los Reinos. Podían experimentar cualquier cosa sin correr riesgos. Ahora, la vida era «mejor que real».

Su último Domingo de Canto había sido distinto desde el principio. La mano fría de Lumina sobre el hombro desnudo de Aria la había despertado al momento.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Según su Smartscreen, eran las 5 a. m.—. ¿Algo va mal?

Lumina estaba sentada en el borde de la cama. Llevaba un suéter de viaje gris con bandas reflectantes en los brazos, y no su bata de médico habitual. A pesar de ello, seguía viéndose elegante.

—El equipo de transporte quiere evitar el mal tiempo. Tengo que irme antes de lo planeado.

Aria tragó saliva para ahuyentar el mal presagio. No quería decirle adiós. Habían planificado que se verían todos los días en los Reinos, pero Lumina estaría lejos. Ya no seguirían viviendo en la misma Cápsula.

—¿Me cantas algo ahora?

—Mamá, ¿ahora?

—Me paso la semana esperando este momento —respondió Lumina—. No me hagas esperar hasta el próximo domingo.

Aria, boca abajo, enterró la cabeza en la almohada. ¿Ópera justo después de levantarse? Le parecía criminal.

—¿Por qué tienes que irte? ¿Por qué no investigas desde los Reinos?

—Para este encargo debo desplazarme hasta Alegría.

—¿Y por qué no puedo ir contigo?

—Ya sabes que no puedo decírtelo.

Aria hundió la cabeza en la almohada un poco más. ¿Cómo podía mostrarse tan calmada su madre? Parecía que no le costaba gran cosa ocultarle sus secretos.

—Por favor —insistió Lumina—. No tengo mucho tiempo.

—Está bien. —Aria se dio la vuelta y clavó la vista en el techo—. Acabemos con esto de una vez.

Abrió el Reino de la Ópera en su Smartscreen. El icono debería haber mostrado la columnata de la fachada del teatro, pero Aria lo había cambiado por otro en el que aparecía ella fingiendo ahogarse. Lo seleccionó y se escindió, abriendo fácilmente su mente a otro mundo. Ahora se encontraba en dos lugares a la vez. Allí, en su pequeño dormitorio lleno de cosas, y en la oscura y recargada sala de representaciones.

Había escogido aparecer tras el telón principal. Contempló el pesado cortinaje de terciopelo rojo. Lumina podía esperar unos segundos más. Que se fastidiara. Cuando finalmente salió a escena, no encontró a Lumina en su asiento habitual de la primera fila. La platea estaba vacía.

En el dormitorio de Aria, Lumina se echó hacia delante y apoyó la mano en el brazo de su hija.

—Pájaro Cantor, ¿me cantas aquí?

Aria salió del Reino y se incorporó, asombrada.

—¿Aquí? ¿En mi cuarto?

—Cuando esté en Alegría ya no podré oír tu voz.

Aria se pasó el pelo por detrás de las orejas, y sintió que el pánico se apoderaba de ella. Miró a su alrededor, se fijó en los cajones perfectamente alineados, empotrados en las paredes, y en el espejo colgado sobre el lavabo. Conocía su propia voz. Conocía el poder que tenía. Su voz haría temblar las paredes

en un espacio tan reducido. Tal vez se propagara más allá del salón y llegara al Panóptico.

¿Y si todo el mundo la oía?

El corazón empezó a latirle con fuerza. Aquello no había ocurrido nunca. Era demasiado extraño. Un cambio demasiado profundo de su rutina.

—Pero si en los Reinos es igual, mamá.

Lumina la miró fijamente, impaciente, suplicante.

—Quiero oír ese don que tienes.

—¡No es ningún don! —exclamó ella. Era genética. A Lumina le encantaba la ópera, y había dotado el ADN de Aria de unos rasgos vocales reforzados para crear una hija que pudiera cantarle. En todo caso, si Aria tenía un don, se trataba de un don que Lumina se había regalado a sí misma: su pájaro cantor personal, que era como la llamaba cariñosamente. Aria nunca le había encontrado sentido a su facultad perfeccionada. Nadie cantaba fuera de los Reinos —al menos el bronceado de Soren lo hacía atractivo en la vida real—, pero eso era lo que le pasaba a una por ser la hija de una genetista.

—Por favor, hazlo por mí —insistió Lumina.

Habría querido volver a preguntarle por qué. Por qué, si a ella solo le importaba su trabajo y la ópera. ¿Por qué tenía que hacer algo por su madre, que estaba a punto de abandonarla? Pero no lo hizo, y se limitó a poner los ojos en blanco y a apartar las sábanas.

Lumina le alargó el uniforme gris, pero Aria negó con la cabeza. Si de momento todo era distinto, entonces sería distinto de verdad: se señaló su escueta ropa interior.

—Cantaré así.

Lumina apretó los labios, seria.

—¿Cantarás mi aria?

—No, no, mamá. Tengo algo mejor —le respondió ella, haciendo esfuerzos

por reprimir la sonrisa que asomaba a sus labios. Lumina juntó las manos, y la sospecha se dibujó en sus ojos grises. Aria aspiró hondo varias veces, y empezó a cantar.

* * *

*Your heart is like cannibal candy,
cannibal candy, cannibal candy.
Your heart is like cannibal candy
and I've got a sweet teeth four you!*

No dejó de reír mientras cantaba el último verso, perteneciente a una de sus canciones favoritas de los Tilted Green Bottles. Pero al verle la cara a su madre se sintió mal. No porque pareciera decepcionada, que no lo parecía, sino porque Aria sabía que estaba disimulando, y, no sabía por qué, aquello le hacía sentirse aún peor.

Lumina se puso en pie y abrazó brevemente a Aria. Su mano fría le acarició la mejilla.

—No está mal esa canción tuya, Pájaro Cantor —dijo, y salió de la habitación.

Después de ese domingo, algo cambió entre las dos. Aria dejó de asistir a sus clases diarias de canto, sin importarle si eso molestaba a su madre. Y abandonó también los Domingos de Canto. Ya no quería seguir dedicándole a su madre aquella hora. Lumina todavía contactaba con ella desde Alegría todas las noches para ver si estaba bien, tal como le había prometido, pero sus encuentros eran algo tensos. Qué tonta había sido. Había perdido el tiempo mostrándose distante y aburrida. Lo único que quería, en realidad, era que Lumina regresara a casa.

El Medsuit crujió cuando se cruzó de brazos. La luz se volvía más tenue sobre el desierto, pero el éter parecía resplandecer con más intensidad. Fluía en ríos azules, brillantes, a través del cielo. Aria sintió entonces una necesidad creciente de cantar, y el corazón empezó a latirle con más fuerza.

Cantó el aria de Tosca, la que se había negado a interpretar la mañana en que Lumina se fue. Pero las palabras le salían quebradas, y los sonidos emocionados y rotos. No eran dignos de escucharse. Se detuvo a los pocos versos, y se rodeó las rodillas con los brazos. Habría dado cualquier cosa por encontrarse en el teatro de la ópera en compañía de Lumina.

—Lo siento, mamá —susurró al vacío que la rodeaba—. No sabía que iba a ser la última vez.

10
Peregrino

PERRY emprendió la marcha hacia el mar y dejó que Wylan lo precediera. Él caminaba despacio, porque no quería que Garra se cansara. Al llegar a lo alto de la última duna, la bahía se desplegó ante ellos. Las aguas estaban tranquilas, de un azul intenso, lo mismo que la noche anterior, cuando había nadado en ellas. La gente decía que, antes de la Unidad, el agua siempre estaba limpia, que nunca presentaba aquella capa de espuma ni apestaba a peces muertos. En aquellos tiempos había muchas cosas que eran distintas.

Apenas llegaron a la playa, Wylan se puso la gorra de audil, y se cubrió las orejas con las orejeras. El viento y el romper de las olas en la orilla resultaban demasiado estruendosos para él, tal como Perry esperaba.

Dejó el carcaj en el suelo y sujetó el arco. Algunas aves marinas volaban en círculos en el cielo nublado de éter. No es que fueran presas demasiado apetitosas, dado su escaso tamaño, pero resultarían una buena práctica para Garra. La sincronización era importante; saber calibrar el viento; saber leer al animal.

A Garra se le daba bastante bien, pero Perry se daba cuenta de que se fatigaba por momentos. El peso del arco le resultaba excesivo, y se arrepintió de no haberle llevado el suyo. Perry también realizó algunos intentos. No falló ni uno solo. Su puntería mejoraba cuando se le calentaba la sangre. Transcurrido un tiempo, Wylan se aburrió de mirar y se alejó de ellos.

—¿Quieres ver lo que te he traído? —preguntó Perry en voz baja.

Garra frunció el ceño.

—¿Qué? Ah, sí.

Había olvidado que su tío tenía una sorpresa para él. Al darse cuenta, a Perry se le formó un nudo en la garganta. Era muy consciente de qué era lo que entristecía al niño. Lo mismo que lo entristecía a él.

—Tienes que guardarme el secreto, ¿de acuerdo?

Metió la mano en el macuto para sacar lo que llevaba envuelto en el plástico. Cogió la manzana y dejó el dispositivo ocular donde estaba.

Garra la observó durante unos momentos.

—¿Has visto a los mercaderes?

Perry negó discretamente con la cabeza.

—Luego te lo cuento. —Aunque Wylan llevaba la gorra puesta, era uno de los mejores audiles que Perry conocía—. Será mejor que te la comas rápido, Pito.

Garra se comió la mitad de la manzana sin dejar de sonreír. Había pedazos que le quedaban encajados en los huecos de los dientes que se le habían caído. La otra mitad se la ofreció a Perry, que la terminó en dos bocados, pepitas y punta incluidos. Al ver que a su sobrino empezaban a castañetearle los dientes, Perry se quitó la camisa y le cubrió los hombros con ella. Después se sentó, con las manos apoyadas en el suelo, saboreando el regusto de la fruta. A lo lejos, en el horizonte, las nubes se iluminaban con destellos azules. Salvo en los meses invernales, no había tormentas de éter en tierra, pero en el mar se mantenían con gran violencia todo el año, y constituían un peligro.

Garra apoyó la cabeza en el brazo de Perry, y se puso a dibujar con un palo sobre la arena. Había nacido cazador, como Perry, pero también tenía su lado artístico, que había heredado de su madre. Perry cerró los ojos y se preguntó si sería esa la última vez en que sentiría lo que estaba sintiendo: que estaba exactamente donde debía estar. Durante unos minutos todo se mantuvo en equilibrio. Pero al poco notó que el equilibrio se rompía, y sintió un escozor en la nariz.

Entre las nubes vio que el éter fluía con fuerza, que se retorció como una ola embravecida, rematada por espuma blanca. La playa se había teñido de un resplandor azul, reflejo de la luz que la bañaba desde arriba. Perry aspiró el fresco aire marítimo, y la lengua se le impregnó de sal. Y lo supo. Ya no regresaría nunca al recinto. No confiaba en sí mismo, no estaba seguro de poder seguir reprimiendo la necesidad de desafiar a Valle.

Perry bajó la vista y miró a su sobrino.

—Garra... —susurró.

—Te vas, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo.

—No, no es verdad. No tendrías que quedarte siempre. Solo hasta que me vaya yo.

Perry se puso en pie de un salto.

—¡Garra! ¡No digas esas cosas!

Garra se incorporó con dificultad. Las lágrimas le brotaron de pronto, y resbalaron por sus mejillas.

—¡No puedes irte! —gritó—. ¡No puedes irte!

El pelo negro le cubrió los ojos. La mandíbula le temblaba de rabia. Un color rojo, desconcertante, cubría los límites de la visión de Perry. Nunca había visto ese aspecto de su sobrino. Aquella furia. Hacía esfuerzos por no permitir que se apoderara de él por completo.

—Si me quedo, o tu padre o yo moriremos. Tú lo sabes.

—Mi padre me ha prometido que no se peleará contigo.

Perry se quedó helado.

—¿Eso te ha prometido?

Garra se secó las lágrimas y asintió.

—Ahora prométemelo tú. Prométemelo, y no habrá problemas.

Perry se pasó las manos por el pelo, y se puso a caminar contra el viento para poder reflexionar sin que el enfado de Garra interfiriera en sus pensamientos. ¿Era cierto que Valle le había hecho aquella promesa? Ello explicaría que no lo hubiera atacado antes, en presencia de Garra. Perry sabía que él no podía comprometerse a lo mismo. La necesidad de llegar a ser Señor de la Sangre nacía de lo más hondo de su ser.

—Garra, no puedo. Debo irme.

—¡Entonces te odio! —gritó el niño.

Perry soltó el aire despacio. Ojalá lo que decía Garra fuera cierto. A él le dolería menos irse.

—¡Peregrino! —La voz de Wylan le llegó entrecortada sobre el monótono rumor del oleaje. Se acercó corriendo a ellos sobre la arena compactada por el agua, el gorro en una mano, el puñal en la otra.

—¡Residentes, Perry! ¡Residentes!

Perry recogió al momento el arco y las flechas y cogió a Garra de la mano. La piel de Wylan, que seguía corriendo, desprendía el olor del miedo, un miedo helado que impregnaba la nariz de Perry.

—¡Deslizadores! —insistió Wylan, entre jadeos—. ¡Y vienen directos hacia nosotros!

Perry se subió a un montículo y oteó a lo lejos. En un extremo apareció un destello, y una nube de arena elevándose tras ella. Segundos después apareció otro deslizador.

—¿Qué está pasando, tío Perry?

Perry empujó a su sobrino hacia Wylan.

—Regresa por el atajo de los pescadores. Llévalo a casa. Y no te separes de él en ningún momento, como si fueras su sombra. ¡Vete ahora mismo!

Garra se apartó de Wylan.

—¡No! ¡Yo me quedo contigo!

—¡Garra! ¡Haz lo que te digo!

Wylan lo sujetó, pero el niño forcejeó para librarse, y los pies se le enterraron en la arena.

—¡Wylan! ¡Sujétalo! —gritó Perry.

Con el peso añadido de Garra, Wylan se hundía más en la arena, y avanzaba despacio. Perry salió corriendo hacia los deslizadores. Se detuvo a unos metros de ellos. Era la primera vez que se encontraba tan cerca de esos vehículos. Sus

superficies azules brillaban como conchas de abulón.

Los alaridos de Garra eran espantosos, agudos. Perry, al oírlos, debía reprimir el impulso de dar media vuelta y salir corriendo. A medida que los deslizadores se acercaban, el aire, eléctrico, le lanzaba descargas en los brazos y se le clavaba hasta lo más hondo de la nariz: estaban agitando el éter. Atrayendo su veneno. A Perry se le ocurrió una idea para usar ese hecho en su beneficio, siempre que no lo matara antes.

Sacó un hilo de cobre del macuto, que normalmente usaba para fabricarse trampas, y en un momento lo enrolló al palo de una flecha. Una descarga le subió por el brazo cuando sus dedos rozaron su punta metálica. Perry ancló el proyectil al arco. Solo disponía de un hilo de cobre. Un solo disparo, un solo intento. Apuntó alto, a fin de que la flecha se elevara lo bastante para impactar en la nave. Calculó la parábola que habría de describir. Tuvo en cuenta la fuerza del viento, y soltó la cuerda.

Las cosas, a partir de entonces, parecieron suceder a cámara lenta. La flecha salió disparada. En su punto más alto, cuando ya empezaba a estabilizarse, un remolino de éter descendió desde el cielo y se encontró con ella. Perry torció el gesto y se cubrió los ojos con las manos cuando la flecha inició el descenso, arrastrando el éter tras ella. Ahora, su disparo transportaba toda la violencia del cielo en su cola. Y descendía emitiendo un ruido infernal, aterrador.

La flecha impactó de lleno en el primer deslizador. Se hundió en el metal. Después, las venas del éter envolvieron la nave, estrangulándola. Absorbiéndola hasta secarla. Perry volvió a entrecerrar los ojos al ver que el éter se concentraba de nuevo en un rayo brillante y ascendía por el cielo, regresando a las radiantes corrientes de las alturas.

El deslizador retorcido rebotó sobre las dunas como una piedra plana lanzada al agua, haciendo temblar la tierra bajo los pies de Perry, hasta que se detuvo, levantando una nube de arena. Tras él pasó una bocanada de aire caliente que traía olores a metal, vidrio y plástico fundidos. Pero el hedor a carne chamuscada era más intenso.

El otro deslizador redujo la velocidad al momento y se posó sobre la arena. La compuerta se abrió, una ranura en el caparazón perfecto. Unos residentes descendieron y se plantaron en el suelo. Perry contó a seis hombres con cascos, cubiertos de trajes azules. Seis contra uno, contra él.

Dos de ellos se arrodillaron al momento. Llevaban unas armas que Perry no reconoció. Abatió al primero de ellos al momento. Montó otra flecha en el arco y volvió a disparar. Perry acertó al segundo residente en el momento en que este le disparaba, un disparo que le pareció como un golpe en las costillas, justo por debajo del brazo izquierdo. Le disparó otra flecha a un tercer residente, pero cuando los tres hombres que quedaban se acercaban a él, sintió que se tambaleaba, y que las piernas primero, y los brazos después, se le adormecían. Se echó hacia delante, incapaz de detener la caída, y aterrizó con la cara en la arena. Intentó incorporarse, pero no pudo.

—Ya lo tengo. —Alguien lo sujetó del pelo y tiró de él para levantarle la cabeza. Tenía arena en la nariz y en los ojos. Parpadeó, pero solo consiguió irritárselos más.

El residente le acercó más su rostro, cubierto por el casco.

—Ahora ya no eres tan peligroso, ¿verdad? —Su voz sonaba metálica y lejana—. ¿Creías que olvidaríamos devolverte la visita, Salvaje?

Dejó caer entonces la cabeza de Perry, que recibió a continuación una patada en las costillas. No sintió dolor; solo el golpe que lo apartaba hacia un lado. Algo le apretaba entre las clavículas.

—¿Qué es?

—Una especie de halcón.

—Si entrecierras los ojos, parece un pavo.

Risas.

—Acabemos con esto.

Le dieron la vuelta y lo colocaron boca arriba.

Un residente le acercó una espada de rayos al cuello. Llevaba guantes negros, de un material más fino que el resto del uniforme.

—Yo me ocupo de este. Vosotros id a por los otros.

—¡No! —balbució Perry. Ahora empezaba a sentir los dedos, que le

hormigueaban como si los tuviera entumecidos de frío. Y el dolor despertaba en sus costillas.

—¿Dónde está el Smarteye, Pavo?

—¿El dispositivo ocular? ¡Si lo queréis os lo doy! Ellos no os van a servir de nada.

Lo dijo todo con voz pastosa, pero el residente pareció entenderle bien. Retiró la espada. Perry hacía esfuerzos por recuperar la movilidad de los brazos, pero no le respondían.

—¿A qué esperas, Salvaje?

—¡No puedo moverme!

El residente se rio de nuevo.

—Ese es tu problema, Pavo.

Una oleada de odio insufló a Perry la fuerza necesaria para recobrar los movimientos. Se puso en pie y se dirigió hacia la playa, tambaleante, con piernas temblorosas. Los otros dos residentes corrían hacia Garra y Wylan. Uno de ellos agarró al niño, y el otro abatió a Wylan dándole en la cabeza con un palo corto.

—¡Tío Perry! —gritó Garra.

—¡Más, Salvaje! —gritó el residente de los guantes negros—. Trae el Smarteye.

Perry avanzó a trompicones hasta donde había dejado el macuto. Antes de llegar junto a él cayó de rodillas un par de veces. Había recuperado algo de sensibilidad, pero ahora notaba el dolor en las costillas, que amenazaba con devorarlo entero. Se volvió hacia el residente de la espada de rayos, sosteniendo en alto el dispositivo ocular.

—¡Suéltalo! ¡Lo tengo aquí!

Los dos residentes mantenían a Garra atrapado entre los dos. El niño no dejaba de forcejear.

—¡Para! —le gritó Perry a su sobrino.

Garra logró liberar un brazo y asestó un puñetazo a uno de los residentes en la entepierna. El hombre retrocedió, pero su compañero reaccionó rápidamente, pateándole en el estómago. Garra cayó sobre la arena. Se levantó despacio, sosteniendo su puñal. El puñal viejo de Perry. El residente estaba prevenido, y le asestó un revés que hizo saltar el arma y a Garra por los aires. Con la mirada turbia, Perry vio que el cuerpo de su sobrino quedaba inmóvil. Las olas, tras él, rompían en la orilla.

Una bocanada de aire llevó hasta Perry el estado de ánimo de su sobrino en forma de olor, un olor que lo embistió tanto como cualquiera de los golpes que acababa de recibir. No podía enfrentarse a los topos así, temblando de terror. Con unas piernas que apenas lo sostenían.

—¡Ya basta! ¡Cogedlo!

Perry le arrojó el dispositivo ocular al residente.

El hombre lo recogió con la mano enguantada, y se lo metió en un bolsillo de la pechera.

—Demasiado tarde.

Y entonces se acercó a Perry con la espada de rayos alzada y lista. En la playa, uno de los residentes había levantado al vuelo a Garra y lo llevaba hacia la orilla, hacia el deslizador. Perry no daba crédito a lo que veía. Se llevaban a su sobrino.

—¡No! —gritó Perry—. ¡Os lo he devuelto! ¡Sois hombres muertos, topos!

El residente de los guantes negros seguía acercándose. Perry no disponía de arma, y el estado de ánimo de Garra lo había dejado atrapado entre el pánico y la rabia. Retrocedió hasta el mar. El residente lo seguía, caminando torpemente por culpa del aparatoso traje. La ola chocó contra sus rodillas y le salpicó el casco. Perry se dio cuenta de que los topos no conocían bien el agua. De modo que cuando llegó la ola siguiente, él ya estaba preparado. Perry se abalanzó sobre él y lo empujó. Se le metió agua salada en la nariz, lo que le dio un instante de clarividencia. Volvía a ser el mismo.

Arrancó la espada de rayos de la mano del hombre, al tiempo que los dos caían al agua poco profunda. La ola se retiró y los dejó trabados, forcejeando en un

palmo de agua. El residente se incorporó para abalanzarse sobre él. Perry bajó la cabeza y le hundió los dientes en una mano enguantada. Sus caninos rasgaron el tejido al momento. La boca se le llenó del sabor de la sal y la sangre, y sintió la tensión del músculo. Mordió hasta que el hueso le impidió penetrar más.

El grito del hombre llegó amortiguado por el casco. Perry rodó por el suelo y se puso en pie. El residente se arrastró fuera del agua, retorciéndose de dolor. Perry le aplastó el casco con la bota. El casco se partió, exhalando un soplo de aire que Perry reconoció, desagradable, fino. Una patada más, y el hombre se desplomó sobre la arena.

Perry le arrancó el dispositivo ocular del bolsillo, y regresó hasta la orilla para recoger el arco y las flechas.

—¡Garra!

No veía a su sobrino por ninguna parte, solo el deslizador que flotaba en el aire. Con la compuerta cerrada. Y entonces, levantando un remolino de arena, el vehículo se elevó y se perdió en la distancia.

* * *

Regresó corriendo a casa, ausente, apretando mucho el brazo contra las costillas, para aliviar el dolor. Se detuvo al llegar a lo alto del acantilado. Desde aquella distancia, el recinto parecía un círculo de piedras en medio del valle. El cielo, lleno de oleadas de éter y nubarrones. convertía la tarde en noche anticipada. Perry ladeó la cabeza, en busca del olor de los vientos de tormenta. Por lo que él percibía, no había ni rastro de residentes.

Sí le llegaba un olor intenso a bilis. Wylan subía corriendo, apretándose la cabeza con una mano para cubrirse el golpe que los residentes le habían propinado en la frente. Había vomitado dos veces durante el trayecto. El hedor todavía lo envolvía.

—No me gustaría nada estar en tu lugar ahora mismo —dijo. Su mirada era oscura, salvaje—. He oído a esos topos. Venían a por ti. Valle te va a abrir en canal.

—Va a necesitarme para recuperar a Garra —replicó Perry.

Wylan se echó hacia delante y escupió. Y entonces soltó una carcajada.

—Peregrino, tú eres la última persona a la que tu hermano necesita.

Perry los encontró a todos en la explanada, conversando animadamente, mientras sonaba una música festiva. Las antorchas encendidas a lo largo del perímetro del recinto añadían brillo al encuentro, y lo diferenciaban de la luz fría que los rodeaba. Algunas parejas bailaban. Había niños que pululaban entre la multitud, ocultándose entre los faldones de las mujeres, riendo alegremente. Era una escena rara, como si nadie se diera cuenta de que el éter se arremolinaba sobre sus cabezas. Como si no les importara que del cielo pudiera llover fuego en cualquier momento.

Valle estaba sentado sobre una de las cajas, junto a la cocina, conversando con Oso, que lo acompañaba. Sostenía una botella en la mano, y parecía relajado. Alegre de presenciar la celebración.

—¡Perry! —lo llamó Arroyo, antes de agarrar el brazo de la persona que tenía al lado. Su voz de aviso se propagó como una onda entre la multitud, y la música se detuvo. Perry oía solo los bramidos y balidos asustados de los animales del establo.

Valle lo miró, y la sonrisa se le borró del rostro. Saltó de la caja y dio un paso al frente, buscando con la mirada a alguien entre los congregados, detrás de su hermano.

—¿Dónde está Garra? ¿Dónde está Garra, Perry?

Perry se tambaleó. Veía las manchas doradas que salpicaban los ojos verdes de Valle.

—Los residentes se lo han llevado. No he podido impedirselo.

Valle le entregó la botella a alguien sin dejar de mirarlo.

—¿De qué estás hablando, Peregrino?

—Se lo han llevado los residentes. —No acababa de creerse que hubiera sido capaz de pronunciar aquellas palabras. Que fueran verdad. Que él estuviera allí, contándole a Valle que su hijo había desaparecido.

Valle arqueó mucho las cejas oscuras.

— Eso no puede ser. Nosotros no les hemos hecho nada.

Perry se fijó en los rostros asombrados de las personas que los rodeaban. No debería habérselo contado a Valle allí. Cuando la neblina de la incredulidad se disipara, la noticia lo destruiría. Pero Valle, como Señor de la Sangre, como padre de Garra, no habría debido soportar algo así en presencia de su tribu.

— Vamos a casa — dijo Perry.

Valle vaciló. En un primer momento pareció que iba a seguir a Perry, hasta que Wylan intervino.

— Díselo aquí. Todo el mundo tiene derecho a oírlo.

Valle se acercó más a él.

— Habla de una vez, Peregrino.

Perry tragó saliva.

— Es que yo... yo me colé en la fortaleza de los residentes. — Al oírse, a él mismo le pareció ridículo en ese momento. Como un chiste malo—. Hace unas noches — añadió—. Después de irme de aquí.

Aunque Perry no se lo dijera, Valle sabía que se había ido después de su pelea. Que había actuado como un niño frustrado y había hecho alguna locura, como siempre. En el silencio que siguió, Perry notó que se le aceleraba la respiración, como si acabara de correr. Le llegaba el olor de muchos humores: Ira. Asombro. Emoción. Los intermitentes pesos, colores y temperaturas tan potentes que empezaba a marearse.

La confusión asomó al rostro de Valle.

— ¿Se han llevado a mi niño por lo que tú hiciste?

Perry negó con la cabeza.

— Han venido a buscarme a mí. Garra estaba conmigo, eso es todo.

No podía seguir mirando a su hermano a la cara. Bajó la vista y la posó en el laberinto de pisadas grabadas en la tierra. Un instante después, ladeó la cabeza y

hundió los hombros hasta que rozaron el suelo. Alzó los ojos hacia Valle, sintiendo que un calor le recorría las venas. Estaba a los pies de su hermano. Y allí debería quedarse. Era lo que merecía. Pero no podía.

Se levantó de un salto. Valle desenvainó el puñal. Perry hizo lo mismo. La gente empezó a gritar, y se apartó de ellos.

Perry no daba crédito a lo que sucedía. Era Garra el que debería haber regresado al recinto, no él. Él debería haberse ido hacía tiempo.

—Lo traeré de regreso —dijo—. Traeré a Garra. Juro que lo haré.

La rabia brillaba en los ojos de Valle.

—¡No puedes devolvérselo! ¿Es que no lo entiendes? Si vas tras él, los residentes podrían destruirnos a todos.

Perry se agarrotó. No lo había pensado, pero Valle tenía razón. Los residentes podían contar con docenas de Deslizadores como los dos que él acababa de ver. Cientos de hombres preparados para luchar. Se sintió estúpido por no haberlo pensado antes. Y peor aún por no preocuparse.

—Es Garra —insistió—. Debemos rescatarlo.

—¡No hay rescate posible, Peregrino! ¡Esto lo has hecho tú! Padre tenía razón. Estás maldito. ¡Lo destruyes todo!

Perry sintió que le temblaban las piernas. Su hermano no hablaba en serio. No podía ser. Perry había sobrevivido a las broncas de su padre gracias a Valle. Tras todos sus arrebatos, eran Valle y su hermana, Liv, los que lo salvaban asegurándole que lo ocurrido no era culpa suya; lo que él consideraba el mayor error de su vida. Hasta ese momento.

—Yo no sabía... Esto no tendría que haber pasado.

Nada de lo que dijera iba a servir de ayuda. Lo que tenía que hacer era encontrar a Garra.

Valle se llevó la mano a la boca, como si estuviera a punto de vomitar.

—Lo siento, Valle... Lo siento.

Valle se abalanzó hacia él de pronto. Perry se echó a un lado. Por primera vez en meses, supo exactamente lo que tenía que hacer. Esquivó la embestida de su hermano, ganando unos palmos de espacio. Y entonces se arrojó contra la multitud.

La gente gritó de sorpresa. A pesar de todos los defectos que pudiera tener, nunca lo habían acusado de ser cobarde. Pero en ese momento se tragó la vergüenza y salió corriendo, llevándose a la gente por delante en su huida.

Valle no podía luchar por Garra, pero él sí lo haría. Se había convertido en la única esperanza para el niño.

11
Aria

ARIA siguió caminando en dirección a las colinas que se divisaban a lo lejos hasta que la noche la obligó a detenerse. Miró a su alrededor. ¿Y ahora, qué? ¿Qué porción de tierra escogería para descansar? ¿Terminaría el día allí mismo, donde se encontraba?

Se sentó y se recostó hacia un lado. Primero se apoyó en un codo, y después se tendió boca arriba. Echaba de menos una almohada y una manta. Su cama. Su habitación. Echaba de menos su Smarteye para escapar a los Reinos. Volvió a sentarse y se rodeó las piernas con los brazos. El Medsuit, al menos, la mantenía abrigada.

El éter parecía más brillante que antes. Se agitaba en el horizonte en oleadas azules, resplandecientes. Se concentró en ellas hasta que no le cupo la menor duda: aquellas ondulaciones avanzaban hacia ella. Aria cerró los ojos y escuchó el azote del viento contra sus oídos. Su intensidad aumentaba y disminuía. Desde alguna parte, ese viento traía música. Se concentró en localizarla, en calmar los latidos veloces de su corazón.

Oyó un crujido. Se le agarrotó todo el cuerpo, y escrutó la noche con los ojos muy abiertos. El éter avanzaba en remolinos fantasmagóricos, ya sobre ella, proyectando su luz azulada en el desierto. Aunque estaba algo adormilada, estaba segura de que no eran imaginaciones suyas: había oído aquel ruido.

—¿Qué eres? —dijo, esforzándose por ver algo en la luz intermitente. No obtuvo respuesta—. ¡Te he oído! —gritó.

Un destello azul iluminó la lejanía. El éter se desplomó desde el cielo, girando y retorciéndose en su descenso, formando un remolino. Llegó a la tierra haciéndola temblar bajo sus pies. Una luz enloquecida se expandió por el desierto deshabitado. Pero no, no estaba deshabitado del todo. Una figura humana venía hacia ella.

Aria se echó hacia atrás, intentando incorporarse. El torbellino de éter regresó al cielo. La oscuridad volvió a cubrirlo todo en el momento exacto en que un peso inmenso la empujaba de nuevo hacia abajo. Aterrizó en el suelo boca arriba,

y una mano se aferró a su mandíbula.

—Tendría que haberte dejado morir. Lo he perdido todo por tu culpa.

El éter volvió a relampaguear, y entonces vio sobre ella un rostro temible que reconoció vagamente. Sí, conocía ese pelo enmarañado, erizado, de mechones rubios, y esos ojos radiantes, animales.

—Ponte en marcha. Y no intentes salir corriendo. ¿Lo entiendes?

Lo cierto era que apenas lo entendía. Cuando las pronunciaba, las palabras salían de su boca alargadas y ásperas. El Salvaje la levantó de un tirón y la arrastró sin esperar respuesta. Ella se soltó, y dejó de verlo en la oscuridad compacta. En ese momento descendió otro torbellino. El destello de luz que traía le permitió ver que se encontraba a unos palmos de ella.

—¡Muévete, Topo! —le gritó, y después se alejó de ella y soltó una maldición.

Una bocanada caliente pasó rozando el rostro de Aria. El forastero volvió a abalanzarse sobre ella, esta vez por detrás, y la rodeó con sus brazos. El miedo se apoderó de ella al ver que el Salvaje la empujaba y la hacía avanzar. Intentó liberarse, pero él la tenía firmemente sujeta.

—¡No te muevas! —le gritó al oído—. Cierra los ojos y pon...

Ese torbellino pasó mucho más cerca. La luz la cegó, pero el sonido, cuando la base tocó tierra, se convirtió en un alarido horrendo, insoportable. Aria se tapó los oídos con las manos y gritó al sentir el calor en la cara. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, sujetos por una fuerza superior a la suya.

Cuando el ruido y la luz se disiparon alzó la vista, parpadeando furiosamente, tratando de recobrar los sentidos. Mirara donde mirase, erupciones de luz descendían desde el cielo, dejando estelas radiantes de fuego sobre la tierra. Durante toda su vida, desde la seguridad que le proporcionaba Ensoñación, había temido las tormentas de éter. Y ahora se encontraba en medio de una de ellas.

El forastero la soltó. Iba de un lado a otro, ejecutaba unos movimientos calculados y precisos. Aria se alejó de él despacio, con la cabeza embotada y torpe. No sabía bien si le temblaban las piernas o si lo que temblaba era la tierra. Sentía como si acabaran de estallarle los oídos. El alarido horrible de las lenguas de éter había cesado. Se tocó unas gotas tibias que le resbalaban por la nariz. Los dedos,

cubiertos por los guantes, brillaron impregnados de un líquido oscuro. Experimentó una ligera decepción. Se suponía que la sangre era de un rojo brillante, ¿no? Pero entonces se dijo que no había tiempo para realizar inventarios de heridas. Debía alejarse de allí.

Había dado apenas unos pasos cuando él volvió a darle alcance y la agarró por el traje. Aria se puso tensa y sintió terror al notar el tirón. Su Medsuit se abrió un poco, y un aire frío le recorrió la espalda. Empezaba apenas a comprender el alcance de lo que acababa de suceder cuando el traje entero se le separó del cuerpo. Aria dio un paso atrás y se cubrió la escueta ropa interior con las manos. Aquello no podía estar sucediendo.

El forastero hizo una bola con su traje roto y lo arrojó a la oscuridad.

—¡Con esto estabas atrayendo el éter! ¡Muévete, Topo! ¡Si no, nos abrasaremos!

Ella apenas lo oía. Los oídos no le funcionaban bien, y la tormenta gritaba a su alrededor, amortiguando su voz. Pero sabía que tenía razón. Los torbellinos de éter parecían acercarse cada vez más, y congregarse a su alrededor.

El Salvaje la agarró por la muñeca.

—No te levantes mucho. Si se acerca, apoya las manos en las rodillas para que la carga tenga un canal de salida. ¿Me oyes, residente?

Pero ella solo pensaba en aquella mano agarrándole la muñeca. Una oleada de aire tibio pasó sobre ella, como si unos dedos le rozaran la cara. Reconoció ese calor. El torbellino aterrizaría cerca. Aria hizo lo que él le había dicho. Se acuclilló y ocultó la cabeza entre las rodillas. Vio que el forastero hacía lo mismo, que se agachaba mucho, pero entonces tuvo que cerrar los ojos para poder soportar el resplandor. Cuando la luz tras los párpados se volvió más tenue, se puso en pie ante un mundo silencioso, de luminosidad intermitente.

El forastero sacudió la cabeza al darse cuenta de que ella no le oía. Aria no se opuso cuando él señaló la oscuridad. Si la sacaba de este lugar al menos su piel no se quemaría y sus oídos no volverían a estallar.

No sabía bien durante cuánto tiempo habían corrido. Los torbellinos ya no volvieron a acercarse tanto a ellos. A medida que se alejaban de la tormenta de éter empezó a llover, gotas como alfileres fríos, tan distintas de la pseudolluvia de los

Reinos. En un primer momento la lluvia le refrescó la piel, pero al poco el frío le entumeció los huesos, y empezó a tiritar.

Cuando se dio cuenta de que la amenaza del éter remitía, se concentró una vez más en el Salvaje. ¿Cómo iba a poder escapar? Le doblaba la estatura, y se movía con gran confianza en la oscuridad. Ella estaba absolutamente exhausta, y le costaba incluso seguirle el ritmo. Aun así, debía intentar algo. Que el Salvaje la obligara a acompañarlo no podía ser para nada bueno. Debía buscar el momento para escapar.

El desierto terminaba abruptamente, dando paso a unas colinas bajas salpicadas de hierba seca. Lejos de los torbellinos de éter, la oscuridad era mayor. Aria ya no veía dónde ponía los pies. Pisó algo que se le clavó en uno de ellos. Ahogó un grito de dolor, y vio que las oportunidades de huir se le escapaban.

El forastero se volvió hacia ella, y sus ojos brillaron en la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso, residente?

Ella lo oyó a lo lejos, pero no le respondió. La lluvia la empapaba, y ella seguía allí de pie, sosteniéndose solo en una pierna. Ya no podía soportar el peso con el otro pie. Él se acercó a ella sin avisar, y la levantó por un costado. Aria le clavó las uñas en la piel. Él perdió el equilibrio, y estuvo a punto de caerse, con ella encima.

—Si vuelves a hacerme daño, yo te lo haré a ti —le dijo apretando mucho los dientes. Sintió las palabras del Salvaje retumbando en sus costillas.

Él la agarró con más fuerza por la cintura, y aceleró el paso pendiente arriba. Su respiración era un silbido amortiguado, repetido. La franja de piel que rozaba la suya empezaba a calentarse, y el contacto le producía náuseas. Cuando creía que ya no podría soportarlo más, alcanzaron la cima del monte.

A la luz del éter vio una abertura en penumbra que separaba una pared de roca lisa. Si hubiera tenido fuerzas, se habría echado a reír. La lluvia se descolgaba sobre la entrada como una cortina de agua. El forastero la soltó una vez dentro, y la posó en el suelo.

—Metida dentro de una roca. Debes sentirte como en casa. —Y desapareció en el interior de la cueva.

Aria, cojeando, volvió a salir al exterior. Llovía copiosamente. Contempló el camino por el que habían ascendido, una pendiente tan salpicada de rocas que parecía tener dientes. No veía otra salida, ni hacia abajo ni hacia arriba, que resultara accesible. Pero de todos modos inició el descenso, usando las manos y el pie sano para avanzar sobre las rocas, resbaladizas a causa de la lluvia. Aria intentaba darse prisa y avanzar antes de que el forastero regresara. Resbaló con el pie malo, y ahogó un grito. Fue a parar a un resquicio entre dos láminas de piedra. Aria forcejeó, se volvió, pero la ranura no la soltaba. Había quedado atrapada, y ya no le quedaban fuerzas.

Se acurrucó, hecha un ovillo, y le asaltaron dos pensamientos. El primero, que se estaba hundiendo en un lugar mucho más profundo que el sueño. Y el segundo, que no se había alejado lo bastante.

12
Peregrino

LA chica ya había perdido el conocimiento cuando Perry logró encender la hoguera. Al parecer, era algo que hacía con frecuencia. Le separó el pie de las losas de piedra que se lo aprisionaba. Después la cargó hasta la cueva y la cubrió con una manta. Una piedra que agarraba con la mano cayó al suelo. Él supuso que la habría cogido para protegerse de él. Una buena idea. Tal vez le hubiera funcionado durante medio segundo.

Recordaba su olor de la noche que había pasado en la fortaleza de los residentes. Una mezcla rancia a mohó y a carne al borde de la putrefacción. Lo había vuelto a asaltar antes, cuando se lo había encontrado en el valle. Y lo había llevado directamente hasta ella. Allí, en el espacio cerrado de la cueva, el olor era tan intenso que le transmitía un sabor acre al velo del paladar. Se tendió lo más lejos de ella que pudo, pero no tanto que no le llegara el calor del fuego, y se quedó dormido.

Despertó antes de que saliera el sol al oír el susurro que siempre precedía las tormentas de éter. La chica no se había movido. Era una mañana fría. Los días avanzaban velozmente hacia el invierno. Perry avivó el fuego, con movimientos lentos. Incluso aspirar hondo le causaba un fuerte dolor en el costado.

No había regresado a aquella cueva desde que Valle había declarado prohibida aquella zona, pero la encontró bien provista por los mercaderes que la usaban como refugio cuando cruzaban el valle. Vio que había ropa, y tarros con frutas, y frutos secos todavía en buen estado. Descubrió incluso una caja de primeros auxilios. La dejó a los pies de la chica, y vio que solo uno de los cortes parecía profundo. Tal vez pudiera usar el hilo de sutura. Pero nunca había sido bueno con la aguja, y si no moría desangrada, moriría como consecuencia de los puntos. Además, no le convenía que caminara. Le bastaba con que estuviera lo bastante despierta para poder hablar.

Se concentró entonces en el corte que le habían abierto a él en el costado. La herida era pequeña, pero sentía varias costillas magulladas. También se fijó en cinco desgarros en la piel, a la altura del pecho, obra de la chica. Pero su cuerpo se curaría y volvería a ser fuerte. El de Garra, en cambio, no.

Comió algo, se sentó a contemplar las llamas y volvió a torturarse, recordando todo lo que había sucedido. Había perdido a Garra, algo que hasta entonces le parecía imposible. Y ahora necesitaba que lo imposible sucediera una vez más. Tenía que recuperar a su sobrino.

Perry había hecho lo que tenía que hacer al abandonar a los Mareas. Pero cuando pensaba en su huída, sentía un fuego en el rostro. Se había pasado la vida soñando con ser el Señor de la Sangre de su tribu. Y ahora ellos lo considerarían un cobarde. Se alegrarían de que se hubiera ido.

Se tendió de nuevo para dormir otro rato. La chica todavía no se había movido. Y él se preguntaba si llegaría a despertar.

Cuando amaneció salió a cazar. El dolor de las costillas le provocaba un sudor frío, pero si se hubiera quedado sin hacer nada se habría sentido peor. Hizo salir a una serpiente de cascabel de su guarida, y la atravesó con una flecha. La asó y se comió su carne densa, pero al terminar sintió náuseas. Como si el reptil hubiera resucitado en sus tripas.

Al anochecer, la chica empezó a agitarse, presa de la fiebre. Perry echó al fuego algunas hojas de roble para camuflar el olor de la residente, y permaneció despierto toda la noche. Debía estar preparado por si ella recobraba el sentido. Tal vez supiera algo sobre Garra. Y, además, debía averiguar lo del dispositivo ocular. Esperaba que gracias a él tuviera ocasión de ponerse en contacto con los residentes que se habían llevado al niño.

La chica abrió los ojos la tarde siguiente, y al hacerlo se alejó de él todo lo que pudo, apretando mucho la espalda contra la pared opuesta. Levantó las piernas y las juntó bajo la manta.

Perry sonrió.

—¿Llevas dos días inconsciente, y ahora te preocupas por eso? —Meneó la cabeza—. Tranquila, residente. Eso es lo último que se me ocurriría hacer contigo.

Ella examinó las oscuras paredes de granito. Y las cajas de acero llenas de suministros apiladas a un lado. Se fijó entonces en la hoguera menguante, y siguió el penacho de humo hasta la boca de la cueva.

—Sí —dijo Perry—. Ahí está la salida. Pero tú todavía no te vas.

La chica se volvió hacia él, y se fijó en sus marcas.

—¿Qué quieres de mí, Salvaje?

—¿Así es como nos llamáis?

—Sois asesinos. Enfermos. Caníbales. —Le lanzó aquellas palabras como si fueran maldiciones—. He oído lo que se cuenta de vosotros.

Perry se cruzó de brazos. Ella vivía debajo de una roca. ¿Qué podía saber de nada?

—Supongo que esos nombres son adecuados, Topo.

Ella lo miró con gesto de desprecio, antes de llevarse una mano temblorosa a la garganta.

—Necesito agua. ¿Hay agua?

Él sacó el pellejo que llevaba en el macuto y se lo alargó.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Agua.

—Parece un animal.

—Lo era.

La bolsa que servía para proteger la botella que iba dentro estaba hecha de piel de cabra.

—Se ve muy sucia.

Perry le quitó el tapón y dio un buen trago.

—Sabe bien. —La agitó para que sonara—. ¿Has perdido la sed?

La chica le arrebató el pellejo y regresó corriendo a su rincón. Cerró los ojos y bebió. Cuando terminó, él levantó la mano.

—Quédatelo. —Ahora ya no pensaba beber de ahí—. ¿Por qué saliste al exterior?

—¿Y por qué habría de decírtelo?

—Te he salvado la vida. Dos veces, si los cálculos no me fallan.

Ella se echó hacia delante.

—Te equivocas. Si estoy aquí, es por tu culpa. ¿A que no sabes quién, según ellos, te dejó entrar?

Aquello le sorprendió. Apoyó la espalda en la roca fría, preguntándose qué habría ocurrido después de que él la dejara allí aquella noche. No importaba. Había hecho lo que había podido. Y ahora ya solo podía pensar en Garra.

Perry desenvainó el puñal, y le pasó un dedo por el filo. Al moverlo, el metal atrapó la luz de la hoguera y la reflejó.

—No tengo tiempo que perder, Topo. No creas que tardaría mucho en hacerte hablar.

—Con eso no me asustas.

Perry aspiró hondo. Su mentira desprendía un olor intenso y acre que llevó un sabor amargo a su boca. No estaba asustada: estaba aterrorizada.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó ella.

—Tu olor.

A ella le tembló un poco el labio inferior.

—¿Bebes de un conejo y en cambio te parece que yo huelo mal?

Cuando ella se echó a reír, él supo lo que sucedería. Atrapó al vuelo el cambio del aire, como la llegada de una marea oscura. La chica tardaría un poco en volver a reírse.

Salió al exterior y se sentó sobre una roca lisa. El anochecer era gris, y anticipaba una noche fría. Permaneció allí, sentado, respirando, intentando no

imaginar a Garra sollozando, añorando su casa, como la joven de la cueva.

13
Aria

PARA calmarse, Aria intentó convencerse de que se encontraba en un Reino. En un Reino Paleolítico. De hecho, estaba metida en una cueva. Con una hoguera encendida, que evitaba mirar, pues le recordaba lo ocurrido en Ag 6. Pero también había cajas de acero a un lado. Y la manta azul marino con que se cubría era de lana. Y los tarros de cristal que se alineaban junto al fuego tenían tapas metálicas. Demasiadas cosas que deshacían la ilusión de la Edad de Piedra.

Aquello era real.

Aria se levantó, y al hacerlo, el dolor que sintió en las plantas de los pies la hizo retorcerse. Se envolvió bien con la manta, y escuchó con atención para detectar al Salvaje. Pero lo único que rompía el silencio de la cueva era el ritmo constante de su propio dolor de cabeza. ¿Le habría infectado alguna enfermedad? ¿Moriría en la cueva, envuelta en aquella manta azul de lana? Aspiró hondo varias veces. Aquellos pensamientos no le harían ningún bien.

Había alimentos junto al macuto de piel del forastero, pero no pensaba ni tocarlos. Se acercó tambaleante hasta las cajas de acero. Pedazos rotos de plástico y cristal mezclados con frascos de medicamentos. A ella, en ese momento, no le servían de nada. Según las fechas que figuraban en sus etiquetas, todos habían caducado hacía más de trescientos años y pertenecían, por tanto, a la época de la Unidad, cuando el éter había obligado a la gente a refugiarse en las Cápsulas. Encontró una venda que había amarilleado con el tiempo, pero que sí le serviría.

Aria se retiró la manta y ahogó un grito. Ya tenía los pies vendados. El Salvaje se los había curado.

La había tocado.

Se agarró al borde de una caja para no caerse. Aquello era una buena señal. Que le hubiera curado los pies significaba que no pretendía hacerle daño. ¿O sí? Parecía lógico, pero el mero pensamiento de ese hombre le provocaba un miedo absoluto.

Era una bestia. Inmenso. Musculoso, aunque no como Soren. El Salvaje le

recordaba a los Reinos Ecuéstres, donde todos los pasos de los caballos hacían que una sucesión de músculos fibrosos se movieran de un lado a otro, bajo la piel. Y además tenía tatuajes, como en los relatos. Dos bandas en cada bíceps. Cuando le había dado la espalda, ella había visto otro dibujo sobre la piel, una especie de halcón con las alas extendidas, que iban de un hombro a otro. Se diría que por su pelo no había pasado nunca un cepillo. Mechones rubios, encrespados, todos distintos en longitud y color, que se retorcían en todas direcciones. Y ella habría jurado que, las pocas veces que había hablado, le había mostrado unos dientes algo más largos y de aspecto «canino». Pero lo más terrible eran los ojos.

Aria estaba acostumbrada a ojos de todos los colores. En los Reinos, estaban sujetos a modas. El mes anterior se habían llevado los de color granate. Los del Salvaje eran de un verde luminoso, pero también reflexivo, como aquellas miradas fantasmagóricas características de los animales nocturnos. Se estremeció al recordar que, en su caso, eran reales.

Se volvió, mordiéndose el labio. Una cueva. ¿Qué estaba haciendo ella ahí? ¿Cómo había llegado a suceder todo aquello? El fuego casi se había apagado. Ya no distinguía la pared contra la que se había apoyado. No quería estar allí a oscuras, rodeada de silencio, sin nada que ver. Se enrolló la manta azul como si fuera una túnica, y se la ató con un pedazo de venda para poder moverse con mayor comodidad. Y salió al exterior.

Lo encontró sentado contra una roca al borde de la pendiente desolada por la que ella había caído. Estaba de espaldas, y todavía no la había oído. Aria se detuvo junto a la boca de la cueva, a tres metros de él. No quería acercarse más, y ahí estaba, agarrándose la manta para que el viento no se la levantara.

El Salvaje se dedicaba a desbastar un tronco de madera con el puñal. Fabricando una flecha, supuso ella. Un hombre de las cavernas creando sus propias armas. El tatuaje de su espalda era un halcón, a juzgar por la cabeza esbelta. Los ojos parecían ocultos tras un espeso plumaje. En los Reinos, la gente usaba motivos móviles. E iban variando siempre que les apetecía. No imaginaba lo que debía ser llevar una misma imagen en la piel durante toda la vida.

El forastero se volvió y la miró. Aria le devolvió la mirada, disimulando una punzada de miedo. ¿Cómo había sabido que estaba ahí? Se guardó el puñal en una vaina de cuero que llevaba al cinto.

Ella dio un paso al frente, haciendo esfuerzos por no cojear, y cuidándose de

mantener una buena distancia entre ellos. Se retiró un mechón de pelo por detrás de la oreja. No le pasó por alto que había manejado el puñal con la facilidad con que parecía tocarlo todo.

El éter dibujaba cintas suaves de luz azul que se arremolinaban sobre los nubarrones grisáceos. Esa vez no iba a dejarse engañar por su apariencia. Ya sabía lo horrible que podía ser. Más abajo vio el valle que habían cruzado durante la tormenta, salpicado de luces intermitentes.

— ¿Es el crepúsculo?

— El ocaso — dijo él.

Ella lo miró. ¿No era «crepúsculo» lo mismo que «ocaso»? ¿Y cómo lo hacía para pronunciar tan despacio una palabra tan corta como aquella? «O-ca-so.» En su boca, parecía que aquella palabra fuera a durar toda la vida.

— ¿Por qué me has traído hasta aquí? ¿Por qué no me has dejado ahí fuera?

— Necesito información. Tu gente me ha arrebatado a alguien.

— Eso es ridículo. ¿Qué uso podríamos dar a un Salvaje?

— Más del que te han dado a ti.

Sintió que le faltaba el aire al recordar los ojos huecos del Cónsul Hess, su sonrisa falsa. El Salvaje tenía razón. Ella ya había servido para lo que tenía que servir. Había asumido la culpa de Soren y la habían echado para que muriera. Allí, junto a esa bestia.

— ¿De modo que quieres entrar en Ensoñación? ¿Para salvar a esa persona? ¿Eso es lo que estabas haciendo aquella noche?

— Entraré. Ya lo he hecho antes.

Ella se echó a reír.

— Nosotros desactivamos el sistema. Y aquella cúpula estaba dañada. Tuviste suerte, Salvaje. Los muros que protegen Ensoñación tienen tres metros de anchura. Es imposible que puedas volver a entrar. ¿Cuál es tu plan? ¿Piensas arrojar boñigas? ¿O vas a usar una honda? Con una piedra lanzada con puntería, tal vez lo consigas.

Él se volvió y se fue hacia ella. Aria se echó hacia un lado con el corazón en un puño, pero él pasó de largo y se internó en la cueva. Momentos después volvió a salir. Le brillaban los ojos, y sostenía algo en una mano levantada.

—¿Esto es mejor que una boñiga, tal vez, Topo?

Durante unos segundos, Aria observó el objeto. Nunca había visto un Smarteye fuera de su sitio: la cara de la gente. Allí, en posesión de un Salvaje, casi no lo reconocía.

—¿Es el mío?

Él asintió moviendo la cabeza una sola vez.

—Lo recogí cuando te lo arrancaron.

Sintió que una sensación de alivio se apoderaba de todo su cuerpo. ¡Podría establecer contacto con su madre en Alegría! Y si la grabación de Soren todavía seguía allí, podría demostrar lo que él y su padre le habían hecho. Alzó la vista.

—No es tuyo. Devuélvemelo.

Él negó con la cabeza.

—No hasta que respondas a mis preguntas.

—Si lo hago, ¿me lo darás?

—Ya te he dicho que lo haré.

A Aria le latía con fuerza el corazón. Necesitaba el Smarteye. Su madre la rescataría. En cuestión de horas podía estar montada en otra nave, camino de Alegría. Con la ayuda de Lumina, desenmascararía al Cónsul Hess y a Soren.

No podía creer que estuviera considerando la posibilidad de ayudar a un forastero a entrar en Ensoñación. ¿No era eso traición? ¿No la había acusado Hess casi de eso mismo? Pero no, jamás lo haría. Le preguntara lo que le preguntase sobre esa persona desaparecida, ella le proporcionaría información falsa. Le diría lo que él quería oír, y él nunca sabría otra cosa.

—Está bien —dijo.

Él cerró la mano con fuerza para proteger el dispositivo, y cruzó los brazos. Aria estaba horrorizada: su Smarteye había quedado atrapado bajo la axila de un neandertal.

—¿Por qué estabas en el exterior? —En su rostro se dibujó una sonrisa. Esa era la misma pregunta que ella había esquivado antes. Pero ahora tendría que responderla.

Chasqueó la lengua, molesta.

—Solo sobrevivimos dos. Uno era el hijo de un Cónsul... de una persona muy poderosa de nuestra Cápsula. Y yo, la otra.

Él se quedó callado. Aria se fijó en su pecho, en las heridas que sus uñas le habían dejado en la piel. Apartó la vista al momento, asqueada por haberlo tocado. ¿Qué problema tenía aquel Salvaje con la ropa? No hacía calor, precisamente. Sopló una ráfaga de viento, y se estremeció. Definitivamente, los forasteros no debían de sentir frío.

—¿Todavía te quedan aliados dentro? —le preguntó.

—¿Has dicho «aliados»?

—Amigos —replicó él secamente—. Personas dispuestas a ayudarte, Topo.

Se acordó de Cachemira. Una oleada de dolor la traspasó, amenazando con arrastrarla. Respiró hondo varias veces para impedirlo.

—Mi madre. Ella nos ayudará.

El Salvaje entrecerró los ojos. La observaba con atención. Ella evitaba moverse demasiado, pero no pudo evitar añadir:

—Mi madre es científica.

Como si aquello hubiera de significar algo para él.

El forastero le alargó el Smarteye.

—¿Puedes ponerte en contacto con ella con esto?

—Sí —respondió ella—. Creo que sí.

Si Hess pretendía seguirle la pista, era posible que hubieran reactivado el Ojo.

—¿Y ella podría averiguar algo sobre una persona robada? —preguntó él.

Ella no entendía que nadie tuviera interés en robar a un Salvaje infestado de enfermedades. Pero mostrarse en desacuerdo con él no iba a servirle de nada.

—Sí, podría. Es una persona respetada por su trabajo. Tiene cierta influencia. Podría averiguar algo, si hay algo que averiguar. Dame eso y te ayudaré.

Estaba orgullosa de sí misma. La mentira le había salido muy convincente.

Él se acercó a ella e inclinó un poco la cabeza.

—¡Me ayudarás, residente! ¡Es tu única posibilidad de seguir con vida!

Ella retrocedió de un salto.

—¡Ya te he dicho que lo haré!

¿Qué le pasaba?

El Salvaje le arrojó el Smarteye. Aria lo agarró con las dos manos y se alejó de allí. El mero hecho de sujetar el Ojo la hacía sentirse más cerca de casa. Se preguntó cuántas enfermedades invisibles portaría. El forastero no se veía terriblemente sucio, pero debía estarlo.

—Ponte a trabajar.

Ella volvió la cara y lo miró.

—¿Sobre quién debo preguntar cuando contacte con mi madre?

El Salvaje vaciló.

—Sobre un niño. Tiene siete años. Se llama Garra.

—¿Un niño? —¿En serio creía que su gente se había llevado a un niño?

—Ya he esperado bastante, Topo.

Aria se colocó el dispositivo sobre el ojo izquierdo, y notó su suavidad sobre la órbita. La biotecnología funcionó al momento. El parche se pegó a su piel, y la membrana interna empezó a expandirse y a ablandarse. La consistencia pasó de gel a líquido, hasta que pudo parpadear fácilmente.

Esperó a que apareciera la pantalla, el Smartscreen, con los músculos rígidos de impaciencia. Probó a introducir sus contraseñas. Probó a reiniciar el sistema, tal como había hecho en Ag 6. Pero no aparecía nada. Ni el archivo «Pájaro Cantor». Ni iconos. Lo único que hacía era mirar a través del parche transparente, ver la tierra desolada que se perdía en la oscuridad, y el cielo que se ondulaba por efecto del éter.

El forastero volvió a acercarse a ella.

—¿Qué ocurre?

—Nada —respondió ella, que sentía que se le formaba un nudo en la garganta—. No responde. Yo creía... creía... creía que tal vez hubieran vuelto a conectarlo, pero no veo nada. Tal vez se ha descargado durante la tormenta. No lo sé.

Él murmuró algo y se pasó una mano por el pelo. Aria, desesperada, introducía más órdenes mientras el forastero iba de un lado a otro. Todos los intentos fallidos la acercaban más a las lágrimas. El Salvaje dejó de caminar y se volvió hacia ella. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Iba a dejarla allí sola? ¿O algo peor?

—Devuélveme eso, Topo.

—¡Ya te he dicho que no funciona!

—Pues haré que lo arreglen.

Aria no pudo reprimir una carcajada.

—¿Vosotros sabéis arreglar esto?

Él le dedicó una mirada asesina.

—Conozco a alguien que sí sabe.

Pero ella seguía sin creerlo.

—¿Conoces a una persona, a un forastero, que sabe arreglar esto?

—¿Es que tienes que oírlo todo dos veces para entenderlo, residente? Regresaré en menos de dos semanas. Aquí hay comida y agua suficiente para sobrevivir. Tú no te muevas de la cueva. Por aquí no viene nadie. No en esta época del año. Cuando haya terminado de empaquetar mis cosas, espero que ya te hayas quitado esa cosa.

Y, sin más, entró en la cueva.

Aria fue corriendo tras él, y se mantuvo lo bastante cerca como para seguir los mechones claros de pelo a través de la penumbra. En la hoguera solo ardían unos rescoldos. El Salvaje arrojó un tronco más, y al hacerlo saltaron chispas y pavesas.

—No pienso quedarme aquí una semana. Ni dos, ni nada.

Él se acercó a una de las cajas, y empezó a meter cosas en el macuto.

—Aquí estarás más a salvo.

—No, aquí no me quedo. Tal vez no sobreviva... —Se le rompió la voz—. Tal vez no me quede mucho tiempo. Mi sistema inmunológico no está preparado para vivir en el exterior. Dos semanas puede ser demasiado tiempo.

Él pareció dedicar unos instantes a reflexionar sobre lo que acababa de oír. Dejó el macuto en el suelo.

—No pienso ir más despacio por ti. Y eso significa que tendrás que caminar durante días así.

Le señaló los pies.

—No tendrías que ir más despacio —dijo ella, aliviada. Al menos no se quedaría allí sola, ni separada de su Smarteye.

Él le dedicó una mirada escéptica, y abrió otra caja. La hoguera se había avivado, e iluminaba una vez más las toscas paredes de la cueva. Cuando se volvió, ella vio que, bajo el brazo, tenía una zona amoratada. Aria se fijó también en que el

tatuaje de la espalda se movía al ritmo de sus músculos. Ella también era halcón. Poseía un amplio registro vocal, pero en Ópera estaba considerada una «soprano halcón». De ahí había tomado Lumina su apodo. Aria se estremeció al darse cuenta de la coincidencia.

—¿Significa algo eso? —le preguntó.

Él sacó unas ropas de la caja y las sacudió. Eran uniformes de trabajo del ejército de los tiempos de la Unidad. Unos pantalones de camuflaje y una camisa. Se las arrojó.

—Ropa.

Ella se echó a un lado, y observó el montón de tela.

—¿Podemos hervirla antes?

Una vez más, su pregunta quedó sin respuesta. Aria se internó en las sombras y se las puso, moviéndose tan deprisa como podía. Le venían enormes, pero abrigan, y con ellas podía moverse con mayor comodidad. Dobló las mangas y las perneras para que no colgaran, y usó la venda a modo de cinturón.

Regresó junto a la hoguera. El forastero ocupaba la misma posición que antes. Se había puesto un chaleco de cuero oscuro, parecido a los que los chicos llevaban en los Reinos de Gladiadores. A su lado, enrollada, reposaba otra manta como la suya.

Él se fijó en las adaptaciones que había hecho a sus ropas.

—Ahí hay comida —dijo, señalando la hilera de tarros que había dejado junto al fuego—. Y uno está lleno de agua.

—¿No nos vamos?

—He visto cómo te mueves a oscuras. Ahora dormiremos y viajaremos de día.

Se tendió y cerró los ojos, como si bastara con eso para conciliar el sueño.

Ella bebió un poco de agua, pero no consiguió tragar más que un par de pedazos de fruta seca. Los higos tenían demasiadas semillas, que se le pegaban a la

garganta, y la angustia permanente le cerraba el estómago y le quitaba el apetito. Aria apoyó la espalda en el granito frío. Le dolían las plantas de los pies. Estaba convencida de que no conseguiría dormir.

El forastero no parecía tener problemas al respecto. Ahora podía observarlo con más detenimiento. Estaba cubierto de imperfecciones. Sobre una mejilla se apreciaba otro moratón, del mismo color que el que le cubría las costillas. Tenía la mandíbula llena de pequeñas cicatrices, pequeñas líneas que se entrecruzaban. La nariz era más bien larga, con una hendidura en su base, tal vez porque se la había roto en más de una ocasión. Se trataba de una nariz propia de un gladiador.

El forastero abrió los párpados y la miró. Aria se quedó helada cuando sus ojos se encontraron. Era un ser humano. Eso ya lo sabía. Pero había algo en aquella mirada que parecía corresponder a un ser sin alma. Sin mediar palabra, se volvió y le dio la espalda.

Aria recobró lentamente la respiración pausada. Entonces se cubrió los hombros con la manta y se tendió en el suelo. Mantenía la vista en la hoguera, y también en el Salvaje, sin saber bien cuál de los dos le generaba más rechazo. Al poco empezaron a pesarle los párpados, y pensó que, de hecho, se equivocaba en muchas cosas. Estaba a punto de quedarse dormida.

A pesar de todo. A pesar de estar allí.

14
Peregrino

PERRY despertó con las primeras luces del día, replanteándose su trato con la residente. ¿Cómo iba a emprender ella el viaje con aquellos cortes en los pies? Por otra parte, tal vez la chica tuviera razón. Dudaba que pudiera sobrevivir el tiempo que él tardaría en llegar al recinto de Castaño y regresar. De una cosa estaba seguro: a la Topo le hacían falta unos zapatos.

Impaciente, rasgó la primera cubierta de libro que encontró. La chica se incorporó, sobresaltada.

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué es eso? ¿Un libro?

—Ya no.

Ella manipuló el dispositivo ocular varias veces, con dedos rápidos, nerviosos. Perry apartó la vista. Aquel artilugio resultaba desagradable. Un parásito. Y le recordaba demasiado a los hombres que se habían llevado a Garra. Se puso de nuevo manos a la obra, separando ahora la contracubierta, que también era de piel. Después agarró el macuto y se arrodilló frente a ella. Le levantó el pie y le retiró el vendaje.

—Se está curando.

Ella ahogó un grito.

—Suéltame. No me toques.

El olor frío de su miedo llegó hasta él con intermitencias azules en los límites de su visión.

—Quieta, Topo —dijo él, soltándole el pie—. Hemos hecho un trato. Si tú me ayudas, no te haré daño.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella, fijándose en las cubiertas arrancadas. Notó que se había puesto muy pálida.

—Fabricándote unos zapatos. Aquí, entre los suministros, no los hay. Y no

puedes viajar descalza.

Con cautela, ella le ofreció un pie. Perry lo apoyó en la cubierta.

—Quédate tan quieta como puedas.

Cogió el puñal de Garra y resiguió con la punta del filo el perfil del pie. Intentaba no tocarla, pues sabía que aquello le causaba pánico.

—¿No tienes un bolígrafo, o algo parecido? —le preguntó ella.

—¿Un bolígrafo? Lo perdí hará unos cien años.

—No sabía que los forasteros vivierais tanto.

Perry bajó la vista, ocultando el rostro. ¿Era una broma? ¿Los residentes sí vivían tanto?

—¿Eres zapatero, o algo parecido? —le preguntó ella al cabo de un momento—. ¿Remendón?

¿Esa chica creía que, si lo fuera, solo se le habría ocurrido aquello?

—No. Soy cazador.

—Ah, eso lo explica todo.

Perry no sabía qué era lo que explicaba, más allá del hecho de que, en efecto, era cazador.

—O sea, que tú... matas cosas. ¿Animales y cosas?

Perry cerró los ojos. Después se echó hacia atrás y le dedicó una amplia sonrisa.

—Si se mueve, lo mato. Después lo destripo, lo despellejo y me lo como.

Ella meneó la cabeza, con la mirada perdida.

—Es que no acabo de creerme que seas real.

Perry frunció el ceño.

—¿Y qué otra cosa iba a ser, Topo?

Después de eso, ella permaneció un buen rato en silencio. Perry terminó de dibujar el perfil de sus pies. Los recortó. Hizo agujeros en las cubiertas con la punta del puñal. Procedía todo lo ágilmente que podía. Al tener que estar tan cerca de ella, le llegaba su olor penetrante, que le causaba náuseas.

—Me llamo Aria. —Esperó un poco a que él dijera algo—. ¿No crees que deberíamos saber cómo nos llamamos si vamos a ser aliados?

Arqueó una ceja, para que constara que bromeaba con el uso de aquella palabra, que él había usado antes.

—Tal vez seamos aliados, Topo, pero no somos amigos. —Pasó el cordón de piel por los agujeros y se los ató a los tobillos—. Pruébalos

Ella se levantó y dio algunos pasos, subiéndose más los pantalones para verse los pies.

—Están bien —dijo, sorprendida.

Él recogió los restos de las tiras de piel y se los guardó en el macuto. Las cubiertas del libro se habían convertido en suelas perfectas, tal como suponía. Duras pero flexibles. El mejor uso que jamás se le había ocurrido para un libro. Le durarían unos días. Después ya pensaría en algo mejor. Si es que vivía tanto.

Si no era así, ya había decidido que le llevaría él solo el dispositivo ocular a Castaño. Hallaría el modo de enviar una señal a cualquier residente que la oyera. Se ofrecería a sí mismo, y el Ojo, a cambio de su sobrino.

Ella levantó un pie y se fijó en la suela.

—Qué adecuado. ¿Has escogido este libro expresamente, forastero? No sé yo si es un buen presagio para nuestro viaje.

Perry agarró el macuto. Cogió también el arco y las flechas. No tenía ni idea de qué libro había escogido. No sabía leer. Nunca había aprendido, a pesar de las veces que Mila y Garra habían intentado enseñarle. Salió de la cueva antes de que ella se diera cuenta y lo llamara Salvaje tonto.

* * *

Pasaron la mañana atravesando unas colinas que Perry conocía desde siempre. Se aproximaban al límite oriental del territorio de Valle, un terreno ondulante que descendía desde el valle de los Mareas. Mirara donde mirase, le asaltaban los recuerdos. El montículo donde Rugido y él se habían fabricado sus primeros arcos. El roble de tronco doble al que Garra había trepado cientos de veces. Las orillas del arroyo seco donde había estado por primera vez con Arroyo.

En otro tiempo, su padre había caminado por aquellas tierras. Y en un pasado aún más remoto, también lo había hecho su madre. Le resultaba extraño añorar un lugar antes incluso de haberlo abandonado. Inquietante saber que ya no tenía altillo al que regresar cuando se cansara de estar al aire libre. Y, además, caminaba junto a una residente, algo que también hacía que sobre esa jornada se proyectara una luz de extrañeza. Su presencia le hacía sentirse inseguro, irritable. Sabía que no había sido ella la que se había llevado a Garra, pero aun así era uno de ellos.

Durante las primeras horas, Aria se asustaba ante el más mínimo sonido. Caminaba muy despacio, y hacía un ruido anómalo para alguien de su estatura. Pero lo peor de todo era que, a medida que avanzaba la mañana, ella exhalaba un estado de ánimo pésimo, negrísimo, que le indicaba que la tristeza le seguía los talones. Aquella chica con la que, en cierto modo, había llegado a un acuerdo, había sufrido, había experimentado pérdidas, sentía dolor. Perry hacía lo posible por situarse siempre con el viento en contra, para que le llegara siempre el aire puro.

—¿Dónde vamos, Salvaje? —le preguntó ella a mediodía. Se encontraba a más de diez pasos de él. Además de evitar su olor, ir por delante tenía otra ventaja: no tenía que ver constantemente aquel dispositivo ocular instalado en su rostro—. Creo que seguiré llamándote así, porque no sé cómo te llamas.

—No pienso responderte.

—¿Y bien, Cazador? ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Él se llevó la mano a la barbilla.

—Hacia allí.

—Una información muy útil, sí.

Perry volvió la cabeza y la miró.

—Vamos a ver a un amigo. Se llama Castaño. Vive por ahí. —Señaló en dirección al Monte de la Flecha—. ¿Algo más?

—Sí —replicó ella, frustrada—. ¿Cómo es la nieve?

Él estuvo a punto de detenerse en seco. ¿Cómo podía alguien saber qué era la nieve y no saber que era pura y silenciosa, y más blanca que un hueso? ¿Y no conocer el escalofrío que recorría el cuerpo a su contacto?

—Es fría.

—¿Y las rosas? ¿Es verdad que huelen tan bien?

—¿Tú ves muchas rosas por aquí? —No pensaba proporcionarle la respuesta correcta. Por lo que iba deduciendo, aquella chica, en sus historias, nunca había oído hablar de los esciros. Y a Perry le convenía que siguiera siendo así. No se fiaba de ella. Sabía que no pensaba ayudarlo. De modo que, fuera cual fuera la traición que planeara, él la descubriría.

—¿Y las nubes se disipan alguna vez? —insistió ella.

—¿Del todo? No. Nunca.

—¿Y el éter? ¿Llega a retirarse?

—Nunca, Topo. El éter no se va nunca.

Ella alzó la vista.

—Un mundo de nuncas bajo un cielo eterno.

Pues ella encajaba muy bien en él, pensó Perry. Una chica que nunca se callaba.

Aria siguió formulándole preguntas durante todo el día. Le preguntaba si las libélulas emitían algún sonido cuando volaban, si los arcoíris eran mitos. Cuando él dejó de responder ella empezó a hablar sola, como si fuera lo más normal. Hablaba del color cálido de las colinas que se recortaban contra el resplandor azulado del éter. Cuando el viento arreciaba, decía que su sonido le recordaba al de las turbinas.

Observaba las piedras y se preguntaba de qué minerales estaban compuestas, e incluso, en algunos casos, se guardó alguna en el bolsillo. En una ocasión permaneció largo rato en silencio, cuando salió el sol, y fue entonces cuando él se preguntó más que nunca en qué estaría pensando.

Perry no entendía que una persona pudiera estar tan triste como ella, y al mismo tiempo, hablara tanto. Él la ignoraba en la medida de lo posible. No perdía de vista el éter, y le aliviaba constatar que se movía en oleadas altas, ligeras. Pronto dejarían atrás las tierras de los Mareas, por lo que prestaba mucha atención a los olores que traía el viento. Sabía que, tarde o temprano, se encontrarían con alguna forma de peligro. Viajando más allá de los territorios de las tribus, los problemas estaban garantizados. Ya era bastante duro sobrevivir en las tierras fronterizas. Perry no sabía cómo iba a hacer para salir adelante en compañía de un topo.

A media tarde encontró un valle resguardado para acampar. Ya anoecía cuando logró encender un fuego. La residente se sentó sobre un árbol caído y examinó las suelas de sus zapatos. La piel que esa mañana daba muestras de empezar a cicatrizar estaba de nuevo llagada.

Perry encontró el unguento que se había llevado de la cueva y se lo alargó. Ella destapó el tarro, y al inclinarse hacia delante para mirarlo, el pelo le cubrió la cara. Perry frunció el ceño. ¿Acaso su dispositivo ocular actuaba como una especie de lupa?

—No te lo comas, residente. Extiéndetelo por los pies. —Le alargó un puñado de frutos secos, así como un manojo de raíces que había recogido un poco antes. Sabían a patatas crudas, pero, al menos, gracias a ellas, no morirían de hambre—. Puedes comerte esto.

Ella aceptó los frutos, pero le devolvió las raíces. Perry regresó junto al fuego, demasiado asombrado para estar ofendido. La comida era algo que no se rechazaba.

—El fuego de esta hoguera no alcanzará estos árboles —le dijo al ver que ella no se acercaba. La chica inspeccionaba con detalle todos los frutos antes de llevárselos a la boca—. No se incendiarán como los de la otra noche.

—Es que no me gusta —replicó ella.

—Ya cambiarás de opinión cuando empiece el frío.

Perry se terminó su parca cena. Ojalá hubiera dedicado algo de tiempo a cazar. Aunque, pensándolo mejor, seguramente no se hubiera cobrado ninguna pieza. El constante parloteo de la chica habría asustado a los animales. Si casi lo había asustado a él... Mañana tendría que encontrar algo de alimento. Ya habían agotado prácticamente todas las existencias que se había llevado de la cueva.

—El niño al que se llevaron... ¿es tu hijo?

—¿Cuántos años crees que tengo, residente?

—Ya no recuerdo bien cómo era eso de la datación de fósiles, pero diría que entre cincuenta y sesenta mil años.

—Dieciocho. Y no, no es mi hijo.

—Yo tengo diecisiete. —Carraspeó—. No parece que tengas dieciocho —dijo, transcurridos unos momentos—. Bueno, en parte sí y en parte no.

Perry supuso que esperaba que le preguntara por qué. Pero a él no le importaba.

—Por cierto, me encuentro bien. Tengo un dolor de cabeza persistente, y los pies me duelen mucho, pero creo que sobreviviré un día más. Aunque, claro, no puedo estar segura. Según cuentan, las enfermedades pueden atacar silenciosamente.

Perry apretó mucho los dientes. Pensaba en Garra y en Mila. ¿Debía sentir lástima por ella, por que pudiera enfermar? Él no concebía una vida sin dolencias ni enfermedades. Sacó las dos mantas del macuto. El sueño traería la mañana, y la mañana los acercaría más a Castaño.

—¿Por qué evitas mirarme? —preguntó ella—. ¿Por qué soy una residente? ¿Os resultamos feos a los forasteros?

—¿Qué pregunta quieres que conteste primero?

—No importa. De todos modos, no me responderás. Tú nunca respondes a las preguntas.

—Y tú no dejas de preguntar.

—¿Ves a lo que me refiero? Evitas responder, y evitas mirar. Esquivas.

Perry le lanzó la manta. Ella no estaba preparada para cazarla al vuelo. Y le dio en la cara.

—Y tú no.

Ella la retiró y le dedicó una mirada asesina. Perry la vio perfectamente, a pesar de que ella se mantenía más allá del círculo de luz que dibujaba la hoguera.

Resguardado por la penumbra, se permitió a sí mismo arquear ligeramente la comisura de los labios.

Horas después despertó al oír un canto. Eran palabras pronunciadas en voz baja, en una lengua que desconocía pero que le resultaba familiar. Nunca había oído una voz igual. Tan clara, tan intensa. Pensó que tal vez todavía estuviera soñando, hasta que vio a la chica. Se había acercado más a la hoguera. A él. Se mecía hacia delante y hacia atrás, rodeándose las piernas dobladas con los brazos. Hasta él llegó el olor salado de sus lágrimas, que transportaba el aire, y un destello rojo de miedo.

—Aria —dijo, sorprendiéndose a sí mismo por haber usado su nombre. Se convenció de que era un nombre adecuado para ella. Su sonido tenía algo de curioso. Como si en el mismo nombre se encerrara una pregunta—. ¿Qué te pasa?

—He visto a Soren. El del incendio del otro día.

Perry se puso en pie de un salto, y escrutó la niebla. Nunca le había gustado la niebla. Le privaba de uno de sus sentidos. Pero aún le quedaba otro, el más fuerte. Aspiró hondo, procurando moverse con cautela. El olor de su miedo se fundía con el del humo de leña, pero allí no había aroma de otros residentes.

—Lo has soñado. Aquí solo estamos nosotros.

—Nosotros no soñamos —replicó ella.

Perry frunció el ceño, pero decidió no indagar más en aquel comentario, por el momento.

—No hay rastro de él por aquí.

—Lo he visto —insistió ella—. Parecía real. Igual que si estuviera con él en los Reinos. —Se pasó la manta por las mejillas húmedas—. Y ahora tampoco podía alejarme de él.

Él no sabía qué hacer. Si hubiera sido su hermana, o Arroyo, la habría abrazado. Pensó en decirle que la mantendría a salvo, pero eso no habría sido del todo cierto. La protegería, sí, pero solo hasta que recuperara a Garra.

—¿Y no puede haber sido un mensaje recibido a través de tu dispositivo ocular? —le preguntó.

—No —respondió ella sin vacilar—. Sigue estropeado. Pero lo más raro es que aquella noche sí pude ver lo que había grabado con él. Grabé a Soren cuando estaba... atacándome. —Carraspeó—. Y eso fue lo que he visto ahora también. Es como si mi mente hubiera rebobinado la grabación y la hubiera emitido sola.

Eso se llamaba sueño, pero Perry no pensaba discutir con ella.

—¿Y por eso los residentes quieren recuperarlo? ¿Por esa grabación?

Ella dudó un poco antes de asentir.

—Sí. Podría arruinar la vida de Soren y de su padre.

Él se pasó una mano por el pelo. Ahora entendía por qué los residentes querían el dispositivo ocular. ¿Se habrían llevado a Garra como moneda de cambio?

—De modo que tenemos con qué negociar.

—Si logramos reparar el Smarteye.

Perry soltó el aire despacio, sintiendo un atisbo de esperanza. Estaba dispuesto a ofrecerse a los residentes a cambio de la libertad de Garra. Tal vez ahora ya no hiciera falta. Si tanto necesitaban recuperar ese dispositivo, tal vez con eso bastara para rescatar a su sobrino.

La chica empezaba a relajarse. Arrojó otro tronco al fuego y se sentó en el otro extremo. Ahora ya no podía evitar fijarse en aquel aparato que llevaba pegado al rostro.

—¿Por qué lo llevas, si está roto? —le preguntó.

—Forma parte de mí. Así es como vemos los Reinos.

Él no tenía idea de qué eran los Reinos. Ni siquiera sabía cómo preguntar por ellos.

—Los Reinos son lugares virtuales —dijo—. Creados por programas de ordenador.

Él cogió una rama y removió las brasas. La chica se lo explicaba de todos modos, aunque él no se lo hubiera preguntado. Como si supiera que él no tenía ni idea. Aquello le impactó un poco, pero como ella seguía hablando, se dedicó a escucharla.

—En ellos hay lugares tan reales como este. Si mi Smarteye funcionara, podría ir a cualquier parte del mundo, y más allá. Sin ir a ningún sitio. Hay Reinos de épocas que ya han pasado. Hace un año los Reinos Medievales se pusieron de moda. Tú quedarías genial en cualquiera de ellos. Y también están los Reinos de Fantasía, y los Reinos Futuros. Los Reinos dedicados a pasatiempos e intereses de todo tipo.

—O sea, que es como ver un vídeo. —Los había visto en casa de Castaño. Imágenes que eran como recuerdos que se veían en una pantalla.

—No, un vídeo es solo visual. Los Reinos son multidimensionales. Si vas a una fiesta, sientes que la gente baila a tu alrededor, y puedes olerla y oír la música. Y puedes cambiar cosas, escoger, por ejemplo, unos zapatos más cómodos con los que bailar. O modificar tu color de pelo. O escoger otro estilo corporal. Puedes hacer todo lo que quieras.

Perry se cruzó de brazos. Parecía que le estaba describiendo una ensoñación.

—¿Y qué te pasa cuando vas a uno de esos falsos lugares? ¿Te quedas dormido?

—No. Solo te escindes. Haces dos cosas a la vez. —Se encogió de hombros—. Como cuando caminamos y hablamos al mismo tiempo.

Perry reprimió una sonrisa. Recordó sus palabras del día anterior. «Eso explica muchas cosas.»

—¿Y qué sentido tiene ir a un lugar falso? —preguntó.

—Los Reinos son los únicos lugares a los que podemos ir. Se crearon cuando se construyeron las Cápsulas. Sin ellos, probablemente nos volveríamos locos de aburrimiento. Y no son lugares falsos, son «pseudolugares». La sensación de realidad es absoluta. Bueno, de algunas cosas ya no estoy tan segura. Aquí he visto elementos que no son lo que esperaba.

Se metió la mano en uno de los bolsillos. El día anterior había recogido unas diez o doce piedras. A él ninguna le parecía especial. Todas le parecían, simplemente, piedras.

—Son todas únicas —dijo ella—. Su forma, su tamaño. Su peso y su composición. Es asombroso. En los Reinos lo aleatorio responde a unas fórmulas. Pero yo siempre las detecto. Me doy cuenta de que la piedra número doce es una versión modificada del color o la densidad de la número uno, o de la variación que sea.

»Pero las piedras no son lo único. Cuando estuve en el desierto, y después, cuando... —Por su manera de mirarlo, él supo qué iba a decir a continuación, porque era algo en lo que tenía que ver—. Nunca me había sentido así. Ese miedo, allí, no lo tenemos. Pero si esas dos cosas son distintas, tiene que haber más, ¿verdad? ¿Hay otras cosas, además del miedo y las piedras, que sean distintas en el mundo real?

Perry asintió, ausente, imaginando un mundo sin temor. ¿Era posible? Si no había miedo, ¿cómo podía existir el bienestar? ¿Y el valor?

A ella le pareció que, con su gesto de asentimiento, la animaba a seguir hablando. En efecto, a él no le importaba que lo hiciera. Tenía buena voz. No se había dado cuenta hasta que la había oído cantar. Habría preferido que cantara un poco más, en vez de hablar, pero no pensaba pedirselo.

—Pues sí, todo es energía, como en todo. El Ojo envía impulsos que llegan directamente al cerebro y lo engañan. Le dicen: «Estás viendo esto, tocando aquello.» Pero tal vez algunas cosas no estén del todo perfeccionadas aún. Tal vez se acerquen mucho a lo real, pero no sean iguales. De todos modos, eso no es lo que tú preguntabas. Yo lo llevo porque sin él no me siento yo misma.

Perry se rascó la mejilla, y al hacerlo puso cara de dolor: se había olvidado del moratón.

—A nosotros nos pasa lo mismo con nuestras marcas. No me sentiría yo

mismo sin ellas.

Apenas lo hubo dicho, lamentó haber pronunciado aquellas palabras. La luz del amanecer se filtraba por encima de la cordillera en largos haces, atravesando la niebla. Él no debería estar ahí sentado, conversando con una residente, cuando Garra agonizaba en alguna parte, lejos de casa.

—¿Tus tatuajes tienen que ver con tu nombre?

—Sí —corroboró él, metiendo la manta en el macuto.

—¿Te llamas Halcón?

—No. —Se puso en pie y se abrochó el cinturón. Recogió el arco y el carcaj.

—Ahora llevaré yo el dispositivo ocular.

Ella arqueó mucho las cejas, y al hacerlo se le arrugó la frente.

—No.

—Topo, si te ven con eso puesto, no podré hacerte pasar por uno de los nuestros.

—Pero ayer lo llevé.

—Ayer era ayer. A partir de ahora las cosas serán distintas.

—Pues quítate tú antes tus tatuajes, Salvaje.

Perry se quedó helado, y apretó mucho los dientes. Lo curioso del caso era que, cada vez que lo llamaban «Salvaje», sentía deseos de comportarse como tal.

—Ya no estamos en tu mundo, residente. Aquí la gente se muere. Nada es «pseudo» nada. Todo es real, muy real.

Ella echó hacia atrás la barbilla, desafiante.

—Pues entonces quítamelo tú. Ya has visto cómo se hace.

En un destello de memoria, Perry recordó cómo Soren le había arrancado el dispositivo de la cara. Y no quería hacerle lo mismo.

Desenvainó el puñal que llevaba al cinto.

—Si quieres que las cosas sean así...

—¡Espera! Ya me lo quito yo.

Se volvió hasta quedar de espaldas. Cuando se encaró a él de nuevo, segundos después, ya llevaba el dispositivo en la mano. Su expresión era de furia cuando se lo metió en el bolsillo.

Perry dio un paso al frente. Hizo girar el puñal en la mano, como habría hecho un niño, pero el ademán le funcionó, pues ella se fijó en el arma.

—Ya te he dicho que lo llevaré yo.

—Quieto. No te acerques a mí. Tómallo.

Y se lo lanzó.

Perry lo atrapó al vuelo y se lo metió en el macuto. Después se alejó de ella. Envainó de nuevo el puñal, aunque al hacerlo estuvo a punto de caérsele al suelo.

15
Aria

ARIA hacía esfuerzos por seguir el ritmo del forastero ese segundo día. Los pies le dolían cada vez más. «A partir de ahora, será distinto», le había dicho. Pero no lo había sido. Las horas transcurrían igual que el día anterior. Sufrimiento físico constante. Dolores de cabeza intermitentes.

Había renunciado a hablar con el forastero. Avanzaban en silencio, y el único sonido que se oía era el de las cubiertas de los libros, que crujían al contacto con el suelo. Le había costado reprimir la risa al ver que el título era *La Odisea*. No era, desde luego, un buen presagio para su travesía. Pero por el momento no se había encontrado con sirenas ni con cíclopes, solo con unas colinas peladas, salpicadas de grupos de árboles. Ella, que había creído que habría mucho que temer ahí fuera, y resultaba que su compañía era lo que más miedo le daba.

Hacia el mediodía pasaron una hora cavando con unas piedras planas. Al parecer, el forastero había encontrado agua un palmo por debajo del nivel del suelo. Llenaron los pellejos y comieron en silencio. Al terminar, permanecieron sentados un rato. El éter se movía tranquilamente sobre ellos. El forastero alzó la vista, escrutando el cielo. A lo largo del día había hecho lo mismo varias veces. Lo estudiaba con gran intensidad. Como si en él hallara algún significado.

Aria alineó frente a ella su colección de piedras. Ya había recogido quince. Se fijó en que tenía las uñas sucias. ¿Era posible que le hubieran crecido? No, no podía ser. Se suponía que las uñas no crecían. El crecimiento de uñas era algo obsoleto. Como no servía de nada, lo habían suprimido.

El forastero extrajo una piedra plana del macuto y empezó a afilar el puñal. Aria lo miraba con el rabillo del ojo. Tenía las manos anchas, los huesos grandes. Hacían pasar el filo por la superficie lisa con movimientos rítmicos, firmes. El metal silbaba a intervalos constantes. Su mirada se desplazó más arriba. La luz del día iluminaba los pelos rubios que le crecían sobre la mandíbula. El vello facial era otro rasgo del que los ingenieros genéticos se habían librado. Las manos del forastero detuvieron su movimiento. Alzó la vista, un breve destello verde. Después guardó las cosas y reemprendió la marcha.

El silencio era tal que Aria no dejaba de dar vueltas a sus pensamientos. Y no

eran precisamente positivos. Su entusiasmo al encontrar el Smarteye se había esfumado. Durante el día anterior, había intentado distraerse observando el paisaje, pero aquello ya no le servía. Añoraba a Cachemira y a Caleb. Pensaba en su madre y en el mensaje para «Pájaro Cantor». Le preocupaba que los pies llegaran a infectársele. Cada vez que sentía dolor de cabeza, imaginaba que era el primer síntoma de una enfermedad que acabaría matándola.

Aria quería volver a sentirse ella misma. Una chica que buscaba la mejor música por los Reinos, y que aburría a sus amigos con hechos sobre temas intrascendentes. Allí, en cambio, era la chica que llevaba unos zapatos fabricados con cubiertas de libros. Una chica que, si quería seguir con vida, se veía condenada a caminar sobre colinas, acompañada de un Salvaje mudo.

Se inventó una melodía que expresara todo el temor y el desamparo que sentía en su interior. Una música triste y terrible que era su secreto, y que cantaba solo en la intimidad de sus pensamientos. Aria odiaba aquella melodía. Y odiaba todavía más saber lo mucho que la necesitaba. Se juró que cuando volviera a reunirse con Lumina dejaría esa parte patética de sí misma allí, en el exterior, donde pertenecía. Y nunca volvería a cantar aquella triste melodía.

Esa noche se desplomó antes de que el forastero hubiera encendido la hoguera, y se envolvió en la manta azul de lana. Apoyó la cabeza en el macuto de cuero del Salvaje, y descubrió que sus ganas de disponer de una almohada eran mayores que su miedo a la suciedad.

Jamás había experimentado tanto dolor. Nunca se había sentido tan cansada. Esperaba que solo fuera cansancio. Que solo estuviera agotada, y no sucumbiendo a la Tienda de la Muerte.

* * *

La mañana del tercer día de su viaje, el forastero dividió lo poco que quedaba de la comida que se había llevado de la cueva. Comió, evitando mirarla, como de costumbre. Aria meneaba la cabeza: le parecía maleducado, frío y extrañamente animal, con aquellos ojos verdes relampagueantes y aquellos dientes de lobo, pero, milagrosamente, habían llegado a un pacto. Su encuentro con él podría haberle salido mucho peor.

Aria mordisqueaba un higo seco mientras hacía inventario de todas sus

dolencias: dolor de cabeza, de músculos varios, y calambres en el vientre. Ya ni se atrevía a mirarse las plantas de los pies.

—Más tarde tendré que ir a cazar algo —declaró el forastero, revolviendo los carbones de la hoguera con un palo. La mañana era más fresca. Gradualmente, habían ido ascendiendo, y ahora se encontraban en un terreno más elevado. Él se había puesto una camisa de manga larga bajo el chaleco de cuero. Era de un blanco desvaído, raída, deshilachada y con remiendos. Parecía la prenda del superviviente de un naufragio, pero a ella no le resultaba tan incómodo mirarlo así, vestido.

—Bien —dijo, frunciendo el ceño. «Monosilabismo.» Una enfermedad de los forasteros. Y ella se había infectado.

—Hoy nos trasladaremos a la montaña —anunció él, con la vista clavada en el suelo—. Muy lejos del territorio de mi hermano.

Aria se abrigó más con la manta. ¿Tenía un hermano? No sabía por qué, pero le costaba imaginarlo. Tal vez porque no había visto rastro alguno de otros forasteros, Y no tenía ni idea de que la tierra externa estuviera sujeta a divisiones.

—¿Territorio? ¿Es duque, o algo así?

A él se le arquearon ligeramente las comisuras de los labios.

—Algo así.

Aquello sí que era genial. Se había tropezado con un príncipe de los Salvajes. «No te rías —se dijo—. No te rías, Aria.» Él se estaba mostrando muy parlanchín, comparado con otras veces, y a ella le hacía falta hablar con alguien. O escuchar. No soportaría un día más de silencio, con la mente ocupada tan solo por aquella melodía que la recorría como un fantasma.

—Hay territorios —prosiguió él—. Y hay tierras abiertas, donde vagan los dispersados.

—¿Quiénes son los «dispersados»?

Él entrecerró los ojos, molesto por la interrupción.

—Gente que vive al margen de la protección de las tribus. Nómadas que se desplazan en pequeños grupos, o solos. En busca de alimento y refugio... Personas

que solo persiguen sobrevivir. —Hizo una pausa, y echó los hombros hacia atrás—. Las tribus más grandes reclaman territorios. Mi hermano es un Señor de la Sangre. Gobierna mi tribu, la de los Mareas.

«Señor de la Sangre.» Qué mal sonaba ese título.

—¿Y tú estás unido a tu hermano?

Él concentró la mirada en la rama que sostenía entre las manos.

—Lo estuve, antes. Ahora quiere matarme.

Aria se quedó petrificada.

—¿Hablas en serio?

—Eso mismo ya me lo has preguntado antes. ¿Es que los residentes solo habláis en broma?

—No solo—respondió ella—. Pero sí lo hacemos.

Aria supuso que él haría algún comentario despectivo, burlón. Se hacía una idea de lo difícil que debía ser su vida, si para encontrar un poco de agua turbia debía cavar durante más de una hora. No, no parecían divertirse mucho por allí. Pero el forastero no dijo nada. Arrojó la rama al fuego, se echó hacia delante y apoyó los brazos en las rodillas. Aria se preguntaba qué vería en aquellas llamas. ¿Buscaría en ellas al niño?

Aria no entendía por qué habían secuestrado a un niño forastero. Las Cápsulas controlaban con gran rigor a sus poblaciones. Todo debía estar regulado. ¿Por qué iban a malgastar unos recursos muy costosos en un niño Salvaje?

El forastero recogió el arco y las flechas y se las colgó al hombro.

—Una vez crucemos las montañas, nada de charlas. Ni una palabra, ¿entiendes?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que hay ahí?

Los ojos del Salvaje, siempre brillantes, resplandecieron como faros verdes en el amanecer neblinoso.

—Lo que hay ahí es lo que te han contado. Todas tus historias.

* * *

Tan pronto como partieron esa mañana, Aria supo que ese día sería distinto.

Hasta ese día, el forastero se había mostrado distante, y, a pesar de su corpulencia, se movía con gran agilidad. Pero ahora avanzaba despacio, con cautela, observándolo todo. El dolor de cabeza que aparecía de manera intermitente desde que le habían arrancado el Smarteye parecía haberse instalado definitivamente: era como si un silbido estridente resonara en sus oídos. Las suelas de las sandalias resbalaban al contacto de las pendientes rocosas, y las ampollas de los pies no hacían sino empeorar. El forastero no dejaba de volver la vista atrás para controlarla, pero ella no lo miraba a los ojos. Le había prometido que no se rezagaría, y pensaba cumplir su promesa. ¿Qué otras opciones le quedaban?

Hacia mediodía, sus pies empezaron a exudar una desagradable combinación de sangre y pus. Para poder seguir caminando, Aria debía morderse los labios por dentro. Y así, al cabo de un rato también empezó a sangrarle la boca.

Entraron en un bosque, y la pendiente se hizo menos pronunciada, lo que proporcionó algo de alivio a sus músculos. Estaba recordando la última vez que había estado bajo unos árboles —durante la persecución de Soren a Cachemira— cuando, sin transición, llegaron a un campo abierto.

Aria se detuvo junto al forastero, observando una extensa llanura gris, casi plateada, y absolutamente desolada. No veía ni una rama, ni una sola brizna de hierba. Solo el parpadeo dorado de unos rescoldos esparcidos aquí y allá, algunos trazos de humo que se elevaba, suavemente, en diversos puntos. Al momento supo que se trataba de las cicatrices dejadas por una tormenta de éter.

El forastero se llevó un dedo a los labios, pidiéndole silencio. Se acercó la mano al cinto y, despacio, desenvainó el puñal, haciéndole un gesto para que no se alejara. «¿Qué pasa? —habría querido preguntarle—. ¿Qué ves?» Pero mientras avanzaban despacio entre los árboles, se obligaba a sí misma a no hablar.

Hasta que se encontraba a menos de cuatro metros de distancia no vio a la persona acurrucada en el nudo de un tronco, descalza y vestida con ropas harapientas. No supo si se trataba de un hombre o de una mujer. Tenía la piel

demasiado arrugada y sucia para distinguirlo. De unos mechones de pelo amarillento sobresalían unos ojos de búho. En un primer momento, a Aria le pareció que aquel ser sonreía, pero después se dio cuenta de que no tenía labios y que, por tanto, no podía ocultar sus dientes marrones y mellados. De no haber sido por la expresión de pánico de sus ojos, bien habría podido ser un cadáver.

Aria no podía dejar de mirarla. La criatura del árbol alzó la cabeza, y la saliva que le resbalaba por la barbilla reflejó la claridad del día. Posando los ojos en el forastero, emitió un alarido raro, desesperado. Un sonido inhumano, que de todos modos Aria entendió. Se trataba de un grito de clemencia.

El forastero le tocó el brazo. Aria dio un respingo, pero al momento se dio cuenta de que le indicaba que siguiera avanzando. Durante la hora siguiente no consiguió apaciguar los latidos de su corazón. Sentía aquellos ojos saltones clavados en ella, oía el eco de aquel espantoso alarido. Las preguntas se agolpaban en su mente. Quería comprender por qué una persona podía llegar a convertirse en algo así. Cómo podía alguien sobrevivir tan solo y horrorizado. Pero se mantenía en silencio, pues comprendía que hablar era peligroso.

Sin saber bien cómo, había empezado a pensar que el forastero y ella estaban solos en aquel mundo despoblado. Pero no lo estaban. Ahora se preguntaba qué otras cosas había ahí fuera.

Encontraron otra cueva a media tarde. Era húmeda y estaba atravesada de formaciones que recordaban la cera fundida. Apestaba a sulfuro. El suelo estaba cubierto de restos de plástico y huesos.

El forastero dejó en él el macuto.

—Me voy a cazar —dijo en voz baja—. Regresaré antes de que oscurezca.

—No pienso quedarme aquí sola. ¿Qué era eso?

—Ya te he hablado de los dispersados.

—Bueno, de todos modos no pienso quedarme aquí. No puedes dejarme sola con ese dispersado merodeando por aquí.

—«Eso» es lo que menos debe preocuparnos. Además, lo dejamos muy atrás.

—No haré ruido.

—Siempre se hace algo de ruido. Escúchame, tenemos que comer, y yo no puedo cazar si te tengo detrás moviéndote de un lado a otro.

—He visto unas bayas en el camino. Hemos pasado junto a un arbusto lleno de frutos.

—Tú quédate aquí —dijo él en un tono más imperioso—. A tus pies les irá bien descansar.

Metió la mano en el macuto, sacó un puñal y se lo alargó por la empuñadura.

Era un puñal pequeño, no el otro, más largo, que le había visto afilar. Tenía plumas talladas en el mango de hueso. Al verlo, pensó que era absurdo decorar un instrumento tan siniestro.

—No sé qué hacer con esto.

—Blándelo de un lado a otro y grita, Topo. Lo más fuerte que puedas. No hace falta que hagas nada más.

* * *

La oscuridad llegó a la cueva mucho antes de que cayera la noche en el exterior. Aria se trasladó a la entrada y escuchó aquel silencio extraño, que se mezclaba con el pitido que seguía resonando en sus oídos. La cueva se encontraba en una pendiente. Observó los árboles de alrededor, forzando la vista en busca de personas acurrucadas en troncos huecos. No vio a nadie. Algunos árboles carecían de hojas, y se veían desnudos. Se preguntó por qué unos crecían y otros morían. ¿Era por la tierra? ¿O era el éter, que escogía a algunos para carbonizarlos? No veía ninguna razón en ello. Ahí fuera, nada parecía tener sentido.

Se moría de ganas de hablar con alguien. Con quien fuera. En ese momento necesitaba estar acompañada, porque estando sola se ponía a pensar en aquella persona del árbol. Cuando oyó unos crujidos al fondo de la cueva, abrió el macuto del forastero y rebuscó en él hasta encontrar el Smarteye. No funcionaba, pero tal vez llevarlo puesto la calmara, como había hecho el primer día. Además, de ese modo lograría que el forastero se enfadara. Y eso ya era algo.

Regresó a la entrada de la cueva y se colocó el dispositivo, que se aferró con

fuerza a su piel y tiró de la órbita ocular causándole una sensación desagradable. Contuvo la respiración unos segundos, rezando por que se activara la Smartscreen. El mensaje de su madre. Algo. Pero, claro está, nadie había reparado el Ojo todavía.

«Cachemira —fingió que decía a través del Ojo. Cachemira estaba muerta. Todavía no se lo creía. De pronto, empezó a llorar—. Como ya estoy fingiendo, voy a fingir que sigues viva y que todo esto es una gran broma. Un Reino de Bromas Pesadas. Pero esta lo es tanto que tendrían que suprimirla. Estoy en una cueva, Cachemira. A ti te parecería horrible. A mí también me lo parece. —Se secó las lágrimas con la manga—. Esta es la segunda cueva en la que he estado. Apesta a huevos podridos. Y se oyen ruidos. Ruidos como de algo que se arrastra. Pero la primera cueva no estaba tan mal. No era tan grande, y era más cálida. ¿Puedes creerte que tengo una cueva favorita? Cachemira, la verdad es que ahora mismo no estoy demasiado bien...»

El llanto había hecho que el dolor de cabeza se le clavara en los ojos, y sabía, estaba segura de que aquella cosa que habían visto en el árbol se encontraba en la cueva y avanzaba arrastrándose hacia ella. Se imaginó aquella mirada fija, y la boca retorcida con todos aquellos dientes y las babas brillantes.

Aria agarró el puñal y salió corriendo al exterior.

Silencio.

Olisqueó, y miró a su alrededor. Allí no había personas de los árboles. Solo el bosque. La cueva acechaba tras ella. No pensaba volver a entrar ahí.

Inició el descenso por la ladera, consciente en todo momento del puñal que sostenía. Encontró sin problemas el arbusto de las bayas. Sonriendo, se metió tantas como pudo en los bolsillos de los pantalones del ejército, y con los faldones de la camisa formó un cuenco y se llevó más.

Imaginó lo que diría el forastero cuando las viera. Seguro que sería una sola palabra. Pero se daría cuenta de que ella servía para algo más que para quedarse ahí sin hacer nada. Aria subió deprisa por la colina, y mientras lo hacía pensaba que, a partir de ese momento, asumiría el control de todo lo que pudiera. Estaba cansada de sentirse inútil.

Suponía que no se había ausentado más de media hora, pero anochecía por momentos. Primero le llegó el olor a humo, y después vio la pálida columna más adelante, recortándose en el cielo azul oscuro. El forastero había regresado. Ella

estuvo a punto de llamarlo con un grito, de presumir desde lejos de su cosecha de bayas. Pero decidió que era mejor darle una sorpresa.

Se detuvo en seco a pocos metros de la cueva. El humo ascendía desde lo alto de la espaciosa entrada, como una cascada invertida. Desde el interior llegaban las voces de varios hombres. No reconoció ninguna. Retrocedió lo más silenciosamente que pudo. El corazón le latía con fuerza. Como seguía oyendo aquel pitido en su cerebro, no estaba segura de si hacía mucho o poco ruido. Pero lo descubrió cuando tres perfiles se recortaron frente a la cueva.

—Rata... ¿Eso es una residente? —dijo uno.

—En efecto, lo es —respondió el otro. Era flaco y calvo, y tenía una nariz grande y afilada que despejaba cualquier duda sobre el origen de su nombre—. Te has alejado mucho de casa, ¿verdad, niña?

Aria oyó un campanileo y, al momento, sus ojos se desplazaron a la cintura de Rata. De su cinturón colgaban varias campanillas, que brillaban a la luz tenue. Y que sonaban a cada paso que daba.

—No siga. —Recordó que contaba con el puñal. Iba a levantarlo cuando vio que ya lo empuñaba con fuerza, delante de ella. Lo levantó un poco más—. No se me acerque.

Rata sonrió, mostrándole unos dientes que parecían afilados expresamente para que terminaran en punta.

—Tranquila, niña. No vamos a hacerte daño. ¿Verdad, Zancadilla?

—No, no te haremos daño —reiteró este. Llevaba unos tatuajes muy elaborados alrededor de los ojos, como si se tratara de bordados. Parecía alguien salido de algún Reino de Carnaval—. Nunca pensé que vería a un topo.

—Vivo, no —dijo Rata—. ¿Qué estás haciendo aquí, niña?

Aria se fijó entonces en el hombre-cuervo, que había empezado a aproximarse, avanzando en absoluto silencio. Aunque Rata y Zancadilla le daban miedo, el hombre-cuervo la asustaba todavía más. Sus dos compañeros quedaron en silencio al ver que se acercaba.

El hombre-cuervo medía casi dos metros. Tenía que inclinarse para verla. La

máscara resultaba aterradora, el pico, curvo y afilado, hecho de cuero tensado y fijado a una estructura rígida. Las partes lisas eran del color de la piel, pero en las arrugas se adivinaba una tonalidad oscura, sucia. A través de los agujeros de aquella máscara Aria le veía los ojos. Eran azules, y claros como el cristal.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Aria. —Respondió porque le pareció que no podía no hacerlo.

—¿Adónde te diriges, Aria?

—A casa.

—Claro. —El hombre-cuervo ladeó la cabeza—. Lo siento, esto debe de asustarte.

Entonces se quitó la máscara, que quedó sujeta de un cordón de cuero que él movió para colocársela en la espalda. Era más joven de lo que esperaba. Apenas unos años mayor que ella, de pelo negro y aquellos ojos azules. Constató que, ahora que podía verle la cara, se sentía algo más tranquila.

Él sonrió.

—Mejor así, ¿verdad? Mi gente recibe la noche con gran ceremonia. Usamos máscaras para ahuyentar a los espíritus de la oscuridad. Mis amigos todavía no están iniciados, si lo estuvieran también llevarían máscaras. Me llamo Harris. Me alegro de conocerte, Aria.

Tenía una voz hermosa, grave, de barítono. Dedicó a Zancadilla y a Rata una mirada de reproche.

—Sí, eso, encantados de conocerte —dijeron ellos, ladeando la cabeza y haciendo sonar de nuevo las campanillas.

—Las campanillas también forman parte de la ceremonia —dijo Harris, viendo que Aria se fijaba en ellas.

—En las culturas antiguas se usaban las campanillas —dijo ella, y al momento se odió a sí misma por saber todas aquellas tonterías que no servían para nada, y por no ser capaz de mantener la boca cerrada cuando estaba nerviosa.

—He oído que lo hacían los tibetanos.

—Sí, ellos las usaban. —Aria no daba crédito. Un Salvaje que no solo sabía cavar huecos y encender hogueras. En su interior alumbró una chispa de esperanza—. Creían que las campanas representaban la sabiduría del vacío.

—He conocido a algunas personas con la mente hueca, pero yo no las llamaría sabias, precisamente. —Harris sonrió y miró a Zancadilla de reojo—. Para nosotros, las campanas emiten los sonidos de la ligereza y el bien. ¿Estás sola, Aria?

—No, vengo con un forastero.

Había oscurecido mucho, pero la luz tenue del éter le permitió ver que fruncía el ceño.

—Con uno como vosotros, quiero decir —rectificó, al darse cuenta de que ellos no se llamarían de ese modo a sí mismos.

—Ah... Mejor. Esta tierra es peligrosa. Estoy seguro de que tu acompañante ya te lo ha advertido.

—Sí. Lo ha hecho.

Zancadilla ahogó una risa.

—Casi me cago encima cuando he oído que nos espiabas.

Rata levantó más la nariz y olisqueó el aire. Y acto seguido dio un codazo a Zancadilla.

—¿Casi?

Harris sonrió, disculpándose.

—Tenemos comida de sobra, podemos compartirla. Y un fuego encendido. ¿Por qué no os quedáis con nosotros esta noche tú y tu compañero? Si creéis que podéis aguantar a estos dos.

—Me parece que será mejor que no, pero gracias. —Se dio cuenta que agarraba la empuñadura del cuchillo con tal fuerza que le dolían los nudillos. ¿Por qué lo tenía en la mano? Lo bajó al momento. Aunque, con la máscara puesta,

Harris daba mucho miedo, sin ella parecía una persona amable. Mucho más que el forastero, del que no sabía siquiera el nombre. Y, además, Harris hablaba—. Bueno —dijo, pensándolo mejor—. Podría esperar a ver qué dice él.

—Yo digo que no.

Todos se volvieron al momento en dirección a la voz que provenía de lo alto de la colina. Era su forastero, apenas visible en la penumbra del anochecer.

Aria estaba a punto de llamarlo cuando oyó una especie de silbido, seguido del tintineo de las campanillas. Rata tropezó y cayó hacia atrás. Al menos eso fue lo que creyó Aria, hasta que vio un palo —no, una flecha—, clavada en su garganta.

Ya no pensó nada más. Se dio la vuelta y salió corriendo. Zancadilla la agarró por el brazo y la atrapó, arrebatándole el puñal. Acto seguido se lo acercó al cuello, mientras le doblaba un brazo y se lo levantaba por la espalda. Aria ahogó un grito al sentir el dolor en el hombro. El hedor que desprendía aquel hombre le revolvió el estómago.

—¡Baja el arco, o la mato! —gritó Zancadilla, y su voz se le clavó en el oído.

Ahora sí lo veía. El forastero se había acercado más. Se encontraba junto a la cueva, de perfil, con las piernas y los brazos en línea con el arco, un arma que cargaba desde hacía días pero que ella, por algún motivo, había olvidado. Se había quitado la camisa blanca, y el tono de su piel se confundía con el de los bosques oscuros.

—¡Haz lo que te dice! —le suplicó Aria. ¿Qué estaba haciendo? La noche se había apoderado de todo. Si disparaba, en lugar de alcanzar a Zancadilla la mataría a ella.

Vio que algo se movía a su izquierda. Harris había empezado a subir por la ladera en dirección al forastero. Ya no llevaba ninguna vara, sino un cuchillo largo en el que se reflejaba la luz del éter. Con paso decidido, cada vez se acercaba más a él. El forastero se mantenía inmóvil como una estatua: o bien no veía a Harris, o bien no le importaba.

Zancadilla, presa del pánico, respiraba entrecortadamente, y le echaba su aliento caliente en la oreja.

—¡Baja el arco! —gritó.

En esa ocasión Aria no vio nada, pero supo que el Salvaje había disparado otra flecha. Oyó un sonido sordo y después sintió que se iba hacia atrás. Cayó sobre Zancadilla, y el impulso la hizo rodar pendiente abajo. Al impactar con el suelo, sintió que la rodilla se golpeaba contra algo afilado.

Se puso en pie a pesar de la punzada de dolor que le recorría toda la pierna.

Su captor, tendido de costado, se retorció con una flecha clavada en la mitad izquierda del pecho. Ella inició el ascenso por la pendiente, con el terror gritándole en los oídos. Había visto a gente luchar y practicar esgrima en los Reinos. Tenía una idea aproximada de cómo podía ser un combate real. Esquivar y fintar. Movimientos de pies, ponerse en guardia. Pero estaba muy equivocada.

Harris y el forastero pasaban el uno junto al otro con movimientos intermitentes, uno desnudo, el otro cubierto con ropas negras. Ella distinguía apenas el destello de un filo, el giro de la máscara de cuervo. Habría querido huir. No deseaba presenciar todo aquello. Pero no lograba moverse de su sitio.

Duró apenas un segundo, aunque pareció mucho más. Sus cuerpos se separaron despacio. Harris, que se cubría con la capa, cayó al suelo convertido en un montón de tela negra. El forastero, con el torso descubierto, se mantuvo en pie sobre él.

Y entonces Aria vio que algo rodaba colina abajo, como si alguien lo hubiera arrojado en dirección a ella. Impactó contra un saliente, y la máscara se separó del rostro. Entonces volvió a ver los ojos azules, la nariz, los dientes blancos, el pelo negro, que rebotaban contra el suelo y se teñían de rojo.

16
Peregrino

—NO, no, no. —Aria negaba con la cabeza, con los ojos muy abiertos, aterrorizada—. ¿Qué es lo que acaba de pasar?

Perry se acercó corriendo a ella, resbalando sobre la grava suelta.

—¿Estás herida?

Ella se apartó.

—¡No te me acerques! ¡No me toques! —Se llevó la mano al estómago—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué acabas de hacer?

En el aire fresco de la noche, todos los olores llegaban hasta Perry con gran nitidez. Sangre y humo. Su miedo, que era como el fuego. Y algo más. Un sabor amargo intenso. Aspiró hondo para rastrearlo, y descubrió de dónde provenía. Unas marcas oscuras manchaban la pechera de la camisa de la chica.

—¿Qué es eso? —le preguntó.

Ella apartó el rostro, como si esperara ver a alguien. Perry le agarró la camisa con el puño. Y ella le propinó un puñetazo en la barbilla.

—¡Quédate quieta! —Le sujetó la muñeca y le levantó la camisa, para oler mejor. No podía creerlo.

—¿Por eso has salido de la cueva? ¿Te has ido a buscar bayas?

Y entonces se dio cuenta de que volvía a llevar puesto el dispositivo ocular. Aquellos hombres podrían habérselo quitado. ¿Cómo habrían podido recuperar a Garra entonces? Ella forcejeó y logró soltarse.

—Los has matado —balbució ella con labios temblorosos—. ¡Mira lo que has hecho!

Perry se llevó el puño a los labios y se alejó de ella. No respondía de sus actos si se mantenía cerca. Se había cruzado con el olor de los cuervajos poco después de

dejarla en la cueva. Perry sabía que se dirigían hacia el refugio que proporcionaba la cueva. Había tomado otro sendero, había corrido para llegar lo antes posible, pero había encontrado la cueva vacía. Cuando por fin dio con el rastro de la chica y lo siguió, ya era demasiado tarde: ella lo había llevado de nuevo hasta la cueva.

Perry daba vueltas y más vueltas alrededor de la residente.

—Qué tonta. ¡Te dije que te quedaras aquí! ¡Y tú sales a buscar bayas venenosas!

Ella negó con la cabeza, y dejó de mirar, incrédula, el cadáver del cuervajo para mirarlo a él.

—¿Cómo has podido? Ellos solo querían compartir sus alimentos con nosotros... Y tú acabas de matarlos.

Perry empezaba a sobreponerse de la descarga de energía, y se echó a temblar. Ella no sabía qué era lo que había oído en aquellos hombres. Ansiaban tanto devorar su carne que el olor de esas ansias se le había metido en las fosas nasales.

—Tonta. Tú ibas a ser su alimento.

—No, no. No me han hecho nada. Y tú has empezado a dispararles flechas sin motivo. Todo esto lo has hecho tú. Eres peor que mis cuentos, Salvaje. Eres un monstruo.

—¡Esta es la tercera vez que te salvo la vida y tú me llamas monstruo!
—Debía alejarse de aquella mujer. Alargó el brazo en la oscuridad, señalando hacia el este.

—El Monte de la Flecha está al otro lado de esas montañas. Camina durante tres horas en esa dirección. Veamos cómo te las apañas sola, Topo.

Se volvió y se alejó corriendo, y al momento se internó en el bosque. Pisaba la tierra con fuerza, para conjurar la rabia que sentía, pero tras recorrer varios kilómetros aminoró el paso. Quería dejarla, pero no podía. Ella tenía el Smarteye. Y era una topo que vivía en mundos falsos. ¿Qué sabía ella de vivir a la intemperie?

Regresó por el mismo camino y la encontró, pero se mantuvo a una distancia prudencial para que ella no lo viera. Estaba aferrada al puñal de Garra. Perry se

maldijo a sí mismo. ¿Cómo había podido olvidar ese detalle? La vio avanzar entre los árboles del bosque con gran cautela, en silencio. Al cabo de un rato constató que no se desviaba de su rumbo, que era capaz de avanzar en línea recta. Habría preferido descubrirla aterrorizada. Pero no lo estaba, y aquello lo asombraba todavía más. Como solo le quedaba una breve distancia para llegar, decidió seguir corriendo el resto del camino.

Todavía era oscuro cuando llegó al recinto de los Atunes Rojos. Perry contuvo el aliento al contemplar la impresionante escena que se desarrollaba frente a él. El recinto no se parecía en nada al ajetreado asentamiento que había visitado hacía un año. Ahora se encontraba destrozado. Abandonado. Todos los olores que desprendía eran tenues, viejos; un esqueleto patas arriba a los pies del Monte de la Flecha.

Las tormentas de éter y los incendios habían arrasado todas las casas menos una, pero a él le bastaba con esa. No tenía puerta, y parte del tejado había desaparecido. Dejó el macuto en el umbral para saber dónde encontrarlo luego. Entró en la vivienda y se dejó caer sobre el desvencijado colchón de paja. Sobre él, las vigas del techo caído sobresalían como costillas.

Se cubrió los ojos con el antebrazo.

¿La habría dejado sola antes de tiempo?

¿Se habría perdido?

¿Dónde estaba?

Finalmente, oyó unos pasos débiles. Cuando miró hacia la puerta vio que, en ese preciso momento, la chica apoyaba la cabeza en el macuto. Entonces cerró los ojos y se durmió.

* * *

Al día siguiente salió al exterior sin hacer ruido. El cuerpo de la chica, cubierto con el uniforme de camuflaje, seguía acurrucado contra una pared, iluminado por la luz turbia de aquel cielo encapotado. El pelo negro le cubría parte del rostro, pero observó que se había quitado el dispositivo. Lo sostenía en la mano, como si se tratara de una de las piedras que había recogido. Después se fijó en sus

pies. Sucios. Húmedos de sangre. Había zonas sin piel, en carne viva. Las cubiertas de los libros debían de habersele roto después de que la dejara sola.

¿Qué le había hecho?

Ella se agitó un poco, y lo miró con los ojos entrecerrados antes de incorporarse y apoyar la espalda en la pared.

Perry se agitó un poco, inquieto, sin saber bien qué decir. Casi al momento le llegó una bocanada de su estado de ánimo, que lo alarmó.

—Aria, ¿qué te pasa?

Ella se puso en pie, con movimientos lentos, derrotados.

—Me estoy muriendo. Me estoy desangrando.

Perry bajó la mirada.

—No, no por los pies.

—¿Te has comido esas bayas?

—No. —Extendió la mano—. Será mejor que te lo quedes tú. Tal vez a ti te sirva para encontrar al niño que estás buscando.

Perry cerró los ojos y aspiró hondo. Su olor había cambiado. El perfume rancio y mohoso de la residente había desaparecido casi por completo. Su piel desprendía una nueva fragancia al aire, débil pero inconfundible. Por primera vez desde que la conocía, su carne olía a algo que él reconocía, a algo femenino y dulce.

Olía a violetas.

Dio un paso atrás, y al caer en la cuenta de lo que sucedía soltó una maldición.

—Tú no te estás muriendo... ¿De verdad no sabes qué es?

—Yo ya no sé nada.

Perry bajó la mirada y aspiró una vez más, disipando todas las dudas.

—Aria... es tu primera sangre.

17
Aria

DESDE que había sido expulsada de Ensoñación había sobrevivido a una tormenta de éter, un caníbal había estado a punto de clavarle un puñal en el cuello y había visto matar a más de un hombre.

Pero eso era peor.

Aria no se reconocía. Se sentía como si se hubiera encarnado en algún pseudocuerpo de los Reinos y no pudiera salir de él.

Las ideas se arremolinaban en su mente. Estaba menstruando. Como un animal. Las residentes no menstruaban. La procreación se llevaba a cabo mediante el diseño genético, y después mediante una secuencia especial de hormonas e implantaciones. La fertilidad se usaba solo cuando se necesitaba. Le aterraba pensar que podía concebir aleatoriamente.

Tal vez el aire del exterior la estuviera cambiando. Tal vez estuviera empezando a estropearse. A funcionar mal. ¿Cómo iba a explicarle una cosa así a su madre? ¿Y si no podían repararla y volvía a ocurrirle más veces, una vez al mes?

Para la muerte estaba preparada. La muerte, en el exterior, era algo que cabía esperar. Una consecuencia lógica de ser expulsado a la Tienda de la Muerte. Pero, por más que intentara verlo de otro modo, la menstruación le parecía algo absolutamente bárbaro. Se tendió sobre el colchón sucio y se sintió, también ella, sucia. Cerró los ojos con la esperanza de alejar de ella ese mundo exterior horrible. Se imaginó que estaba tendida sobre la arena blanca de su Reino de Playa favorito, escuchando el ligero romper de las olas mientras empezaba a relajarse.

Aria intentó reiniciar su Smarteye una vez más.

Y esta vez funcionó impecablemente.

Todos los iconos estaban de nuevo en su sitio, exactamente donde debían. El icono en el que aparecía Aria estrangulándose a sí misma se desplazó hasta el centro de la pantalla, y emitió un recordatorio parpadeante.

DOMINGO DE CANTO. 11 A. M.

Lo pinchó, y se escindió al instante. Frente a ella se ondulaba el telón carmesí de Teatro de la Ópera. Aria dio un paso al frente, acariciando el denso terciopelo. Nunca había visto que se moviera así, como un oleaje. Avanzó rozando la tela móvil, en busca de la costura central. Notaba que seguía ondulándose, que la rodeaba por completo. Ella daba vueltas y más vueltas, pero no encontraba la salida. Aterrada, separaba los brazos, pero la tela se hacía cada vez más áspera al tacto, como arenilla.

«¡Lumina!», gritaba, pero su madre no emitía ni un sonido. «¡Mamá!» Volvía a intentarlo. ¿Dónde había ido a parar su voz? Se agarró al telón y tiró de él con todas sus fuerzas. Finalmente logró soltarlo y empezó a girar, rodeándola como un torbellino, metiéndole el pelo en los ojos, acercándose más y más. Pero ella no iba a permitir que la engullera. Aria contó hasta tres y se sumergió en aquella masa que giraba y giraba.

Al instante apareció en el centro del escenario. Lumina estaba sentada en su butaca habitual, en la primera fila. ¿Por qué parecía tan lejana, como si se encontrara a un kilómetro de distancia? ¿Qué clase de Reino era ese?

—¿Mamá? —Aria seguía sin oír su voz—. ¡Mamá!

—Sabía que vendrías —dijo su madre, pero su sonrisa se disipó al momento—. Aria, ¿esto es otra broma?

¿Una broma? Aria bajó la vista. Iba vestida con ropa de camuflaje del ejército. Allí, en un elegante teatro de ópera.

«¡No, mamá!»

Habría querido contarle a Lumina lo que había ocurrido. Hablarle de Soren y del Cónsul Hess. Decirle que la habían dejado ahí fuera con el Salvaje. Pero no le salían las palabras. Las lágrimas de desesperación le nublaban la vista. Bajó la cabeza, porque no quería que su madre se diera cuenta, y vio que sostenía un libro

pequeño entre las manos. Era un libreto. La letra de la ópera. No sabía de dónde lo había sacado, ni desde cuándo lo tenía. Sobre el pergamino gastado se veían unas flores dibujadas con tinta, que se entrelazaban formando letras.

ARIA

El temor se apoderaba de ella. ¿Sería esa su propia historia? Abrió el libro, y al instante reconoció la imagen del interior. Una espiral de doble hélice girando sobre la página: el ADN.

—Es un regalo, Aria. —Lumina sonreía—. ¿No vas a cantar, Pájaro Cantor? Pero, por favor, nada de *Cannibal Candy* esta vez. Aunque, sin duda, fue divertido.

Aria quería gritar. Necesitaba decirle a su madre que lo sentía, y que estaba furiosa con ella, y que dónde estaba. ¿Dónde estaba? Aria lo intentaba una y otra vez, pero no lograba pronunciar palabra. No oía siquiera su propia respiración.

—Ya entiendo —dijo Lumina. Se puso de pie y se alisó el vestido negro—. Esperaba que hubieras cambiado de opinión. Volveré cuando estés lista —añadió, antes de desaparecer.

Los dorados del salón deslumbraban a Aria, que parpadeó.

—¿Mamá? —Su voz la sorprendió—. ¡Mamá! —gritó, pero ya era demasiado tarde. Permaneció un rato más sobre el escenario, percibiendo la inmensidad de la platea, su vacío, sintiéndola también en su interior con tal intensidad que le pareció que estaba a punto de explotar. No sabía cuándo empezó a gritar. Pero ya no sabía cómo parar. El sonido que brotaba de ella era cada vez más agudo, y parecía no tener fin. La Gran Araña del techo temblaba, y al temblor se sumaban las columnas doradas y los palcos. Y después, de pronto, las paredes y los asientos se desplomaron, y las molduras doradas y los terciopelos rojos salieron disparados por todas partes.

Aria se incorporó hacia arriba, aferrada al colchón raído que tenía debajo. El Smarteye reposaba en la palma de su mano, húmedo del sudor de su pesadilla.

El forastero entró en la casa un instante después. La miró con desconfianza mientras le entregaba un pedazo de carne, y volvió a irse. Aria comió, demasiado aturdida para comprender lo que acababa de ocurrir. Había soñado. Ahora tanto su cuerpo como su mente le resultaban ajenos.

Oía al Salvaje moviéndose entre los cascotes del exterior: piedras que caían al suelo con un ruido sordo, o sobre otras piedras, produciendo chasquidos secos. Pasaron varias horas hasta que regresó con la manta azul atada a su cuerpo como si fuera un bolso.

La dejó en el suelo sin decir nada y extendió su contenido, compuesto por un montón de objetos raros. Un anillo salió rodando sobre la lana y tardó unos segundos en detenerse. Ella tuvo tiempo de fijarse en una gema azul encajada sobre el disco de oro, antes de que él lo recogiera y lo guardara en el macuto. Entonces él se sentó en cuclillas y carraspeó.

—He encontrado algunas cosas... para ti. Un abrigo. Es de pelo de lobo. Hará más frío a medida que ascendamos por la montaña, y esto te abrigará. —La miró un instante antes de clavar de nuevo la vista en el montículo—. Estas botas están en buen estado. Un poco grandes, pero creo que te irán bien. Las ropas están limpias. Hervidas. —Una sonrisa fugaz recorrió sus labios, pero no alzó la mirada—. Son para... para lo que tú quieras hacer con ellas. Y hay otras cosas. He traído lo que he podido.

Ella se fijó en aquel surtido variopinto, y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El abrigo era de piel, viejísimo, desgastado, y con unos agujeros tan grandes que habría podido pasar los dedos por ellos, pero, en efecto, estaba forrado de un pelo grisáceo. También había una gorra negra, de punto, con algunas plumas metidas entre la lana tejida. Y un pedazo de cuero con hebilla que parecía haber formado parte de una brida de caballo, pero que le serviría de cinturón, mejor que la venda que había usado hasta entonces. El Salvaje se había pasado horas buscando todo aquello. Desenterrándolo. Lo mismo que con el agua y con las raíces de cardo.

—Lo que me dijiste sobre mis marcas... mis tatuajes —prosiguió él—. No ibas desencaminada. —Levantó la mirada, y sus ojos se encontraron—. Me llamo Peregrino. Como el halcón peregrino. Pero me llaman Perry.

Así que tenía nombre. Peregrino. Perry. Nueva información que considerar. ¿Le pegaba? ¿Significaba algo? Pero Aria descubrió que no se atrevía siquiera a

mirarlo a la cara. Un Salvaje había tenido que explicarle que estaba menstruando. Se mordió el labio inferior hasta que sintió el sabor de la sangre. Se le nubló la vista. Hasta hacía poco tiempo no le había dado demasiada importancia a la sangre. Y ahora, en cambio, no había manera de olvidarse de ella.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó—. ¿Por qué has ido a buscarme todo esto?

Si había recogido todas aquellas cosas para ella y le había dicho cómo se llamaba tenía que ser porque sentía lástima de ella.

—Lo necesitabas. —Se pasó una mano por la nuca. Después se sentó, apoyó los brazos largos en las rodillas y entrelazó los dedos—. Esta mañana creías que te morías. Pero de todos modos me has entregado el dispositivo ocular. Estabas dispuesta a dármelo por tu propia voluntad.

Aria cogió una piedra. Había empezado a adquirir la costumbre de alinearlas. Por colores. Por tamaños. Por formas. A buscar un sentido en aquella naturaleza aleatoria que en un primer momento le había causado admiración. Ahora observaba aquel fragmento de conglomerado que sostenía en la mano y se preguntaba por qué se habría molestado en guardar algo tan feo y tan poco definido.

Lo cierto es que no sabía si le había entregado el Smarteye al forastero en un gesto de nobleza, exactamente. Tal vez. Pero quizá lo hubiera hecho porque sabía que había acertado con los caníbales. Y era cierto: le había salvado la vida. Tres veces.

—Gracias.

A pesar de su empeño, el agradecimiento no sonó demasiado sincero. Ella sabía que necesitaba aquellas cosas, y que necesitaba su ayuda. Pero habría preferido no necesitar nada.

Él asintió.

Permanecieron un rato en silencio. La luz del éter se colaba en la casa decrepita y ahuyentaba las sombras. A pesar del cansancio, los sentidos de Aria se llenaron del frescor del aire acariciándole el rostro. Del peso de la piedra que reposaba en su mano. Del olor polvoriento que envolvía al Salvaje. Aria se oía su propia respiración, y percibía la fuerza silenciosa de la atención de Perry. Se sentía

plenamente allí, donde estaba. Con él. Consigo misma.

Jamás había sentido algo así.

—Mi pueblo celebra el primer sangrado —dijo él transcurrido un momento, con voz dulce y profunda—. Las mujeres de la tribu preparan un banquete. Le llevan regalos a la niña... a la mujer. Pasan la noche con ella, todas en la misma casa. Y... después no sé qué ocurre. Mi hermana dice que se explican historias, pero no sé qué historias son. Creo que se cuentan lo que significa sangrar... los cambios que experimenta la mujer.

Aria se sonrojó. Ella no quería cambiar. Quería regresar a casa intacta.

—¿Qué puede significar? Lo mire como lo mire, a mí me parece algo horrible.

—Ahora ya puedes tener hijos.

—¡Eso es absolutamente primitivo! Donde yo vivo, los niños son «especiales». Todos y cada uno de ellos se crean cuidadosamente. Nada de experimentos aleatorios. Se piensa muchísimo antes de crear a una persona. No podéis ni haceros una idea.

Demasiado tarde. Recordó que el Salvaje pretendía rescatar a un niño. Le había fabricado unos zapatos a ella. Había asesinado a tres hombres. Le había salvado la vida. El forastero lo había hecho todo por el niño. Era evidente que allí también se preocupaban mucho por los niños, pero ella ya no estaba a tiempo de retirar sus palabras.

No sabía bien por qué le importaba tanto. Ese hombre era un asesino lleno de cicatrices. Iba cubierto de señales de violencia. ¿Qué más daba que se hubiera mostrado insensible con un asesino?

—No era la primera vez que matabas a alguien, ¿verdad? —Ella ya conocía la respuesta, pero necesitaba oír que él respondía «no». Necesitaba que le dijera algo que le quitara aquella sensación de náusea que sentía cada vez que recordaba lo que había hecho a aquellos tres hombres.

Él no dijo nada. Nunca contestaba a sus preguntas, y ella ya estaba cansada. Cansada de sus ojos silenciosos, penetrantes.

—¿A cuántas personas has matado? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Llevas la cuenta, más o

menos? —Aria alzó la voz para desahogarse. Se puso en pie y se acercó al umbral. Pero no se detuvo. No podía parar.

—Porque si la llevas, a Soren no lo cuentes. Aunque lo intentaste, a él no llegaste a matarlo. Le partiste la mandíbula. ¡Se la partiste! Pero tal vez con Ruina, Eco y Cachemira sí aumente tu cuenta.

El Salvaje habló entre dientes.

—¿Tienes idea de lo que habría ocurrido si no hubiera estado allí esa noche? ¿Y ayer?

Sí, tenía cierta idea. El miedo volvió a apoderarse de ella. El miedo a aquellos hombres que parecían amables pero que comían carne humana. El miedo a las horas espantosas que había pasado corriendo sola, buscando el Monte de la Flecha, sin saber si avanzaba en la dirección correcta en medio de la oscuridad. Ella lo criticaba sin piedad, pero conocía muy bien el origen de su enfado. Ya no se fiaba de su propio criterio. ¿Qué sabía ella, allí, en el exterior? Si incluso las bayas podían matar...

—¿Y qué? —gritó, poniéndose en pie—. ¿Y qué si me salvaste la vida? ¡Te fuiste! ¿Crees que eso te convierte en buena persona? ¿Salvar a una y matar a otras tres? ¿Traerme todas estas cosas? ¿Decirme cosas? ¿Cosas como que es un honor lo que me está ocurriendo? ¡No es ningún honor! ¡Esto no debería ocurrir! ¡Yo no soy un animal! —Esto último lo dijo ahogando un sollozo—. No he olvidado lo que hiciste con esos hombres. Y no lo olvidaré.

Él soltó una carcajada amarga.

—Si así te sientes mejor, yo tampoco lo olvidaré.

—¿Pero tú tienes conciencia? Qué conmovedor. Lo siento, me he equivocado. Lo había interpretado mal.

El Salvaje recorrió en un instante la distancia que los separaba. Aria se vio alzando la vista y se tropezó con unos ojos verdes, furiosos.

—Tú no sabes nada de mí.

Lo que ella sabía era que él se había llevado la mano al puñal. A Aria, el corazón le latía con tal fuerza que retumbaba en sus oídos.

—Si quisieras matarme, ya lo habrías hecho. Tú no atacas a mujeres.

—En eso te equivocas, Topo. No sería la primera vez que mato a una mujer. O sea que sigue hablando y tal vez seas la segunda.

Ella no pudo reprimir otro sollozo. Aquel hombre decía la verdad.

Él se volvió hacia Aria y se detuvo un momento.

—Los cuervajos se vengarán —dijo—. Si vienes conmigo, tenemos que salir ahora. Avanzar a oscuras.

Cuando se alejó, ella permaneció un momento de pie, intentando recobrar el aliento, asimilando todo lo que acababa de ocurrir. Lo que había dicho, lo que él había reconocido. No quería ni pensar en lo que hacían los caníbales para vengarse. Ni en que el forastero había acabado con la vida de una mujer.

Aria bajó la mirada y la fijó en la manta azul. Siguió mirándola mientras se calmaba, mientras remitían las ganas de gritar y de llorar.

Botas. Al menos tenía unas botas.

18
Peregrino

A pesar de viajar de noche avanzaban a buen ritmo. No tenían más remedio. El asesinato de los tres cuervajos llevaría a los hombres de su tribu a salir en busca de venganza. Sin duda contarían, además, con un esciro entre ellos, que rastrearía el olor de Perry. Era solo cuestión de tiempo que salieran a buscarlo ataviados con sus capas negras y ocultos tras sus máscaras.

Perry había cometido el peor mal posible contra los cuervajos, que creían que, comiendo su carne, atraían hacia sí a los espíritus de los muertos. Al dejar a aquellos tres hombres a la intemperie, indefensos ante los animales carroñeros, él se convertía no en asesino de hombres, sino de almas eternas. Los cuervajos no cesarían en su empeño de venganza hasta que lo encontraran. Debería haber quemado los cuerpos, o haberlos enterrado, pues en cualquiera de los dos casos habría ganado algo de tiempo. Se fijó en Aria, que caminaba a diez pasos de él. Eran varias las cosas que debería haber hecho de otro modo.

Ella le sostuvo la mirada un instante antes de apartarla. Le había llamado bestia. Monstruo. El olor que transmitía su estado de ánimo le decía que seguía sintiendo lo mismo por él. Al oír esas cosas se había alterado muchísimo: al captar mediante el olfato cómo reaccionaba ella ante lo que había hecho, ante lo que había tenido que hacer, por culpa de ella. Él no necesitaba que nadie le dijera lo que era. Lo sabía bien. Lo sabía desde el día de su nacimiento.

* * *

A medida que ascendían por la montaña, el aire resultaba cada vez más frío. La densidad creciente del bosque de abetos hacía menguar el sentido primordial de Perry. El perfume de los árboles saturaba sus fosas nasales, camuflaba otros aromas más sutiles y reducía su radio de percepción. Sabía que con el tiempo se adaptaría, pero le preocupaba no poder contar con su don en condiciones óptimas. Ya se habían internado en las tierras fronterizas, y él necesitaba sus dos sentidos a pleno rendimiento para mantenerse alejado de los cuervajos y de otros dispersados que pudieran ocultarse en aquellos bosques.

Perry se pasó la mañana adaptándose a los cambios, en busca de rastros de ciervo. Había compartido con Aria un conejo esquelético que había cazado el día anterior, además de algunos otros tubérculos que desenterró, pero su estómago seguía protestando. Ya no recordaba la última vez que lo había llenado del todo.

Constantemente le asaltaba el recuerdo de Garra. ¿Qué estaría haciendo su sobrino en ese momento? ¿Le dolerían las piernas? ¿Lo odiaría por lo sucedido? Era consciente de que no se atrevía a formularse preguntas más serias. Aspectos demasiado dolorosos para plantearlos siquiera: que era posible que Garra no hubiera sobrevivido. Si llegara a pensarlo, dejaría de luchar, y ya nada le importaría.

A mediodía se detuvieron a descansar un rato. Aria se recostó contra un árbol. Parecía agotada, y bajo sus ojos asomaban dos círculos oscuros. Pero a pesar del cansancio, aquel era un rostro de los que se hacían mirar. Sutil. Delicado. Hermoso Perry meneó la cabeza, sorprendido ante sus propios pensamientos.

* * *

Al atardecer pararon junto a un arroyo que serpenteaba por una quebrada. Perry se lavó la cara y las manos, y bebió abundantemente del agua helada. Aria permaneció inmóvil allí donde se había desplomado, junto a la orilla.

—¿Son los pies?

Ella lo miró.

—Estoy hambrienta.

Perry asintió. Él también tenía hambre.

—Voy a ver si encuentro algo.

—No quiero tu comida. No quiero nada más de ti.

Palabras duras, pero su estado de ánimo, lento, húmedo, expresaba una desesperación profunda. Al menos, en ese aspecto, la culpa de lo que le ocurría no era suya. A él tampoco le gustaría tener que pedir comida cada vez que tuviera hambre.

Siguieron caminando, remontando el curso del arroyo, montaña arriba. Se trataba de una tierra bastante fértil, verde, regada por el agua del deshielo. Demasiado escarpada para dedicarla a la agricultura, pero allí la caza sería mejor que en su casa. Había olisqueado en busca de olores animales, con la esperanza de encontrar algo, más allá del olor penetrante que desprendían los lobos. La noche se aproximaba, y sabía, además, que pronto deberían buscar un lugar para descansar y alimentarse. Cuando ya empezaba a desesperarse —el olor a abeto seguía saturando sus fosas nasales— se cruzó con un rastro nuevo y, al momento, se le hizo la boca agua.

—Descansa un rato. —Se alejó un par de pasos—. Vuelvo enseguida.

Aria permaneció sentada y se encogió de hombros. Él esperaba que dijera algo, quería que dijera algo, pero ella se mantuvo en silencio.

Perry regresó transcurrido poco rato y se arrodilló frente a ella, sobre la orilla de guijarros. Los abetos se elevaban, imponentes, sobre sus cabezas, y su sombra anticipaba la noche, que todavía tardaría una hora en llegar. Tras él, el arroyo borboteaba. Aria entrecerró los ojos para ver la rama cubierta de hojas que él llevaba en la mano, salpicada también de unas bayas de color granate.

—¿Qué estás haciendo?

—Enseñarte, para que encuentres tu propia comida —respondió él, bajando la vista hacia la rama, preguntándose si se reiría de él y volvería a llamarlo «Salvaje»—. Pronto sabrás reconocer qué es comestible, porque sabrás dónde crecen las cosas y qué formas tienen las hojas. Hasta entonces, lo primero que tienes que hacer es machacar un pedacito y olerlo.

Ella lo miró. Se incorporó y observó con más atención. Aliviado, él separó una baya y se la alargó.

—Si su olor es amargo y recuerda a un fruto seco, no la comas.

Aria lo partió por la mitad, y acercó la cabeza para aspirar su perfume.

—A mí no me parece ni una cosa ni otra.

—Muy bien. Exacto.

La mora, un hallazgo feliz enterrado entre unas ramas, olía a dulce, a maduro.

A Perry el olor le llegaba perfectamente. A esa distancia, además, volvía a oler el aroma de Aria. A violetas. Un perfume del que no se cansaba nunca. Y también percibía claramente cuál era su estado de ánimo: por primera vez ese día, no estaba lleno de ira ni repulsión. El tono que desprendía era radiante y vivaz, como la menta.

—Después has de fijarte en el color. Si la baya es blanca, o tiene partes blancas en su interior, lo mejor es desecharla.

Aria examinó el fruto. Él veía que ella pensaba, memorizaba la información.

—A mí me parece roja oscura.

—Sí, por ahora, tiene buen aspecto. A continuación, debes frotarla contra la piel. Mejor contra piel lisa. —Hizo ademán de agarrarle la mano, pero recordó que no soportaba que la tocaran—. Sí, ahí, en la parte anterior del brazo.

Se lo mostró señalándose el suyo.

Ella se acercó la baya a la muñeca y la pasó por ella, dibujando una fina marca roja de jugo sobre la piel. Perry sintió que el corazón le latía con más fuerza, y en un primer momento no pudo evitar fruncir el ceño.

—Siempre es mejor esperar un poco. Si no aprecias ninguna erupción cutánea, puedes llevarte un pedazo a los labios.

Ella presionó la baya contra el labio inferior, y la retiró. Él parecía incapaz de dejar de mirarle los labios. Sabía que debía hacerlo, pero no podía. Se pasó una mano por la cabeza, inquieto, como si necesitara echarse a reír, o salir corriendo, o hacer algo. Cogió un guijarro y lo lanzó al arroyo, intentando quitarse de la cabeza la imagen de la chica probando la mora. Intentando dejar de aspirar su perfume, dejar de impregnar con él su nariz.

—¿Y ya está? —preguntó ella

—¿Qué? No. —No se quitaba de la cabeza lo que había visto la noche de la tormenta de éter. Las curvas de su piel desnuda, muy apretada contra él—. Debes probar un poco y esperar unas horas para ver si te sienta bien. Ahora ya sabes cómo encontrar bayas. Debemos ponernos en marcha.

Cruzó los brazos y permaneció ahí, sin saber bien qué hacer. Era consciente

de que la miraba de un modo extraño. Se sentía raro. Muy raro. Hasta ese momento no la había visto como a una chica, sino como a una topo. Y ahora ya no podía dejar de verla como mujer.

Aria lo miró, imitando su gesto: cejas caídas, boca ladeada, mirada confundida y angustiada: se estaba burlando de él.

Perry se echó a reír. Sintió un estremecimiento en los hombros. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había bromeado con él? No le costó dar con la respuesta: había sido con Garra.

—¿Entonces? ¿Esta es buena? —le preguntó ella, levantando la mora.

—Sí. Es comestible.

Aria se la metió en la boca y se la tragó. Después sonrió y le alargó la rama.

—Sigue, sigue —dijo, y se puso a tensar la cuerda del arco.

Cuando ella terminó, lo miró y esbozó una sonrisa.

—Creo que será más fácil que, si encuentro alguna, te pregunte si es comestible o no. Más rápido que todo eso de frotar y probar.

—Sí, claro —admitió él, sintiéndose como un idiota—. Eso también serviría.

19
Aria

DECIDIERON turnarse para dormir allí mismo, junto al arroyo. Se suponía que ella iba a dormir primero, pero cuando se recostó, no lograba mantener los ojos cerrados. Los sueños le parecían unas cosas muy inquietantes, y no estaba preparada para tener otro en ese momento. Así, se sentó, temblando a pesar del abrigo grueso y de la manta azul con la que se había envuelto. El éter se desplazaba en capas finas que avanzaban lentas como nubes. Había ráfagas de viento que se colaban entre las ramas de los abetos, que se balanceaban a su alrededor. Ahí fuera, en el exterior, existían personas que vivían en árboles, y caníbales que vestían como cuervos.

Y hacía apenas un día las había visto a las dos.

—¿Cuánto falta para llegar al recinto de Castaño? —preguntó.

—Unos tres días, más o menos —respondió Peregrino. Sostenía en la mano el pequeño puñal decorado con plumas talladas en la empuñadura, y le daba vueltas una y otra vez, mecánicamente.

¿Peregrino o Perry? No sabía cómo debía llamarlo. Perry le fabricaba zapatos con cubiertas de libros y le enseñaba a encontrar bayas. Peregrino tenía tatuajes y unos ojos verdes centelleantes. Hacía girar el cuchillo sin temor a cortarse, y clavaba flechas en los cuellos de la gente. Lo había visto decapitar a un hombre. Pero, por otra parte, ese hombre era un caníbal que quería comérsela. Aria suspiró, y una nube de vaho ascendió por el aire. Ya no sabía qué pensar.

—¿Llegaremos a tiempo? —quiso saber.

Él apretó mucho los labios, como si llevara tiempo esperando aquella pregunta.

—Los cuervajos no están cerca, hasta donde yo sé.

Aquella no era la respuesta exacta que ella esperaba, pero le alegró conocerla, de todos modos.

—¿Y quién es... Castaño?

—Un amigo. Un comerciante. Un gobernante. Un poco de todo. —Bajó la vista y vio que estaba tiritando—. No podemos encender ningún fuego.

—¿Porque alguien vería el humo?

—O lo olería.

Ella se fijó en sus manos, que se movían, inquietas.

—Nunca te quedas quieto mucho tiempo, ¿verdad?

Él se metió el puñal en una banda de cuero que llevaba en la bota.

—Me canso de estar quieto.

Aquello no tenía sentido, pero no pensaba preguntarle nada más, porque no quería acabar con lo que percibía como una tregua frágil.

Cruzó los brazos, y volvió a descruzarlos.

—¿Cómo te sientes?

Un escalofrío recorrió la espalda de Aria. Eso sí era raro. Él preguntándole aquello. Algo que sonaba muy íntimo. Y ella sabía que, si se lo preguntaba, era porque le interesaba la respuesta. No era un hombre que formulara preguntas vacías ni malgastara palabras.

—Quiero volver a casa.

Se trataba de una respuesta evasiva, y ella lo sabía, pero, ¿cómo podía explicarle lo que sentía? Su cuerpo estaba cambiando, y no era solo la menstruación. Todos sus sentidos se impregnaban del rumor del arroyo, del olor de los abetos que inundaba el aire. Toda su conciencia estaba cambiando. Como si todas las células de su cuerpo estiraran los brazos y se desperezaran. Sí, claro, le dolían los pies. Y todavía tenía dolores de cabeza y un malestar sordo en el vientre. Pero, a pesar de todos sus males, ya no se sentía como la joven cuya vida escapaba.

Perry se puso en pie. Sí. Lo había decidido. Era Perry, no Peregrino. Al parecer, su subconsciente había decidido qué hacer con él. Aria se quitó la manta.

Le dolían los músculos, y le costaba moverse. Si ninguno de los dos pensaba dormir, tal vez fuera mejor que se pusieran en marcha. Pero entonces vio que Perry perdía la mirada en la oscuridad de un modo peculiar.

—¿Qué es? —preguntó, echándose al suelo—. ¿Son los cuervajos?

Él negó con la cabeza, sin dejar de escrutar el bosque.

—¡Rugido!

Lo estridente de su grito le heló el corazón.

—¡Rugido, cabrón apestoso! ¡Sé que estás ahí! ¡Te huelo desde aquí!

Un instante después, un silbido rasgó el aire, y reverberó en las montañas.

Perry bajó la vista y la miró, esbozando una sonrisa fugaz.

—Nuestra suerte acaba de cambiar.

* * *

Recorrió la pendiente a grandes zancadas. Aria corría tras él para no quedar rezagada, y el corazón le iba más deprisa que los pies. Una vez en la cima, se encontraron con un conjunto de rocas que, a la luz del crepúsculo, parecían azules, como ballenas surgiendo en medio del mar. Allí se recortaba una silueta oscura, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si llevara un rato esperando. Perry llegó hasta él corriendo. Aria los vio fundirse en un rudo abrazo, que casi al momento se convirtió en una sucesión de golpes cariñosos.

Se acercó más para ver mejor a ese nuevo forastero. A la luz fría del anochecer, todo en él parecía refinado. Su cuerpo esbelto; sus rasgos definidos. El corte del pelo oscuro. Llevaba ropa ajustada. Negra de la cabeza a los pies. Desde su posición, Aria no distinguía ni costuras ni agujeros de ninguna clase. Se trataba de alguien con el que fácilmente podría haberse encontrado en los Reinos. Pulcro y demasiado apuesto para ser real.

—¿Quién eres? —preguntó al verla.

—Soy Aria —respondió ella—. ¿Y tú?

—Hola, Aria. Soy Rugido. ¿Tú cantas?

Se trataba de una pregunta curiosa, pero la respondió sin pensar.

—Sí, canto.

—Excelente.

Al acercarse más se fijó en el brillo de su mirada. Su aspecto era el de un príncipe, pero la expresión de sus ojos era la de un pirata. Rugido esbozó una sonrisa, un destello atractivo que denotaba inteligencia. Aria se echó a reír. Sí, definitivamente, tenía más de pirata que de príncipe. Rugido se contagió de su risa, y allí mismo ella supo que le caía bien.

El aparecido se volvió a mirar a Perry.

—¿Me he vuelto tonto, Perry, o esta chica es una residente?

—Es una historia muy larga.

—Perfecto —replicó Rugido, frotándose las manos. Me la cuentas mientras nos tomamos unas botellas de Luster. Las historias largas son las mejores para las noches frías.

—¿Y cómo has conseguido Lusters aquí fuera?

—Me llevé una botella hace un par de días, y pan y queso suficientes para no morir de hambre. Vamos a celebrarlo. Ahora que estás aquí, no tardaremos en encontrar a Liv.

La sonrisa de Perry se desvaneció.

—¿Encontrar a Liv? ¿Es que no está con los Cuernos?

Rugido soltó una p

Rugido soltó una palabrota.

—Perry, creía que lo sabías. ¡Se escapó! Mandé aviso a Valle. Creía que venías

para ayudarme a encontrarla.

—No. —Perry cerró los ojos y levantó mucho la cabeza. Tenía los músculos de la nuca tensos de la ira.

—El aviso no nos llegó nunca. Tú te quedaste con ella, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero ya sabes cómo es. Siempre hace lo que quiere.

—Pues no puede —dijo Perry—. Liv no puede hacer lo que quiere. ¿Cómo sobrevivirán al invierno los Mareas?

—No lo sé. Yo tengo mis propios motivos para estar enfadado con ella por lo que ha hecho.

En la mente de Aria se agolpaban las preguntas. ¿Quién era Liv? ¿De qué huía? Recordó el anillo de oro con la piedra azul que Perry se había guardado. ¿Sería para ella? Sentía una gran curiosidad, pero se daba cuenta de que el asunto era demasiado personal como para entrometerse.

Rugido y Perry empezaron a construir un biombo con unas ramas para parapetarse del viento. Aria no sabía qué era lo que le había ocurrido a la mujer, a Liv, pero fuera lo que fuese los había sumido en el silencio. A pesar de él, trabajaban deprisa, como si hubieran hecho eso mismo centenares de veces. Aria los veía entrelazar las ramas y los emulaba. Para ser su primera pantalla protectora, no le salía nada mal.

No podían encender una hoguera, pero Rugido sacó una vela que les proporcionó una luz parpadeante alrededor de la que congregarse. Aria ya se había lanzado a devorar el pan y el queso que Rugido les había ofrecido cuando oyó el chasquido de una rama. En medio del silencio, el sonido parecía provenir de muy cerca. Se volvió, pero solo vio el parapeto vegetal. Entonces oyó unos pasos que se alejaban.

—¿Qué ha sido eso? —Apenas empezaba a relajarse, y su corazón ya volvía a salirse del pecho.

Perry le dio un mordisco al pan duro.

—¿Tu amigo tiene nombre, Rugido?

Aria le dedicó una mirada asesina. ¿Cómo podía quitarle importancia a aquella persona que merodeaba por allí, después de lo que había ocurrido con los caníbales?

Rugido no se dio prisa en responder. Mantenía la mirada fija, como si todavía estuviera escuchando algún movimiento. Después destapó una botella negra, dio un buen trago, y apoyó la espalda en su macuto.

—Es un niño, y es más un incordio que un amigo. Se llama Tizón. Me lo encontré durmiendo en mitad del bosque, hará una semana. Ni se le había ocurrido que los lobos podían verlo, u olerlo. Debería haberlo dejado donde estaba, pero es joven... trece años, tal vez... y no se encuentra demasiado bien. Le di comida. Y desde entonces viene siguiéndome.

Aria volvió a fijarse en el parapeto de ramas. La noche en que Perry se había ido y la había dejado había experimentado qué era eso de estar sola. Aquellas horas habían estado llenas de miedo. No quería ni imaginar a un niño viviendo de ese modo.

—¿A qué tribu pertenece? —preguntó Perry.

Rugido dio otro trago antes de responder.

—No lo sé. Parece norteano. —Miró a Aria. ¿Y ella? ¿Ella también parecía del norte?— Pero no ha habido manera. No he podido sonsacarle nada. De todos modos, sea de donde sea, me encantaría poder enviarlo hasta allí, te lo juro. Ya aparecerá, ya. Siempre se presenta cuando el hambre puede más que él. Pero no esperes gran cosa de su compañía.

Rugido alargó a Aria la botella negra.

—Se llama Luster. Te gustará, confía en mí —añadió, guiñándole un ojo.

—No pareces muy digno de confianza.

—Las apariencias engañan. Soy fiable hasta la médula.

Perry sonrió.

—Yo lo conozco desde que nació. Y te digo que es otra cosa hasta la médula.

Aria se quedó helada. Antes, al oír a Rugido por primera vez, le había visto esbozar un atisbo de sonrisa, pero ahora acababa de contemplarla en todo su esplendor, dirigida solo a ella. Se trataba de una sonrisa torcida, con la que mostraba unos caninos que no podían pasarse por alto, pero era precisamente esa naturaleza fiera lo que la hacía tan irresistible. Como ver sonreír a un león.

De pronto se dio cuenta de que lo estaba mirando. Dio un sorbo apresurado a la bebida. Se atragantó al momento, y derramó una parte sobre la manga mientras la Luster descendía por la garganta como lava ardiente, repartiendo calor por todo su pecho. Sabía a miel con especias, espesa, dulce, contundente.

—¿Qué te parece? —le preguntó Rugido.

—Es como beberse una fogata, pero está buena. —No se atrevía a mirar a Perry. Dio otro trago, intentando no escupirlo esta vez. Otra oleada de calor la recorrió de arriba abajo, calentándole las mejillas y el estómago.

—¿Es que piensas tomártela toda tú? —le preguntó Perry.

—Ah, lo siento. —Se la alargó, más colorada aún.

—¿Y cómo está Garra? —preguntó Rugido—. ¿Y Mila? ¿Valle y ella se han puesto ya a la labor de darle un hermano a Garra? —A pesar de lo ligero del tono, en su voz se adivinaba cierta cautela.

Perry suspiró y dejó la botella en el suelo. Se pasó una mano por el pelo.

—Mila se puso peor después de tu partida. Murió hace unas semanas. —Miró a Aria—. Mila es... era la mujer de mi hermano Valle. Su hijo se llama Garra. Tiene siete años.

Aria se sonrojó una vez más al atar cabos. Se trataba del niño que su gente se había llevado. Perry intentaba rescatar a su sobrino.

—No lo sabía —dijo Rugido—. Valle y Garra deben estar pasándolo muy mal.

—Valle sí. —Perry carraspeó—. Garra ha desaparecido. Lo perdí, Rugido.

Levantó las rodillas, apoyó en ellas la frente, y se llevó las manos entrelazadas a la nuca.

Aunque la luz de la vela era muy tenue, Aria vio que Rugido palidecía.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en voz baja.

Perry juntó mucho los hombros, como si estuviera conteniendo algo inmenso que quisiera mantener atrapado en su interior. Cuando levantó la vista, sus ojos estaban empañados, enrojecidos. Con voz áspera le relató unos hechos de los que Aria había formado parte, pero que hasta entonces no había oído. Le contó que había acudido a su mundo en busca de medicinas para ayudar a un niño enfermo. Un niño que había sido secuestrado por su gente. Le habló a Rugido del acuerdo al que había llegado con ella: una vez que Castaño reparara el Smarteye, ella se pondría en contacto con su madre. Recuperaría a Garra, y Lumina se llevaría a Aria hasta Alegría.

Cuando terminó la explicación, todos permanecieron sentados, en silencio. Aria oía solo el rumor de la brisa al pasar entre las hojas de los árboles. Al cabo de un rato, Rugido tomó la palabra.

—Voy con vosotros. Los encontraremos, Perry. A Garra y a Liv.

Aria volvió el rostro hacia las sombras. Ojalá Cachemira estuviera a su lado. Echaba de menos contar con una amiga.

Rugido soltó una maldición en voz baja.

—Preparaos. Tizón ha vuelto.

Momentos después, las hojas del parapeto se agitaron, y la pantalla se separó. En la abertura apareció un niño de ojos oscuros, salvajes. Su delgadez era extrema: apenas un esqueleto cubierto de ropas anchas. Aria se fijó en que era de piel muy clara. Casi tanto como la suya.

Tizón se dejó caer a su lado, sonrió y le mostró los dientes a través de unas greñas rubias, sucias. La camisa le quedaba tan grande que Aria veía perfectamente las clavículas, que sobresalían como palos.

Tizón apartó la mirada. El agotamiento le llevaba a mantener los ojos entrecerrados.

—¿Qué estás haciendo aquí, residente? —preguntó, desconfiado.

Sin levantarse, se acercó más a ella. Demasiado. Aria retrocedió.

—Estoy regresando a mi casa. Con mi madre.

—¿Y ella dónde está?

—En Alegría. Es una de nuestras Cápsulas.

—¿Y por qué te fuiste?

—No me fui. Me echaron.

—¿Te echaron pero tú quieres volver? Qué chorrada, residente.

Por la expresión de Tizón, supuso que «chorrada» significaba algo así como «tontería».

—Supongo que sí, dicho así.

Rugido arrojó un pedazo de pan al suelo.

—Cógelo y lárgate, Tizón.

—No pasa nada —dijo Aria. Tal vez el niño careciera de buenos modales, pero la noche era fría. ¿Dónde iba a ir? ¿Se iba a quedar solo, ahí fuera? — Por mí no hay problema. Que se quede.

Tizón recogió el pan y le dio un mordisco.

—Rugido, ella quiere que me quede.

Aria se fijaba en su mandíbula, que ascendía y descendía mientras masticaba.

—Me llamo Aria.

—Si hasta me ha dicho cómo se llama —añadió—. Le caigo bien.

—No por mucho tiempo —masculló Rugido.

Tizón la miró, devorando el pan con la boca abierta. Aria apartó la mirada. Estaba siendo desagradable a propósito.

—Tienes razón —admitió él—. Creo que ya ha cambiado de opinión.

—Cierra la boca, Tizón.

—¿Y entonces? ¿Cómo voy a comer?

Rugido se incorporó.

—Ya basta.

La sonrisa de Tizón expresaba desafío.

—¿Y qué vas a hacerme? ¿Dejar de alimentarme? ¿Quieres que te devuelva esto? —Le alargó el mendrugo de pan medio mordido—. Tómalo, Rugido. Ya no lo quiero.

Perry se adelantó y le arrebató el pan.

Tizón se volvió y lo miró con asombro.

—No deberías haber hecho eso.

—Tú no lo querías. —Perry se llevó el pan a la boca. Pero se detuvo poco antes de hincarle el diente—. ¿O sí lo querías? ¿O estabas mintiendo? —Sus ojos resplandecían en la oscuridad—. Si les dices que lo sientes, te lo devuelvo.

Tizón ahogó una risotada.

—No lo siento.

En los labios de Perry se dibujó una sonrisa maliciosa.

—Sigues mintiendo.

Tizón, de pronto, pareció ser presa del pánico. La miró a ella, después a Rugido, y finalmente volvió a concentrarse en Perry.

—¡No te me acerques, esciro!

Le arrebató el pan de la mano y desapareció por el hueco del parapeto.

A medida que se alejaba y los ruidos que emitía se iban difuminando, Aria

sintió unos escalofríos que le subían por la espalda.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te ha llamado «esciro»?

Rugido arqueó las cejas.

—Perry... ¿No lo sabe?

Perry negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que no sé?

Él clavó la vista en el cielo oscuro, evitando mirarla a los ojos, y aspiró hondo.

—Algunos de nosotros somos «Marcados» —dijo en voz baja—. Ese es el significado de las franjas que llevo en los brazos. Son marcas. Muestran que uno de nuestros cinco sentidos es dominante. Rugido es «audil». Es capaz de oír cosas con más claridad, y a más distancia. En ocasiones, desde millas de distancia.

Rugido se encogió de hombros, como disculpándose.

—¿Y tú?

—Mis sentidos dominantes son dos. Soy «vidente». Veo de noche, y en lugares oscuros.

Veía en la oscuridad. Debería haberlo supuesto, con aquellos ojos reflectantes... Por eso nunca tropezaba de noche.

—¿Y el otro?

Ahora sí la miró fijamente, con aquella mirada resplandeciente, verde.

—Poseo un desarrollado sentido del olfato.

—Posees un desarrollado sentido del olfato —repitió ella, intentando procesar lo que aquello implicaba—. ¿Hasta qué punto está desarrollado?

—Muy desarrollado. Huelo humores.

—¿Humores?

—Emociones... impulsos, estados de ánimo.

—¿Eres capaz de oler los sentimientos de las personas? —Aria notaba que su tono de voz era cada vez más agudo.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia? —preguntó. Había empezado a temblar.

—Siempre, Aria. No es algo que pueda evitar. No puedo contener la respiración.

Aria empezó a sentir frío en todas partes. Instantáneamente. Como si acabara de zambullirse en el mar. Se alejó corriendo por la brecha abierta por Tizón, y se internó en el bosque oscuro. Perry fue tras ella, llamándola por su nombre y pidiéndole que se detuviera. Finalmente, ella dio media vuelta y se detuvo en seco.

—¿Y lo has estado haciendo desde el principio? ¿Has sabido en todo momento cómo me sentía? Pues te habrás divertido mucho. ¿Mis desgracias te han entretenido? ¿Por eso no me habías dicho nada?

Él se pasó las manos por el pelo.

—¿Sabes cuántas veces me has llamado «Salvaje»? ¿Crees que me apetecía mucho contarte que mi olfato es más fino que el de un lobo?

Aria levantó las manos y se cubrió la boca. Su olfato era mejor que el de un lobo.

Pensó en todos los sentimientos espantosos que había experimentado durante los últimos días. Días que habían transcurrido sin que ella pudiera quitarse de la cabeza aquella melodía patética, triste. La vergüenza de menstruar. El terror de sentir que una desconocida ocupaba su propia piel.

¿Estaba oliendo también lo que sentía en ese preciso momento?

Él ladeó la cabeza.

—Aria, no sientas vergüenza.

«Sí, la estaba oliendo. Lo sabía.»

Ella retrocedió, pero Perry la sujetó por la muñeca.

—No te vayas. No es seguro. Ya sabes lo que hay por ahí fuera.

—Suéltame.

—Perry —dijo una voz suave—. Yo cuidaré de ella.

Perry bajó la vista y la miró con gesto desesperado. A continuación le soltó el brazo y se alejó, partiendo algunas ramas a su paso.

* * *

—Puedes llorar, si quieres —le dijo Rugido cuando Perry se hubo ido. Se cruzó de brazos. En la oscuridad, ella distinguía apenas el destello de la botella negra de Luster que llevaba bajo el brazo—. Ofrezco incluso mi hombro a la causa.

—No, no quiero llorar. Lo que quiero es hacerle daño.

Rugido se rio en silencio.

—Ya sabía que me caías bien.

—Debería habérmelo contado.

—Seguramente, pero lo que ha dicho es cierto. Él no puede evitar oler los estados de ánimo de las personas. ¿Habría cambiado vuestro pacto, si lo hubieras sabido?

Aria negó con la cabeza. Sabía que, en cuestión de horas, volvería a caminar a su lado kilómetros y kilómetros.

Se sentó y apoyó la espalda contra un árbol. Recogió del suelo una aguja de pinaza y la partió en pedacitos. Al pensar un poco en ello le pareció obvio: genética básica. La población de los forasteros era escasa. Cualquier mutación tenía muchas posibilidades de prosperar enormemente en un medio tan reducido. Una gota de tinta en un cubo era más potente que esa misma gota en un lago. Y como el éter aceleraba las mutaciones, la Unidad había creado un entorno propicio para los saltos genéticos.

—No me lo puedo creer —dijo—. Vosotros sois subespecies. ¿Hay algo más? ¿Existen otros rasgos que hayan mutado? Por ejemplo... ¿los dientes?

Rugido había tomado asiento a su lado, y se apoyaba en el mismo tronco. No era tan alto como Perry, pero aun así ella debía echar la cabeza hacia atrás para verlo. La luz del éter bañaba los perfiles de su rostro, formados por líneas rectas, de proporciones perfectas. A diferencia de Perry, él no tenía la barba crecida.

—No —respondió—. Nuestros dientes son todos iguales. Los vuestros son los diferentes.

Aria apretó los labios, en un acto reflejo. Rugido sonrió, pero siguió hablando.

No se le había ocurrido antes, pero él tenía razón. Antes de la Unidad, los dientes eran disparejos.

—También entre los Marcados existen diferencias. Los esciros tienden a ser altos. Constituyen el grupo menos numeroso. Los videntes son los más comunes. A los videntes se les da bien ver, y «están de buen ver», pero antes de que me lo preguntes te diré que no, que yo no lo soy. Es solo que he tenido suerte.

Aria no pudo evitar sonreír. Le sorprendía constatar lo cómoda que se sentía en su compañía.

—¿Y los que son como tú?

—¿Los audiles? —Le dedicó una sonrisa maliciosa—. Se dice que somos astutos.

—Eso no me cuesta imaginarlo. —Se fijó en sus bíceps, y trató de adivinar el tatuaje que llevaría debajo de la camisa oscura—. ¿Y oyes muy bien?

—No conozco a nadie que oiga mejor que yo.

—¿Puedes oír las emociones?

—No, pero sí los pensamientos de las personas, cuando las toco. No todos los audiles pueden, solo yo. Y no te preocupes, que no voy a tocarlo. A menos que tú quieras.

Ella sonrió.

—Ya te lo haré saber. —Todo aquello parecía imposible. Allí había personas que olían las emociones y oían los pensamientos. ¿Qué iba a ser lo próximo? Aria juntó las manos y sopló en ellas para calentárselas—. ¿Cómo puedes ser su amigo, sabiendo que... lo sabe todo?

Rugido se echo a reír.

—Por favor, eso no lo digas cuando él esté delante. Ya es bastante arrogante tal como es. —Levantó la botella y dio un trago—. Perry y yo nos criamos juntos, con su hermana. Cuando conoces tan bien a alguien, es casi como si tú también fueras esciro.

Sí, suponía que tenía razón. Ella, por ejemplo, captaba algunos de los estados de ánimo de Cachemira. Y los de Caleb también.

—Pero... no sé... parece una relación asimétrica. ¿Él nunca habla, y en cambio acaba sabiendo lo que los demás sienten?

—No habla mucho porque se dedica a percibir humores a través del olfato. Perry no confía en las palabras. En varias ocasiones me ha comentado que la gente miente muy a menudo. ¿Por qué habría de molestarse en escuchar palabras falsas cuando, simplemente aspirando aire es capaz de obtener la verdad?

—Porque la gente es algo más que emociones. La gente piensa, y tiene razones para actuar como lo hace.

—Bueno, sí. Resulta difícil seguir la lógica de los demás si no sabes cómo se sienten. Y además te equivocas. Perry sí habla. Fíjate en él y descubrirás que dice muchas cosas.

Sí, eso ya lo sabía. Llevaba varios días traduciendo sus acciones en significados. Dándose cuenta de que caminaba de diez o doce maneras distintas. En silencio absoluto. Con violencia apenas contenida. Con su sencilla gracia animal.

—¿Tiene una hermana? —preguntó.

—Sí. Olivia —respondió él, antes de añadir en voz más baja—. Liv.

—¿Y ella también es... esciro? —A Aria no le gustaba siquiera el sonido de

aquella palabra.

—Tanto como Perry, si no más. Nunca estábamos seguros de cuál tenía el olfato más fino.

—¿Y qué pasó con ella, Rugido?

—Pues que la ofrecieron en matrimonio. A alguien que no era yo.

—Ah.

Rugido estaba enamorado de la hermana de Perry. Aria se pasó la lengua por el labio inferior, saboreando la dulzura de la Luster. No quería mostrarse demasiado entrometida, formular demasiadas preguntas, pero sentía curiosidad. Y a Rugido no parecía importarle.

—¿Y por qué no tú?

—Ella es una esciro de gran poder. Demasiado valiosa... —Rugido contempló la botella que sostenía en la mano como si buscara en ella la explicación correcta—. Nuestra moneda es la sangre. Los Marcados somos mejores cazadores y combatientes. A nuestros oídos llegan planes de ataque, y presentimos los cambios del éter. Los Señores de la Sangre se rodean de personas como Perry, como Liv, como yo. Y a la hora de aparearse, escogen a los más poderosos de su clase. Si no lo hacen, se arriesgan a perder sus sentidos. Algunos dicen que se arriesgan a algo peor.

A Aria le sorprendió la ligereza con la que había dicho «aparearse».

—¿Y un niño no puede obtener dos sentidos de un padre y una madre distintos? ¿Es eso lo que ocurrió con Perry?

—Sí, pero eso es muy excepcional. Lo que Perry es... es muy excepcional. A sus padres, es mejor que nunca los menciones siquiera.

Ella metió las manos dentro de las mangas del abrigo y hundió los dedos en las pieles.

—De modo que, por ser esciro, Liv tiene que casarse con otro esciro —aventuró.

—Sí, eso es lo que se espera. —Rugido cambió de posición, adaptando la espalda al tronco—. Hace siete meses, Valle la prometió en matrimonio a Visón, el Señor de la Sangre de los Cuernos, una tribu numerosa que habita en el norte. Son un pueblo de hielo, y Visón es el más frío de todos. Valle debía recibir alimentos para los Mareas a cambio de ella. Pero es muy posible que la mitad de esos alimentos no llegue nunca.

—Porque ella no se ha presentado.

—Exacto. Liv huyó. Desapareció la noche anterior a nuestra llegada a territorio de los Cuernos. Aquello era precisamente lo que yo pretendía hacer con ella. Llevaba pensando en ello desde nuestra partida. Pero ella se fue antes de que pudiera pedirle si quería. —Rugido hizo una pausa y carraspeó—. Desde entonces la busco. He estado a punto de encontrarla. Hace unas semanas, oí a un par de comerciantes hablar sobre una joven que rastreaba las piezas de caza mejor que cualquier hombre. La habían conocido en Árbol Solitario. Estoy seguro de que era ella. Liv no es mujer que se olvide fácilmente.

—¿Por qué?

—Es alta, casi tanto como yo. Y tiene el mismo pelo que Perry, pero más largo. Solo por eso ya llama la atención, pero además posee algo... no puedes quitarle los ojos de encima, porque te fascina.

—Por lo que dices, diría que se parecen mucho.

Aria no podía creer que hubiera sido capaz de decir aquello en voz alta. Debía de ser el efecto de la Luster, que le desataba la lengua.

Unos dientes blancos brillaron en la oscuridad.

—Así es, pero afortunadamente, no se parecen en todo.

—¿Y fuiste a Árbol Solitario?

—Sí, pero cuando llegué, ella ya se había ido hacía tiempo.

Aria soltó el aire muy despacio. Aunque sentía lástima por Rugido, eso era exactamente lo que necesitaba: un respiro de su propia mente, de su propio cuerpo. Una ocasión para olvidarse un rato de que tenía que reparar su Smarteye y localizar a Lumina. Sintió el impulso de cogerle la mano a Rugido. Si hubieran estado en los

Reinos, lo habría hecho. Pero allí se limitó a enterrar más la suya entre los pelos de lobo de la manga.

—¿Y qué vas a hacer, Rugido?

—¿Qué puedo hacer, sino seguir buscando?

Peregrino

CONTAR con la compañía de Rugido lo cambió todo. Habían emprendido la marcha por la mañana, y aunque Perry no había captado rastros de los cuervajos, sabía que el peligro no había pasado. Le preocupaba que todavía no los hubieran abordado, pero con la ayuda de Rugido tardarían menos en llegar hasta el recinto de Castaño. Y si su olfato, impregnado del olor de los abetos, no alcanzaba a percibir alguna señal, esta llegaría a oídos de su amigo.

Aria no le había dirigido la palabra desde que le había contado lo de sus sentidos. Llevaba toda la mañana rezagada, caminando junto a Rugido. Perry intentaba oír lo que decían, e incluso llegó a desear haber sido audil. Eso había sido al principio. Cuando oyó que se reía por algo que Rugido le decía, llegó a la conclusión de que ya había tenido bastante, y se alejó para no oírlos. En el transcurso de unas pocas horas, su amigo había hablado con ella más que él en varios días.

Tizón se mantenía a una distancia prudencial, pero Perry sabía que los seguía. El muchacho estaba tan débil que arrastraba los pies al andar, y hacía mucho ruido. No hacía falta ser audil para oírlo pisar la pinaza seca, tras ellos. Aquella noche, algo en su olor había despertado el olfato de Perry. Le escocía, como cuando se agitaba el éter. Pero Perry había alzado la vista al cielo y no había visto remolinos en él. Solo las franjas deshilachadas que los seguían, acompañándolos. Tal vez la Luster le hubiera adormecido los sentidos, o tal vez fuera el olor de los abetos.

A pesar de ello, había captado sin problemas cuál era el humor del niño. Era posible que la actitud desafiante del muchacho pusiera a la defensiva a Aria o a Rugido, pero él sabía la verdad: lo envolvía un velo gélido de temor. Su amigo suponía que tenía trece años, pero él estaba convencido de que era, al menos, un año menor. ¿Por qué estaba solo? Fuera cual fuese el motivo, Perry sabía que no podía tratarse de nada bueno.

Hacia mediodía dio con el rastro de un jabalí. El olor del animal era tan intenso que logró despertar su olfato entumecido. Se dirigió colina abajo, e informó a Rugido del mejor recorrido para conducir al animal hasta donde él esperaría.

Llevaban toda la vida cazando de ese modo. Rugido no tenía problemas para

oír las instrucciones de Perry desde donde se encontraba, pero a este le resultaba mucho más complicado comunicarse con él. Los audiles tenían un don natural para reproducir sonidos, de modo que, con los años, habían ido adaptando llamadas de aves, convirtiéndolas en un lenguaje privado que solo ellos entendían.

Perry oyó que Rugido silbaba, alertándolo. «Prepárate. Ya viene.»

La primera flecha se hundió en el cuello del animal, y la segunda, una vez abatido, se le clavó en el corazón. Al arrodillarse para recuperarlas, le sorprendió constatar que ese era el uso más puro de sus dones. Se dio cuenta de que había echado de menos la energía que le proporcionaba hacer algo simple, y hacerlo bien. Pero su satisfacción no duró mucho. Apenas vio a Rugido subir corriendo, supo que algo iba mal.

Normalmente, tras una captura, su amigo no dejaba de fanfarronear, y siempre se atribuía todo el mérito. Ahora, en cambio, miró el jabalí y cerró los ojos. Volvía la cabeza con movimientos rápidos, bruscos. Perry supo qué sucedía antes de que Rugido abriera la boca.

—Los cuervajos, Perry. Son un montón.

—¿A qué distancia?

—No lo sé con seguridad. A siete millas, aproximadamente, en línea recta.

—Podría ser más por tierra. Y casi todo es terreno montañoso.

Rugido asintió.

—En el mejor de los casos, contamos con una ventaja de media jornada.

* * *

Perry cortó el jabalí a tiras y las asó sobre un fuego. El éter se había agitado y fluía en riadas embravecidas. Volvía a sentir aquel pinchazo en la base de la nariz. Una tormenta en ese momento complicaría las cosas. Comió en compañía de Aria y de Rugido. Ninguno de los tres se molestaba apenas en masticar la carne. Debían llenarse de energía para ser más rápidos que los cuervajos. Aún faltaban dos días para alcanzar el recinto de Castaño, y ahora sabía que no podrían descansar hasta

que llegaran.

Antes de ponerse de nuevo en marcha, avivó el fuego, arrojando varios troncos húmedos. El humo ayudaría a enmascarar sus olores durante un tiempo. Después ensartó en una rama un pedazo de carne que había reservado, y pidió a Aria y a Rugido que emprendieran la marcha, que él ya los atraparía.

Encontró a Tizón acurrucado junto a las raíces de un árbol. Una luz moteada iluminaba porciones de su rostro sucio. El muchacho dormía profundamente. En aquella postura parecía más pequeño, más frágil sin aquel rictus burlón. Perry se llevó la mano a la nariz, porque el escozor se agudizaba en su presencia.

—Tizón.

Él despertó al momento, parpadeando, frotándose los ojos. Cuando al fin vio a Perry, el pánico se apoderó de él.

—Déjame en paz, esciro.

—Tranquilo —dijo Perry—. No pasa nada. —Le mostró la carne ensartada. Tizón la miró, y tragó saliva. Como no alargaba la mano para cogerla, Perry apoyó la rama en el suelo. Retrocedió unos pasos—. Es tuyo.

Tizón lo agarró y hundió los dientes en la carne, arrancándola con furia. Perry se estremeció al ver la desesperación dibujada en el rostro del pequeño. Aquello no se parecía en nada a la comida apresurada que acababa de compartir con Aria y Rugido. Aquello era hambre verdadera. Descarnada, como lo era toda lucha por la vida. Le vino a la mente la imagen de Tizón engullendo el mendrugo de pan, la noche anterior. Y supo que había intentado disimular la gravedad de su estado.

Debía contarle lo que quería contarle, y después irse de allí. No quería que el niño se encontrara metido en el conflicto que él mantenía con los cuervajos.

Miró hacia el este, en dirección al recinto de Castaño. Rugido y Aria no se adelantarían demasiado. Todavía disponía de un momento. Perry se quitó el arco del hombro y se sentó. Tizón lo miró con sus ojos negros, asustados, sin dejar de devorar la carne. Perry extrajo unas flechas del carcaj. Mientras esperaba, comprobaba el estado de las plumas. Había llegado a preguntarse por qué Rugido había ayudado a Tizón, pero ahora, al verlo en ese estado, lo comprendía bien. ¿Acabarían así los Mareas, si no recibían el segundo envío de alimento de Visón?

—¿Por qué está contigo esa chica?

Perry alzó la vista, sorprendido. Tizón seguía masticando, pero en la rama ya no quedaba nada. Ni un solo resto de carne. Tenía el ceño fruncido, el gesto burlón, desafiante.

Perry se encogió de hombro y se permitió esbozar una sonrisa traviesa.

—¿No te parece evidente? —El muchacho abrió mucho los ojos—. Es broma, Tizón. No tiene nada que ver con eso. Nos ayudamos mutuamente con un problema que nos afecta a los dos.

Tizón se pasó una manga sucia por la cara.

—Pero es guapa.

Perry sonrió.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

—Claro, claro. —El niño también sonrió, como si acabaran de ponerse de acuerdo en algo importante. Se retiró el pelo de la cara, pero un mechón volvió a cubrirle los ojos. Lo llevaba muy enredado. De hecho, Perry se dio cuenta de que no se diferenciaba mucho del suyo.

—¿Qué clase de problema? —preguntó Tizón.

Perry aspiró hondo, y soltó el aire muy despacio. No disponía del tiempo ni de la energía para contar la historia una vez más. Pero sí podía saltarse las otras partes y llegar a la que le interesaba en ese momento. Se echó hacia delante, y apoyó los brazos en los codos.

—¿Has oído hablar de los cuervajos?

—¿Los devoradores de carne humana? Sí, he oído hablar de ellos.

—Hace un par de noches, me vi metido en una pelea con ellos. Había dejado sola a Aria para ir a cazar. Cuando regresé, descubrí que la habían encontrado. Eran tres. La tenían acorralada. —Perry acarició la punta de la flecha con la mano. Presionó el dedo contra la punta afilada. Tampoco le resultaba fácil explicar aquella historia. Pero se dio cuenta de que la expresión del niño había cambiado. Ya no

había ni rastro de su máscara de burla. Ahora era solo un muchacho atraído por una historia emocionante. De modo que Perry prosiguió.

—Estaban sedientos de sangre. Casi me llegaba el sabor del apetito que sentían por ella. Tal vez porque es residente... distinta... no lo sé. Pero no pensaban irse con las manos vacías, eso seguro. Abatí a dos con mis flechas. Y al tercero con el puñal.

Tizón se pasó la lengua por los labios. Sus ojos negros parecían hipnotizados.

—¿Y ahora vienen a por ti? Pero si tú solo estabas ayudándola.

—No es así como lo verán los cuervajos.

—Tenías que matarlos. La gente nunca entiende eso.

Perry no salía de su asombro. Había algo en su manera de decir lo que había dicho que... Como si él también hubiera pasado por algo parecido.

—Tizón... ¿y tú? ¿Tú lo entiendes?

La mirada del niño se llenó de cautela.

—¿De verdad sabes cuándo estoy mintiendo?

Perry alzó los hombros. El corazón le latía con fuerza.

—Sí.

—Entonces mi respuesta es «tal vez».

Perry no daba crédito. ¿Ese niño, ese muchacho desvalido, había matado a alguien?

—¿Qué te ha ocurrido? ¿Dónde están tus padres?

La boca del pequeño dibujó una sonrisa amarga, y su humor se volvió frío de pronto.

—Murieron durante una tormenta de éter. Hace unos dos años. En un momento ya no estaban. Fue triste.

A Perry no le hizo falta recurrir a sus sentidos para saber que estaba mintiendo.

—¿Y a ti te obligaron a vivir en las tierras fronterizas?

Los Señores de la Sangre enviaban al exilio a los asesinos y a los ladrones.

Tizón se echó a reír, con unas carcajadas que parecían pertenecer a alguien mucho mayor.

—A mí me gusta vivir en el exterior. —Su sonrisa se disipó—. Esta es mi casa.

Perry meneó la cabeza. Volvió a guardar las flechas, recogió el arco y se puso en pie. No tenía tiempo para aquellas tonterías.

—No puedes continuar siguiéndonos, Tizón. No eres lo bastante fuerte, y es demasiado peligroso. Aléjate ahora que todavía estás a tiempo.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—¿Tienes idea de lo que los cuervajos hacen con los niños?

—No me importa.

—Pues debería importarte. Dirígete hacia el sur. Hay un asentamiento a dos días de aquí. Y si quieres dormir, súbete a un árbol.

—Los cuervajos no me dan miedo, esciro. No pueden hacerme daño. A mí nadie puede hacerme daño.

Perry estuvo a punto de echarse a reír. Aquello era imposible. Pero el humor de Tizón era frío, agudo, transparente. Perry volvió a aspirar, esperando a que su mentira lo enturbiara.

Pero no se enturbió.

* * *

Mientras daba alcance a Aria y a Rugido, la mente le funcionaba a toda

velocidad. Con todo, se mantuvo rezagado, porque necesitaba algo de espacio para estar solo y pensar en lo que había dicho Tizón. «No pueden hacerme daño. A mí nadie puede hacerme daño.» Había pronunciado aquellas palabras con absoluta certeza. Pero, ¿cómo podía aquel niño creer algo así?

Perry se preguntaba si se habría equivocado al captar el humor del niño. Tal vez el intenso perfume de los abetos, o el curioso olor a éter que desprendía Tizón, afectaran su sentido del olfato. También podía ser que el muchacho sufriera algún tipo de trastorno mental. ¿Habría llegado a convencerse a sí mismo de que era intocable para poder sobrevivir solo? Pasaban las horas de la tarde, silenciosas y veloces, y Perry seguía esforzándose por comprender.

Al anochecer llegaron al límite de un denso bosque de abetos y se encontraron ante una planicie desolada. Hacia el norte, una cordillera de la que sobresalían varios picos enmarcaba el horizonte. Rugido se apartó de Aria y se retrasó un poco, para percibir mejor qué distancia los separaba realmente de los cuervajos.

Perry le dio alcance. Contó veinte pasos antes de hablar.

—¿Quieres descansar? —No sabía cómo debía encontrarse. A él le dolían los pies, y eso que no los tenía ni cortados ni llagados.

Ella lo miró con aquellos ojos grises.

—¿Por qué te molestas siquiera en preguntármelo?

Él se detuvo.

—Aria, mis sentidos no funcionan así. Yo no sé si tú...

—Creía que no podíamos hablar en voz alta en esta zona —soltó ella sin dejar de andar.

Perry frunció el ceño y dejó que se alejara. ¿Qué había ocurrido para que ahora fuera él quien quisiera hablar y ella, en cambio, no dijera nada?

Rugido regresó poco después.

—No traigo buenas noticias. Los cuervajos se han organizado en pequeños grupos. Y nos están rodeando. Además, estamos perdiendo la ventaja.

Perry se cambió de lado el arco y las flechas, y miró fijamente a su mejor amigo.

—Tú no tienes por qué hacer nada de todo esto. Aria y yo debemos llegar hasta el recinto de Castaño, pero tú no.

—Sí, claro, claro. Pues nada, yo ya me voy, si te parece.

Perry no esperaba otra cosa. Él tampoco habría dejado solo a su amigo en un momento difícil. Pero lo de Tizón era otro asunto.

—¿El niño ya se ha ido?

—Todavía te sigue los pasos —respondió Rugido—. Ya te he dicho que es un incordio. Y tu pequeña charla con él no ayudó, precisamente. Ahora ya no creo que se vaya nunca.

—¿Nos oíste?

—Lo oí todo.

Perry meneó la cabeza. Había pasado por alto la potencia del oído de su amigo.

—¿Nunca te cansas de espiar a los demás?

—Nunca.

—¿Y qué crees tú que ha hecho?

—No me importa lo que haya hecho, y a ti tampoco debería importarte. Vamos. Volvamos con Aria. Va por ahí.

—Ya sé por dónde se ha ido.

Rugido le dio una palmada fuerte en el hombro.

—Solo quería asegurarme de que te habías fijado.

* * *

Avanzada ya la noche, cuando la distancia recorrida se confundía en una neblina de imprecisión, los pensamientos de Perry empezaron a adquirir la viveza de los sueños. Se imaginaba a Tizón en la playa, obligado por unos residentes a entrar en un deslizador. Después veía a Garra rodeado de hombres con gorras negras y máscaras de cuervo. Al alba, los cuervajos ya estrechaban el cerco sobre ellos, como si fueran una red, y Perry había decidido que haría todo lo que hiciera falta. No pensaba cargar sobre su conciencia con la vida de Tizón.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Dejó que Aria y Rugido siguieran avanzando, y él regresó sobre sus pasos, colina abajo. Tizón estaba escondido, pero Perry sabía que no andaba demasiado lejos. Dejó que el escozor de la nariz lo condujera hasta él.

Cuando lo encontró, se mantuvo agazapado un momento para observarlo a través de los árboles. Cuando nadie lo observaba, su aspecto era de desvalimiento y tristeza. Y dolía más verlo así que cuando esbozaba aquella sonrisita desdeñosa.

—Esta es tu última oportunidad de irte donde quieras —dijo Perry.

Tizón dio un respingo y se volvió, maldiciendo.

—No deberías espiarme, esciro.

—Te he dicho que ha llegado la hora de que te largues.

El terreno que se extendía ante ellos era una amplia llanura. Tizón no contaría con la protección del bosque para escapar solo. Si no se iba en ese mismo momento, quedaría atrapado con ellos.

—Este no es tu territorio —replicó él, extendiendo sus brazos huesudos—. Yo no te debo obediencia.

—Lárgate de aquí, Tizón.

—Ya te lo he dicho antes. Yo voy donde quiero.

Perry cogió el arco, encajó una flecha y apuntó a la garganta de Tizón. No sabía bien qué debía hacer, pero sí que no estaba dispuesto a permitir que aquel muchacho esquelético muriera por su culpa.

—Vete antes de que sea demasiado tarde.

—¡No! —exclamó el niño—. ¡Me necesitas!

—¡Lárgate ahora mismo! —insistió Perry, tensando del todo el arco.

Tizón emitió un gruñido grave. Perry aspiró hondo al constatar que el escozor de la nariz se volvía más intenso y se convertía en pinchazo doloroso.

Los ojos del muchacho se iluminaron y adquirieron una tonalidad azulada. Por un instante, a Perry le pareció que se trataba del éter que se reflejaba en sus pupilas, pero su brillo era cada vez más intenso. Unas líneas azules ascendían desde el cuello deshilachado de su ropa, y se le enroscaban al cuello. Serpenteaban por su mandíbula prominente, por su rostro. Perry no daba crédito a lo que veía. Las venas de Tizón se encendían, como atravesadas de éter.

Sentía pinchazos de dolor en los brazos y la cara.

—¡Deja de hacer lo que estás haciendo!

Rugido, empuñando su puñal, y Aria, llegaron corriendo. Al ver a Tizón se quedaron helados. A Perry el corazón le latía con mucha fuerza. El niño los miraba con aquellos ojos resplandecientes, con aquella mirada perdida y hueca.

A Perry empezaron a rechinarle los dientes, y notaba que se le agarrotaban los músculos.

—¡Tizón, para!

El muchacho levantó las palmas de las manos hacia el cielo, y al hacerlo vieron que en ellas se bifurcaban rayos de éter. La carga del aire aumentó al instante, y otra oleada de dolor recorrió la piel de Perry.

¿Qué era ese niño?

El calor aumentaba en la mano que tenía extendida, con la que agarraba el arco. La punta de la flecha, de acero, a menos de un palmo, adquirió un tono anaranjado. Perry actuó movido por un acto reflejo. Adaptó la posición de la cuerda y disparó.

Una explosión de luz cegó a Perry y le impidió ver en qué había impactado la

flecha. No sintió que caía de bruces sobre la tierra, ni que se acurrucaba. Perdió la noción del tiempo. Solo sabía que había ocurrido algo espantoso. El olor de su propia carne chamuscada lo devolvió a un mundo en el que el dolor lo era todo. Unos horribles alaridos animales inundaban sus oídos. Eran suyos.

—Alejaos —gritó Tizón. Con los ojos entrecerrados, Perry vio a Rugido y a Aria en lo alto de la colina, inmóviles, estupefactos. Tenía la nariz impregnada de aquellos olores: pelo incendiado, lana quemada, piel abrasada.

Tizón se arrodilló a su lado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. ¿Qué me has obligado a hacerte? —El azul de los ojos de Tizón perdía brillo. Sus venas volvían a ocultarse bajo la piel.

Perry no sabía qué responder. No sabía si había perdido una mano. No se atrevía a mirársela.

Tizón tiritaba. Todo su cuerpo se sacudía con violencia.

—¿Qué es lo que he hecho? Tú has disparado... ibas a clavarme la flecha.

Perry consiguió menear la cabeza para negarlo.

—No, solo quería que te fueras.

Tizón parecía abatido. Se puso en pie, tambaleante.

—Yo no tengo ningún sitio adonde ir —dijo con la voz entrecortada. De pronto se agachó, doblándose en dos como si acabaran de propinarle un puñetazo en el estómago, y se internó en el bosque a trompicones.

Tan pronto como se hubo ido, Rugido y Aria se acercaron corriendo. Él le miró la mano y palideció.

Perry lo miró a los ojos.

—Ayúdale. Consigue que regrese.

—¿Ayudarle? Lo que voy a hacer es cortarle el pescuezo.

—¡Tú consigue que regrese, Rugido!

Cuando su amigo se fue. Perry se dio la vuelta y, boca arriba, miró a través de las copas de los árboles. El éter giraba en el cielo. Cerró los ojos, concentrándose en respirar.

—Perry, ¿me dejas mirar? —Aria se arrodilló a su lado—. Déjame ver —insistió en voz baja, alargando la mano para coger la suya.

Él se sentó, y al hacerlo no pudo reprimir un grito de dolor. Entonces se miró la mano izquierda por primera vez. Se le había hinchado hasta alcanzar el doble de su tamaño normal. La piel de los nudillos parecía carne carbonizada. El reverso de la mano estaba lleno de ampollas rojas, que llegaban hasta la muñeca. Sintió náuseas. Empezó a ver estrellas ante sus ojos. Tragó saliva. No sabía si estaba a punto de vomitar o de desmayarse. O de las dos cosas a la vez.

—Baja la cabeza y respira. Vuelvo enseguida.

Cuando regresó, Aria le alargó la botella de Luster. Perry bebió hasta terminarse todo lo que quedaba. Dejó caer la botella a un lado. Aria le había cogido la mano, se la había colocado en el regazo y le había levantado la manga. En la otra mano sostenía una venda. Perry recordó que ese había sido su cinturón hasta hacía poco. Vertió un poco de agua sobre ella.

—Debería vendártela, Perry. Para que no se infecte.

Un sudor frío le recorría la espalda. La miró apenas un segundo, porque no quería que ella viera que estaba asustado. Entonces asintió y echó la cabeza hacia delante una vez más.

Ella apenas le rozó los nudillos, pero él se estremeció y agitó los hombros. Las manos de Aria quedaron inmóviles.

—Sigue —le dijo. Mejor que actuara rápido, porque si no lo hacía tal vez cambiara de opinión y le pidiera que le cortara el brazo. Quizá le hubiera dolido menos. Con la cabeza gacha, veía las lágrimas de dolor caer sobre sus pantalones de cuero. Habría querido pedirle que le cantara algo. Recordaba su voz, aquella voz que lo transportaba. Pero no era capaz de articular palabras. Sin embargo, en ese momento notó que la Luster empezaba a surtir efecto, adormeciéndolo, librándolo de parte del dolor. Perry se secó las lágrimas de los ojos con la otra mano y se incorporó, tambaleante.

Aria ató un extremo de la venda a la muñeca y le envolvió la mano con ella,

pasándola por entre los dedos. Parecía calmada. Centrada. Perry la observaba, hundido cada vez más en el sopor en que lo sumía la Luster.

Ahora sí, lo estaba tocando. No sabía si ella era consciente de lo que hacía.

—¿Habías visto alguna vez a alguien como él? —le preguntó.

Tizón. Un niño con éter en la sangre.

—No, jamás había visto algo así —susurró.

Perry no sabía cómo era posible, pero no podía negar lo que acababa de ver con sus propios ojos. Las pruebas de lo ocurrido se movían aún, dolorosamente, en ondas que recorrían todo su cuerpo. ¿Acaso él mismo no se había sentido conectado al cielo muchas veces, cuando alzaba la vista y lo veía? ¿Como si no se tratara solo de una fuerza lejana? ¿Como si su propia fuerza menguara y creciera con el éter? Debería haber confiado en sus sentidos. Tizón despertaba en su olfato la misma sensación de escozor. Y sabía que el chico ocultaba algo.

—Yo intentaba ayudar... Cuanto más intento adelantarme, más rezagado quedo.

Aquellas palabras salieron solas de su boca, torpes, pero ciertas.

Aria apartó la vista de la mano que vendaba.

—¿Qué has dicho?

Él movió la cabeza a izquierda y derecha, aturdido. Finalmente la vio y se concentró en ella.

—Nada, nada. Tonterías.

Rugido regresó con Tizón, al que llevaba cargado a los hombros, como si de una pieza de caza se tratara: los brazos a un lado, las piernas al otro.

—¿Está muerto? —Perry lo preguntó atropelladamente, sin pausa entre las dos palabras.

—Desgraciadamente, no —respondió Rugido sin aliento.

Tizón se acurrucó apenas sintió que lo depositaban en el suelo. Temblaba más que antes. Enterró la cara en la tierra. Perry se fijó en que le faltaba pelo en partes de la cabeza. Eso era nuevo, antes no lo había observado. Sus ropas estaban ennegrecidas, y parecían a punto de desintegrarse.

—Tenemos que dejarlo aquí, Perry. Está demasiado débil.

—No podemos.

—Míralo, Peregrino. La cabeza apenas se le aguanta derecha.

—Los cuervajos pasarán por aquí. —Perry apretó mucho los dientes, y volvió a ver estrellas ante sus ojos. «No hables tanto —se dijo—. No te muevas tanto. Tú solo respira.»

Aria cubrió a Tizón con una manta. Se inclinó sobre él.

—¿Es por el éter?

Perry miró hacia el cielo. El éter había adquirido un aspecto suave, tenue. Había regresado a los remolinos ligeros de las horas previas. Hasta ese momento el dolor había sido tan intenso que le había impedido fijarse. También notaba que el escozor en la nariz había disminuido considerablemente, que apenas lo sentía. Sí, Tizón debía estar conectado a las mareas del éter.

—Marchaos —farfulló Tizón.

—Hazle caso, Perry. El camino hasta llegar al recinto de Castaño es duro, y tenemos a veinte cuervajos siguiéndonos los talones. ¿De verdad vas a poner en peligro nuestras vidas por este demonio?

A Perry no le quedaban fuerzas para discutir. Se puso en pie, haciendo esfuerzos por disimular su debilidad.

—Yo lo llevaré.

—¿Tú? —Rugido meneó la cabeza y soltó una carcajada—. Este no es Garra, Perry.

Perry habría querido responderle con un puñetazo. Intentó acercarse a su amigo, pero no conseguía caminar derecho. Aria se acercó a él corriendo, pero él,

finalmente, logró mantener el equilibrio. Durante un instante, la miró a los ojos. Y vio en ellos su preocupación. Aria volvió hacia Rugido.

—Tiene razón, Rugido. No podemos dejarlo así. Y discutiendo lo único que conseguimos es perder más tiempo.

Rugido miró a su amigo.

—No me creo que esté haciendo esto.

Se acercó al niño y volvió a cargárselo sobre los hombros, maldiciendo en todo momento, mientras lo hacía y emprendía la marcha, montaña arriba.

Ahora avanzaban todos juntos. Aria iba a la derecha de Perry; las ampollas y los cortes de los pies estaban ocultos bajo las botas. Rugido iba a su izquierda, casi sin resuello, pues realizaba el ascenso con treinta kilos más a sus espaldas. Perry mantenía el brazo muy pegado al pecho, pero el dolor no remitía, y sentía los latidos de su corazón en la mano cada vez que daba un paso. Estaba sediento. En una hora se bebió un pellejo de agua entero, pero no sintió el menor alivio.

Cuando el efecto de la Luster remitió, las oleadas de dolor regresaron con energías renovadas, amenazando con tumbarlo. Con todo, también se daba cuenta de algo más: el aroma de los abetos, que hasta entonces había emborronado su olfato, se había retirado, y ahora los olores llegaban de nuevo a él con claridad, aislados, intensos. Su nariz, finalmente, se había adaptado.

El hedor fétido de los cuervajos llegaba hasta él, transportado por el viento. Llegó a contar más de dos docenas de olores individuales. Los humores de Aria y de Rugido los percibía más cerca, más potentes.

De ellos solo le llegaba el miedo.

ARIA escrutaba los bosques con ojos fatigados, en busca de máscaras de cuervo y capas negras. Avanzaban demasiado despacio, y debían detenerse demasiado a menudo para que Rugido recuperara el aliento. Cuando descansaban, no le pasaba por alto el gesto de alivio en el rostro lívido de Perry. No sabía cómo pero, a pesar del estado de sus pies, ella se había convertido en la más rápida de todos.

Se fijó una vez más en la mano vendada de Perry. La gasa blanca, resplandeciente a la luz menguante del anochecer, estaba manchada de sangre. Ella no había visto nunca una herida como aquella, y no imaginaba siquiera el dolor que debía de estar sintiendo. No daba crédito a lo que había ocurrido.

¿Quién era Tizón? ¿Cómo podía un ser humano acumular esa clase de poder? Aria sabía de la existencia de animales que recurrían a la bioelectricidad. Las rayas, y las anguilas. ¿Pero un niño? Parecía algo sacado de un Reino. Sin embargo, ¿acaso no había aprendido durante esos días que existían esciros, audiles y videntes? ¿No podría ser ese poder de Tizón, sencillamente, una mutación más? La capacidad de canalizar el éter parecía un salto genético inmenso. Pero era posible.

Fue sumiéndose en el ritmo de sus propios pasos, pues debía levantar y posar los pies con gran cuidado. Pero entonces Rugido se detuvo de pronto y dejó a Tizón en el suelo sin demasiada delicadeza.

—Ya no puedo seguir llevándolo.

Ya había anochecido, pero la luna, llena, brillaba en el cielo. El éter se había debilitado, difuminándose hasta convertirse en un fino manto de luz pálida. Habían llegado a una extensa llanura. La montaña se alzaba más adelante, tapizada de bosques.

Tizón yacía hecho un ovillo, con los ojos cerrados. Había dejado de temblar. Perry se tambaleaba a su lado.

—Ya casi estamos —dijo, señalando la ladera con un movimiento de cabeza—. Es ahí mismo.

Rugido negó con la cabeza.

—Mis piernas.

Perry asintió.

—Ya lo llevo yo.

Al momento, Tizón entreabrió los ojos y observó a Perry.

—No —balbució en un susurro apenas audible. Después se dio la vuelta, y les dio la espalda.

Perry lo contempló durante un momento. Después le agarró la muñeca, y tiró de él hasta pasarle el brazo por detrás del hombro. Con la mano vendada lo cogió por la cintura y lo levantó. Empezaron a caminar juntos. Perry se echaba hacia delante para igualar su altura a la del muchacho.

Tizón alzó la vista al pasar junto a Aria, los ojos negros más brillantes aún, cubiertos de lágrimas. Ella supo que eran lágrimas de vergüenza: él mismo había abrasado la mano que ahora lo sostenía en pie.

Aria se volvió.

—¿Qué es eso? —Algo nuevo se oía en la noche. Un murmullo lejano.

—Campanillas —respondió Rugido, mirando fijamente los bosques.

Ella recordó entonces las palabras de Harris.

—Para ahuyentar los malos espíritus —dijo.

—Para volverme loco a mí. —Rugido sacó algo del macuto que llevaba: un gorro negro con largas orejeras, que se puso al momento—. Me desorientan.

Perry se volvió también. Levantó un poco la cabeza, escrutando el horizonte al tiempo que olisqueaba, componiendo un gesto natural, salvaje. Ese era él. El esciro. El vidente. Miró a Rugido a los ojos y, en silencio, se transmitieron un mensaje.

—Tenemos que empezar a correr —anunció Rugido.

El terror se apoderó de ella. Miró a Tizón, sostenido apenas por Perry.

—¿Y cómo vas a correr llevándolo a él?

Pero Perry ya se había puesto en marcha, sin darle tiempo a terminar la pregunta. Aria se metió la mano en el bolsillo y sacó las piedras que se había guardado. Las tiró al suelo.

Llevaban pocos minutos corriendo, pero ya se le agarrotaban los músculos. Y sentía náuseas. No entendía cómo era posible, pues llevaba un día entero sin comer. Pero seguía corriendo. Sus botas parecían atraer todas las piedrecitas del camino. Cada paso era un puñal que se clavaba en las plantas de sus pies. Los árboles se recortaban en lo alto, convertidos en sombras que acechaban colina arriba. Aquellos árboles los ocultarían. Ella corría y corría, pero parecían estar siempre a la misma distancia.

—Ellos también avanzan —dijo Perry tras recorrer otro trecho. ¿Una hora? ¿Un minuto? Todo rastro de color había abandonado su rostro. Su palidez era tal que se apreciaba incluso a oscuras.

Aria no se dio cuenta de cuándo llegaba el alba, gris, neblinosa. Ni de cuándo alcanzaban la pendiente en la que se iniciaba el bosque. De pronto, se encontraba bajo los pinos, como si, una vez más, se hubiera escindido y se encontrara en un Reino.

—¡Muévete, Tizón, corre! —le ordenó Perry.

Pero el niño arrastraba apenas los pies. Casi no podía soportar el peso de su propio cuerpo.

Aria se mordió el labio inferior y, desesperada, recorría el bosque con la mirada, en busca de cuervajos. Las campanillas sonaban con fuerza, desorientándola, tal como había anticipado Rugido.

—Déjame que lo lleve yo, Perry.

Él aminoró el paso. Tenía el pelo húmedo, oscurecido por el sudor. La camisa, empapada, se le pegaba al torso. Asintió, y permitió que fuera ella la que llevara a Tizón. Al tocar al niño, constató que estaba helado. Tenía los ojos en blanco. Rugido

apareció al otro lado. Juntos se pusieron en marcha, llevando entre los dos a Tizón por la pendiente, que se volvía cada vez más empinada. Las campanillas sonaban cada vez con más fuerza.

Rugido se detuvo.

—Sigue subiendo. ¿Puedes tú sola?

—Sí. —Se dio la vuelta y le dio un vuelco el corazón.

—¿Dónde está Perry?

—Frenando el avance de los cuervajos.

¿Se había ido? ¿Había retrocedido?

Rugido desenvainó el puñal.

—Tú sigue andando. Llega al recinto de Castaño. Pide ayuda.

Inició el descenso de la pendiente, y sus ropas negras se fundieron con las sombras. Aria pasó la mano por las costillas huesudas de Tizón y lo sujetó con fuerza. Presa del terror, no lograba apartar de su mente la idea... ¿Y si no volvía a verlos nunca? ¿Y si esa era la última vez que veía a Perry? No, no permitiría que eso ocurriera.

—Ayúdame, Tizón.

—No puedo. —Las palabras llegaron a ella más tenues que un susurro.

Y entonces se encontró con un muro de piedra. Se trataba de algo totalmente inesperado, que se alzaba entre el bosque de hoja perenne. Se elevaba hacia el cielo, y la superaba varias veces en altura. Aria, tambaleándose, tratando de sujetar a Tizón, pasó la palma de la mano por la superficie. Empezó a reseguir el muro, tan cerca de él que el hombro rozaba sus piedras, hasta que llegó a una pesada puerta de madera. A su lado, encajada en el mortero, vio una pantalla. Ahogó un grito. No esperaba encontrarse con un dispositivo de su mundo en el territorio exterior.

Rozó con un dedo la pantalla polvorienta.

—¡Necesito ayuda! ¡Necesito a Castaño! —gritó, entre sollozos entrecortados.

Alzó la vista y se fijó en una torre que se alzaba ante ella.

—¡Ayuda!

Alguien la observaba desde allí: una figura oscura recortada contra el cielo matutino, resplandeciente. Oyó gritos en la lejanía. Instantes después, la pantalla se encendió. En ella apareció un hombre de rostro redondo, piel blanca, ojos azules. Se notaba que se había peinado a conciencia el pelo rubio.

Al verla, esbozó una sonrisa incrédula.

—¿Una residente?

La puerta se abrió con un estruendo que le retumbó en las rodillas.

* * *

Aria accedió, tambaleante, a un espacioso patio tapizado de hierba. El esfuerzo de cargar con Tizón le destrozaba los hombros. Unos caminos empedrados unían cabañas de piedra con huertos. A lo lejos, pero en el interior del muro, vio establos con cabras y ovejas. El humo se elevaba hacia el cielo desde varias chimeneas. Algunas personas la miraban, con más curiosidad que sorpresa. El lugar recordaba a la torre de un Reino Medieval, aunque, en realidad, aquella estructura enorme se parecía más a una caja gris que a un castillo.

Por los muros trepaba la hiedra, que con todo no suavizaba la estructura de cemento. Solo había una entrada, formada por unas pesadas puertas de acero que se abrieron sin esfuerzo apenas reparó en ellas. Apareció entonces el hombre de cara redonda que la había mirado desde la pantalla. Era bajo y corpulento, pero se acercó hasta ella con notable agilidad. Siguiéndolo de cerca lo acompañaba un joven. Cuando llevaba un tiempo allí plantada, oyó que las puertas, a su espalda, empezaban a cerrarse.

—¡No! —exclamó—. ¡Vienen dos más! Peregrino y Rugido. Me han pedido que viniera a buscar a Castaño.

—Castaño soy yo. —Volvió los ojos azules hacia la puerta—. ¿Perry está ahí fuera?

Para entonces se oían gritos anunciando la presencia de los cuervajos. Dio unas instrucciones rápidas al joven lánguido que seguía a su lado, para que ordenara a unos que ocuparan sus puestos en la muralla, y a otros que se dirigieran colina abajo en busca de Perry y Rugido.

Aparecieron entonces dos hombres que recogieron a Tizón, liberándola a ella de la carga. Al hacerlo, la cabeza del niño se echó hacia atrás, inerte.

—Que lo lleven al médico —les pidió Castaño. Cuando volvió a mirarla, su expresión se había suavizado. Entrelazó las manos, se las llevó a la barbilla y sonrió.

—Bendito día el de hoy. Mira qué tenemos aquí.

La agarró por la cintura, galante, y la condujo al interior de aquella estructura rectangular. Aria no opuso resistencia. Apenas se tenía en pie. Se acurrucó a su lado, mullido, blando. Un perfume inundó sus fosas nasales: sándalo. Cítricos. Olía a limpio. Desde la última vez que había estado en los Reinos no había vuelto a oler ningún perfume.

Explicó resumidamente lo ocurrido con los cuervajos mientras él la llevaba dentro. Pasaron por una cámara estanca que permanecía abierta, pues ya no servía para lo que había sido diseñada. A través de un espacioso vestíbulo de cemento, llegaron a una gran estancia.

—He enviado a mis mejores hombres para que los ayuden. Nosotros podemos esperarlos aquí —dijo Castaño.

Solo entonces se dio cuenta Aria de que su interlocutor iba vestido con ropas victorianas. Una chaqueta de frac negro sobre un chaleco azul. Llevaba, incluso, un pañuelo de seda a modo de corbata, y polainas.

¿Dónde estaba? ¿A qué sitio había ido a parar? Se volvió, observando el lugar para hacerse una idea. Pantallas de pared tridimensionales, como las que usaba la gente antes de la Unidad, ocupaban dos lados de aquella habitación. En ellas se mostraban imágenes de bosques, verdes y frondosos. De unos altavoces ocultos brotaban cantos de pájaro. Las otras paredes estaban forradas de telas ricamente estampadas. Además, a cada pocos pasos había vitrinas de cristal que albergaban colecciones de objetos raros. Un tocado indio; un suéter deportivo rojo, pasado de moda, con el número 45 a la espalda; una revista en papel en cuya portada aparecía un dinosaurio enmarcado en una franja amarilla. Todo estaba iluminado por focos, como en los museos antiguos, por lo que los ojos de Aria pasaban de un estallido de

color a otro.

En el centro de la sala, dispuestos alrededor de una mesa de centro profusamente decorada, de patas curvas, se distribuían varios sofás de aspecto cómodo. El cerebro de Aria emitía destellos de reconocimiento: en un Reino Barroco había visto una mesa como aquella: un mueble estilo Luis XIV. Volvió a fijarse en Castaño. ¿Qué clase de forastero era?

—Esta es mi casa. Yo la llamo Delfos. Perry y Rugido la llaman «La Caja» —añadió, esbozando una sonrisa fugaz, cariñosa—. Son tantas las cosas que quiero saber, pero tendré que esperar, claro. Siéntate, por favor. Pareces muy cansada, y me temo que por más que te quedes ahí de pie, ellos no van a llegar antes.

Aria se acercó a un sofá, consciente de pronto de cuál era su estado. Venía muy sucia, y el hogar de Castaño se veía rico, immaculado. Con todo, la necesidad de tenderse era más fuerte que ella. Primero se sentó, y no pudo evitar un suspiro de alivio. Los almohadones cedían bajo su peso, adaptándose a su espalda, a sus piernas. Pasó una mano por la tela color chocolate. Increíble: un sofá de seda. Allí, en el exterior.

Castaño se sentó frente a ella, y apoyó en el regazo las manos rechonchas. Parecía un Generación 4, pero en sus ojos perduraba una curiosidad infantil.

—Perry está herido —dijo Aria—. Tiene una quemadura en la mano.

Entonces Castaño dio algunas órdenes más. Ella no se había dado cuenta siquiera de que había otras personas en la sala hasta que todas ellas se apresuraron a salir para cumplirlas.

—Aquí dispongo de una instalación médica. Nos ocuparemos de él tan pronto como llegue. Pizarra se encargará de todo.

Aria dedujo que «Pizarra» era el nombre del joven alto que acababa de ver fuera.

—Gracias —dijo. A pesar de sus esfuerzos, se le cerraban los ojos—. No me he dado cuenta. No lo habría dejado marchar. Pero se ha ido sin que yo lo supiera.

Hablaba sin darse cuenta de lo que hacía.

—Querida... —dijo Castaño, observándola con gesto de preocupación—.

Necesitas descansar. ¿Qué te parece si te informo apenas lleguen?

Ella negó con la cabeza, ahuyentando las señales inequívocas de extenuación.

—No pienso ir a ninguna parte hasta que estén aquí.

Entrelazó los dedos, apoyó las manos en el regazo y, al hacerlo, reconoció ese gesto: era de su madre.

Perry aparecería en cualquier momento.

En cualquier momento.

22
Peregrino

LAS campanillas sonaban por todas partes. Perry no lograba determinar si el ruido estaba más cerca. Escrutaba el bosque.

—¿Dónde estáis?

Sus ojos se posaron en algo que se movía. Más abajo, dos cuervajos venían hacia él, arrastrando sus capas por el suelo. No llevaban máscaras. Perry supo en qué momento exacto lo veían. El miedo se dibujó en sus rostros, y al momento se ocultaron detrás de un árbol.

Perry descolgó del hombro el arco, pero sabía que no podía sujetar la flecha con la mano quemada. ¿Cómo iba a disparar entonces? Los cuervajos asomaron la cabeza por el árbol, calibrando el grado de peligro que corrían. Más tranquilos, siguieron reptando hacia arriba, en carreras cortas agarrando con fuerza sus puñales.

Tenía que hacer algo. Aria y Rugido avanzaban demasiado despacio, porque debían cargar con Tizón. A menos que él frenara el avance de los cuervajos, nunca llegarían al recinto de Castaño.

Perry se sentó allí mismo y sujetó el arco con los pies. Con la mano libre intentó colocar la flecha en la cuerda. Después separó las piernas, tensó el arco y lo soltó. Fue un disparo torpe —no lanzaba ninguna flecha recurriendo a aquella técnica desde que era un niño que tiraba a escondidas con el arco de su padre—, pero la flecha salió disparada y obligó a los cuervajos a ponerse a cubierto una vez más.

—¡Perry! ¡Tu arco!

Rugido le quitó el carcaj de la espalda a Perry, que seguía corriendo colina arriba. Le arrebató después el arco, encajó en él una flecha y disparó. Perry se arrodilló, desenvainó el puñal y al momento se dio cuenta de que se habían cambiado los papeles: Rugido sostenía el arco, y él, el puñal, y así avanzaban. Intentaban mantener a raya a los cuervajos mientras ascendían camino del recinto de Castaño. Él era, ahora, los ojos de su amigo, le indicaba dónde se agazapaba un

cuervajo cada vez que quería atacarlos. Era él quien los encontraba, y Rugido quien disparaba.

Perry percibió un movimiento a su espalda, y se volvió al instante. Más de diez hombres corrían hacia ellos ladera abajo. Perry agarró el puñal con más fuerza. Eran muchos, y se encontraban demasiado cerca. Pero entonces se dio cuenta de que no eran cuervajos.

—¡Rugido, los hombres de Castaño!

Su amigo dio media vuelta con los ojos muy abiertos, expectante. Unas flechas pasaron rozando sus cabezas y prosiguieron su trayectoria hacia los cuervajos. Echaron a correr con todas sus fuerzas, y no se detuvieron hasta que hubieron cruzado la puerta de la muralla y se encontraban en el patio.

La gente los rodeaba, les indicaba que avanzaran más. Perry obedecía. Casi no podía hablar. Llegó a trompicones hasta la Caja y recorrió los distintos salones de Castaño, pensando solo en que debía seguir moviendo los pies.

A través de una pesada puerta de acero, lo condujeron hasta un salón amplio y vacío con suelo de baldosas resplandecientes. A su nariz llegaron olores que le repelían. Alcohol. Plástico. Orina. Sangre. Enfermedad. Los aromas de la instalación médica le recordaban a la enfermedad de Mila del año anterior. Aquello le llevó a pensar en Garra, y estuvo a punto de desplomarse.

Había llegado hasta allí. Ahora Castaño repararía el Smarteye, y él podría rescatar a su sobrino.

Un hombre con bata de médico le preguntó algo sobre la mano, pero él no lograba concentrarse en sus palabras enrevesadas. Miró a Rugido, confiando en que saldría en su ayuda y respondería por él, cuando desde el otro extremo de la sala llegaron unos gritos.

—Tizón —dijo Rugido, pero Perry ya había echado a correr, apartando a la gente que se agolpaba junto a una puerta. Revisó toda la sala, compuesta por cubículos separados por cortinas, en los que se sucedían las camillas. Tizón se acurrucaba en el rincón más alejado, con una expresión salvaje en sus ojos negros. Su desagradable olor inundó de nuevo la nariz de Perry, mezclado con la quemazón gélida de su miedo.

—¡No se acerque a mí! ¡No se mueva!

—Estaba inconsciente —explicó uno de los médicos—. Intentaba colocarle una aguja intravenosa.

Tizón siguió dedicándoles sus maldiciones.

—Tranquilo —dijo Perry—. Cálmate, Tizón.

—Tenemos que conseguir que se relaje —comentó alguien.

Tizón miró por encima del hombro de Perry y gritó:

—¡Atrás, si no queréis que os carbonice!

El escozor de nariz de Perry iba en aumento, y entonces las luces parpadearon y se apagaron. Perry abrió y cerró los ojos varias veces, ordenándoles que se adaptaran, pero la oscuridad total no se le daba bien.

—Salid todos —dijo, alargando los brazos. No podía permitir que los quemara a todos—. Rugido, haz que salgan.

Palpando en la oscuridad, torpemente, Rugido y él fueron sacando a todos fuera. Después Perry cerró la puerta y se apoyó en ella para rehacerse un poco del cansancio. No veía a Tizón. Durante unos segundos que se le hicieron eternos, solo oía los murmullos que procedían del vestíbulo. Entonces Tizón habló.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Perry. —Frunció el ceño. No recordaba si anteriormente le había dicho cómo se llamaba.

Una rendija de luz tenue surgió bajo la puerta. En el vestíbulo habían encendido alguna vela. Suficiente para que el espacio recuperara su forma ante él.

—¿Te gusta que te hagan daño? —preguntó Tizón—. ¿Quieres que te quemé la otra mano?

A Perry ya no le quedaba energía para seguir luchando. Creía que a Tizón tampoco. El muchacho seguía apretado contra la esquina, y se mantenía en pie a duras penas. Perry se acercó a la camilla más cercana. Cuando se sentó en ella, se oyó un crujido.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó el niño transcurridos unos segundos.

—Sentarme.

—Deberías irte, esciro.

Perry no respondió nada. No estaba seguro de poder moverse. El último aliento de fuerza escapó de él, y sintió unos espasmos en los músculos. El sudor que le empapaba la camisa empezaba a enfriarse.

—¿Dónde estoy? —le preguntó Tizón.

—En casa de un amigo. Se llama Castaño.

—¿Por qué estás aquí, esciro? ¿Crees que puedes ayudarme? ¿Es eso?
—Esperó a que Perry le respondiera, pero al ver que no lo hacía, se echó al suelo.

En la penumbra, Perry vio que Tizón se había llevado las manos a la cabeza. Su estado de ánimo se hundía por momentos, se oscurecía y se enfriaba, hasta que su negrura fue tan completa y tan fría que el corazón de Perry empezó a latir con fuerza. Aquel humor le resultaba conocido,

—Deberías haberme dejado sin más. ¿Es que no viste lo que soy?

Se le quebró la voz, y Perry oyó unos sollozos amortiguados.

Perry tragó saliva, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta. Se mantuvo en silencio, muy quieto en la camilla, mientras un olor salado se mezclaba con los demás aromas. «Despacio», se dijo.

Aquel niño tenía un agravio con él. Una herida que corría muy profunda. Perry sabía lo que era eso. Aquello iba a llevarle bastante tiempo.

—¿Puedes... mover los dedos?

Perry se miró la mano.

—No mucho. Pero cuando me baje la hinchazón mejorará, creo.

Tizón soltó un gemido.

—Podría haberte matado.

—No lo hiciste.

—¡Pero podría haberlo hecho! Primero está en mí, y después sale y lastimo a la gente, y la gente muere, y los mato yo. Yo no quiero ser así. —Tizón enterró la cara en las manos, y los sollozos se convirtieron en llanto desgarrado—. ¡Sal! ¡Vete, por favor!

Perry no quería dejarlo así, pero estaba seguro de algo. Tizón estaba lleno de vergüenza. Si se quedaba allí, el niño no volvería a mirarlo a la cara. Y él quería volver a verlo. Tenía que volver a hablar con él. Perry se bajó de la camilla con piernas temblorosas.

Se iría por el momento, pero regresaría.

23
Aria

—¿ARIA?

Aria hacía esfuerzos por abandonar el sueño más profundo que jamás se había apoderado de ella. Parpadeó hasta que dejó de verlo todo borroso.

Perry estaba sentado al borde de la cama.

—Estoy aquí. Castaño... me ha pedido que te lo dijera.

Ella ya sabía que había llegado sano y salvo. Estaba con Castaño cuando Pizarra había llegado con la noticia. Pero al verlo volvió a sentir un gran alivio.

—Has tardado mucho. Creía que los cuervajos te habían pillado.

A Perry, aquel comentario le pareció divertido, y un brillo asomó a sus ojos.

—Por eso dormías tan bien.

Ella sonrió. Cuando Pizarra la había llevado hasta su dormitorio, ella pensó que se lavaría las manos y se echaría un rato, pero que esperaría a que le trataran la mano a Perry. Pero al ver la cama, toda esperanza de permanecer despierta se desvaneció.

—¿Estás bien? —le preguntó. Tenía barro pegado a la cara. Los labios resecos, cuarteados. Pero, más allá de eso, no veía ninguna herida—. ¿Qué tal la mano?

Él levantó el brazo. Llevaba una escayola blanca del codo hasta los dedos.

—Es suave por dentro, y fresca. También me han dado un medicamento para el dolor. —Sonrió—. Funciona mejor que la Luster.

—¿Y Tizón?

Perry bajó la mirada y su sonrisa se desvaneció.

—Está en el pabellón médico.

—¿Creen que podrán ayudarlo?

—No lo sé. Yo no les he contado nada sobre él, y Tizón no deja que nadie se le acerque. Iré a verle más tarde. —Suspiró y, fatigado, se frotó los ojos—. No podía dejarlo ahí fuera.

—Ya lo sé —dijo Aria. Ella tampoco habría podido. Pero tampoco podía negar el peligro que entrañaba llevar a Tizón a un lugar con más gente. Era un niño, sí, pero había visto con sus propios ojos lo que había hecho con la mano de Perry.

Él ladeó la cabeza.

—Le he entregado el Smarteye a Castaño. Está trabajando para repararlo. Cuando tenga noticias nos informará.

—Lo hemos conseguido, aliado —dijo Aria.

—Sí.

Perry sonrió con aquella sonrisa de león que ella solo había visto unas pocas veces. Dulce y seductora, con un punto de timidez. Mostraba toda una parte de él que Aria no conocía. Apartó la mirada, sintiendo que se le aceleraba el pulso. Entonces se fijó en que estaban en la misma cama. Solos.

Él se puso tenso al momento, como si también se hubiera percatado de lo mismo. Y miró en dirección a la puerta. Ella no quería que se fuera. Al fin le estaba hablando sin aquel poso de enfado. Sin la ayuda de la Luster, ni de la charla fácil de Rugido.

Aria le dijo lo primero que le vino a la mente.

—¿Dónde está Rugido?

Perry abrió un poco los ojos.

—Abajo. Puedo ir a buscarlo, si quieres...

—No, solo quería saber si había llegado sano y salvo.

Era demasiado tarde. Él ya se había acercado hasta la puerta.

—No tiene ni un rasguño. —Vaciló un momento—. Voy a ver dónde me meto para echarme a dormir un rato —dijo, y se fue.

Durante unos momentos, ella permaneció contemplando el espacio que había ocupado hasta hacía unos instantes. ¿Por qué había vacilado? ¿Qué había querido decirle?

Volvió a meterse entre las mantas. Todavía llevaba puestas aquellas ropas sucias, pero notaba la presión de las vendas en los pies. Recordaba vagamente haber respondido a las preguntas de Pizarra sobre su cojera.

Una lámpara encendida en un rincón iluminaba tenuemente las paredes color crema. Estaba en una habitación, entre cuatro sólidas paredes. ¡Qué tranquilidad! Desde allí no oía el rumor del viento, ni las campanillas de los cuervajos, ni el sonido de sus propios pasos al correr. Alzó la vista y vio un techo inmóvil. Absolutamente inmóvil. No se había sentido tan a salvo desde la última vez que había estado con Lumina.

La cama era muy baja y moderna, pero estaba cubierta de una pesada y lujosa colcha de damasco. De una de las paredes colgaba un Matisse, el sencillo boceto de un árbol que, con todo, transmitía gran expresividad. Entrecerró los ojos. ¿Sería un Matisse auténtico? En el suelo, una alfombra oriental esparcía sus colores otoñales. ¿Cómo habría logrado reunir Castaño todas aquellas cosas?

Volvió a sentir que llegaba el sueño, que tiraba de ella con fuerza. Antes de sumirse en él, deseó soñar con su madre una vez más. Pero que esta vez no fuera una pesadilla. Esta vez le cantarían a su madre su aria favorita. Y entonces Lumina se levantaría de su butaca, subiría al escenario y la abrazaría con fuerza.

Y volverían a estar juntas.

* * *

Cuando volvió a despertar, se quitó las vendas de los pies y se dirigió a un cuarto de baño anexo, donde pasó una hora entera duchándose. Casi se echa a llorar al sentir el agua caliente deslizándose sobre sus músculos cansados. Tenía los pies destrozados. Magullados. Llenos de ampollas. Despellejados. Se los lavó bien y se los envolvió con unas toallas.

Le sorprendió encontrar la cama hecha cuando regresó al dormitorio. Sobre el edredón encontró un montoncito de ropas bien dobladas, además de unas zapatillas muy suaves, de seda. Todo ello coronado por una rosa roja. Aria la sostuvo con delicadeza y aspiró su fragancia. Maravillosa. No tan intensa como la de las rosas de los Reinos. Pero en los Reinos las rosas no conseguían que el corazón le latiera con más fuerza. ¿Habría recordado Perry que un día ella le había preguntado a qué olían las rosas? ¿Era esa su respuesta?

La ropa era toda de color blanco, de un blanco que no había vuelto a ver desde que había salido de Ensoñación, y de una talla mucho más adaptada a ella que los pantalones de camuflaje que había llevado aquellos últimos días. Se la puso, y al momento se dio cuenta del cambio que habían experimentado sus piernas y sus pantorrillas: a pesar de comer tan poco, se veía más fuerte.

Oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo.

La abrió una joven, vestida con una bata blanca de médico. Se trataba de una mujer muy llamativa, de piel oscura, largas piernas, pómulos prominentes y ojos almendrados. Desde su frente se descolgaba una trenza que terminaba en un cordón que, cuando se arrodilló junto a la cama, quedó oscilando. Dejó en el suelo una caja de acero y levantó los sólidos cierres.

—Me llamo Rosa —dijo—. Y soy una de las doctoras. Estoy aquí para echar otro vistazo a tus pies.

«Otro» vistazo. Rosa ya se los había curado mientras ella dormía. Aria se sentó en la cama mientras la doctora le quitaba las toallas. El instrumental médico se veía moderno, parecido al disponible en la Cápsula.

—Nosotros proporcionamos servicios médicos —dijo Rosa, siguiendo el curso de su mirada—. Se trata de una de las fuentes de financiación de Delfos ideada por Castaño. La gente viaja durante semanas para recibir atención aquí. Sí, ya se ven mucho mejor. La piel empieza a cicatrizar correctamente... Esto te escocerá un momento.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Aria.

—Es muchas cosas. Antes de la Unidad era una mina, y después fue un refugio nuclear. Ahora es uno de los pocos lugares en los que se vive a salvo.

—Rosa alzó la mirada—. Por lo general evitamos meternos en problemas con el exterior.

Aria no se atrevió a decir nada al respecto. Ellos se habían presentado allí heridos, con unos caníbales siguiéndoles los talones. Rosa tenía razón. No podía decirse que hubieran hecho una entrada triunfal en el recinto.

Observó a la doctora, que le aplicaba un gel en las plantas de los pies. De inmediato sintió en ellos una sensación de frescor, seguida de un alivio del dolor que la mortificaba desde hacía una semana. Rosa le acercó a la muñeca un aparato que parecía servir para medir las constantes vitales. Esperó a que emitiera un pitido y leyó la información en la pantalla que tenía incorporada.

—¿Cuánto tiempo llevas en el exterior?

—Ocho... no, diez días —rectificó, añadiendo los dos que había pasado inconsciente, con fiebre.

Rosa arqueó las cejas, sorprendida.

—Estás deshidratada y desnutrida. Es la primera vez que trato a una residente, pero por lo que veo diría que, más allá de eso, tu salud es buena.

Aria se encogió de hombros.

—No me parece que me esté...

«Muriendo.»

No pudo terminar la frase. Nadie estaba más sorprendido que ella misma sobre su salud. Se acordó del principio de su odisea, cuando ella apoyó la cabeza en el macuto de Perry.

Estaba exhausta, y le dolían todos los huesos. Todavía sentía algo parecido, notaba que los músculos y los pies debían curarse, pero ahora su sensación era que se curarían. Había dejado de sentir calambres y dolores de cabeza. Ya no se notaba enferma.

¿Cuánto tiempo más resistiría su salud? ¿Cuánto tardarían en reparar el Smarteye? ¿Cuándo podría contactar con Lumina?

Rosa devolvió el lector a la caja.

—¿Has tratado a Peregrino? —preguntó Aria—. El chico con el que he llegado hasta aquí.

No le costaba imaginar las llagas sobre los nudillos.

—Sí. Tú vas a curarte antes que él. —Apoyó la mano en la tapa abierta de su maletín, dispuesta a cerrarlo—. No es la primera vez que viene.

Aria sabía que la doctora la estaba sondeando.

—¿Ah, no?

—Estuvo aquí hace un año. Nos hicimos bastante amigos —remarcó Rosa, para que no quedara la menor duda—. Al menos eso fue lo que me pareció a mí. Los esciros son así. Saben exactamente qué decir, y cómo lo que dicen afecta a los demás. Te dan lo que quieres, pero no se entregan. —Se levantó la manga y le mostró una porción de piel sin marcas en torno al bíceps—. No, a menos que seas uno de ellos.

—Qué... abierta por tu parte —dijo Aria, riéndose, nerviosa.

No pudo evitar imaginarse a Perry con ella. Guapísima. Varios años mayor que ella y que Perry. Sintió que empezaba a sonrojarse, pero no pudo evitar formular la siguiente pregunta.

—¿Todavía le quieres?

Rosa se echó a reír.

—Creo que será mejor que no responda a eso. Ahora estoy casada, y soy madre.

Aria se fijó en el vientre plano de la doctora. ¿Siempre era tan sincera?

—No sé por qué me lo has contado.

—Castaño me ha pedido que te ayude, y eso es lo que estoy haciendo. Yo ya sabía dónde me metía. Sabía que jamás funcionaría. Creo que tú también deberías saberlo.

—Gracias por la advertencia, pero yo me iré pronto. Además, Perry y yo solo somos amigos. E incluso eso es cuestionable.

—Pues él me ha pedido que te atendiera a ti antes que a él, aunque ha cambiado de opinión cuando le he dicho que estabas dormida. Me ha contado que llevas una semana caminando con esos cortes en los pies, y que no te has quejado ni una vez. A mí me parece que no hay nada que cuestionar.

Rosa cerró el maletín, que emitió un chasquido sordo, sin poder disimular un atisbo de sonrisa.

—Camina con cuidado, Aria. E intenta poner los pies en alto.

24
Aria

ARIA salió al vestíbulo. Las palabras de Rosa todavía resonaban en su mente. De las paredes pintadas de un azul turquesa suave colgaban tapices de hilos gruesos en los que se representaba una antigua batalla naval. Una hornacina iluminada, en un extremo, albergaba una estatua de mármol de tamaño natural de un hombre y una mujer enzarzados bien en un fiero combate, bien en un abrazo apasionado. Costaba determinarlo. Al fondo, una escalera con barandilla de hojas doradas conducía a una planta inferior. Aria esbozó una sonrisa. En Delfos, todo procedía de un lugar y un espacio diferentes. Estar en casa de Castaño era como vivir en diez o doce Reinos a la vez.

La voz de Perry llegaba desde abajo. Por un momento cerró los ojos y escuchó su fuerte acento. Incluso para ser forastero, aquella manera de hablar tan lenta lo distinguía de los demás. Aria oyó que estaba hablando de su hogar, del Valle de los Mareas. De su preocupación por las tormentas de éter y las incursiones de las otras tribus. Siendo, como era, alguien que apenas hablaba, era un orador que cautivaba con su concisión, con su aplomo. Transcurridos unos minutos, se regañó a sí misma por escuchar una conversación ajena.

La escalera la devolvió a la sala de los sofás. Rugido estaba sentado en uno de ellos, y Perry, apoltronado en otro. Castaño, de pie detrás de Rugido, se balanceaba primero sobre un pie, después sobre otro. A Tizón no lo veía, ni le sorprendía no verlo. Cuando la descubrió allí, Perry dejó de hablar y se sentó mejor. Ella intentó no darle importancia al hecho de que no siguiera con su conversación.

Como ella, él también llevaba ropa limpia. Una camisa color arena. Pantalones de cuero más negros que marrones, y que no se veían zurcidos ni remendados. Iba con el pelo peinado hacia atrás, brillante a la luz. Tamborileaba los dedos de la mano buena contra la escayola. Y hacía todo lo posible por no mirarla directamente.

Castaño se acercó y le agarró las dos manos, en un gesto afectuoso. Aria no se atrevía a apartarlas. Iba ataviado con una chaqueta de esmoquin ridícula, de terciopelo morado, entallada y rematada con cintas de raso negro.

—Ah —dijo al fin, y al sonreír se le ensancharon las mejillas—. Las has

recibido. Pues no te quedan nada mal, no. Te he mandado hacer otras, querida. Pero por el momento estas servirán. ¿Cómo estás, cielo?

—Bien. Gracias por la ropa. Y por la rosa —añadió, consciente de que era un regalo suyo, lo mismo que las prendas de vestir.

Castaño se inclinó sobre ella y le apretó las manos con suavidad.

—Un pequeño regalo para una gran belleza.

Aria, nerviosa, soltó una carcajada. En Ensoñación, ella no destacaba por su físico. Solo su voz la distinguía del resto. Que la alabaran por algo en lo que ella no tenía nada que ver le parecía raro, pero agradable.

—¿Comemos? —preguntó Castaño—. Tenemos mucho de lo que hablar, así que, mientras lo hacemos, será mejor que nos llenemos la barriga. Estoy seguro de que todos debéis tener bastante hambre.

Lo siguieron hasta un comedor lujosamente decorado, como el resto de Delfos. Las paredes estaban tapizadas con telas carmesíes y doradas, y cubiertas de retratos al óleo. La luz de las velas se reflejaba en cristalerías y objetos de plata, e inundaban la estancia de luz centelleante. Tanta opulencia la llevó a sentir una punzada de tristeza, pues le recordó al Teatro de la Ópera.

—He comerciado durante toda mi vida para conseguir estos tesoros —le explicó Castaño, a su lado—. Pero las horas de las comidas deben ser sagradas, ¿no te parece?

Rugido le retiró la silla para que se sentara, al tiempo que Perry se dirigía al extremo opuesto de la mesa rectangular. Apenas habían tomado asiento cuando llegaron unas personas y les sirvieron agua y vino. Todos iban muy bien vestidos, e impecablemente peinados. Aria empezaba a ver qué había hecho Castaño en ese recinto: ofrecía seguridad a cambio de trabajo. Pero la gente que lo servía no parecía angustiada: las personas con las que se había encontrado hasta el momento parecían saludables y conformadas. Y leales, como Rosa.

Castaño levantó su copa, extendiendo los dedos cubiertos de anillos como si fueran las plumas de un pavo real. Aria se fijó en un destello azulado: Castaño llevaba la sortija con la piedra azul que Perry había recogido aquel día. Sonrió para sus adentros: tendría que abandonar de una vez por todas sus presuposiciones sobre rosas y anillos.

—Por el regreso de unos viejos amigos, y por una amiga nueva, inesperada pero igualmente bienvenida.

Trajeron sopa, y su aroma le despertó, al fin, el apetito. Los demás empezaron a comer, pero ella dejó la cuchara en su sitio. Pasar del duro mundo exterior, de aquella carrera para salvar la vida, a ese opulento banquete, la aturdió. Debería haberse adaptado más deprisa, ya que se había pasado la vida entera escindiéndose en los Reinos. Pero a pesar de lo extraño que le resultaba todo, se dedicó a saborear el momento, a apreciar todo lo que veía ante ella.

Estaban a salvo. A resguardo. Tenían comida.

Finalmente levantó la cuchara, satisfecha al constatar su peso. Al dar el primer sorbo, los sabores estallaron en su lengua como diminutos fuegos artificiales. Hacía tanto tiempo que no tomaba nada tan sustancioso... Aquella sopa, una crema de setas, estaba deliciosa.

Miró a Perry. Estaba sentado a la cabecera de la mesa, frente a Castaño. Ella había supuesto que, en aquel escenario, se sentiría fuera de lugar. Él pertenecía a los bosques, eso lo sabía con absoluta certeza. Pero lo cierto era que se veía cómodo. Recién afeitado, los ángulos de la mandíbula parecían más afilados, y sus ojos verdes, más brillantes, atrapaban tanta luz como la lámpara de araña suspendida sobre ellos.

Perry hizo una seña a uno de los sirvientes.

—¿Dónde habéis encontrado colmenillas en esta época del año?

—Las cultivamos aquí —respondió el joven.

—Son muy buenas.

Aria volvió a concentrarse en la sopa. Él sabía que contenía colmenillas. A ella le había sabido a setas, pero él había identificado la clase exacta. El olfato y el gusto eran sentidos relacionados. Recordó que Lumina se lo había explicado en una ocasión. Aquellos habían sido los dos últimos sentidos en incorporarse a los Reinos, después de la vista, el oído y el tacto. El olor era lo más difícil de reproducir virtualmente.

Miró a Perry una vez más, y se fijó en sus labios, que se cerraban sobre la cuchara. Si su sentido del olfato estaba tan desarrollado, ¿también tendría un

sentido del gusto más potente? No sabía por qué, pero al pensar en ello sintió que se sonrojaba. Dio unos sorbos de agua para ocultar la cara tras la copa.

—Castaño ha estado trabajando en tu Smarteye —comentó Perry. Había dejado de llamarlo «dispositivo», o «dispositivo ocular», y ya lo llamaba «Smarteye».

—Sí, desde que Perry me lo ha entregado. Según hemos visto hasta el momento, parece muy poco dañado. Estamos intentando conectarlo de nuevo, algo un poco complicado, porque no queremos que se active ninguna señal de localización. Pero lo conseguiremos. Pronto sabré cuánto tiempo nos llevará.

—Debería de contener dos archivos. Una grabación y un mensaje de mi madre.

—Si pueden encontrarse, los encontraremos.

Por primera vez en muchos días, Aria sentía esperanzas. La esperanza de establecer contacto con Lumina. La esperanza de que Perry encontrara a Garra. Perry la miró a los ojos, y sonrió. Sí, él sentía lo mismo.

—No sé cómo puedo agradecértelo —le dijo a Castaño.

—Me temo que no todo son buenas noticias. Restaurar la conexión será la parte fácil. Pero vincular el Ojo a los Reinos para que puedas contactar con tu madre resultará bastante más complicado. —Castaño la miró con gesto de disculpa—. Ya he intentado otras veces acceder a los protocolos de seguridad de los Reinos y nunca lo he conseguido. Claro que nunca lo había intentado con un Smarteye, ni en presencia de una residente.

Eso era, precisamente, lo que más preocupaba a Aria. Sin duda, Hess habría bloqueado su acceso a los Reinos, pero esperaba que, a través del archivo del «Pájaro Cantor» lograra establecer contacto con Lumina.

Castaño le formuló algunas preguntas sobre la Cápsula, mientras pasaban de la sopa a un buey guisado con salsa de vino. Aria le explicó que casi todo, desde la producción de alimentos hasta el reciclado del aire y el agua, se realizaba mediante procesos automatizados.

—¿Y la gente no trabaja? —preguntó Rugido.

—Solo una minoría trabaja realmente. —Aria miró a Perry, en busca de algún indicio de disgusto, pero vio que seguía concentrado en la comida. Platos como esos debían de ser toda una rareza para él, y no algo que hubiera echado de menos durante su viaje.

Les habló de la pseudoeconomía, con la que había gente que amasaba fortunas virtuales, pero en la que también existía el mercado negro y los piratas.

—Nada de ello modifica lo que ocurre en el mundo real. Exceptuando a los cónsules, todo el mundo tiene derecho a las mismas viviendas, la misma ropa y la misma dieta.

Rugido se apoyó en la mesa y le dedicó una sonrisa seductora. Un mechón de pelo negro le cayó sobre los ojos.

—Cuando dices que todo sucede en los Reinos, ¿te refieres a todo, todo?

A Aria se le escapó una risotada nerviosa.

—Sí, sobre todo a eso. En los Reinos no existe el riesgo.

Rugido sonrió más todavía.

—Así que lo piensas y ocurre. ¿Y la sensación es real?

—¿Por qué estamos hablando de esto?

—Necesito un Smarteye.

Perry puso los ojos en blanco.

—Es imposible que sea igual.

Castaño carraspeó. Se había puesto un poco colorado. Aria sabía que ella también estaba ruborizada. Ella no sabía si era igual en el mundo real y en los Reinos, pero eso no pensaba decírselo.

—¿Qué ha pasado con los cuervajos? —preguntó, impaciente por cambiar de tema. Seguro que ya se habían ido.

Los miró a todos. Nadie le respondió. Finalmente Castaño se secó la boca con

una servilleta y habló.

—Por lo que sabemos, siguen congregados en la llanura. Dar muerte a un Señor de la Sangre es una grave ofensa, Aria. Se quedarán todo el tiempo que puedan.

—¿Dimos muerte a un Señor de la Sangre? —preguntó ella, sorprendida consigo misma por haber usado esa expresión.

Perry levantó la vista y la miró con sus ojos verdes.

—Es lo único que explica que sean tantos. Y le di muerte yo, Aria, no tú.

Sí, pero por culpa de lo que ella había hecho. Por haber salido de aquella maldita cueva y haber ido a buscar bayas.

—O sea, que están esperando.

Perry se apoyó en el respaldo de la silla y apretó la mandíbula.

—Sí.

—Aquí estamos a salvo, te lo aseguro —intervino Castaño—. En su punto más bajo, la muralla tiene dieciséis metros, y contamos con arqueros apostados en ella día y noche. Ellos evitarán que los cuervajos se acerquen demasiado. Además, las condiciones atmosféricas cambiarán pronto. Con el frío y las tormentas de éter, los cuervajos partirán en busca de refugio. Esperemos que ello suceda antes de que cometan alguna locura.

—¿Cuántos son? —preguntó ella.

—Casi cuarenta —respondió Perry.

—¿Cuarenta? —No daba crédito. ¿Cuarenta caníbales iban tras él? Aria llevaba días imaginando el reencuentro con su madre, en Alegría. Había supuesto que Lumina enviaría un deslizador que la recogería. Con la grabación de Soren, ella lavaría su imagen y podría empezar de nuevo en Alegría. Pero, ¿y Perry? ¿Podría él abandonar el recinto de Castaño? Y si lo hacía, ¿tendría que huir siempre de los cuervajos?

Castaño meneó la cabeza, mirando el vino.

—Estos tiempos difíciles son propicios para los cuervajos.

Rugido asintió.

—Destruyeron a los Atunes Rojos hace unos meses. Son una tribu que queda al oeste. Habían vivido unos años de vacas flacas. Después llegaron las tormentas de éter, y arrasaron su recinto.

—Ahí estuvimos nosotros —comentó Perry, mirándola—. Es el lugar del tejado roto.

Aria tragó saliva, y notó que le costaba respirar. Imaginó cómo hubo de ser la fuerza de aquellas tormentas que habían destruido de aquel modo el lugar. Perry le había encontrado allí las botas y el abrigo: ella había llevado durante días las ropas de los Atunes Rojos.

—Sufrieron un golpe muy cruel —prosiguió Perry.

—Así es —corroboró Rugido—. Perdieron a la mitad de los suyos a causa de las tormentas en un solo día. Lodan, su Señor de la Sangre, hizo llegar a Valle una oferta por la que ponía lo que quedaba de su tribu a las órdenes de los Mareas. Para un Señor de la Sangre, esa es la mayor vergüenza imaginable, Aria. —Hizo una pausa, y miró fijamente a Perry—. Valle rechazó la propuesta, alegando que no podía alimentar más bocas hambrientas.

Perry pareció sorprendido.

—Valle no me dijo nada.

—Claro que no, Perry. ¿Habrías apoyado su decisión?

—No.

—Según oí —prosiguió Rugido—. Lodan fue en busca de la tribu de los Cuernos.

—¿En busca de Visón?

Rugido asintió.

—Hay un lugar del que la gente habla —le aclaró a Aria—. Un lugar libre de

éter. Lo llaman el Azul Perpetuo. Hay quien dice que no es real. Que solo es un sueño de cielo despejado. Pero cíclicamente la gente vuelve a hablar de su existencia.

Rugido miró a Perry una vez más.

—Últimamente oigo más comentarios que nunca. La gente dice que Visón lo ha descubierto. Lodan estaba convencido de ello.

Perry se echó hacia delante. Parecía a punto de saltar de la silla.

—Tenemos que averiguar si es verdad.

Rugido se llevó la mano al puñal.

—Si me encuentro con Visón, no le preguntaré nada sobre el Azul Perpetuo.

—Si te encuentras con Visón, será para entregarle a mi hermana, tal como deberías haber hecho. —El tono de Perry se había vuelto más duro. Aria los miraba a los dos, alternativamente.

—¿Qué ocurrió con los Atunes Rojos? —preguntó Castaño que, sin inmutarse, seguía cortando la carne en rectángulos perfectos, como si no se percatara de la tensión creciente que se palpaba en el comedor.

Rugido dio un buen trago antes de responder.

—Los Atunes Rojos ya estaban muy debilitados cuando la enfermedad los sorprendió en campo abierto. Después llegaron los cuervajos y se llevaron consigo a los niños más fuertes. Con el resto... esto... hicieron lo que siempre hacen los cuervajos.

Aria bajó la vista. La salsa de su plato había empezado a parecerle demasiado roja.

—Horrible —concluyó Castaño, apartando el suyo—. Una pesadilla. —Le dedicó una sonrisa—. Tú pronto dejarás todo esto atrás, querida. Perry me ha comentado que tu madre es científica. ¿A qué tipo de investigación se dedica?

—A la genética. Más allá de eso, no sé gran cosa. Trabaja para el comité que supervisa todas las Cápsulas y los Reinos. La Junta de Gobierno Central. Se trata de

una investigación de alto nivel. No le está permitido comentar sobre el trabajo.

Al oírse hablar en esos términos, sintió algo de vergüenza. Como si su propia madre no confiara en ella.

—Es una persona muy entregada a su trabajo. Hace unos meses se fue para trabajar en otra Cápsula —añadió, pues le parecía que debía aportar algo más.

—¿Tu madre no está en Ensoñación? —quiso saber Castaño.

—No. Tuvo que trasladarse a Alegría para participar en un estudio.

Castaño dejó la copa de vino sobre la mesa tan deprisa que parte de su contenido se derramó y manchó el mantel color crema.

—¿Qué ocurre? —preguntó Aria.

Castaño se aferró a los brazos de su butaca, y unos destellos rojos y azules parpadearon en sus anillos.

—Los comerciantes que pasaron por aquí hace una semana se hicieron eco de un rumor. Es solo un rumor, Aria. Ya has oído lo que acaba de contar Rugido sobre el Azul Perpetuo. A la gente le gusta hablar.

Todas las miradas se dirigieron a ella.

—¿Qué rumor es ese?

—Siento tener que decírtelo. Alegría fue alcanzada por una tormenta de éter. Dicen que ha sido destruida.

Peregrino

PERRY estaba de pie junto a la puerta de Aria, y sus pulmones, como dos fuelles, no dejaban de bombear aire. Había muchas cosas dignas de admiración en la casa de Castaño. La comida. Las camas. La comida. Pero con todas aquellas puertas y muros, le resultaba más difícil captar los humores de los demás. Recordó todas las ocasiones en que, a lo largo de la semana, había querido descansar de sus propias percepciones. Una hora seguida sin aspirar el dolor de Aria, o el de Rugido. Pero ahora estaba ahí, casi olisqueando bajo la puerta de la residente.

No le llegaba nada. Perry acercó la oreja a la madera. Lo mismo. Maldiciendo entre dientes, bajó corriendo la escalera. Entró en una habitación de la primera planta, vacía salvo por una gran pintura que parecía una mancha accidental, y por la pesada puerta de acero de un ascensor. Perry lo llamó. Caminó de un lado a otro hasta que la puerta se abrió. Dentro no había botones. La cabina metálica descendía hasta un solo lugar. Castaño lo llamaba «El Ombligo».

Tras diez segundos metido ahí dentro, empezó a sudar. Seguía descendiendo más y más, imaginando todos los pasos que había tenido que dar para escalar aquella montaña, en sentido inverso. El ascensor frenó y se detuvo, pero su estómago tardó un par de segundos en aposentarse. Recordó aquella misma sensación durante su primera visita. Difícil olvidar algo así. Finalmente la puerta se abrió.

Recibió el impacto de un olor tan húmedo y tan denso que era como respirar tierra. Estornudó varias veces, mientras avanzaba por un pasillo amplio hacia la fuente de luz que se adivinaba al fondo. Había cajas amontonadas a lo largo de las paredes. También sobre las más altas se acumulaban objetos raros. Floreros y sillas polvorientas. Un brazo de maniquí. Un biombo de papel fino con cerezos en flor pintados. Un arpa sin cuerdas. Una caja de madera llena de tiradores de puerta, bisagras y llaves.

Había explorado todos y cada uno de aquellos baúles durante su última visita. Como todo lo que había en el recinto de Castaño, todos aquellos objetos almacenados en El Ombligo le habían enseñado cómo era el mundo antes de la Unidad. Un mundo que Valle había descubierto años antes que él en las páginas de los libros.

Perry siguió avanzando hasta el final del pasadizo, y al entrar en aquella sala espaciosa saludó a Rugido y a Castaño con un movimiento de cabeza. Uno de los lados estaba ocupado por una hilera de ordenadores. La mayoría de ellos eran muy antiguos, pero Castaño disponía de algunos equipos de los residentes, tan modernos como el Smarteye de Aria. También había una pantalla gigante, lo mismo que en el salón comunitario de la primera planta. La imagen que aparecía en ella era la de la llanura que habían atravesado antes de iniciar el ascenso final hasta el recinto amurallado de Castaño. Los colores eran raros y la imagen se veía borrosa, pero reconoció las figuras que se movían alrededor de unas tiendas de campaña.

—Me he hecho instalar una microcámara —dijo Castaño desde su escritorio de madera. Controlaba las imágenes de la pantalla desde un panel de control plano. El Smarteye de Aria estaba en su escritorio, sobre una plancha negra, gruesa, que parecía una losa de granito.

—Con el éter no va a durar mucho, pero entretanto nos ayudará a ver qué están haciendo.

—Se instalan para quedarse, eso es lo que están haciendo —dijo Rugido. Estaba sentado en una butaca solitaria, con los pies apoyados sobre una mesa pequeña—. Desde mi último recuento, se han sumado otros diez, diría yo. Perry, al fin has conseguido que te siga una tribu entera.

—Gracias Rugido, pero no era esto lo que quería —replicó él, suspirando. ¿Se largarían alguna vez los cuervajos? ¿Cómo iba a hacer él para salir de allí?

Castaño pareció adivinarle los pensamientos.

—Perry, existen antiguos túneles que se adentran en la montaña. La mayoría de ellos son intransitables, pero tal vez encontremos alguno que se haya mantenido en pie. Mañana haré que los exploren.

Perry sabía que Castaño se lo decía para tranquilizarlo, pero lo único que consiguió fue que se sintiera peor por todos los problemas que le estaba causando. ¿Túneles? No soportaba siquiera la idea de tener que usarlos para escapar. Estar en esa habitación le provocaba sudores. Pero, a menos que los cuervajos se cansaran y se fueran, no se le ocurría ningún otro medio para salir de Delfos.

—¿Alguna novedad sobre el Smarteye?

Castaño movió los dedos sobre el panel de control. La imagen de la pantalla

cambió y dio paso a una serie de números.

—Según mis cálculos, podría haberlo descriptado, y tenerlo operativo, en dieciocho horas, doce minutos y veintinueve segundos.

Perry asintió. Así pues, dispondrían de él al atardecer del día siguiente.

—Perry, incluso si consigo conectarlo, creo que los dos deberíais estar preparados para cualquier desenlace. Los Reinos están aún mejor protegidos que sus Cápsulas. Las paredes y los escudos de energía no son nada comparados con ellos. Es posible que no pueda hacer gran cosa para que establezcas contacto con Garra. O para que Aria se comunique con su madre.

—Tenemos que intentarlo.

—Lo haremos. Intentaremos todo lo que esté en nuestra mano.

Perry señaló a Rugido con la barbilla.

—Te necesito.

Rugido le siguió sin preguntarle nada. Una vez en el ascensor, le explicó qué quería de él.

—Creía que ya habías ido a hablar con ella.

Perry fijó la vista en las puertas metálicas.

—No he ido... bueno, sí, pero no la he visto.

Rugido se echó a reír.

—¿Y quieres que vaya yo?

—Sí, tú, Rugido. —¿Hacía falta que le explicara que Aria se sentía más cómoda cuando hablaba con él?

Rugido se apoyó en la pared del ascensor y cruzó los brazos.

—¿Te acuerdas de aquella vez que yo intentaba hablar con Liv y me caí del tejado?

En aquel pequeño cubículo de acero, Perry no pudo evitar percibir el cambio en el humor de su amigo: olía a anhelo. Él siempre confió en que Rugido y Liv superarían su enamoramiento, pero siempre se habían sentido atrapados el uno en el otro.

—Yo estaba hablando con ella a través de un agujero de la madera, ¿te acuerdas, Perry? Ella estaba arriba, en el altillo, y acababa de llover. Perdí el equilibrio y resbalé.

—Te recuerdo escapando de mi padre con los pantalones bajados hasta los tobillos.

—Tienes razón. Cuando bajaba, se engancharon en una teja y se me rompieron. Creo que no había visto a Liv reírse tanto en toda su vida. Estuve a punto de detenerme para verla así. Me encantaba oírla. La risa de Liv era el mejor sonido del mundo. —La sonrisa de Rugido se esfumó transcurrido un instante—. Tu padre era muy rápido.

—Era más fuerte que rápido.

Rugido no dijo nada. Sabía en qué condiciones se había criado su amigo.

—¿Todo esto me lo cuentas por algo? —le preguntó Perry, que salió del ascensor apenas llegó a la planta—. ¿Vienes?

—Cáete tú de tu propio tejado, Perry —respondió él mientras las puertas volvían a cerrarse.

El ascensor descendió de nuevo hasta El Ombligo, llevándose consigo las carcajadas de su amigo.

* * *

Aria estaba sentada al borde de la cama cuando Perry entró en el dormitorio. Tenía los brazos cruzados sobre el regazo. Solo estaba iluminada la lámpara de la mesilla de noche. La pantalla proyectaba un triángulo perfecto de luz, que bañaba sus brazos cruzados. El aire conservaba el perfume de la chica. Violetas tempranas de primavera. La primera floración. Podría haberse perdido en ese olor, de no haber sido por lo lúgubre de su humor.

Perry cerró la puerta tras él. Ese cuarto era más pequeño que el suyo, que compartía con Rugido. No vio más asiento que la cama. No era que le apeteciera sentarse, pero tampoco quería quedarse de pie junto a la puerta.

Ella miró en su dirección, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—¿Te envía Castaño otra vez?

—¿Castaño? No, no me envía él. —No debería de haber venido. ¿Por qué había cerrado la puerta, como si pretendiera quedarse? Si se iba ahora, resultaría raro.

Aria se secó las lágrimas.

—Aquella noche en Ensoñación, yo estaba en Ag 6 intentando averiguar si mi madre estaba bien. El contacto con Alegría se había interrumpido, y yo estaba muy preocupada. Cuando vi su mensaje, pensé que estaba bien.

Perry miró fijamente el espacio libre que quedaba a su lado. A cuatro pasos. Cuatro pasos que parecían kilómetros. Los dio como si estuviera a punto de lanzarse por un precipicio. Al tomar asiento, la cama se movió. ¿Qué diablos le pasaba?

Carraspeó.

—Solo son rumores, Aria. Los audiles se dedican a propagar cosas.

—Podría ser cierto.

—Pero también podría ser falso. Tal vez solo haya quedado destruida una parte. Como la cúpula, aquella noche. Se derrumbó por el punto por el que yo entré.

Ella se volvió hacia la pintura de la pared, ensimismada en sus pensamientos.

—Tienes razón. Las Cápsulas se construyen de manera que puedan separarse en piezas. Se trata de un método pensado para limitar los daños.

Se pasó el pelo por detrás de la oreja.

—Necesito saberlo. Mi sentimiento no me dice que se haya... ido. Pero ¿y si se ha ido? ¿Y si resulta que, en este mismo momento, yo debería estar llorando su

muerte? ¿Y si resulta que estoy aquí llorando cuando no haría falta? Me da mucho miedo equivocarme. Y no soporto no poder hacer nada. —Él se echó hacia delante y se agarró el borde de la escayola—. Eso es lo que tú también debes de haber sentido por Garra, ¿verdad?

Perry asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo—. Exactamente.

Llevaba tiempo evitando el temor de pensar que, tal vez, estuviera haciéndolo todo en vano. Que Garra pudiera estar muerto. No se permitía siquiera imaginarlo. ¿Y si Garra había perdido la vida por su culpa? ¿Dónde estaba su sobrino? Perry sabía que ella lo entendía. Aquella residente sabía qué era la tortura de querer a alguien que se había perdido. Que se había ido, tal vez para siempre.

Perry carraspeó de nuevo, y se pasó la mano por la cara.

—Castaño dice que mañana ya tendrá los archivos y la conexión operativa.

—Mañana —repitió ella.

La palabra reverberó en el silencio de la habitación. Perry aspiró hondo, armándose de valor para decir lo que llevaba días queriendo decirle. Todo podía cambiar cuando repararan el Smarteye. Tal vez esa fuera la última oportunidad que tuviera para sincerarse con ella.

—Aria... todo el mundo se siente deprimido y triste alguna vez. Lo que nos hace diferentes es nuestra manera de actuar. Y estos últimos días tú has seguido adelante a pesar de esos pies. A pesar de no conocer el camino... A pesar de mí.

—No sé si lo que dices es un cumplido o una disculpa.

Él la miró a los ojos.

—Las dos cosas. Podría haber sido más amable contigo.

—Podrías, al menos, haber hablado un poco más.

Él sonrió.

—Eso ya no lo sé.

Ella se echó a reír, pero sus ojos regresaron de inmediato a la seriedad.

—Yo también podría haber sido más amable contigo.

Se echó hacia atrás, y se apoyó en el cabecero de la cama. El pelo negro le caía sobre los hombros, enmarcando su barbilla menuda. Sus labios rosados esbozaron una sonrisa tímida.

—Te perdono con dos condiciones.

Él se recostó sobre su brazo bueno y la miró de reojo. A aquel cuerpo le sentaba bien la ropa ceñida, no los pantalones de camuflaje. Se sintió culpable por mirarla, pero no podía evitarlo.

—¿Qué condiciones?

—La primera, que me digas cuál es tu estado de ánimo en este momento.

Perry disimuló la exclamación de sorpresa bajo un repentino ataque de tos.

—¿Mi estado de ánimo? —Aquello no era buena idea. Buscó un modo amable de negarse—. Podría intentarlo —respondió, transcurrido un momento, y entonces se pasó la mano por el pelo, asombrado ante lo que acababa de aceptar.

—Está bien, veamos... —Empezó a jugar con el borde de la escayola—. Tal como yo los percibo, los olores son más que olores. A veces tienen peso y temperatura. Y color. No creo que sea así para los demás. La herencia de mi línea paterna es fuerte. Se trata, tal vez, de la saga de esciros más poderosa. —Se detuvo, porque no quería sonar fanfarrón. Se dio cuenta de que tenía los muslos doblados, agarrotados—. De modo que mi estado de ánimo en este momento es bastante frío. Y pesa. La tristeza es así. Oscura y densa, como la piedra. Como el olor que desprende una roca húmeda.

La miró. No le pareció que estuviera a punto de echarse a reír, por lo que siguió hablando.

—Habría más. Casi siempre, muchas veces... hay pocos olores en un humor. Los humores nerviosos emiten olores agudos, como los de las hojas de laurel. Algo así, brillante, punzante. Los humores nerviosos resultan difíciles de ignorar. O sea que seguramente habría algo de eso también.

—¿Por qué estás nervioso?

Perry sonrió, sin apartar la vista de la escayola.

—Tu pregunta me pone nervioso. —Se obligó a mirarla. Pero mirarla no le sirvió para tranquilizarse, de modo que fijó la mirada en la lámpara—. No puedo seguir, Aria.

—Ahora ya sabes lo que se siente. Lo expuesta que me siento a tu lado.

Perry sonrió.

—Buen truco. ¿Ahora quieres saber por qué estoy nervioso? Te queda una segunda condición.

—No es una condición. Es más una petición.

Perry sintió todo el cuerpo en tensión, a la espera de lo que ella estaba a punto de decir. Aria se cubrió con las mantas y se arropó con ellas.

—¿Por qué no te quedas aquí? Creo que dormiría mejor si te quedaras conmigo esta noche. Así podremos echarlos de menos juntos.

El primer impulso de Perry fue decirle que sí. Estaba guapa allí, apoyada en el cabecero de la cama. Su piel parecía más suave, más lisa que las sábanas que la cubrían. Pero Perry dudaba.

Dormir con otra persona era lo más peligroso que podía hacer un esciro. Los humores se mezclaban en la armonía del sueño. Se entrelazaban y formaban sus propios vínculos. De ese modo los esciros se entregaban. Eso era lo que le había ocurrido con Garra.

No sabía por qué se le ocurría eso ahora. No debía preocuparse. Los esciros apenas se entregaban a nadie más allá de su sentido dominante. Y ella era una residente: el ser más alejado de un esciro. Además, ya llevaba una semana durmiendo a dos palmos de ella. ¿Qué diferencia había en pasar otra noche más?

Perry se fijó en la alfombra, y miró a Aria.

—Me estiraré aquí mismo.

26
Aria

CASTAÑO disponía de un marcador con una cuenta atrás que informaba del tiempo que faltaba para poder conectar el Smarteye con ciertas garantías de seguridad. Por la mañana se lo mostró a Aria, a la que había llevado hasta El Ombligo.

Siete horas, cuarenta y tres minutos, doce segundos.

Se trataba de un cálculo aproximado, pero Aria empezaba a conocer a Castaño y suponía que debía de ser bastante exacto. Aquella sala era austera y fría, comparada con el resto de Delfos. Una serie de ordenadores. Un escritorio y un sofá. El lugar desprendía un aire de recinto sagrado. Daba la sensación de que Castaño era el único que descendía hasta ahí. Se fijó en un jarrón con rosas apoyado en una mesa auxiliar.

—Como vi que el otro te gustaba... —dijo Castaño, sonriente, y sin añadir nada más volvió a concentrarse en el Smarteye que reposaba en su escritorio.

Aria no conseguía apartar la vista de los números de la pantalla. ¿Seguiría estando en el Smarteye la grabación que había realizado en Ag 6? ¿Y el archivo de «Pájaro Cantor»? ¿Sería capaz de encontrar a Lumina y a Garra? Solo había transcurrido una hora cuando Castaño la invitó a dar un paseo fuera. Ella aceptó sin pensarlo. Todavía sentía los pies doloridos, pero se habría vuelto loca si hubiera tenido que quedarse allí abajo ella sola. Nunca había sentido que el tiempo transcurriera tan despacio.

Mientras recorrían los salones y pasillos de Delfos, ella buscaba a Perry con la mirada. Había permanecido despierta, escuchando el ritmo de su respiración durante la noche. Pero cuando, ya de mañana, había despertado, él no estaba.

Apenas se asomó al patio, en compañía de Castaño, Aria se percató de los cambios. Había muy pocas personas caminando por él, y el silencio contrastaba con el bullicio que había encontrado el día anterior, al entrar corriendo con Tizón.

—¿Dónde está la gente?

Alzó la vista al cielo. Lo había visto en condiciones mucho peores. En ese momento, lo surcaban apenas unas líneas tenues, como venas.

Castaño cambió el gesto. Entrelazó un brazo con el suyo y, juntos, siguieron avanzando por el camino empedrado.

—Esta mañana, algunas de las flechas de los cuervajos han superado la muralla. Nada grave, disparos al azar ejecutados de noche. Pensados sobre todo para amedrentar. La verdad es que, en ese sentido, han tenido éxito. Yo esperaba que la gente ya se hubiera tranquilizado, pero parece que...

Castaño se detuvo, mirando a su alrededor. Rosa y Pizarra venían corriendo hacia ellos. La trenza oscura de la mujer oscilaba rítmicamente tras ella. Empezó a hablar antes de llegar a su lado.

—El niño. Tizón. No está.

—Ha escapado por la puerta del este —añadió Pizarra atropelladamente. Parecía furioso consigo mismo—. Cuando lo han divisado desde la torre de vigía, ya estaba fuera.

Aria notó que el brazo de Castaño se tensaba en torno al suyo.

—En las actuales circunstancias, esto resulta intolerable. No puede suceder. ¿Quién estaba en el puesto?

Y se alejó entre maldiciones, acompañado de Pizarra.

Aria no podía creerlo. Después de todo lo que había hecho, después de cargarlo a hombros, ¿Tizón se había fugado?

—¿Perry lo sabe? —le preguntó a Rosa.

—No, no lo creo. —La mujer apretó los labios y entrecerró los ojos, molesta—. Prueba primero en el tejado. Normalmente anda por ahí.

—Gracias —dijo Aria, y salió corriendo hacia Delfos.

Rosa, burlona, le gritó:

—¡Parece que ya estás mejor de los pies!

* * *

Aria subió en ascensor hasta la última planta y salió al terrado, una vasta extensión de cemento protegida solo por una barandilla de madera que rodeaba todo el perímetro. Perry estaba sentado y apoyado en ella, observando el éter, con el brazo herido sostenido sobre una rodilla. Al verla le sonrió y se acercó a ella.

Cuando estuvo a su lado, su sonrisa se esfumó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tizón se ha ido. Se ha escapado. Lo siento, Perry.

Él torció el gesto, pero al momento apartó la mirada y se encogió de hombros.

—No importa. Ni siquiera lo conocía. —Permaneció en silencio unos instantes—. ¿Estás segura de que se ha ido? ¿Lo han buscado?

—Sí. Los Guardianes lo han visto salir.

Se acercaron al borde del terrado. Perry apoyó los brazos en la barandilla, ausente, con la vista fija en los árboles. Desde allí, Aria contemplaba la amplia curvatura de la muralla, que circundaba Delfos. Unos veinte metros más abajo, los establos y los huertos creaban dibujos geométricos en el patio. Ella acababa de venir de ahí.

—¿Quién te ha dicho que estaba aquí? —preguntó Perry. La decepción se había esfumado de su rostro.

—Rosa. —Aria sonrió—. Y me ha contado muchas otras cosas.

Él torció el gesto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho? No, mejor no me lo cuentes. No quiero saberlo.

—No, seguro que no quieres.

—Eso es cruel. Ahora que estoy deprimido, te aprovechas de mí.

Ella se echó a reír y volvió a quedar en silencio. El silencio, entre ellos, no le resultaba incómodo. Le gustaba.

—Aria —dijo Perry transcurrido un rato—. Quiero esperar contigo a que el Smarteye esté arreglado, pero no puedo quedarme en El Ombligo. No resisto mucho tiempo ahí metido. Me altero un poquitín cuando llevo un rato bajo tierra.

—¿Te alteras «un poquitín»?

Siendo, como era, una criatura letal, a veces usaba expresiones que a ella le sonaban de lo más infantiles.

—Sí, me pongo nervioso. No puedo estar quieto.

Ella sonrió.

—¿Puedo esperar contigo aquí arriba?

—Sí —respondió él, sonriendo de oreja a oreja—. Esperaba que lo dijeras.

Metió las piernas por debajo de la barandilla, y las dejó colgando por el borde. Aria, a su lado, cruzó las suyas.

—Este es mi lugar favorito en Delfos. Es el mejor punto para leer el viento.

Ella cerró los ojos y sintió el roce de la brisa, intentando captar lo que quería decir. El aire fresco olía a humo y a pino. Sintió un estremecimiento en la piel de los brazos.

—¿Cómo tienes los pies? —quiso saber él.

—Todavía algo inflamados, pero están mucho mejor —respondió ella, conmovida ante aquella sencilla muestra de interés. Perry no preguntaba por preguntar: siempre se interesaba por las personas.

—Garra es afortunado por tener un tío como tú —dijo.

Él negó con la cabeza.

—No. Fue culpa mía que se lo llevaran. Ahora intento solucionarlo. No tengo más alternativa.

—¿Por qué?

—Estamos entregados el uno al otro. Existe un vínculo entre nosotros, a través de nuestros humores. Yo siento lo que él siente. No solo lo huelo. Y a él le pasa lo mismo.

Aria no imaginaba qué significaba estar unido a alguien de ese modo. Le vino a la mente lo que tanto Rugido como Rosa le habían contado sobre los esciros: que solo se relacionaban con personas como ellos.

Perry se echó hacia delante, y cruzó los brazos sobre la barandilla.

—Ahora que estoy lejos de él siento que se ha ido una parte de mí.

—Lo encontraremos, Perry.

Él apoyó la barbilla en la baranda.

—Gracias —dijo él, con la vista clavada en el patio.

Aria se fijó entonces en su brazo. Se había doblado las mangas de la camisa por encima de los codos, para que no le molestara la escayola. Una vena gruesa recorría el bíceps musculoso. Una de sus marcas era una banda de cortes inclinados. La otra estaba hecha de líneas onduladas. Sintió el impulso de tocarlas. Alzó la vista hasta encontrarse con su perfil, resiguó con ella la nariz hasta el puente, y halló la cicatriz que nacía en la comisura de sus labios. Tal vez no era solo el brazo lo que deseaba acariciar.

Perry volvió la cabeza repentinamente, y ella se dio cuenta de que lo sabía todo. Se sonrojó al momento. Y él olió también su vergüenza.

Aria deslizó las piernas bajo la barandilla, como él, y fingió interesarse en lo que sucedía abajo. El patio mostraba más señales de vida. La gente se movía de un lado a otro. Un hombre cortaba leña con precisión a golpes de hacha. Un perro ladraba a una joven que sostenía algo muy levantado, fuera de su alcance. Pero, por más que intentaba concentrarse en lo que veía, sentía que la atención de Perry seguía clavada en ella.

—¿Qué vas a hacer cuando encuentres a Garra? —le preguntó, cambiando de táctica.

—Lo llevaré a casa, y después formaré mi propia tribu.

—¿Cómo?

—Es cuestión de ir ganándose hombres. Has de encontrar a uno dispuesto a seguirte, o debes conseguir obligarlo a que lo haga. Después a otro, y así sucesivamente. Hasta que dispones de un grupo lo bastante numeroso como para reclamar una porción de tierra. Luchando por ella, si es preciso.

—¿Y cómo se los obliga?

—En un desafío. El ganador puede salvar la vida del perdedor, reclamando a cambio su lealtad, o... lo que ya imaginas.

—Entiendo —dijo Aria. Lealtades. Aliados. Juramentos pronunciados para evitar la muerte. Aquellos eran conceptos comunes en su vida.

—Tal vez me dirija al norte —prosiguió él—. Para ver si encuentro a mi hermana y consigo llevarla con los Cuernos. Quizá logre deshacer el agravio antes de que sea demasiado tarde. Y también quiero ver si descubro algo sobre el Azul Perpetuo.

Aria se preguntaba qué sucedería entonces entre él y Rugido. A ella no le parecía justo separar a dos personas que se querían.

—¿Y tú? —le preguntó él—. Cuando encuentres a tu madre, ¿regresarás a esos lugares virtuales? ¿Los Reinos?

Le gustó su manera de pronunciar «Reinos». Despacio, con sonoridad. Y le gustó todavía más que dijera «cuando encuentres a tu madre». Como si fuera algo que iba a suceder. Que era inevitable.

—Creo que volveré a dedicarme a cantar. Siempre era algo que hacía porque mi madre me lo pedía. En realidad, yo no quería cantar. Pero ahora siento el impulso de hacerlo. Las canciones son historias. —Sonrió—. Quizás ahora ya tengo mis propias historias que contar.

—Yo he estado pensando en eso.

—¿Has estado pensando en mi voz?

—Sí. —Se encogió de hombros, en un gesto mezcla de timidez y despreocupación—. Desde la primera noche.

Aria no pudo evitar sonreír, llena de orgullo, algo pomposamente.

—Aquella canción era de *Tosca*. Una antigua ópera italiana. —Aquel fragmento era para un tenor, para un hombre. Cuando Aria la cantó ese día, subió el tono para llegar a las notas, pero aun así la melodía transmitía tristeza—. Trata de un hombre, un artista, sentenciado a morir, y canta sobre la mujer que ama. Cree que no volverá a verla nunca. Es el aria favorita de mi madre. —Volvió a sonreír—. Además de mí.

Perry levantó las piernas y cambió de posición, apoyando la espalda en la barandilla. Una sonrisa expectante se dibujó en su rostro.

Aria soltó una carcajada.

—¿Lo dices en serio? ¿Aquí?

—En serio.

—De acuerdo... Tengo que ponerme de pie. Es mejor si lo hago.

—Pues hazlo.

Perry se levantó con ella y se apoyó contra la barandilla. Su sonrisa la perturbaba, y Aria decidió alzar la vista y contemplar el éter durante unos segundos, aspirando el aire fresco, mientras una sensación de inminencia se apoderaba de ella. Había echado de menos lo que estaba a punto de hacer.

La letra de la canción surgió de su interior, de lo más hondo de su corazón. Palabras llenas de dramatismo y entrega absoluta que hasta entonces siempre la habían sonrojado porque... ¿quién se abandonaba a una emoción tan descarnada en la vida real?

Pero ahora ella misma se sentía así.

Dejó que las palabras abandonaran el terrado y llegaran más allá de los árboles. Se perdió en el aria, y permitió que la música la transportara. Pero, a pesar de ello, fue consciente de que el hombre que cortaba la leña dejaba de hacerlo, y de que el perro ya no ladraba. Incluso los árboles se callaron para oírla cantar. Cuando

terminó, tenía lágrimas en los ojos. Ojalá su madre hubiera podido oírla. Nunca la había interpretado tan bien.

Perry cerró los suyos cuando ella dejó de cantar.

—Tienes la voz tan dulce como tu perfume —susurró con voz grave—. Dulce como las violetas.

Ella creyó que iba a dejar de latirle el corazón. ¿Perry creía que olía a violetas?

—Perry... ¿te gustaría saber qué significa la letra?

Él abrió los ojos al momento.

—Sí.

Ella tardó un poco en traducirla mentalmente, y algo más en armarse de valor para pronunciarla en voz alta.

—«Y brillaban las estrellas. Y la tierra desprendía su fragancia. La puerta del huerto chirriaba, y una huella desfloró la arena. Ella entró, fragante como una flor, y cayó en mis brazos. ¡Oh, dulces besos! ¡Lánguidas caricias! Mientras yo, tembloroso, las bellas formas iba desvelando. Se ha desvanecido para siempre mi sueño de amor. El tiempo se ha esfumado, y muero, desesperado, yo que nunca he amado tanto la vida.»

Entonces se acercaron el uno al otro, como si una fuerza los llevara a cogerse de las manos. Aria miró sus dedos entrelazados, deleitándose en la sensación de su tacto. En el calor de su piel áspera, callosa. Lo suave y lo duro juntos. Se empapó del terror y la belleza de su mundo. De todos los momentos que había vivido aquellos últimos días. Y todo ello la llenaba, como el primer aliento que había aspirado en la vida. Nunca había amado tanto la vida.

CUANDO regresó a El Ombligo con Perry solo faltaban cuarenta y siete minutos para que finalizara la cuenta atrás. Rugido se encontraba ante el panel de control, con Castaño. Sí, sabía que hablaban en voz baja, y que Perry caminaba de un lado a otro tras el sofá. Pero ella no lograba apartar los ojos de los números de la pantalla.

«Mamá —suplicó en silencio—. Que estés ahí. Por favor, que estés ahí. Te necesito. Perry y yo te necesitamos.»

Había imaginado que, cuando el marcador llegara a cero, sonaría una fanfarria, una alarma, algún sonido. Pero no se oyó nada.

—Aquí aparecen dos archivos —anunció Castaño—. Ambos almacenados localmente en el Smarteye.

Castaño los subió a la pantalla. En uno figuraba la fecha y la duración. En el recuadro se leía «21 minutos» de grabación. El otro estaba etiquetado como «Pájaro Cantor».

Aria no recordaba que Perry se hubiera unido a ella en el sofá, ni que le hubiera cogido la mano. No entendía que no se hubiera dado cuenta de algo así. Ahora que sí se había percatado de ello, sentía que él era lo único que le impedía levantarse del sofá.

Decidieron revisar los archivos antes de intentar establecer contacto con Lumina. Aria pidió ver primero la grabación. Se trataba del archivo que necesitaban los dos. Era la moneda de cambio para recuperar a Garra. Y la prueba que lavaría su imagen. Se armó de valor, dispuesta a revivir la escena con Soren, el incendio. Los sonidos de Cachemira al morir. No podía creer que, de hecho, deseara que la grabación estuviera ahí.

En la pantalla apareció un bosque calcinado. La voz temerosa de Cachemira resonó en la sala. Imágenes que Aria había visto con sus propios ojos ahora las emitía una pantalla. Sus pies borrosos debajo. La mano de Cachemira asomando intermitente, unida a la suya. Imágenes temblorosas de fuego y humo y árboles.

Cuando llegó el fragmento en que Soren agarraba la pierna de Cachemira, Perry le habló al oído.

—No tienes por qué verlo todo.

Ella lo miró aturdida, como si acabara de salir de un trance. Faltaban seis minutos para el final, pero ya conocía el desenlace.

—Es suficiente.

La pantalla regresó al negro, y se hizo el silencio. Ya tenían la grabación. Aquello debería haberle sabido a victoria, pero lo que sentía eran ganas de llorar. Todavía le parecía oír el eco de la voz de Cachemira.

—Necesito ver el otro archivo —dijo.

Castaño seleccionó «Pájaro Cantor». El rostro de Lumina ocupó la mayor parte de la pantalla. Sus hombros iban de un extremo al otro de la pared. Castaño redujo la imagen a la mitad, pero aun así su tamaño seguía siendo superior al natural.

—Esta es mi madre —se oyó decir a sí misma.

Lumina sonreía a la cámara. Una sonrisa fugaz, nerviosa. Llevaba el pelo oscuro recogido, retirado del rostro, como siempre. Tras ella se alineaban estantes llenos de cajas con etiquetas. Se encontraba en una especie de cuarto de suministros.

—Se me hace raro hablar con una cámara como si fueras tú. Pero sé que eres tú, Aria. Sé que verás esto, y lo escucharás.

Hablaba en voz alta, que resonaba en toda la sala. Se incorporaba un poco y se alisaba el cuello de la bata gris de médico.

—Por aquí tenemos problemas. Alegría ha sufrido graves daños durante una tormenta de éter. Los cónsules estiman que el cuarenta por ciento de la Cápsula ha resultado contaminada, pero los generadores siguen fallando, y la cifra parece aumentar por momentos. La Junta de Gobierno Central ha prometido enviar ayuda. Estamos esperándola. No nos rendimos. Y tú tampoco deberías rendirte.

»Quise decírtelo cuando ocurrió, pero la Junta interrumpió las comunicaciones con las demás Cápsulas. No quieren que cunda el pánico. Pero yo

he encontrado un modo, o eso espero, de hacerte llegar este mensaje. Sé que debes estar preocupada.

Aria estaba en vilo. Lumina se incorporaba en su asiento. Sus manos quedaban fuera de plano, pero ella sabía que las tendría entrelazadas en el regazo.

—Aria, tengo que decirte otra cosa. Algo que tú llevas mucho tiempo queriendo saber. Es sobre mi trabajo. —Dirigió otra sonrisa fugaz a la cámara—. Te alegrará oírlo.

»Debo empezar con los Reinos. La Junta los creó para proporcionarnos la ilusión de espacio cuando nos vimos obligados a enclaustrarnos en las Cápsulas durante la Unidad. Se suponía que debían ser solo copias del mundo que dejábamos atrás, como sabes, pero sus posibilidades resultaron ser demasiado fascinantes. De modo que nos dimos a nosotros mismos la capacidad de volar. De viajar de una montaña nevada a una playa solo con pensarlo. ¿Y por qué sentir dolor cuando no era necesario? ¿Por qué sentir un miedo real cuando no había peligro de sufrir daños? Así pues, incrementamos lo que consideramos bueno, y suprimimos lo malo. Así son los Reinos tal como tú los conoces. “Mejores que la realidad”, tal como dicen.

Lumina permanecía unos instantes mirando fijamente a la cámara, sin hablar. Después se echaba hacia delante, y presionaba algo que quedaba fuera de plano. En un recuadro abierto sobre su hombro izquierdo aparecía entonces una imagen coloreada del cerebro humano.

—El área central, en azul, es la más antigua del cerebro, Aria. Se denomina «sistema límbico». Controla muchos de nuestros procesos más básicos. Nuestro impulso de aparearnos. Nuestra comprensión del estrés y el miedo, así como nuestras reacciones ante ellos. Nuestra capacidad para la toma de decisiones rápidas. Nos referimos a ellas como a «decisiones viscerales», aunque, de hecho, esos reflejos nacen de ahí. Dicho en pocas palabras, es nuestra mente animal. Tras generaciones en los Reinos, la utilidad de esa parte del cerebro ha disminuido enormemente. ¿Qué crees tú, hija, que sucede con algo que deja de usarse durante mucho tiempo?

Aria no pudo reprimir un sollozo. Porque así era su madre. Así era como le enseñaba las cosas, formulando preguntas. Dejando que fuera ella la que formara sus propias respuestas.

—Que se pierde —respondió ella.

Lumina asintió, como si la hubiera oído.

—Degenera. Y eso tiene consecuencias catastróficas cuando debemos confiar en nuestro instinto. El placer y el dolor se confunden. El miedo puede convertirse en algo emocionante. Más que evitar el estrés, lo perseguimos, e incluso nos recreamos en él. La voluntad de dar vida se convierte en la necesidad de quitarla. El resultado es el derrumbe de la razón y la cognición. En resumen, el resultado es un brote psicótico.

Lumina hacía una pausa.

—Llevo toda la vida estudiando este trastorno. El Síndrome Límbico Degenerativo. Cuando inicié mi trabajo, hace dos décadas, los incidentes causados por el SLD eran aislados, y menores. Nadie creía que pudieran constituir una amenaza real. Pero en los últimos tres años, las tormentas de éter se han intensificado a un ritmo alarmante. Causan destrucción en nuestras Cápsulas e interrumpen nuestra conexión con los Reinos. Los generadores fallan. Fallan los repuestos... Nos enfrentamos a situaciones difíciles que somos incapaces de resolver. Existen Cápsulas enteras que han sucumbido al SLD. Creo que podrás imaginar, Aria, la anarquía de seis mil personas atrapadas, afectadas por ese síndrome. En este mismo momento yo lo vivo a mi alrededor.

Apartó la vista de la cámara, ocultando el rostro.

—Vas a odiarme por lo que diré a continuación, pero no sé si volveremos a vernos. Y ya no puedo seguir ocultándote este conocimiento. Por la naturaleza de mi trabajo, me he visto obligada a recurrir a forasteros en busca de soluciones genéticas. Ellos carecen de nuestras respuestas peligrosas al estrés y al miedo. De hecho, lo que he observado en ellos es el efecto contrario. La Junta pone los medios para traérmolos a nuestras instalaciones. Así fue como conocí a tu padre. Ahora trabajo con niños forasteros. Después de lo ocurrido, me resulta más fácil.

Aria sentía un peso cada vez mayor en el pecho. El dolor era insoportable.

Aquello no podía estar pasando.

Ella no podía ser una forastera.

No podía ser cierto.

Lumina se incorporaba y se llevaba los dedos a los labios, como si no diera crédito a lo que ella misma acababa de decir. Después volvía a bajar las manos. Cuando volvió a hablar, lo hizo atropelladamente, en tono emocionado.

—Yo nunca te he considerado inferior en ningún aspecto. La mitad forastera que hay en ti es la que más amo. Es tu tenacidad. Tu curiosidad sobre mi investigación, sobre los Reinos. Sé que tu fuego proviene de esa parte de ti.

—Tendrás mil preguntas que hacerme, estoy segura. Si no te he contado nada, ha sido para protegerte. —Se detuvo, y dirigió a la cámara una sonrisa triste—. Y siempre es mejor cuando uno descubre las respuestas por sí mismo, ¿verdad?

Lumina se echaba hacia delante, dispuesta a poner fin a la grabación. Su expresión de dolor ocupaba toda la pantalla. Pero entonces vacilaba y se echaba hacia atrás. Movía, nerviosa, los hombros menudos, agitaba todo el cuerpo, como si no pudiera contenerse. Al verla en ese estado, Aria no pudo reprimir las lágrimas.

—Hazme un favor, Pájaro Cantor. Canta el aria para mí. Tú ya sabes cuál. La cantas tan bien... Esté donde esté, sabes que la oiré. Adiós, Aria. Te quiero.

Y la pantalla se oscurecía.

Aria no tenía brazos ni piernas.

No tenía corazón.

No tenía pensamientos.

Perry apareció junto a ella, los ojos iluminados por la rabia y el dolor. ¿Qué acababa de ocurrir? ¿Qué había dicho Lumina? ¿Estudiaba a niños forasteros?

¿Como Garra?

Levantó a peso la mesa de centro, volcando el jarrón de rosas. Soltando un grito gutural, la lanzó contra la pantalla. El florero cayó a los pies de Aria y se partió en dos. A continuación la pantalla estalló en mil pedazos.

Mucho después de abandonar El Ombligo, seguían cayendo al suelo fragmentos de cristal.

* * *

Ya en la sala de arriba, Aria vio tres veces más el mensaje de su madre. Castaño estaba a su lado, y de vez en cuando le daba unas palmaditas en la rodilla y pronunciaba palabras de consuelo.

Ella mantenía la vista en el pañuelo que sostenía. Le dolía el corazón, como si se le estuviera desgarrando por dentro. Y el dolor parecía aumentar.

—Sucedió en Ag 6 —le explicó a Castaño—. Fue eso. Fue un SLD. —Aria recordaba los ojos fijos, muy abiertos, de Soren al contemplar el fuego. La determinación de Ruina y de Eco. El hecho de que incluso Cachemira temiera que los árboles fueran a caer sobre ella—. La única diferencia es que aquella noche nosotros nos desconectamos a propósito.

Aria cerró los ojos y apretó mucho los párpados para ahuyentar la imagen del caos que se había apoderado de Ag 6. El tumulto de la Cápsula en la que se encontraba su madre. Los miles de Sorens provocando incendios y quitándose sus Smarteyes. ¿Qué probabilidades de sobrevivir tenía Lumina, entre las tormentas de éter y los SLD?

Castaño la miraba con gesto compasivo. Parecía fatigado. Estaba despeinado y tenía la camisa arrugada y húmeda, porque la había abrazado y la había dejado llorar en su hombro.

—Tu madre conocía este trastorno. Te envió este mensaje. Seguro que estaba preparada para algo así.

—Tienes razón. Ella siempre estaba preparada.

—Aria, ahora podemos probar el Smarteye. Si estás preparada, podemos intentar acceder a los Reinos. Tal vez logremos establecer contacto con Lumina.

Ella asintió sin vacilar, pero sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más. Quería ver a su madre. Sabía que estaba viva, pero, ¿qué le diría? Lumina le había ocultado tantas cosas... Le había impedido conocerse a sí misma.

Una mitad de sí misma era forastera.

«La mitad.»

Y así se sentía. Como si acabara de desaparecerle una mitad.

Castaño le acercó el Smarteye. Aria se lo colocó con dedos temblorosos.

—¿Y si no hay nada? ¿Y si no logro contactar con ella?

—Puedes quedarte aquí tanto tiempo como quieras.

Lo dijo sincera, automáticamente. Aria se fijó en su rostro redondo, lleno de bondad.

—Gracias —dijo, pero no pudo formular la siguiente pregunta que le vino a la mente.

«¿Y si descubro que se llevó a Garra?»

Tenía que saberlo. Aria se colocó el Smarteye sobre el ojo izquierdo. El dispositivo se pegó mucho a su piel, y lo sintió incómodo. Vio los dos archivos locales en la pantalla. La grabación de Soren. El mensaje de su madre.

Recorrió la secuencia de instrucciones mentales que conducían a los Reinos, mientras Castaño lo monitorizaba todo en el panel que sostenía sobre las piernas.

La frase «¡Bienvenida a los Reinos!» apareció, con letras intermitentes, en su pantalla ocular, seguida de aquel «¡Mejores que la realidad!»

Tras unos momentos vio otro mensaje.

«Acceso denegado.»

Se quitó el Smarteye al momento, pues no quería ver aquellas palabras.

—Castaño, no ha funcionado. No voy a volver a casa. Perry no va a recuperar a Garra.

Él le apretó la mano con fuerza.

—Todavía no hemos llegado al final del camino. No ha funcionado contigo, pero se me ha ocurrido otra cosa.

Peregrino

LOS cuervajos entonaban sus cánticos cuando Perry salió al terrado. Se sujetó a la barandilla con la mano sana y miró más allá del bosque de abetos, escuchando el tañido distante de sus campanillas. Sentía un impulso tan poderoso de salir corriendo que le dolían las piernas. Escapar. Incluso en ese instante, sin nada más que el cielo sobre su cabeza, se sentía atrapado.

No podía ser cierto. Se había culpado a sí mismo por el secuestro de Garra. Él se había llevado el Smarteye, y los residentes habían ido tras él. Pero ahora se preguntaba si era posible que los residentes se hubieran llevado al niño para experimentar con él. ¿Estaría sufriendo a manos de la madre de Aria? ¿De una mujer que robaba niños inocentes? No soportaba la idea de que alguien pudiera hacer daño a su sobrino.

Sacó una flecha del carcaj y la disparó contra los cuervajos, sin importarle que estuvieran demasiado lejos. Que ni siquiera pudiera verlos. Maldiciendo, disparó una flecha tras otra, dejando que volaran más allá de la muralla, más allá de las copas de los árboles. Después apoyó la espalda en la puerta del ascensor, acariciándose la mano inflamada, y se dejó caer hasta el suelo.

Pasó toda la noche contemplando el éter, pensando en Garra y en Tizón, en Rugido y en Liv. En que todo tenía que ver con búsquedas y pérdidas. En que nada estaba saliendo como debía. Al alba, cuando la claridad empezaba a fundirse con el éter, ya solo pensaba en el rostro de Aria, y en su mundo, que había dado un vuelco de la noche a la mañana. La había destrozado descubrir que era como él. Él lo había percibido en su olor. Su estado de ánimo lo había agredido, fuego y hielo que ascendían por sus fosas nasales y se le clavaban directamente en las entrañas.

No debía de haber dormido más de una hora cuando Rugido subió al terrado. Se sentó en la barandilla, con el equilibrio de un gato, sin temer en ningún momento la altura de la posible caída. Cruzó los brazos y lo miró con frialdad.

—Ella no sabía en qué trabajaba su madre, Perry. Tú mismo la viste. Estaba tan asombrada como tú.

Perry se incorporó y se frotó los ojos cansados. Sentía los músculos

agarrotados, entumecidos por haber dormido sobre el cemento.

—¿Qué quieres, Rugido? —le preguntó.

—Te traigo un mensaje. Aria dice que bajas, si quieres ver a Garra.

* * *

Aria y Castaño estaban en el salón cuando entraron Rugido y él.

Al verlo, ella se puso en pie. Unas sombras moradas oscurecían el contorno de sus ojos. Perry no pudo evitar aspirar hondo, para captar los humores que dominaban el aire. Lo encontró. Era el dolor que ella sentía. Un sentimiento profundo, descarnado. La ira y la vergüenza de ser forastera. De ser Salvaje, como él.

—Ahora ya funciona —dijo, sujetando el Smarteye—. Yo lo he intentado, pero no puedo acceder a los Reinos. Mi firma no ha funcionado. Me han bloqueado el acceso.

A Perry le flaquearon las fuerzas. Ahí terminaba todo. Había perdido la última oportunidad de encontrar a Garra. Confundido, se volvió hacia Rugido y descubrió que reprimía una sonrisa.

—Yo no puedo —insistió Aria—. Pero tal vez tú sí, Perry.

—¿Yo?

—Sí. Solo han restringido mi acceso. El Ojo funciona bien. Yo no puedo entrar, pero tal vez tú sí puedas.

Castaño asintió.

—El dispositivo lee la firma de dos maneras. A través del ADN y mediante el reconocimiento del patrón cerebral. La firma de Aria ha sido denegada de plano. Pero contigo puedo intentar crear alguna interferencia, cierto ruido de fondo que altere el proceso de autenticación. Esta noche hemos realizado algunas pruebas. Creo que podríamos disponer de algo de tiempo hasta que te identifiquen como usuario no autorizado. Podría funcionar.

Aquellas palabras carecían de sentido para él. Solo entendió las últimas: «Podría funcionar.»

—El archivo de mi madre incluía los códigos de seguridad de su investigación —le explicó Aria—. Si Garra está ahí, tal vez podamos encontrarlo.

Perry tragó saliva.

—¿Yo puedo encontrar a Garra?

—Podemos intentarlo.

—¿Cuándo?

Castaño arqueó las cejas.

—Ahora.

Perry se dirigió al ascensor con piernas temblorosas, pero Castaño levantó la mano para pedirle que se detuviera.

—Espera, Perry. Es mejor que lo hagamos aquí.

Perry se detuvo al momento. Había olvidado lo que había hecho en El Ombigo. Avergonzado, se obligó a sí mismo a no bajar la mirada.

—Yo no sé reparar lo que rompí. Pero buscaré la manera de pagártelo.

Castaño permaneció un largo momento en silencio, y entonces levantó la cabeza.

—No hace falta, Peregrino. Creo que algún día me alegraré de que me debas un favor.

Perry asintió, aceptando el acuerdo, y se acercó a una de las vitrinas de la pared del fondo, donde fingió contemplar el cuadro de un barco solitario varado en una playa gris, mientras intentaba armarse de valor. Últimamente había hecho varias promesas. «Encontraré a Garra.» «Conseguiré que Aria vuelva a su casa.» Pero, ¿qué había conseguido, salvo llevar a una tribu de caníbales hasta la puerta de Castaño, y después romper un aparato muy caro? ¿Cómo podía su anfitrión confiar en él?

A su espalda, Aria y Castaño hablaban de los problemas que entrañaba intentar que hiciera algo que ni siquiera sabía si comprendía del todo. Perry había empezado a sudar, y el sudor descendía por su espalda, y le empapaba las costillas.

—¿Estás bien, Perry? —le preguntó Rugido.

—Me duele la mano —respondió él, levantando el brazo. Y no era del todo mentira. Todos lo miraron, y después se fijaron en la escayola sucia, como si hasta ese momento se hubieran olvidado de su existencia. Perry no podía recriminárselo. Si no le doliera tanto, probablemente se le habría olvidado a sí mismo.

Unos minutos después llegó Rosa, se llevó a Aria aparte y le habló en voz muy baja. A continuación le entregó una caja metálica, y se marchó.

Aria se sentó junto a Perry en uno de los sofás. Él la observó mientras ella cortaba la escayola de la mano izquierda con dedos algo temblorosos. Aspiró hondo para captar su estado de ánimo. Estaba tan asustada como él en relación con lo que encontrarían en los Reinos. Sabía que Rugido tenía razón. Hasta ese día, ella desconocía a qué se dedicaba su madre. Ignoraba incluso la verdad sobre sí misma.

Perry recordó lo que le había dicho en su dormitorio.

«Así podremos echarlos de menos juntos.»

Y tenía razón. Con ella al lado, le había resultado más fácil. Perry apoyó su mano derecha sobre la suya.

—¿Estás bien? —le susurró. No era eso lo que quería saber. No podía estarlo. Lo que quería saber era si aquello de estar juntos seguía siendo importante para ella. Porque aunque se sentía confuso y enfadado, para él sí seguía siéndolo.

Ella alzó la vista y asintió, y él supo que para ella también lo era. Ocurriera lo que ocurriese, lo afrontarían juntos.

Ahora su mano volvía a parecerse más a una mano. La hinchazón había desaparecido. Las ampollas no sobresalían tanto. Las partes que se veían arrugadas y oscuras eran las que más le preocupaban, pero podía mover los dedos, y eso era lo fundamental. Estornudó al aspirar el olor cáustico del gel que Aria le extendió sobre la piel quemada, y empezó a sudar todavía más al sentir la mezcla de frío y calor que se clavaba en sus nudillos. Le resultaba raro, y no precisamente agradable, estar sentado y no parar de sudar.

Castaño se acercó a ellos cuando Aria empezaba a vendarle la mano con una gasa fina. Hizo ademán de colocarle el Smarteye, pero se detuvo y se lo pasó a Aria.

—Tal vez sea mejor que lo hagas tú.

Primero Rosa. Ahora Castaño. Perry no podía negar que lo suyo era del dominio público. Aria era la vía más directa para llegar hasta él. Se preguntó qué habría hecho para llevar hasta todos un mensaje tan inequívoco. Se preguntó cómo era posible que después de toda una vida oliendo los sentimientos de los demás, se le diera tan mal disimular los suyos.

Aria sujetó el dispositivo.

—Primero nos ocuparemos de la parte biotecnológica y colocaremos el aparato. Notarás una presión, como si te succionara la piel. Pero después se afloja, y la membrana interna cede. A partir de ese momento ya puedes parpadear.

Perry asintió, tenso.

—De acuerdo. Presión. No puede ser tan malo.

¿O sí?

Contuvo la respiración mientras Aria le colocaba el parche traslúcido sobre el ojo izquierdo, y enterró los dedos en el brazo del sofá, haciendo esfuerzos por no parpadear.

—Puedes cerrar los ojos. Tal vez te ayude —dijo Aria. Él obedeció, y vio un brillo de estrellas que le indicaba que estaba a punto de desmayarse.

—Peregrino. —Aria posó la mano en su antebrazo—. Tranquilo, no pasa nada.

Él se concentró en aquella caricia fría. Imaginó sus dedos delicados, pálidos. Al sentir la presión, aspiró hondo con la boca entreabierta. Aquella fuerza le recordó al remolino de un río, que al principio parecía soportable, pero cuya fuerza crecía y crecía hasta arrastrarte. Ya en el límite del dolor, el dispositivo cedió, y él quedó jadeando ligeramente.

Perry abrió los ojos, y parpadeó varias veces. Al principio sintió algo que se parecía a andar con un solo zapato. A un lado, sensación y movimiento. Al otro,

una intensa protección. A través del dispositivo ocular veía con claridad, pero se percataba de la diferencia. Los colores eran demasiado brillantes. La profundidad de las cosas parecía abolida. Meneó la cabeza a un lado y a otro y apretó los dientes para adaptarse al peso añadido de su rostro.

—¿Y ahora qué?

—Un momento, un momento. —Castaño manipulaba el panel de control mientras Rugido lo miraba desde atrás.

—Primero nos desplazaremos hasta un Reino boscoso —le informó Aria—. Allí no habrá nadie más, y dispondrás de unos segundos para adaptarte. No puedes ir por ahí llamando la atención una vez lleguemos a los Reinos de investigación de la Junta del Gobierno Central, y deberemos movernos con rapidez. Mientras tú te acostumbras a escindirte, Castaño comprobará si la conexión con Alegría se ha restablecido. Él se encargará de toda la navegación. Todo lo que tú veas, a nosotros nos aparecerá en la pantalla.

Se le ocurrieron diez preguntas en un momento. Pero se olvidó de todas cuando Aria sonrió y le dijo:

—Te ves guapo.

—¿Qué?

En un momento como ese, no concebía esa clase de comentarios.

—¿Listo, Peregrino?

—Sí —respondió, a pesar de que todo en su cuerpo le gritaba que no.

Un pinchazo recorrió su médula y alcanzó el cráneo, culminando con un estallido en lo más hondo de sus fosas nasales. A su derecha vio la habitación en que se encontraba. Aria lo miraba preocupada. Rugido, detrás de ella, se apoyaba en el sofá.

—Tranquilo, Peregrino —decía Castaño una y otra vez.

A su izquierda apareció un bosque de pinos. El olor de los árboles penetró en sus fosas nasales. Las imágenes, borrosas, parpadeaban ante sus ojos. Miraba a uno y otro lado, pero nada permanecía en su sitio. La sensación de mareo lo invadía por

momentos, inequívoca.

Aria le apretó la mano.

—Tranquilo, Perry.

—¿Qué está pasando? ¿Qué estoy haciendo mal?

—Nada. Tú intenta relajarte.

Las imágenes se agitaban ante él. Árboles. La mano de Aria que se agarraba a la suya. Ramas de abeto meciéndose. Rugido saltando sobre el sofá para situarse frente a él. Nada se estaba quieto. Todo se movía.

—¡Quitadme esto! ¡Quitádmelo!

Tiró del Smarteye, pero olvidó hacerlo con la mano sana, y no consiguió arrancárselo. El dolor ascendió por los dedos quemados, un dolor mucho menos intenso, con todo, que el que sintió en el interior del cráneo. La boca se le llenó de saliva tibia. Se puso de pie y corrió hacia el baño. O eso creyó que hacía, porque, simultáneamente, también empezó a esquivar árboles, y no con mucho éxito, por cierto. Se dio contra algo duro, y la cabeza se le hundió en los hombros con un golpe seco. Rugido lo agarró cuando caía de espaldas. Juntos llegaron al baño. Su amigo lo sostenía derecho, porque Perry ya no confiaba en su propio equilibrio.

Sentía frío bajo las manos. Porcelana. Ya no había árboles.

—Ya lo tengo.

Ahora estaba solo en el cuarto de baño, y allí permaneció un buen rato.

Cuando se le pasó, se quitó la camisa y se la enrolló a la cabeza. Pesaba mucho, empapada en sudor. Todavía sentía mareo y náuseas, como si acabara de realizar la peor travesía en barco de su vida. ¿Cuánto tiempo había durado en los Reinos? ¿Tres segundos? ¿Cuatro? ¿Cómo iba a encontrar a Garra?

Aria estaba sentada a su lado. Pero él no hallaba el valor para salir de su escondite. Frente a él apareció un vaso de agua.

—Yo sentí lo mismo la primera vez que entré en tu mundo.

—Gracias —dijo, y se la bebió de un trago.

—¿Estás bien?

No lo estaba. Perry le cogió la mano, acercó la cara a su palma y apoyó en ella la mejilla. Aspiró su perfume de violeta, y de él extrajo algo de fuerza. Sintió que sus músculos se relajaban. Aria le acariciaba la mandíbula con el dedo pulgar, y el roce de la piel con la barba creaba un sonido áspero. Había algo peligroso en aquella situación. En el poder que su aroma ejercía sobre él. Pero no podía cuestionárselo en ese momento. Era lo que necesitaba.

—¿Qué te han parecido los Reinos? —le preguntó Rugido.

Perry se asomó por debajo de la camisa. Su amigo estaba de pie, junto a la puerta del baño. Y también vio a Castaño, algo más atrás, en el pasillo.

—No me han gustado mucho. ¿Lo intento otra vez? —dijo, aunque en realidad dudaba que fuera capaz de soportarlo.

Cuando regresó al salón, la luz era más tenue. Alguien había traído un ventilador. Todos aquellos esfuerzos lo avergonzaron, aunque descubrió que, en efecto, contribuían a calmarlo. Perry intentó explicar lo que sentía.

—Tienes que tratar de olvidar esto de aquí —le aconsejó Aria—. Olvidar este espacio físico. Concentrarte en el Smarteye. Entonces te sentirás bien.

Perry asintió, como si aquello tuviera sentido. Aria y Castaño seguían dándole instrucciones. «Relájate.» «Intenta esto.» «O esto otro.»

Entonces Rugido le dijo:

—Perry, actúa como si siguieras con la mirada la trayectoria de una flecha.

Eso sí se veía capaz de hacerlo. Disparar una flecha no tenía nada que ver con su posición, con su arco, con sus brazos. Durante una década entera no había pensado en ninguna de aquellas cosas. Solo pensaba en el blanco al que iba dirigida.

Volvieron a presentarle el bosque. Las imágenes luchaban por captar su atención, como antes, pero ahora Perry imaginó que apuntaba a un pedazo de leña arrugado que pasaba junto a él. Entonces los bosques quedaron inmóviles a su alrededor, creando una quietud repentina y extraña. De algún modo los demás

debieron de darse cuenta, porque Castaño susurró: «Sí.»

Cuanto más se concentraba en los bosques, más los sentía fijos en su sitio. El cuerpo de Perry se refrescó bajo la suave brisa, que no procedía del ventilador; era una brisa que transportaba un aroma a pino. A pino piñonero, aunque todo lo que veía a su alrededor eran abetos. Y el olor era intenso. Allí olía a savia fresca, no solo a rama mecida por la brisa. El aire no estaba impregnado de rastros de olores animales ni humanos, y ni siquiera del grupo de setas que observaba a los pies de un tronco.

—Es igual pero distinto, ¿verdad?

Se volvió, buscando a Aria en el bosque.

—Te oigo como si estuvieras dentro de mi cabeza.

—Estoy a tu lado, aquí fuera. Intenta caminar, Perry. Tómate unos segundos más.

Descubrió que, para hacerlo, le bastaba con pensarlo. No era como estar en su propia piel. Seguía sintiéndose algo mareado e inseguro, pero se movía, un paso tras otro. Se encontraba en el bosque. Debería haberse sentido como en casa, pero su cuerpo se aferraba a la sensación que no lo había abandonado desde que había llegado al recinto de Castaño. La misma sensación que lo llevaba a subir al terrado en cuanto tenía ocasión.

Entonces recordó algo, y se arrodilló al momento. Con la mano buena apartó las agujas de pinaza y recogió un puñado de tierra. Era oscura, suelta, limpia. No se parecía en nada a aquella mezcla de polvo y grava que solía encontrarse en los bosques de abetos. Perry agitó la mano y dejó que la tierra se filtrara entre sus dedos, hasta que en sus palmas solo quedaron unas piedrecillas.

—¿Lo ves? —le dijo Aria en voz baja.

Y sí, lo veía.

—Nuestras piedras son mejores.

EN la pantalla de la pared Aria veía a través de los ojos de Perry, que, inmóvil, se frotaba las palmas de las manos para limpiarse la tierra, como si fuera real. Como si se las hubiera manchado.

Aria miró a Castaño. Él negó con la cabeza, señal con la que le indicaba que no había logrado establecer contacto con Alegría. Hoy no encontraría a Lumina. Ya estaba preparada para algo así. Ahuyentó la decepción. Debían encontrar a Garra.

—Vamos a llevarte a los Reinos de Investigación, Perry. Pasar de un Reino a otro es un poco raro... Intenta tranquilizarte.

En letras rojas, sobre un icono, apareció el título SLD 16, suspendido frente a los bosques. Ella y Castaño habían pasado la noche revisando los archivos de su madre, organizándolo todo. Era consciente de que Perry no sabía leer, por lo que Castaño manipulaba su localización a través del panel de control. Perry volvió la cabeza y, con su movimiento, desplazó el icono.

—Ahí vamos, Peregrino —anunció Castaño.

Perry, a su lado, soltó una maldición al tiempo que la imagen de la pantalla se reorganizaba hasta convertirse en una oficina ordenada. Una butaca roja, pequeña, bien proporcionada, de almohadones rojos, destacaba ante el escritorio. Un frondoso helecho reposaba sobre la mesa auxiliar. A un lado de la oficina, una puerta de cristal daba a un patio rodeado de setos, con una fuente en su centro. Al otro lado, simétricamente distribuidas, se sucedían cuatro puertas: Laboratorio, Conferencias, Investigación, Sujetos.

Aria sintió que la cabeza le daba vueltas. Era la primera vez que veía el lugar de trabajo de su madre. Su mirada se desplazó hasta la silla vacía del escritorio. ¿Cuántas horas habría pasado allí Lumina?

—Perry, abre la cuarta puerta —le pidió—. La de la derecha. Es la que corresponde a los «sujetos».

Él obedeció y, al franquearla, se encontró al final de un pasillo largo en el que,

a ambos lados, se alineaban más puertas. Corrió hasta la más cercana.

—«Ámbar.» —Aria leyó el nombre en la pequeña pantalla. Perry se trasladó hasta la siguiente—. «Aspa.»

Corrió hasta la contigua.

—«Clara.»

Perry no se movió. Seguía frente a la puerta en cuya etiqueta se leía «Clara». Aria no entendía qué ocurría. Ella veía a través de sus ojos. En los Reinos, no podía verle el rostro. El Perry que tenía al lado parecía tranquilo, pero ella sabía que no lo estaba.

—¿Qué ocurre?

Rugido masculló una palabrota.

—Es una de los nuestros. Una niña que desapareció de los Mareas el año pasado.

Castaño miró a Aria con impaciencia.

—Tiene que seguir buscando. Tenemos poco tiempo.

Al fin Perry volvió a ponerse en marcha. Dejó atrás las puertas marcadas con los nombres de «Jaspe» y «Lluvia». Hasta que llegó al de «Garra». Sin pensarlo, abrió la puerta y entró apresuradamente en una habitación de paredes cubiertas con dibujos en los que aparecían halcones volando, cielos azules, tormentosos, y barcos de pesca en el mar. Dos butacas cómodas, mullidas, se hallaban en su centro. Estaban vacías.

—¿Dónde está? —preguntó Perry, desesperado—. Aria, ¿en qué me he equivocado?

—No estoy segura.

Ella había supuesto que, al abrir la puerta, convocaría al niño hasta ese Reino, pero en realidad no lo sabía. Todo aquello era nuevo para ella.

Pero estaba en lo cierto. Garra se escindió en ese preciso instante, y apareció

en una de las sillas. Abrió los ojos y salió disparado en dirección contraria a Perry, alejándose de él.

—¿Quién eres? —le preguntó. Se expresaba con gran autoridad para tratarse de alguien tan joven. Era una voz llena de fuego y de osadía. Se trataba un muchacho esbelto, de ojos verdes, un verde más profundo aún que el de Perry, y un pelo castaño oscuro, ondulado también como el de su tío. Llamaba la atención.

—Garra, soy yo.

El niño lo miró con desconfianza.

—¿Y cómo lo sé?

—Garra... Aria, ¿por qué no me conoce?

Ella intentaba dar con alguna respuesta válida. Aquello eran los Reinos. Allí uno no podía fiarse de nada. Resultaba demasiado fácil convertirse en otra cosa. En otra persona. Garra parecía haberlo aprendido ya.

—Dile algo —le dijo, pero ya era demasiado tarde.

Perry parecía haber enloquecido, y maldecía. Se volvió hacia la puerta.

—¿Cómo hago para sacarlo de aquí?

—No puedes. Solo estás con él en los Reinos. Él está en otro sitio. Pregúntale dónde está. Pregúntale todo lo que quieras saber. Y date prisa, Perry.

Él se apoyó en una rodilla, y se miró fijamente la mano herida.

—Debería reconocerte —dijo, entre dientes.

Garra se acercó más, precavido.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

Perry movió los dedos hinchados.

—Podríamos decir que fue un malentendido.

—Pues tiene mala pinta. ¿Ganaste tú?

—Si fueras el verdadero Garra, no me preguntarías eso.

Aria sabía que Perry había sonreído a su sobrino. Podía imaginar su sonrisa traviesa, mezcla de timidez y fiereza. La expresión del niño indicaba reconocimiento, pero seguía sin moverse.

—Garra, pareces tú, pero no percibo tu humor.

—Aquí no hay humores —dijo, convencido—. Los olores se suprimen.

—Llegan difuminados, pero intensos... Pito, soy yo.

La sospecha abandonó el rostro del muchacho, que se arrojó en brazos de su tío.

Aria veía la mano de Perry en la pantalla, acariciando la nuca del pequeño.

—Estaba tan preocupado por ti, Garra. —A su lado, en el sofá, Perry se revolvió y enterró la cabeza entre las manos. Empezaba a acostumbrarse a estar en dos lugares a la vez. Aria le apoyó una mano en el hombro.

Garra forcejeó para liberarse de su abrazo.

—Y yo quería que vinieras.

—He venido en cuanto he podido.

—Ya lo sé.

Esbozó una sonrisa mellada, le agarró un mechón de pelo y empezó a acariciárselo entre sus dedos finos, menudos. Aria no había visto nada tan tierno en toda su vida.

Perry lo cogió por los hombros.

—¿Dónde estás?

—En la Cápsula de los residentes.

—¿En cuál, Garra?

—Ensoñación. Así la llaman los niños.

Perry le dio unas palmaditas en los brazos, le pellizcó la barbilla, le acarició la nuca.

—¿No te están haciendo... —No le salía la voz—. ¿No te hacen daño?

—¿Hacerme daño? Pero si me dan fruta tres veces al día. Aquí puedo correr. Deprisa. Puedo incluso volar, tío Perry. Aquí no hacemos otra cosa que pasearnos por los Reinos. También los tienen de caza, aunque la mayoría de ellos son demasiado fáciles. Solo hay que...

—Garra, pienso sacarte de aquí. Encontraré la manera.

—Yo no quiero irme.

Bajo la mano, Aria sintió que el hombro de Perry se agarrotaba.

—Este no es tu sitio —le dijo.

—Pero aquí me siento bien. El médico dice que necesito la medicina todos los días. Cuando la tomo, me lloran los ojos, pero ya no me duelen ni las piernas.

Aria intercambió miradas de preocupación con Rugido y Castaño.

—¿Quieres quedarte aquí? —insistió Perry.

—Sí, ahora que te he encontrado aquí, sí.

—Yo todavía estoy fuera. Estoy aquí solo por esta vez.

—Ah... —Garra puso cara de decepción—. Es bueno para la tribu, supongo.

—Ya no estoy con los Mareas.

Garra frunció el ceño.

—¿Y quién es el Señor de la Sangre?

—Tu padre, Garra.

—No, mi padre no. Él está aquí conmigo.

Perry, en el sofá, junto a Aria, se estremeció. Rugido ahogó un silbido.

—¿Valle está aquí? —preguntó Perry—. ¿Lo capturaron?

—¿No lo sabías? Intentaba venir a rescatarme cuando lo capturaron. Lo he visto un par de veces. Hemos ido juntos de caza. Y Clara también está aquí.

—¿Han capturado a tu padre? —volvió a preguntar Perry.

Castaño se incorporó bruscamente.

—¡Lo han encontrado! Tenemos que desconectarnos.

Perry abrazó con fuerza a Garra.

—Te quiero, Garra. Te quiero.

El dibujo de un halcón que volaba recortándose contra un cielo de éter parpadeó y se apagó.

La pantalla se oscureció.

Nadie se movió durante un rato. Después el sofá se sacudió, y Perry se echó hacia atrás, maldiciendo.

—¡Quitadme esto!

—Tienes que hacerlo tú, Perry. Y debes estar quieto...

Pero él ya se alejaba, y atravesó la sala en unas pocas zancadas. Se detuvo frente a la pantalla y se arrodilló. Aria actuó sin pensar. Se acercó a él y lo rodeó con sus brazos. Perry se abrazó a ella y enterró la cabeza en su cuello, al tiempo que ahogaba una especie de sollozo. Sentía su cuerpo agarrotado y dolorido, y sus lágrimas eran como plumas sobre su piel.

30
Peregrino

ARIA lo condujo escaleras arriba, y lo metió en su dormitorio. A Perry le rondaba el vago pensamiento de que tal vez no debiera estar ahí, pero sus pies no se detenían. Entró y se desplomó sobre la cama. Aria encendió la lámpara, que proyectaba una luz tenue. Después se sentó a su lado, y entrelazaron las manos.

Perry flexionó los dedos de la mano herida. De algún modo, el pinchazo de dolor que sentía cada vez que lo hacía le resultaba tranquilizador.

Significaba que seguía ahí.

Significaba que todavía la sentía.

—No parecía que Garra se encontrara mal —dijo al fin, transcurrido un rato—. Su aspecto era bueno.

—Sí —corroboró ella, que se mordió el labio y frunció el ceño, reflexiva—. Yo ya sabía que no le harían nada malo. Sabía que mi madre nunca haría algo así. Nosotros no somos crueles.

—¿Llevarse a un niño inocente no es cruel? ¡Tienen a Garra, Aria! ¡Y a mi hermano! Y su lugar no es ese. Ellos no son topos.

Apenas lo dijo, supo que no debería haberlo hecho. A ella la habían echado de su casa. La habían separado de todo el mundo, incluso de su madre. ¿Cuál era su lugar? Un escalofrío recorrió su cuerpo. Torció el gesto, sin saber bien si estaba percibiendo el humor de Aria, o si era su propio pesar, su propia pena lo que olía.

—Aria, no debería haber dicho eso.

Ella asintió, pero no dijo nada. Seguía mirando fijamente sus manos entrelazadas. Perry aspiró hondo. Aquel perfume dulce de violetas estaba en todas partes. Sus ojos se desplazaron hasta la suave piel de su cuello. Deseaba oler ahí, justo por debajo de la oreja.

—Se parece mucho a ti, Perry. En su manera de moverse. En su manera de

actuar. Te adora.

—Gracias.

Al pensar en Garra, volvió a notar el mismo nudo en la garganta. Le soltó la mano, se tendió en la cama boca arriba y se cubrió los ojos con el antebrazo. Aunque hacía un momento que se habían abrazado frente a la pantalla, aunque todavía tenía el vendaje húmedo de lágrimas, no quería que volviera a verlo llorar.

Ella lo sorprendió entonces tendiéndose a su lado, apoyando la cabeza en la misma almohada. El corazón de Perry empezó a latir con fuerza. Y se volvió a mirarla.

—Ni siquiera te he preguntado cómo te sientes tú.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Curiosa pregunta.

—Quiero decir que no te he preguntado en qué piensas.

Aria clavó la vista en el techo y, concentrándose, entrecerró los ojos.

—Ahora hay muchas cosas que cobran sentido. Cuando me soltaron aquí fuera, creí que iba a morir. Todo me parecía mal. El dolor. Sentirme perdida y sola.

Perry cerró los ojos, intentando ponerse en su lugar, sentir lo que debía de haber sido. En realidad, ya lo sabía. Había estado ahí. Había olido su miedo, su dolor. Lo había sabido. Pero ahora lo sentía.

—Pero ahora, lo que siento sobre todo es un... alivio. Sé por qué estoy viva. Y por qué mi cuerpo empezó a cambiar. Ahora... es como si volviera a tener todo el día por delante. Como si pudiera respirar hondo sabiendo que voy a vivir. Pero todavía hay muchas más cosas que debo resolver. Jamás creí que mi madre sería capaz de mentirme. Ni siquiera imagino cómo lo hizo. —Volvió la cabeza y lo miró—. ¿Cómo se puede hacer daño a alguien al que se quiere?

—La gente puede ser muy cruel con las personas a las que ama.

Perry vio un destello en sus ojos. El prelude de una pregunta que él no quería que le formulara. No en ese momento, porque se sentía en carne viva. Ni

nunca. Pero entonces la curiosidad de ella se disipó, y él respiró aliviado.

—Entonces, ¿no te repugna? ¿Saber que eres medio... Salvaje?

—¿Cómo podría repugnarme lo que me ha mantenido con vida?

Perry estaba seguro de que lo decía por él. Sin pensar, acercó la mano a la suya. Se la llevó al pecho y sintió que ese era su sitio. Los ojos de Aria se desplazaron desde sus dedos entrelazados hasta las marcas de sus brazos. El corazón de Perry empezó a latir con mucha fuerza. Seguro que ella lo notaba.

—¿Tú serás el Señor de la Sangre de los Mareas? —le preguntó ella.

—Lo seré.

Él fue el primer sorprendido de sus palabras. Llevaba tanto tiempo anhelando ser Señor de la Sangre... Nunca habría imaginado que las cosas sucederían como habían sucedido. Pero en lo más profundo de su ser sabía que debía regresar a casa y ganarse el derecho de dirigir a los Mareas. No podían pasar el invierno hambrientos, luchando entre ellos por ver quién llegaba a ser su Señor. Lo necesitaban. Entonces se acordó de los cuervajos, que seguían acampados en la llanura. Esperándolo. ¿Lograría salir del recinto de Castaño antes de que llegara la estación más fría?

Perry bajó la vista y se fijó en la mano menuda que se apretaba contra su piel. Él sabía dónde tenía que ir, pero ¿qué sería de Aria?

—Aria, ¿qué vas a hacer tú?

No sabía por qué pero, en cierto modo, al formular aquella pregunta sintió que le estaba fallando.

—Voy a ir a Alegría. Tengo que averiguar si mi madre está viva. Ayer noche hablé con Castaño. Cuando los cuervajos se vayan, dejaré que me lleve a algunos de sus hombres. No puedo quedarme aquí a esperar unas noticias que tal vez no lleguen nunca.

—Aria, yo te llevaré. Tengo que regresar a casa. Puedo llevarte antes a Alegría.

Sintió que se agarrotaba. ¿Qué acababa de decirle? ¿Qué acababa de

ofrecerle?

—No, Perry. Gracias pero no.

—Teníamos un pacto. Aliados, ¿recuerdas? —se descubrió a sí mismo diciendo.

—Nuestro pacto consistía en llegar aquí y reparar el Smarteye.

—Nuestro pacto era encontrar a Garra y a tu madre. Y todavía no lo hemos logrado.

—Alegría queda al sur, Perry.

—No está lejos. Una semana más. No importa. Y esta vez te conseguiré unos zapatos mejores. Y llevaré tus piedras. Incluso responderé a todas tus preguntas.

Perry no sabía qué era lo que acababa de hacer. ¿Qué sensatez había en desviarse de su camino una semana entera cuando su tribu lo necesitaba? Se trataba de algo absurdo y, al reconocerlo, se le heló la sangre.

—¿Responderás ahora a una pregunta? —le retó Aria.

—Sí.

A partir de ese momento, una gran inquietud se apoderó de él. Tenía que irse de allí. Necesitaba pensar.

—¿Por qué te has ofrecido a llevarme a Alegría?

—Porque quiero —dijo. Pero mientras pronunciaba aquellas palabras constataba que no estaba seguro de si estaba diciendo la verdad. En realidad, más que quererlo, sentía que lo necesitaba.

Aria sonrió y, volviéndose hacia él, se fijó en su boca. Su perfume a violetas inundaba el dormitorio, atrayéndolo, ocupándolo todo. Perry lo sentía. Sintió que un cambio se operaba en su interior. El sello de un vínculo que solo había conocido una vez en su vida. Y al instante comprendió por qué había prometido algo que no debía prometer.

Perry le besó fugazmente la mano.

—Necesito un tiempo —dijo, y poniéndose en pie salió de la habitación.
Cerró la puerta y se apoyó en la pared, ahogando una maldición.

Había ocurrido.

Se había entregado a ella.

31
Peregrino

—TAL vez con doce sí pudiéramos, pero, ¿con cincuenta? —dijo Rugido.

Perry se paseaba frente a las vitrinas de cristal de la sala, mirando de reojo la imagen del campamento de los cuervajos en la pantalla de la pared. A la luz del día, la visión resultaba mucho más clara que la última vez que la había contemplado. Había figuras cubiertas con capas negras que evolucionaban entre un racimo de tiendas de campaña plantadas sobre la llanura. Tiendas rojas: un color adecuado. De haber podido, habría disparado sus flechas a través de la pantalla en ese mismo instante.

—Ahí fuera hay más de cincuenta cuervajos, Rugido —le corrigió él. La cámara solo mostraba a unos pocos. A primera hora de la mañana, su amigo y él se habían subido a la muralla y se habían desplazado de torre en torre, usando todo el poder de sus sentidos. Habían tardado horas, pero habían detectado otros diez o doce cuervajos dispersos por todo el perímetro. Centinelas repartidos por todo el lugar, listos para dar la voz de alarma si intentaban escapar.

Rugido cruzó los brazos.

—Sesenta cuervajos, pues.

Castaño hizo girar uno de sus anillos.

—Uno de los viejos túneles mineros pinta bien, pero se tardaría semanas en excavarlo para que resultara practicable y seguro.

—Y eso nos llevaría hasta bien entrado el invierno —comentó Perry.

Para entonces, las tormentas serían constantes en el cielo. Y viajar resultaría demasiado peligroso.

—Yo no puedo esperar tanto —intervino Aria.

Hasta ese momento se había mantenido en silencio, sentada sobre las piernas, en el sofá. Qué tonto debía de haberle parecido... Salir corriendo hacia la puerta sin

apenas despedirse de ella. Ella no tenía ni idea de qué había ocurrido. Perry se acarició el puente de la nariz, recordando la debilidad que su entrega a Garra le había causado. La incapacidad para escoger libremente. El hecho de poner siempre en segundo plano sus propias necesidades. No podía permitir que un hechizo así volviera a apoderarse de él. Haría lo que había prometido. La llevaría a Alegría, y después cumpliría con su deber y regresaría junto a los Mareas. Pronto, ellos dos se separarían. Hasta entonces, mantendría la distancia. E intentaría no respirar cuando ella estuviera cerca.

—Puedo prestaros a algunos de mis hombres —dijo Castaño.

Perry alzó la vista.

—No, no puedo consentir que tus hombres mueran por mí. —Ya había puesto a Castaño en una situación bastante comprometida—. No nos encontraremos con ellos cara a cara.

En la pantalla, la llanura se extendía alrededor de los cuervajos, vasta, abierta. Deseaba estar ahí. Fuera. Moviéndose libremente bajo el éter. Y entonces fue cuando se le ocurrió.

—Podríamos salir durante una tormenta.

—Peregrino —dijo Castaño—. ¿Durante una tormenta de éter?

—Los cuervajos han acampado en campo abierto. Tendrán que buscar refugio. Eso les hará bajar la guardia. Y yo sé cómo mantenerme al margen de lo peor del éter.

Rugido se apartó de la pared y sonrió de oreja a oreja.

—Podríamos librarnos de los centinelas y dirigirnos hacia el este. Los cuervajos no nos seguirán.

Aria entrecerró los ojos.

—¿Y por qué no nos seguirán si nos dirigimos hacia el este?

—Lobos —dijo Rugido.

—¿Nuestra mejor opción consiste en salir durante una tormenta de éter y

dirigirnos hacia unos lobos?

Rugido volvió a sonreír.

—O eso, o sesenta cuervajos.

—Está bien —concedió ella, levantando mucho la barbilla—. Cualquier cosa antes que los cuervajos.

* * *

Aquella tarde, Perry salió al tejado a pasear un poco, acompañado de Rugido. Habían pasado la mañana planeando su ruta y haciendo el equipaje. Ahora ya no tenían otra cosa que hacer más que esperar a que se formara una tormenta. El éter se movía en franjas continuas. Ese día no habría tempestad, pero tal vez esta se desencadenara al día siguiente.

¿Cómo iba a poder esperar? Esperar implicaba detenerse. Implicaba pensar. Y él no quería pensar en lo que les ocurría a Garra y a Valle, encerrados en la ciudad de los residentes. ¿Cómo podía Garra decir que quería quedarse ahí? ¿Cómo podían haber capturado a Valle? ¿Por qué Liv seguía vagando por las tierras fronterizas, cuando sabía el coste que eso tenía para los mareas?

Rugido lo agarró con fuerza por los hombros y lo abatió. Perry cayó al suelo sin darse cuenta de lo que ocurría.

—Uno a cero —dijo Rugido.

—Cabrón traidor —replicó él, quitándose de encima.

El juego acababa de empezar.

Normalmente, cuando practicaban lucha era él quien ganaba, pero en esa ocasión se lo tomó con calma a causa de su mano, y de ese modo pasaron a estar más igualados.

—Garra lucha mejor que tú, Rugido —le dijo, ayudándole a levantarse tras derrotarlo. El humor de Perry había empezado a mejorar. Llevaba demasiado tiempo ocioso.

—A Liv también se le da bastante bien.

—Es que es mi hermana. —Hizo ademán de abalanzarse sobre él, pero se detuvo apenas vio que Aria salía del ascensor. No pensaba dejar que Rugido se inmiscuyera en sus pensamientos estando ella por allí. No pudo evitar fijarse en que se había puesto ropa negra ajustada, y se había peinado el pelo hacia atrás. Rugido lo miró, miró a Aria, y en su rostro se dibujó una sonrisa maliciosa.

—¿Interrumpo algo? —preguntó ella, confundida.

—No, ya habíamos terminado. —Perry recogió el arco y se alejó. Un rato antes había arrastrado un cajón de madera hasta el otro extremo del terrado para que hiciera las veces de diana. Ahora tensó el arco y apuntó, y al hacerlo sintió dolor en la mano.

—Muy oportuna, Aria —dijo Rugido, que se había situado tras él—. Fíjate en esto. Ya sabes que Perry es conocido por su pericia con el arco.

Perry disparó. La flecha se hundió en la madera con un crujido.

Su amigo silbó, expresándole su admiración.

—Impresionante, ¿verdad? Es un gran arquero.

Perry se volvió, sin saber bien si reírse o si matar a Rugido.

—¿Puedo probar yo? —preguntó Aria—. Debería aprender a defenderme, si vamos a salir ahí fuera.

—Deberías, sí —coincidió él. Por poco que aprendiera, los ayudaría a todos cuando dejaran atrás las murallas del recinto.

Perry le enseñó a sujetar el arco y a colocar los pies, y lo hizo situándose con el viento a favor, para evitar aspirar su perfume. Cuando llegó el momento de fijar la flecha y tensar la cuerda, no le bastó con explicarle qué debía hacer. Disparar era algo que requería fuerza y calma. Ritmo y práctica. A él no le resultaba más difícil que respirar, pero comprendió al momento que la única manera de enseñarle a hacerlo era guiándole los movimientos.

Armándose de valor, se colocó tras ella. Aspiró hondo, y el perfume de Aria lo atravesó por completo. Así, el nerviosismo de ella se sumó al suyo propio.

Después le llegó su perfume de violeta, que hizo que su centro de interés se desplazara hacia ella, hacia su aspecto a tan escasa distancia, ahí, delante de él. Vaciló a la hora de sujetar el arco. Ella, lógicamente, había colocado su mano donde él normalmente colocaba la suya, y no quería que la cuerda, al retroceder, impactara en ella.

Rugido no estaba resultando de gran ayuda, precisamente.

—Tienes que acercarte más a ella, Peregrino —le gritó—. Y su posición no es correcta. Gírale las caderas.

—¿Así? —preguntó Aria.

—No —respondió Rugido—. Perry, colócaselas tú.

Cuando, finalmente, estuvieron bien colocados, él ya estaba sudando. El primer intento de disparo conjunto culminó con la flecha rebotando en el cemento, a escasos palmos de ellos. La segunda flecha fue a caer frente al cajón, pero la cuerda rozó el antebrazo de Aria y le dejó una marca roja. En el tercer lanzamiento, Perry ya no sabía de quién era la mano que temblaba.

Rugido se puso en pie.

—Esta no es tu arma, Mestiza —dijo, acercándose—. Fíjate en sus hombros, Aria. Mira qué alto es. —Perry se alejó un poco de ella y se enderezó, algo incómodo al ver que ella lo observaba con atención—. Un arco como ese tiene una fuerza de apertura de casi cuarenta kilos. Está pensado para pequeños gigantes como él. Y además él es vidente. Todos los mejores arqueros lo son. Esta es su arma, Aria. Le va como anillo al dedo. Está diseñada teniendo en cuenta lo que es.

—Para ti es como una segunda naturaleza, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Una primera naturaleza, más bien. Pero tú también aprenderás. Puedo fabricarte un arco a tu medida. De tu tamaño. —Pero por el olor que le llegó supo que ella se sentía decepcionada.

Rugido desenvainó el puñal.

—Yo podría enseñarte a usar esto.

A Perry le dio un vuelco el corazón.

—Rugido.

Su amigo supo al momento lo que estaba pensando.

—Los puñales son peligrosos —le dijo a Aria—. Puedes hacer más mal que bien si no sabes usarlos. Pero yo te daré algunas pautas. He visto que eres ágil, y tienes sentido del equilibrio. Si se presenta la situación, sabrás qué hacer.

Aria le devolvió el arco a Perry.

—Está bien. Enséñame.

Perry no podía estarse quieto mientras los observaba, de modo que agarró la rama más alta de un árbol del patio y la cortó. Se sentó con la espalda apoyada en el cajón y empezó a fabricar unos cuchillos de prácticas mientras Rugido enseñaba a Aria distintas maneras de sujetar un puñal. Su amigo era un apasionado de esa clase de armas, y la bombardeaba con un exceso de información sobre las ventajas de cada agarre, pero ella lo escuchaba, absorta, asimilándolo todo. Tras una hora de conversación ininterrumpida, decidieron que la forma de empuñar que más le convenía era la que imitaba el acto de agarrar un martillo, algo que él había sabido desde el principio.

Después se ocuparon de las posiciones y de los movimientos de pies. Aria aprendía rápido y, en efecto, tenía buen equilibrio. Perry los veía cruzarse, y su mirada se desplazaba del éter a ella. Del avance de sus pies al avance de las ondulaciones del cielo.

Cuando Rugido pidió usar los cuchillos de prácticas ya empezaba a anochecer. Enseñó a Aria cuáles eran los mejores sitios en los que atacar, cuáles los mejores ángulos, qué huesos era mejor evitar. Parpadeó varias veces cuando le dijo que el corazón era tan buena diana como otra cualquiera.

Entonces ella consideró que ya estaba lista.

Perry se puso en pie cuando los dos empezaron a moverse, los cuchillos de madera en alto. No paraba de decirse a sí mismo que el contrincante era Rugido. Que él mismo había fabricado los filos muy redondeados. Pero aunque se tratara solo de ejercicios, de prácticas, el corazón le latía con fuerza.

Se tantearon un rato, y fue Aria la que se atrevió a ejecutar el primer movimiento. Rugido lo esquivó y atacó, pasándole el filo por la espalda. Aria

retrocedió, dio media vuelta y, al hacerlo, el puñal se le cayó de la mano.

Perry salió disparado en dirección a Rugido. Se detuvo a unos pocos pasos de él, pero su amigo lo miró fijamente a los ojos, lleno de desconfianza.

Aria respiraba entrecortadamente, roja de ira. A Perry le temblaban los músculos, y la sorpresa y la rabia avivaban el dolor de su herida.

—Primera regla: los cuchillos cortan —informó Perry con gran frialdad en la voz—. Hay que presuponer que eso es lo que ocurrirá, y no hay que permanecer inmóvil cuando ocurra. Segunda regla: no sueltes nunca el arma.

—De acuerdo —dijo Aria, aceptando la lección y recogiendo el puñal.

—¿Te quedas con nosotros, esciro? —preguntó Rugido arqueando una ceja. Sabía que Perry se había entregado a ella.

—¿Y por qué habría de marcharse? —preguntó Aria—. Te quedas, ¿verdad, Perry?

—Sí, me quedo.

Perry atravesó el terrado y se subió a lo alto de la caja del ascensor, que era el punto más elevado de Delfos. Desde allí siguió el entrenamiento.

Aria era una alumna rápida, osada, segura con el puñal. Parecía haber estado esperando una oportunidad, un método que le permitiera sacar al exterior lo que llevaba dentro. Qué tonto había sido enseñándole a buscar bayas, cuando lo que ella necesitaba eran conocimientos para protegerse a sí misma.

La noche los obligó a dar por concluida la lección práctica. Las campanillas de los cuervajos sonaban a lo lejos. Perry echó un último vistazo al cielo, decepcionado al constatar que no se habían producido cambios. Descendió y procuró no situarse contra el viento, ni muy cerca de Aria.

Rugido se cruzó de brazos al llegar junto al ascensor.

—Buen trabajo, Mestiza. Pero no puedes irte de aquí sin pagarme.

—¿Pagarte? ¿Con qué?

—Con una canción.

Ella se echó a reír, una risa alegre, contagiosa.

—Está bien.

Rugido le quitó el puñal de madera. Aria cerró los ojos y alzó el rostro hacia el éter mientras aspiraba hondo varias veces. Y entonces les regaló su voz.

Aquella canción era más sosegada, más tranquila que la anterior. Él tampoco entendía la letra, pero le parecía que el sentimiento que transmitía era perfecto. Una canción perfecta para una noche fresca en una terraza rodeada de abetos.

Rugido no parpadeaba siquiera mientras la contemplaba. Cuando terminó, empezó a menear la cabeza.

—Aria... ha sido... no sé ni siquiera cómo... Perry, no tienes idea.

El aludido se obligó a sonreír.

—Es buena —dijo. Con todo, se preguntaba cómo le sonaría aquella voz a él, que era capaz de captar muchos tonos más.

Cuando accedieron al espacio cerrado del ascensor, los aromas de Aria inundaron su nariz, en una combinación de violetas y sudor y poder. Y al percibirlo sintió como si un chorro de fuerza surgiera en su interior. Aspiró hondo una vez más y, a pesar de tener los pies firmemente plantados en el suelo, sintió que se elevaba. No pudo evitar apoyarle una mano en la espalda. Se dijo a sí mismo que sería solo esa vez. Que después se mantendría apartado de ella.

Aria alzó la vista y lo miró, ruborizada. Algunos mechones de pelo negro se pegaban a su nuca sudorosa. Afortunadamente, Rugido los acompañaba. Nunca hasta entonces se había sentido tan tentado por ella, por la carne tensa que notaba bajo la palma de su mano.

—Hoy lo has hecho muy bien.

Ella sonrió, con fuego en los ojos.

—Ya lo sé —dijo—. Gracias.

ARIA pasó dos días entrenando con Rugido, mientras esperaban. A lo lejos, amenazadoras, crecían nubes de éter con forma de seta, pero los flujos que recorrían los cielos de Delfos no pasaban de tiras constantes. Una razón más para llamar a aquel cielo, «el cielo eterno»: ni en una eternidad hacía lo que uno quería.

Con el paso de las horas, su esperanza de encontrar a Lumina con vida se desvanecía, pero ella se negaba a rendirse. No podía creer que estuviera sola en el mundo. Nunca dejaría de sentir esperanza, lo que equivalía a decir que nunca dejaría de preocuparse. La única forma de acabar con aquella agonía era llegar a Alegría y descubrir la verdad. Aprender a usar el puñal se convirtió en su única fuente de alivio. Cuando se movía por la terraza, en compañía de Rugido, no había sitio para las preocupaciones, para el dolor, para las preguntas. De modo que practicaba con él de la mañana a la noche, y la sesión terminaba con una canción que ella cantaba como pago por sus enseñanzas. Aria sabía que los cuervajos seguían ahí, pero al menos ya nadie oía el tintineo de sus campanillas al atardecer.

Escuchaban ópera.

En la mañana del tercer día, al salir del ascensor y asomarse a la terraza, Aria descubrió que el cielo había cambiado. En el aire se ondulaban remolinos de luz azulada. Los pequeños tornados oscilaban despacio sobre ella, pero a lo lejos, en el horizonte, ya habían empezado a girar con más brillo y velocidad. Aquello era *La noche estrellada* de Van Gogh delante mismo de sus ojos.

Al presenciar aquel espectáculo tuvo la sensación de que ese iba a ser el día de su partida.

Cogió con fuerza el puñal de madera. Ayer había pinchado a Rugido en dos ocasiones. No era gran cosa, sobre todo comparándola con los cientos de pinchazos que había recibido de él. Pero, en una pelea, un solo acierto podía ser definitivo. Eso se lo había enseñado Rugido.

No era tan ingenua como para creer que llegaría a dominar la lucha con puñal. Aquello no eran los Reinos, donde un pensamiento bastaba para generar un resultado. Pero, por otra parte, también era consciente de que al aprender lo que

había aprendido sus posibilidades de supervivencia habían aumentado. Y, en la vida, o al menos en su nueva vida, las posibilidades eran su máxima esperanza.

Como piedras: imperfectas y sorprendentes, y tal vez mejores a largo plazo que las certezas. Las posibilidades, pensaba ahora, eran la vida.

En el horizonte, de la masa de éter empezaron a desprenderse una especie de embudos azules: torbellinos. Aria los contemplaba, hipnotizada, y en su interior algo despertaba, retorciéndose y calentándole las extremidades, aportándole una fuerza tan intensa como la de aquel cielo eterno.

* * *

Como había llegado pronto, decidió practicar un poco ella sola. Las ráfagas de viento azotaban el terrado, y el sonido la arrullaba y la ayudaba a concentrarse solo en sus movimientos. Cuando finalmente vio a Perry, no sabía cuánto tiempo llevaba allí plantado. Apoyaba una cadera en la barandilla, tenía los brazos cruzados y miraba más allá de las copas de los árboles. Se sorprendió al verlo. Perry asistía a sus sesiones de entrenamiento con Rugido, pero siempre mantenía una cierta distancia. Y apenas lo había visto en el interior de Delfos. Empezaba a temer que hubiera cambiado de opinión y no quisiera acompañarla a Alegría.

—¿Ya ha llegado el momento? —le preguntó.

—No —dijo él—. Pero la cosa promete. Yo diría que será esta noche. —Recogió del suelo el otro puñal de práctica—. Rugido todavía duerme, pero hasta que llegue, te entrenaré yo.

—Ah —balbució, porque era mejor que soltar un «¿Tú?», que era lo que había estado a punto de hacer—. Está bien.

Aspiró hondo, y sintió que los nervios le agarrotaban la boca del estómago.

Apenas se colocaron, listos para el combate, ella supo que no sería lo mismo. Perry era mucho más alto, más ancho de hombros, que Rugido. Sin miedo, directo. No tenía nada que ver con la elegancia de Rugido, con la ligereza de sus movimientos. Además, era Perry.

—¿Tú luchas normalmente con esa mano? —le preguntó. Empuñaba el puñal

con la mano sana, y mantenía la otra extendida, para no perder el equilibrio.

Perry sonrió.

—Sí, pero si me ganas tal vez cambie de idea.

Ella se sonrojó. No se atrevía a mirarlo, pero tenía que mirarlo. «Prepárate. Sé ligera al caminar. Busca indicios.» Las lecciones que le había enseñado Rugido huyeron de su mente. Lo único en lo que pensaba mientras le miraba a los ojos era en lo verdes que eran. En lo fuertes que eran sus hombros. En lo imponente que se veía. Aquellas ideas se le volvieron insoportables. Atacó. Él la esquivó y pasó por su derecha. Sus movimientos desplazaban más aire y más luz que los de Rugido.

Perry sonrió cuando volvieron a situarse cara a cara.

—¿Qué? —le preguntó ella.

—No lo sé.

Perry se pasó la manga por la frente.

—¿Te estás riendo?

—Me estaba riendo, sí. Es culpa tuya, pero me disculpo de todos modos.

—¿Es culpa mía que te estés riendo? —¿Acaso creía que era una contrincante fácil? Ejecutó un movimiento rápido hacia delante, y describió una parábola baja con el puñal de madera. Perry se echó a un lado, pero Aria llegó a rozarle el brazo.

—Eso ha estado bien —comentó él, sonriendo todavía.

Aria se secó la mano sudorosa en el pantalón. Perry regresó a su posición anterior, pero solo por un momento, antes de incorporarse y apartar el arma.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella.

—No logro concentrarme. Creía que podría. —Levantó las manos en señal de derrota—. Pero no puedo.

Se acercó más a ella. Aria creía que su corazón ya no podía latir más deprisa, pero a cada paso que él daba y que lo aproximaba más, notaba que seguía

acelerándose, que martilleaba en su pecho. Finalmente, cuando él se detuvo frente a ella, sintió que le faltaba el aire. El puñal de Aria rozaba sus pectorales. Con un nudo en la garganta, lo miró, se fijó en la presión que ejercía sobre ellos.

—Os he estado observando a Rugido y a ti. He deseado ser yo quien te entrenara. —Levantó más los hombros—. Pero ahora no quiero hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Aria con voz aguda, sin aliento.

Él sonrió, y un destello de timidez iluminó su rostro. Se acercó más a ella.

—Hay otras cosas que preferiría hacer cuando estoy a solas contigo.

Había llegado el momento de lanzarse al vacío.

—Pues hazlas.

Él levantó la mano y le acarició la barbilla. Piel áspera por un lado, venda suave por el otro. Bajó la cabeza y acercó los labios a los suyos. Eran tibios, y más suaves de lo que ella había imaginado, aunque se retiraron demasiado pronto. Sin darle apenas tiempo, Perry se echó hacia atrás.

—¿Te ha gustado? —le susurró al oído—. Ya sé que el tacto no es... tienes que guiarme tú, a tu ritmo.

Aria se puso de puntillas. Le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. El calor y la suavidad de su boca encendieron una oleada de fuego que recorrió todo su cuerpo. Perry quedó petrificado un instante, pero entonces la estrechó con fuerza, y su beso se hizo más profundo. Entrelazados, encajaban el uno contra el otro a la perfección. Aria nunca se había sentido así, mientras exploraba su sabor. Mientras sentía la fuerza de sus brazos a su alrededor. Mientras aspiraba el olor a sudor, cuero y leña encendida. Sus olores. Se sentía como si acabara de encontrar un momento «para siempre». Como si fuera así como siempre habría debido sentirse.

Cuando finalmente se separaron, lo primero que vio fueron aquellos dientes afilados, caninos, expuestos tras una sonrisa que le encantaba ver cada vez que él la esbozaba.

—Supongo que sí, que lo del tacto se te da bastante bien —comentó él al fin, en tono divertido, pero sin dejar de abrazarla. Le pasó las manos por la espalda, y ella sintió el calor de su contacto.

—Este ha sido mi primer beso —confesó Aria—. Mi primer beso real.

Perry acercó más la cabeza, y apoyó la frente en la suya. Sobre su rostro se descolgaron unos rizos rubios, que le acariciaban las mejillas. Su pecho ascendía y descendía al ritmo de su respiración.

—A mí también me ha parecido mi primer beso real.

—Creía que me evitabas. Creía que habías cambiado de idea y no querías acompañarme a Alegría.

—No. No he cambiado de idea.

Ella hundió las manos en su pelo. No terminaba de creerse que estuviera tocándolo. Perry volvió a sonreír, y sus labios encontraron una vez más los suyos, y a ella le pareció que nunca podía haber suficiente. Que nunca tendría bastante de él.

—Bueno, bueno. No puedo decir que me sorprenda —dijo Rugido al salir al terrado.

—Maldita sea —masculló Perry, retirándose.

—Un buen ejercicio de aproximación, Aria. Eso no te lo he enseñado yo, pero se te da muy bien. Creo que has ganado tú.

Aria intentó mostrarse ofendida, pero se le escapó una sonrisa. Perry se acercó más a ella y le apartó el pelo.

—Él flojea del lado izquierdo —le susurró Perry al oído.

Rugido puso los ojos en blanco.

—Eso no es cierto. Traidor.

Cuando Aria inició el entrenamiento con Rugido se le dio fatal. Peor que el primer día. Hacía esfuerzos por no desviar la mirada, que sin querer se le iba hacia Perry. Incluso cuando él se tendió en el suelo del terrado y se cubrió los ojos con un antebrazo, ella no lograba dejar de mirarlo. Era absurdo que se sintiera atraída incluso por la forma de sus caderas. Era ridículo que la fascinara la porción de vientre que la camisa, al levantarse, dejaba a la vista.

Todos sus movimientos estaban llenos de algo. Todos los pasos que daba llegaban demasiado lejos. Rugido la acorralaba más que nunca. No lo decía, pero Aria casi le oía pronunciar el tema de la lección de ese día: «En situaciones reales te enfrentarás a distracciones. Aprende a ignorarlas.»

Finalmente recobró la concentración, y se sumergió en los ataques y las fintas. En la simplicidad de la acción y la reacción. Durante un rato, hasta que Perry se puso en pie, fue puro movimiento. Pero entonces lo vio, y vio también el cielo ondulante, y notó el fuerte viento.

—Será mejor que paréis —dijo—. Ha llegado la hora.

Peregrino

—ESTO será un aburrimiento sin vosotros —dijo Castaño. Tras él, las pantallas de la sala no emitían nada. Su cámara, finalmente, se había estropeado.

Aria lo cogió de la mano.

—No sabes la envidia que me das. Un día aburrido suena maravilloso.

Ya estaban listos. Perry había comprobado varias veces que no se olvidaban nada. Le había entregado a Aria el puñal de Garra. A partir de esa noche, los de madera no le servirían de nada. Y había repasado el plan con Gage y con Mark, dos de los hombres de Castaño. Este había insistido en que los acompañaran. Gage y Mark llevarían a Aria de regreso a Delfos si, a su llegada a Alegría, descubrían que lo que se decía de la Cápsula era cierto.

Castaño abrazó a Aria. Por contraste, su pelo se veía casi blanco.

—Ya sabes que siempre serás bienvenida en esta casa. Pase lo que pase, encuentres lo que encuentres, aquí tendrás un sitio.

Perry se volvió hacia la pintura del barco sobre la playa gris, con el fondo del mar, una franja azul que se extendía hasta el horizonte. Al mirarlo, casi le parecía que podía oler su tierra. ¿Y si Aria se veía obligada a regresar hasta allí? El recinto de Castaño estaba a apenas unas semanas de la tierra de los Mareas. ¿Cambiaría eso las cosas? Perry meneó la cabeza, contradiciéndose a sí mismo. No, no las cambiaría. Los Mareas jamás aceptarían a una residente una vez supieran lo ocurrido con Valle, Garra y Clara. Ya no lo habrían hecho de entrada. Y él no cometería el mismo error que, antes que él, habían cometido su padre y su hermano. De mezclar sangres nunca nacía nada bueno. Él lo sabía mejor que nadie.

Rugido dio un paso al frente.

—Como Señor de la Sangre, podrías alcanzar un nuevo acuerdo con Sable. Podrías recuperar a Liv.

Perry lo miró fijamente. En parte porque aquella propuesta salía de la nada.

Y en parte porque se dio cuenta de que, en efecto, en su calidad de Señor de la Sangre podía hacerlo. Se trataba de algo que formaba parte de sus deberes. Con todo, que pudiera hacerlo no significaba que fuera a hacerlo. No se trataba de una decisión fácil.

—No me pidas eso ahora.

—Sí, te lo pido ahora. —Señaló a Aria con un movimiento de cabeza—. Creía que verías las cosas de otro modo.

Perry la miró. Seguía conversando con Castaño. No podía dejar de pensar en cómo se había sentido cuando se besaron.

—No es lo mismo, Rugido.

—¿Ah, no?

Perry se cargó el macuto al hombro. Cogió el arco y las flechas.

—Vámonos.

Deseaba que la tierra empezara a temblar pronto bajo sus pies. Que la noche penetrara en sus fosas nasales. Con un arma en la mano, siempre sabía lo que debía hacer.

Salieron por una puerta pequeña de la muralla que daba al norte. Perry lo olisqueaba todo, para que la tierra y el viento le contaran lo que iban encontrando. Sintió el cosquilleo del éter en la nariz. Alzó la vista y constató que el cielo estaba lleno de espirales.

Se internó discretamente en el bosque, librándose al fin de la sensación de estar atado. Se dividieron en dos grupos para reducir los sonidos de sus movimientos. Él ascendía por la ladera de la colina en compañía de Aria, avanzando con gran cautela, escrutando las copas de los árboles. Estaba convencido de que los centinelas de los cuervajos eran Marcados, probablemente audiles. Dormirían en las ramas, que eran los lugares más seguros de noche.

Perry se volvió para mirar por encima de su hombro. Aria llevaba el pelo echado hacia atrás y metido dentro de un gorro negro. También se había manchado la cara con carbón, como había hecho el. Tenía los ojos muy abiertos, en estado de alerta. Llevaba su propio macuto. Un cuchillo. Ropa de su talla. Al verla, le

sorprendió constatar lo mucho que había cambiado. Se preguntó cómo iba a resultar lo que estaban a punto de vivir. Tal vez su presencia le impidiera concentrarse. Ella estaba asustada. De ello no tenía duda. Pero la situación era distinta a la que habían experimentado mientras se dirigían hacia el recinto de Castaño. Ahora ella controlaba sus nervios y los ponía a trabajar. Cada vez que Perry respiraba, llegaba hasta él la fuerza de aquel control.

Las murallas de Delfos quedaban atrás a medida que se adentraban en la montaña. A juzgar por el aspecto del éter, y por el cosquilleo de su nariz, todavía disponían de tiempo. Tal vez faltaba una hora para que los embudos tocaran tierra.

Notó la mano de Aria en la espalda, y se detuvo al instante. Vio que le señalaba un árbol situado a unos cuarenta pasos de donde se encontraban. Unas hojas verdes, recién esparcidas, tapizaban el suelo. Al alzar la vista, descubrió a una figura acurrucada en el ángulo de una rama. El hombre sostenía un cuerno de marfil. Era el encargado de dar aviso. Perry miró más arriba y descubrió a otro hombre. Eran dos, y estaban ahí apostados para dar la voz de alarma.

No entendía cómo no los había visto. Y, peor aún, que Aria los hubiera detectado antes que él. Aquellos hombres hablaban en voz baja, y a Perry le llegaban solo sus débiles sonidos. Aria y él se miraron y entonces, en silencio, se incorporó un poco y colocó una flecha en el arco. Sabía que no fallaría con el primero de los hombres. El desafío de Perry era matar sin hacer ruido. Si lograba evitar que, al perder la vida, se cayera del árbol, mejor que mejor.

Apuntó y aspiró hondo. No estaba lejos. No tenía por qué resultar difícil. Pero un solo grito del hombre, o una llamada con su cuerno, y todos los cuervajos vendrían a por ellos.

Un lobo aulló a lo lejos, y Perry aprovechó el momento. Tensó los dos dedos con los que sostenía la cuerda y soltó la flecha, que impactó en el cuello del hombre y lo dejó clavado al tronco. El centinela soltó el cuerno, pero este no cayó al suelo, porque lo llevaba sujeto a una cuerda, y quedó colgando justo por debajo de la rama, como un pálido gajo de luna creciente meciéndose en la oscuridad.

Perry colocó otra flecha en el arco, pero el segundo hombre, que sin duda era un audil, porque había oído el ruido, llamó desesperadamente a su amigo. Al no obtener respuesta, bajó del árbol más veloz que una ardilla. Perry soltó la flecha. Oyó un crujido: la punta se había clavado en madera. El audil se desplazó hasta el otro lado del grueso tronco, impidiendo que Perry pudiera disparar con seguridad.

Al verlo, soltó el arco, desenvainó el puñal, y empezó a correr.

El audil lo vio y se metió detrás de unos matorrales espesos. Era flaco, de un tamaño más parecido al de Aria que al de Perry, y rápido en sus movimientos por el denso sotobosque. Perry no redujo su impulso. Se coló entre las ramas a toda velocidad, y oía como se partían y se rompían a su alrededor. El hombre descendía por la ladera, huyendo despavorido, pero Perry sabía que ya era suyo. Dio un salto y venció por los aires la distancia que lo separaba de él, abatiéndolo por la espalda.

Perry se incorporó al instante, y con un movimiento semicircular de la mano le rebanó el pescuezo. El cuerpo inquieto que forcejeaba bajo el peso de su cuerpo quedó inerte, y hasta su nariz llegó el olor denso de la sangre caliente. Perry secó el filo en la camisa de aquel Guardián, y se puso en pie con la respiración entrecortada. Matar a un hombre debería ser más difícil que matar a un ciervo. Pero no lo era. Observó el puñal que reposaba en su mano temblorosa. La diferencia estaba en lo que venía después.

Una punzada penetrante invadió sus fosas nasales, y le obligó a mirar al cielo. El éter había empezado a adoptar la forma de un inmenso remolino. La tormenta estallaría pronto, y lo haría con violencia.

Volvió a envainar el puñal, y al oír el grito ahogado los músculos de todo su cuerpo se agarrotaron.

Aria.

34
Aria

ARIA se agazapó al ver que aparecía un tercer hombre, a apenas veinte pasos de donde se encontraba. Sujetó con fuerza el puñal de Garra, preparándose para el combate, pero al momento constató que no se dirigía hacia ella, sino hacia el árbol del que colgaba el muerto. El temor se apoderó de ella. Lo que buscaba era el cuerno. Si alertaba al resto de hombres, no moriría solo ella, sino también los hombres de Castaño. Rugido. Y Perry.

Esperó a que llegara junto al tronco del árbol para abalanzarse sobre él. Aria no sentía el movimiento de sus piernas. Sabía que había escogido el momento adecuado. El cuervajo estaba trepando, tenía las manos ocupadas, y se encontraba de espaldas a ella. Y ella, tal como le había enseñado Rugido, usó la velocidad y el factor sorpresa en su propio beneficio.

Debería haber sido perfecto. Pero, a escasos pasos de su diana se dio cuenta de que los únicos blancos letales que conocía se encontraban en la parte frontal del cuerpo. Se planteó adelantarse y clavarle el puñal en la yugular, pero el hombre estaba demasiado alto.

Ya no podía volver atrás. El cuervajo la había oído y empezaba a volver la cabeza. Durante un segundo que se hizo eterno, sus ojos se encontraron. La voz de Rugido atronó en su mente. «Ataca tú primero, y rápido.» Pero, ¿dónde? ¿En la pierna? ¿En la espalda? ¿Dónde?

El hombre se bajó del árbol, y cayó hacia ella. Aria intentó levantar el puñal. Quería hacerlo, pero cuando quiso darse cuenta, él ya se había abalanzado sobre ella.

Aria cayó boca arriba, y le pareció que le faltaba el aire. Dejó escapar un grito ahogado. El caníbal se había tendido sobre su cuerpo. Entonces se estremeció y quedó inerte.

Lo había matado.

Oleadas de pánico recorrieron todo su ser al sentir los cabellos del aquel hombre sobre sus ojos, su peso oprimiéndola. Intentó en tres ocasiones llenar de

aire los pulmones. Cuando, finalmente, lo logró, no tuvo más remedio que impregnarse de su olor corporal, un hedor insufrible que le dio náuseas y le revolvió el estómago.

Un rostro apareció sobre ella. Una niña. Tenía los ojos muy abiertos, pero era bonita. Se subió al árbol, se pasó por el cuello el cordel del cuerno, bajó al suelo de un salto y salió corriendo.

Aria retiró el hombro con todas sus fuerzas, y logró liberar el brazo. Con otro empujón apartó al hombre. Tenía que alejarse de él como fuera. No podía hacer nada más que llenar de oxígeno sus pulmones hambrientos.

Llegó alguien, un hombre de mayor tamaño. De pronto estaba ahí, acuclillado a su lado. Aria palpó el suelo, en busca del puñal, y volvió a oír las palabras de Rugido en su mente: «No sueltes nunca el puñal.»

—Tranquila, Aria. Soy yo.

Perry. Recordó que él también llevaba un gorro que ocultaba su pelo largo, de reflejos dorados.

—¿Estás herida? ¿Dónde?

Recorrió su vientre con las manos.

—No soy yo —dijo—. No es mía.

Perry la estrechó en sus brazos. Maldiciendo en voz baja, diciéndole que creía que había vuelto a ocurrir. Ella no entendía a qué se refería. Pero quería quedarse allí, pegada a él. Acababa de matar a un hombre. Estaba manchada de su sangre, y no podía dejar de temblar. Pero se apartó.

—Perry —dijo—. Tenemos que encontrar a Rugido.

Todavía no se habían puesto en pie cuando el tañido del cuerno rasgó el silencio.

* * *

Corrieron juntos a través del bosque umbrío, empuñando los puñales, hasta que se tropezaron con un cuerpo boca abajo, una pierna doblada en una posición forzada. A Aria le flaquearon las piernas. Conocía bien las proporciones de Rugido, porque se había pasado los últimos días observándolo, estudiándolo bien para calcular sus ataques.

—No es él —dijo Perry—. Es Gage.

Rugido los llamó en voz muy baja desde más lejos.

—Perry, aquí.

Lo encontraron sentado, con la espalda apoyada en un árbol, una pierna estirada y un brazo apoyado en la otra rodilla. Aria se acuclilló junto a él.

—Eran cinco. A Mark se lo han cargado de entrada. Gage y yo hemos matado a cuatro. Él se ha ido a perseguir al que ha conseguido huir.

—Gage está muerto —dijo Perry.

Bajo la pierna de Rugido brillaba un charco de sangre. Aria se fijó en que tenía un desgarró en los pantalones, a la altura del muslo. La piel estaba abierta, y el músculo también. La sangre brotaba sin detenerse en la herida, teñida del azul del éter que iluminaba el cielo.

—La pierna, Rugido.

Presionó con las dos manos para detener la hemorragia.

Rugido se retorció de dolor. Perry arrancó una tira de cuero del macuto y lo ató por encima de la herida. Sus manos se movían velozmente.

—Yo te llevaré.

—No, Peregrino —se negó Rugido—. Los cuervajos se acercan.

Aria también los oía. Sonaban las campanillas. Los caníbales avanzaban en su persecución, sin que la tormenta impidiera su avance.

—Primero te llevaremos junto a Castaño —sentenció Perry.

—Están demasiado cerca. No llegaremos a tiempo.

Un escalofrío recorrió la nuca de Aria. Miró a través de los árboles, imaginando a sesenta caníbales avanzando hacia ellos cubiertos con capas negras.

Perry soltó una maldición. Le entregó a Aria el macuto, el arco y las flechas.

—No vayas más de tres pasos por detrás de mí.

Levantó a Rugido, pasándole un brazo por encima del hombro, como había hecho con Tizón. Y echaron a correr. Perry cargaba a medias con su amigo, y las campanillas resonaban en sus oídos. Ella descendía por la ladera a trompicones. Aquel sonido la iba a enloquecer.

Perry escrutaba los árboles con ojos brillantes, muy abiertos.

—¡Aria! —gritó, volviéndose hacia un grupo de rocas. Dejó a Rugido en el suelo y recogió el arco y las flechas que ella le sostenía.

Aria se agazapó tras las grandes piedras, sin aliento. Junto a Rugido. Perry, en pie, del otro lado, lanzaba una lluvia de flechas, una tras otra, sin detenerse en ningún momento. La noche traía gritos de advertencia. Los cuervajos lanzaban sus últimas palabras al cielo. Sin embargo, las campanillas estaban cada vez más cerca.

Aria no lograba apartar los ojos de Perry. Lo había visto en esa situación otras veces. Casi sereno mientras lidiaba con la muerte. En aquellas ocasiones le había resultado un desconocido. Pero era Perry. ¿Cómo podía soportar hacer algo así? Por otra parte, ¿qué alternativa le quedaba?

Al fin, Perry soltó el arco, que cayó sobre la pinaza emitiendo un ruido sordo.

—Ya estoy —susurró—. Me he quedado sin flechas.

35
Peregrino

LOS olores putrefactos de los cuervajos impregnaban la garganta de Perry. Las campanillas que llevaban en los cinturones emitían destellos a la luz del éter. Ahora su sonido era más suave. La cacería había terminado. Estaban rodeados.

Respondiendo a una señal, se cubrieron los rostros con las máscaras y se taparon la cabeza con las capuchas de las capas. A partir de entonces, Perry ya no vio nada más. Docenas de caras con pico acechando en la penumbra del bosque. Aria estaba a su lado, empuñando su arma. Rugido se puso en pie y se apoyó en una roca.

Perry vio que los cuervajos contaban con sus propios arqueros. Seis hombres con arcos que apuntaban hacia ellos. Ninguno se encontraba a más de diez metros. ¿Era así como iba a morir? Sería, sin duda, una muerte adecuada. ¿A cuántas personas había quitado la vida con su arco y sus flechas?

Un hombre corpulento se adelantó. Su máscara no estaba hecha de hueso y piel, sino de plata. Brillaba y atrapaba la luz del éter cuando elevaba la cabeza al viento, en un gesto que Perry conocía bien.

—Tiéndete donde estás, Señor de la Sangre.

Su voz era grave, sonora. Una voz ceremonial. En otras circunstancias, a Perry le hubiera halagado que alguien lo hubiera tomado por Señor de la Sangre. Ahora solo constataba la triste verdad que encerraba el hecho: era la primera y la última vez que alguien se dirigía a él de ese modo.

—No pienso hacerlo — anunció él.

Máscara de Plata permaneció en silencio unos momentos. Después habló con uno de los arqueros.

—Dispárale en una pierna. Solo al músculo. No le toques las arterias.

Perry había estado a punto de morir en varias ocasiones. Pero, al oír aquellas palabras, supo que le había llegado la hora. Lo que le invadió entonces no fue temor,

sino una gran decepción por todas las cosas que no había hecho. Por todas las cosas que sabía que podría haber hecho.

El arquero levantó el arco, la mirada penetrante, fija a través de su máscara de cuervajo.

—¡No! —Aria dio un paso al frente y se colocó junto a Perry.

—Apártate, Aria —dijo, pero al notar que le cogía la mano, no retiró la suya. Ella se acercó más a él, pues de algún modo comprendía que él la necesitaba. Y también necesitaba que Rugido estuviera allí. Con los dos a su lado, podría permanecer en su sitio, esperando a que una flecha lo abatiera.

El arquero vaciló, al ver que tenían las manos entrelazadas.

—Perry —dijo Rugido con voz ronca—. Tiéndete en el suelo.

Él sintió entonces, en la nariz, el escozor del éter, que había empezado a recorrer su piel como una descarga eléctrica. Los cuervajos se agitaron. Se levantaron las máscaras y gritaron de terror al ver a Tizón.

El muchacho se abrió paso entre ellos. Descamisado, sus venas dibujaban líneas resplandecientes sobre su piel. Se adelantó más, buscando algo con sus ojos azules de éter. Los cuervajos se apartaban de él, agitando con fuerza sus campanillas.

—Tizón —musitó Perry.

Los ojos del niño se clavaron en los suyos un instante. Después le dio la espalda y elevó las palmas de las manos. Perry sintió que se llenaba de aire, como si hubiera aspirado muy hondo y se preparara para gritar. Agarró a Aria por la cintura y dio un salto en dirección a las rocas, donde aterrizó sobre Rugido, al tiempo que Tizón encendía la noche con líquido de fuego.

Pasaban destellos ardientes de éter, que emitían sus chillidos horribles y ahogaban los de los cuervajos. Perry cerraba los ojos con fuerza para no resultar cegado por los relámpagos. Cubría a Rugido y a Aria lo mejor que podía, aferrándose a la tierra por temor a que la tormenta los arrastrara.

El silencio llegó tan súbitamente que atronó, hueco, en sus oídos. La noche regresó con un viento fresco que se posó en los brazos de Perry. Transcurrieron

varios segundos hasta que se atrevió a levantar la cabeza. El penetrante olor a pelo quemado se mezclaba con el de la carne chamuscada y la madera carbonizada. Intentó ponerse de rodillas, pero acabó echándose de lado.

Estrellas. Veía estrellas a través de un inmenso ojo abierto en el éter. Unas estrellas limpias, radiantes. Alrededor del agujero, el éter giraba en círculos. Como un guijarro lanzado a un lago, pero que en lugar de crear ondas que se alejaban, hacía que se acercaran. E iba cubriendo todas y cada una de las estrellas con su luz azulada.

Aria apareció sobre él.

—Perry, ¿estás bien?

No podía hablar. La boca le sabía a cenizas y a sangre.

—¡Rugido! —dijo Aria—. ¿Qué le pasa?

Acercó la mano de Rugido a la frente de Perry.

Rugido lo miró.

—¿Dónde te duele, Perry?

«Me duele todo —pensó él, seguro de que su amigo podía oírle—. Pero lo que más me duele es la garganta. ¿Y a ti?»

—Yo estoy bastante bien. —Rugido se volvió hacia Aria—. No le pasa nada.

Con ayuda de Aria, Perry se sentó. Por lo que veía, los árboles habían quedado reducidos a restos negros, carbonizados. La tierra resplandecía, salpicada de brasas encendidas, pero no veía fuego por ninguna parte. Ni cuerpos. Todo se había quemado ya. Tizón había arrancado la vida de todo, salvo por una máscara, que había quedado intacta sobre la ceniza. La plata se veía doblada y goteaba como cera derretida.

Cerca, una figura demacrada, pelada, se encontraba tendida en el interior de un círculo de polvillo gris. Perry se arrojó a sus pies. Tizón estaba acurrucado, hecho un ovillo. Estaba desnudo. Su ropa se había convertido en ceniza. No le quedaba ni un pelo en la cabeza. El fulgor de sus venas desapareció ante los ojos de Perry, y estas se hundieron de nuevo bajo su piel.

El muchacho entreabrió los párpados, mostrando a medias sus ojos negros.

—¿Has visto lo que he hecho?

—Lo he visto —le respondió Perry con voz entrecortada.

Tizón se fijó entonces en su mano, en la carne herida.

—No pude evitarlo.

—Ya lo sé —le tranquilizó Perry, que veía su propio reflejo en los ojos del niño. Comprendía bien el terror que causaba tener el don de poner fin a las vidas ajenas.

Tizón gruñó, se llevó las manos al vientre, y empezó a agitarse. Las convulsiones se acompañaban de una respiración entrecortada. Perry sacó una manta del macuto y lo cubrió con ella. Después fue dejando el resto de las cosas entre las rocas. Aria sostenía a Rugido como había hecho antes, sujetándolo del lado de la herida. Perry cogió en brazos a Tizón, y al hacerlo le sorprendió descubrir que tenía la piel muy fría.

—Te he compensado —balbució con voz temblorosa.

Pasaron sobre un par de cuervajos acurrucados juntos a la sombra de un árbol. Al ver a Tizón se escabulleron. Perry tragó saliva: sentía la garganta muy seca. ¿Habría conocido aquel niño algo que no fuera temor, y lástima?

Entraron corriendo en el patio de Delfos. Perry dejó a Tizón junto a Rugido, sobre el empedrado. La gente empezaba a congregarse frente a la verja, pertrechada con armas, lista para la guerra, para una invasión, para cualquier cosa. El éter seguía cubriéndolo todo. La pausa que Tizón hubiera podido proporcionarles tocaba ya a su fin.

Castaño se abrió paso entre la multitud.

—¿Y Mark y Gage?

Perry negó con la cabeza, dio diez o doce pasos, tambaleante, y se dio la vuelta. Se acercó el puño a los labios y se lo mordió con fuerza para ahuyentar la culpa y todo lo que amenazaba con aflorar. Tras él, Aria le contaba a Castaño lo sucedido. La gente se echó a llorar, y empezó a maldecir a Perry. Tenían razón:

había sido él quien había atraído a los cuervajos hasta aquí. Mark y Gage habían muerto por su culpa. No veía la manera de escapar de ese sentimiento.

Castaño se acercó a él.

—Tenéis que ir. Los cuervajos pueden regresar. Vuelve a casa, Peregrino. Lleva a Aria junto a su madre.

Aquellas sencillas palabras bastaron para devolver la claridad a su pensamiento. Se acercó a Rugido.

—Tú vendrás en primavera.

Rugido estrechó con fuerza la mano que le ofrecía su amigo.

—Tan pronto como pueda llegar.

Perry se acercó a Tizón. Sabía que a él no podía darle órdenes, pues su poder era mucho mayor que el suyo. Pero también sabía que Tizón lo necesitaba. Necesitaba a alguien que le ayudara a entender lo que había hecho, lo que podía volver a hacer. Tal vez a Perry también le hiciera falta alguien así.

—¿Y tú? ¿Acompañarás a Rugido? —Se trataba de una pregunta mucho más profunda de lo que parecía. Lo que le estaba preguntando era si juraría fidelidad a Perry.

Tizón le respondió sin pensar.

—Sí.

PERRY y Aria franquearon juntos la verja. Recogieron las cosas que habían dejado junto a las rocas y echaron a correr. El éter lanzaba sus gritos, soltaba embudos que hacían temblar la tierra que pisaban. El humo enturbiaba el aire fresco a medida que los bosques ardían.

Avanzaban de prisa, movidos por la urgencia de alejarse de Delfos. En cuestión de horas dejaron atrás lo peor de la tormenta, y pasaron el resto de la noche viajando en silencio. Descendían las laderas de los montes cogidos de la mano. Se pasaban el agua cada vez que uno de los dos bebía, y de vez en cuando se acariciaban. Ella lo cogía de la mano durante unos pasos. Él le apoyaba la suya en la cadera un instante. Era su manera de decirse «Estoy aquí», «todavía estamos juntos».

Hacia el amanecer, Perry no pudo seguir ignorando los olores que los acechaban. La sangre y la ceniza se incrustaban en sus ropas, en su piel. El humo de la tormenta de éter menguaba. Ya no podía confiar en que seguiría enmascarando sus perfumes, en que mantendría alejados a los lobos. Se detuvieron al llegar a un río que descendía en cascada, entre grandes rocas grises, y allí se lavaron rápidamente, tiritando al sentir el agua helada. Después reemprendieron la marcha. Perry esperaba que bastara con aquello.

Horas después, Aria se agarró de su brazo.

—Oigo ladridos, Perry. Debemos refugiarnos en algún lugar seguro.

La tarde era fría, y al hablar soltó vaho por la boca.

Perry aguzó el oído. Hasta él solo llegaba la calma después de la tormenta, pero el olor de los animales sí lo percibía con fuerza, y le indicaba que la jauría no podía encontrarse lejos. Buscaba con la mirada un árbol de envergadura en el que encontrar refugio, pero solo encontraba abetos de ramas altas y finas. Aceleró el paso, maldiciéndose a sí mismo por no haber cogido más flechas cuando habían regresado al recinto de Castaño a llevar a Tizón y a Rugido. Ahora solo le quedaba el puñal. Un puñal que no duraría mucho entre tantos lobos.

Aria miró hacia atrás y abrió mucho los ojos.

—¡Perry, están ahí detrás!

Momentos después oyó a los lobos, dos aullidos agudos que le parecieron demasiado cerca. Desesperado, corrió hasta el árbol más cercano, una elección poco acertada, pues las ramas eran demasiado bajas y quebradizas. Entonces vio un sendero creado por el paso de animales, un camino de tierra que ascendía hasta otro árbol. Y se fijó en una cabaña de madera instalada entre las ramas de un pino enorme. Aria y él corrieron hacia allí, mientras los gruñidos se hacían más audibles. Había marcas de garras en la base del tronco. Una escalera de cuerda colgaba de una gruesa rama.

Perry levantó a Aria hasta la escalera.

—¡Ya vienen! —gritó—. ¡Perry, sube!

Pero no podía. Todavía no. No creía que aquellas cuerdas secas aguantaran el peso de los dos. Desenvainó el puñal y se volvió.

—¡Sube tú! ¡Yo lo haré luego!

Ante él aparecieron siete lobos. Animales inmensos de ojos azules, brillantes, y de pelo plateado. Su olor llegaba hasta Perry como una oleada roja de sed de sangre. Levantaron los hocicos, olisqueando, lo mismo que él, y echaron hacia atrás las orejas y enseñaron los dientes, al tiempo que erizaban el pelo de la grupa.

Aria llegó a lo alto y lo avisó. Perry dio otra media vuelta y de un salto se aferró al peldaño más alto que alcanzó. Levantó las piernas y blandió el puñal, mientras los lobos intentaban morderlo. Pateó a uno de ellos en una oreja, y oyó que gemía y se echaba hacia atrás, lo que le dio tiempo de apoyar los pies en un peldaño e impulsarse hacia arriba. En cuestión de segundos llegó a lo alto.

Aria lo sujetó para que no perdiera el equilibrio. Avanzaron con cuidado por la rama ancha hasta la cabaña. Dos de sus lados estaban contruidos sólidamente, con tablones yuxtapuestos. En los otros dos había espacios entre los listones, lo que daba a la construcción un aspecto de jaula.

Aria fue la primera en entrar. A él no le cabían los hombros, y tuvo que partir un tablón de una patada. La madera crujió, y una vez dentro descubrió que no podía ponerse totalmente de pie, pero las maderas que formaban el suelo se veían

resistentes. Los dos permanecieron unos instantes mirándose, jadeando, mientras los lobos aullaban debajo y rascaban el tronco con las garras. Entonces él apartó unas hojas secas con los pies y dejó el macuto en el suelo. La última claridad del día se filtraba, grisácea, entre los troncos, como una luz que se moviera a través del agua.

—Aquí arriba estaremos a salvo —dijo.

Aria miró hacia fuera, y sintió los hombros tensos, agarrotados. Aquellos rugidos rabiosos no cesaban.

—¿Cuánto tiempo se quedarán ahí abajo?

Perry no creyó que sirviera de nada mentirle. Los lobos esperarían, igual que habían esperado los cuervajos.

—El tiempo que haga falta.

Perry se pasó una mano por el pelo, sopesando sus opciones. Podía fabricar flechas nuevas, pero tardaría un buen rato, y además había arrojado el arco al suelo cuando estaba abajo. Por el momento no se le ocurría nada. Se arrodilló y sacó la manta del macuto. Habían tenido que correr mucho para ponerse a salvo, y todavía no sentían frío. Pero no tardarían en sentirlo.

Permanecieron juntos, sentados, mientras la noche caía sobre la cabaña. La oscuridad amplificaba los gruñidos que provenían de abajo. Perry sacó el agua, pero Aria no quiso beber. Se cubría los oídos y cerraba los ojos con fuerza. Su humor exudaba ansiedad, y él sabía —sentía— que aquellos sonidos le causaban dolor físico. Pero no sabía cómo ayudarla.

Transcurrió una hora. Aria no se había movido. Perry creía que estaba a punto de volverse loco cuando los ladridos cesaron inesperadamente. Se incorporó.

Aria se destapó los oídos, y a sus ojos, fugazmente, asomó una esperanza.

—Todavía siguen aquí —susurró.

Él se apoyó contra los tablones, disfrutando del silencio. Un aullido. Un escalofrío recorrió su espalda. Cada vez más agarrotado, escuchaba aquel lamento que no se parecía a nada que hubiera oído en su vida. Igual que le sucedía cuando se entregaba, aquel sonido le provocaba el sentimiento más profundo, más intenso,

y se le formaba un nudo en la garganta. Fueron sumándose otros lobos, creando un sonido que le ponía los pelos de punta.

Al cabo de unos minutos, aquellos aullidos también cesaron. Perry albergó esperanzas, pero los ladridos y los arañazos de las garras regresaron. Notó que los tablones se movían bajo su peso cuando Aria se levantó y se acercó al borde. La manta que llevaba sobre los hombros se le cayó. Perry la observaba mirando hacia abajo, a los lobos. Y entonces ella se rodeó la boca con las manos y cerró los ojos.

Él creyó que se trataba de otro lobo que aullaba. Ni siquiera al verla podía creer que un sonido como ese hubiera salido de su garganta. Los ladridos, abajo, cesaron al momento. Cuando terminó, lo buscó con la mirada, apenas un instante. Y entonces entonó un lamento más triste, más intenso, con voz más poderosa, más que la de los lobos que acechaban abajo.

Cuando terminó, el silencio se apoderó de todo. El corazón de Perry latía con fuerza.

Oyó un quejido leve, una especie de estornudo. Y entonces, al cabo de un momento, el sonido de pisadas que indicaba que los lobos se retiraban hacia la noche.

* * *

Ahora que los animales se habían ido, volvieron a sentarse y compartieron el agua. El temor de Perry se iba disipando, y dejaba al descubierto un profundo cansancio. No podía dejar de mirar a Aria. No podía dejar de asombrarse.

—¿Qué les has dicho? —le preguntó al fin.

—No tengo ni idea. Lo único que he hecho ha sido imitar sus aullidos.

Perry dio un trago al agua.

—Es un don que tienes.

—¿Un don? —Ella pareció perderse en sus pensamientos durante unos momentos—. Hasta ahora no lo había pensado así. Pero tal vez lo sea. —Sonrió—. Somos parecidos, Perry. Mi tipo de voz se conoce como voz de «soprano halcón».

Él sonrió.

—Pájaros de una pluma.

Ya más tranquilos, comieron un poco de queso y unos frutos secos que se habían llevado del recinto de Castaño. Después se cubrieron con las mantas y se tendieron sobre el suelo de tablones. Oían el rumor del viento al pasar entre las ramas de aquel árbol.

—¿Tienes alguna chica en tu tribu? —le preguntó Aria.

Perry la miró, y sintió que se le aceleraba el pulso. Era la última pregunta que le apetecía responder.

—A nadie importante —dijo, cauto. Aquello sonaba horrible, pero era la verdad.

—¿Y por qué no es importante?

—Tú ya sabes qué voy a responderte, ¿verdad?

—Rosa me lo contó. Pero quiero oírlo de tu boca.

—Mi sentido es el menos frecuente. El más poderoso. Para nosotros es más importante mantener nuestro linaje puro, más aún que para los demás Marcados. —Se frotó los ojos fatigados y suspiró—. Si los sentidos se cruzan, se desencadena una maldición. Y llega la desgracia.

—¿Una maldición? Eso suena muy arcaico. Como a algo sacado de la Edad Media.

—Pues no lo es —replicó él, intentando disimular el enfado.

Ella permaneció un instante pensativa, y echó hacia atrás la cabeza.

—¿Y entonces tú qué? Tú tienes dos sentidos. ¿Tu madre era esciro?

—No, Aria. No quiero hablar de ello.

—De hecho, yo tampoco quiero.

Permanecieron en silencio. Perry deseaba acercarse a ella. Quería sentirse como en el día anterior, cogerla de la mano. Pero su estado de ánimo se había vuelto distante, frío como la noche.

Finalmente, Aria habló.

—Perry, ¿qué olores percibiría yo ahora si fuera una esciro?

Perry cerró los ojos. Describiendo sus diferencias no lograría acercarse más a ella. Pero tampoco lo conseguiría si se negaba a responder. Aspiró hondo y le transmitió lo que su nariz captaba.

—Hay rastros de los lobos. Los aromas del árbol traen un tono invernal.

—¿Los árboles huelen a invierno?

—Sí. Ellos saben antes que nadie qué tiempo hará.

Ya empezaba a lamentar contarle aquellas cosas. Aria se mordió el labio inferior.

—¿Y qué más? —preguntó Aria, pero él notaba en su olor que le dolía que él supiera tantas cosas que ella no sabía.

—Hay resina y polvo en los clavos de hierro. Huelo los restos de un incendio, que probablemente ardió hace meses, pero la ceniza es distinta a la de ayer, la de Tizón. Esta es seca y su sabor recuerda a la sal fina.

—¿Y la de ayer? —preguntó ella en voz baja—. ¿A qué olía la ceniza de ayer?

Perry la miró.

—A azul. A vacío. —Ella asintió, como si comprendiera, aunque no podía—. Aria, esto no es buena idea.

—Por favor, Perry. Quiero saber cómo son las cosas para ti.

Él carraspeó al notar que se le agarrotaba la garganta.

—Esta cabaña pertenecía a una familia. Huelo restos de un hombre y una mujer. Un mancebo...

—¿Qué es un mancebo?

—Un niño que está a punto de convertirse en hombre. Como Tizón. Tienen un olor que no puede olvidarse, no sé si me entiendes.

Ella sonrió

—¿Y ese sería tu olor?

Él se llevó la mano al corazón, fingiendo ofensa.

—Eso me ha dolido. —Esbozó una sonrisa—. Sí, sin duda. Para otro esciro, mis apetitos deben apestar.

Ella se echó a reír y ladeó la cabeza. El pelo negro se derramó sobre un hombro. Y, al momento, el frío de la noche se desvaneció.

—¿Y si yo fuera esciro sabría todo eso? —preguntó.

—Eso y más. —Perry suspiró, soltando el aire despacio—. Tendrías una idea bastante clara de lo que deseo en este momento.

—¿Y qué sería eso?

—Tenerte más cerca.

—¿Cuánto más cerca?

Él levantó un pico de su manta.

Aria lo sorprendió rodeándolo con los brazos y estrechándolo en ellos. Perry bajó la mirada para ver sus cabellos negros, la cara hundida en el pecho. En lo más profundo de su ser sintió que un peso frío se levantaba. No era en abrazos en lo que él estaba pensando, pero tal vez fuera mejor así. No sabía por qué le sorprendía que ella supiera mejor que él mismo lo que le convenía.

Transcurrido un momento, se retiró. Tenía lágrimas en los ojos. Estaba muy cerca, y su olor pasaba a través de él y lo llenaba. Descubrió que a sus ojos también asomaba el llanto.

—Sé que tú y yo solo tenemos este tiempo. Sé que terminará.

Entonces la besó, separando aquellos labios suaves con los suyos. Su sabor era perfecto, a lluvia nueva. El beso se hizo más profundo, recorrió su cuerpo con las manos, la atrajo hacia sí. Pero entonces ella se retiró y sonrió. Sin decir nada, le besó la nariz, la comisura de los labios, y después un hoyuelo en la mejilla. Cuando le levantó la camisa, creyó que el corazón iba a dejar de latirle. Él la ayudó y se la quitó por encima de la cabeza. Los ojos de Aria recorrieron aquel pecho, y sus dedos resiguieron las marcas. Él no lograba respirar más despacio.

—Perry. Quiero verte la espalda.

Otra sorpresa, pero asintió y se dio media vuelta. Echó la cabeza hacia delante y aprovechó el momento para intentar calmarse un poco. Aria dibujó con un dedo el perfil de sus alas sobre su piel, y él dio un respingo y soltó un gemido. Se maldijo a sí mismo: ni queriendo habría podido sonar más salvaje.

—Lo siento —susurró ella.

Él carraspeó.

—Nos las ponen cuando cumplimos los quince años. A todos los Marcados. Una banda es para el sentido, y la otra para el nombre.

—Es magnífico. Como tú —dijo ella.

Las palabras de Aria fueron decisivas. Se volvió por sorpresa, la agarró y la tumbó sobre los tablones, razonando lo justo para suavizar la caída antes de llegar al suelo.

Aria soltó una risotada de sorpresa.

—¿No te ha gustado eso?

—Sí. Demasiado. —Mediante unos pocos movimientos rápidos, consiguió colocar una manta debajo de ellos, y otra encima, cubriéndolos. Y entonces ella fue suya. La besó y se perdió en la seda de su piel, y en su perfume de violetas.

—Perry... si nosotros... no podría quedar...?

—No —dijo él—. Tu olor sería distinto.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

Preguntas. Claro. Conociéndola... Incluso en ese momento no podía dejar de preguntar.

—Más dulce —dijo.

Ella lo atrajo más hacia sí, y le rodeó el cuello con los brazos.

—Aria, si no estás segura no tenemos por qué hacerlo —susurró él.

—Confío en ti, y estoy segura —dijo ella, y él supo que decía la verdad.

La besó despacio. Todo lo hacía despacio, para adaptarse a su humor, y la miraba a los ojos. Cuando se unieron, aspiró el olor de su valentía, de su certeza. Perry se lo apropió, respiró su respiración, sintiendo lo que ella sentía. Nunca hasta entonces había sentido que estuviera haciendo algo tan bien hecho.

A la mañana siguiente, Perry le dijo que los olores de los lobos ya eran débiles. Aunque no creía que la jauría estuviera cerca, reemprendieron la marcha con más cuidado que nunca, y solo se relajaron cuando dejaron atrás aquel territorio.

Se mostraba distinto con ella. Le hablaba en voz baja mientras caminaban. Respondía a todas y cada una de sus preguntas, y le contaba incluso algunas cosas que ella no le preguntaba, pues sabía que ella deseaba conocerlas. Le hablaba de las plantas que se encontraban por el camino, le explicaba cuáles eran comestibles y cuáles tenían propiedades medicinales. Le mostraba los rastros de los animales con los que se cruzaban, y le enseñaba a orientarse según la forma de las colinas.

Aria memorizaba todas y cada una de las palabras que él pronunciaba, saboreaba todas y cada una de las sonrisas que le dedicaba. Siempre encontraba alguna excusa para acercarse a él, fingiendo interés en alguna hoja, en alguna roca. Pero no había nada que la fascinara más que él mismo. Cuando Perry le dijo que tardarían seis días en llegar a Alegría, dejó de lado las excusas. Seis días sin saber nada de Lumina era una espera demasiado larga. Pero seis días no era tiempo suficiente para estar con él.

Esa tarde se detuvieron a comer algo sobre una formación rocosa. Perry le rozó la mejilla con los labios mientras ella comía, y ella descubrió que esos besos sin motivo eran la cosa más deliciosa del mundo, incluso cuando una estaba masticando comida. Con aquellos besos, los bosques se iluminaban, se iluminaba el cielo eterno, se iluminaba todo.

Aria se unió a aquella táctica, que bautizó como del «Beso Espontáneo», y pronto descubrió lo mucho que costaba sorprender a un esciro. Cada vez que ella intentaba devolverle algún beso espontáneo, Perry sonreía con los ojos entrecerrados y extendía los brazos. Ella lo besaba de todos modos, porque no le importaba, hasta que en algún momento recordaba que algún día escogería a una chica que fuera como él. Una esciro que también fuera inmune al Beso Espontáneo. Aria se preguntaba si conocerían todas las emociones que sintiera el otro. Le resultaba curioso, y a la vez le daba miedo, saber que era capaz de odiar a alguien a quien ni siquiera había visto nunca. Ella no era así. Al menos antes no lo era.

Esa noche Perry fabricó una hamaca con sus mantas y una cuerda. Así, acurrucados muy juntos, envueltos en aquel nido de lana cálida, ella notaba los latidos de su corazón bajo el oído, y deseó lo que siempre deseaba en Ensoñación: poder existir en dos mundos a la vez.

* * *

Al día siguiente se pasó horas pensando, volviendo hacia sí misma sus preguntas, sus ganas de saber. Lo que estaba descubriendo sobre su persona le gustaba. La nueva Aria sabía que había que desplumar a las aves cuando todavía estaban tibias, para que las plumas cedieran más fácilmente. La nueva Aria era capaz de encender una hoguera ayudándose de un cuchillo y un pedazo de cuarzo. La nueva Aria cantaba envuelta en los brazos de un muchacho rubio.

No sabía cómo encajaría esa parte de ella en lo que la aguardaba a cinco días de allí. ¿Cómo se sentiría al regresar a la Cápsula? Sabiendo lo absolutamente viscerales y aterradores y euforizantes que habían sido esos días, ¿cómo podría regresar a aquellas emociones simuladas? No lo sabía, pero pensar en ello era algo que la preocupaba. En cuanto a la gran pregunta —qué ocurriría cuando llegara a Alegría—, hizo algo que era nuevo para ella: suspendió toda interrogación, todo temor, y confió en que ya sabría qué hacer cuando llegara el momento.

* * *

—¿Perry? —le susurró aquella noche, cuando ya era tarde. Él la estrechó entre sus brazos, apretándole mucho las costillas, y Aria supo que lo había despertado.

—¿Mmm?

—¿Desde cuándo tienes tus sentidos?

En medio de aquel silencio, ella creía oír cómo se zambullía en sus recuerdos.

—Primero me vino la visión. Tendría unos cuatro años. Durante un tiempo nadie supo que era distinto... ni siquiera yo. La mayoría de videntes ven mejor con luz, pero yo creía que todo el mundo veía igual que yo. Cuando se supo que yo era

Vidente Nocturno nadie pareció demasiado impresionado. O al menos no me lo demostraban. Tenía ocho años cuando empecé a oler humores. Ocho años recién cumplidos. De eso sí me acuerdo.

—¿Por qué? —preguntó Aria. Pero por la manera en que lo dijo, se daba cuenta de que había algo que no estaba segura de querer saber.

—Oler los humores de la gente lo cambió todo... Me di cuenta de que, muchas veces, la gente decía una cosa y pensaba otra. Que muchas veces deseaba lo que no podía obtener. Empecé a ver los motivos de todo... No podía evitar saber las cosas que la gente ocultaba.

A Aria se le aceleró el pulso. Le cogió la mano que se había quemado. Había dejado de usar el vendaje la noche en que salieron del recinto de Castaño. En el reverso, había zonas en que la piel era demasiado áspera, y otras en que se notaba muy suave. Se la acercó a la cara y la besó. Nunca habría imaginado siquiera que una cicatriz pudiera ser algo digno de ser besado, pero a ella le encantaban todas sus cicatrices. Las había ido encontrando, y las había besado todas, y le había pedido que le contara la historia de cada una de ellas.

—¿Qué fue lo que descubriste? —le preguntó.

—Que mi padre bebía para poder soportar estar a mi lado. Descubrí que se sentía aún mejor cuando sus puños se tropezaban con mi cuerpo. Durante un rato. No mucho.

Con los ojos llenos de lágrimas, Aria lo abrazó con fuerza y lo notó muy agarrotado. Ella ya había captado algo de eso. De algún modo, ya lo sabía.

—Perry, ¿qué podías haber hecho tú para merecer eso?

—Mi... Nunca he hablado de esto.

Perry ahogó un sollozo, y a ella se le hizo un nudo en la garganta.

—A mí puedes contármelo.

—Lo sé... Lo intento... Mi madre murió al darme a luz. Murió por mi culpa.

Ella se echó hacia atrás para verle la cara. Él cerró los ojos.

—No fue culpa tuya. No puedes culparte por eso. Perry... ¿te culpas a ti mismo?

—Él sí me culpaba. ¿Por qué no iba a culparme yo?

Recordó lo que le había dicho sobre matar a una mujer. Ahora se daba cuenta de que se estaba refiriendo a su madre.

—¡Eras un recién nacido! Fue un accidente. Algo horrible que sucedió. Está muy mal que tu padre te hiciera sentir así.

—Él sentía lo que sentía. Los humores no se pueden disimular.

—¡Estaba equivocado! ¿Tu hermano y tu hermana también te culpaban?

—Liv no me echó nunca la culpa. Y Valle nunca actuó como si lo hiciera, aunque no puedo estar seguro. No puedo oler sus humores, lo mismo que no puedo oler los míos. Pero tal vez lo hiciera. Yo soy el único que ha heredado su sentido. Mi padre lo dejó todo por estar con ella. Creó una tribu. Tuvo a Valle y a Liv. Y después llegué yo y le robé lo que más amaba. La gente decía que había sido la maldición por mezclar las sangres. Decían que finalmente había tenido que pagar el precio.

—Tú no le robaste nada. Es algo que sucedió, eso es todo.

—No, eso no es todo. A mi hermano le ocurrió lo mismo. Mila también era vidente y... también está muerta. Garra está enfermo... —Aspiró hondo y suspiró, tembloroso—. No sé lo que digo. No debería estar hablando de esto contigo. Últimamente hablo demasiado. Tal vez ya no sé cómo se para.

—No tienes por qué parar.

—Ya sabes qué pienso de las palabras.

—Las palabras son la mejor manera que tengo para conocerte.

Él le acarició el rostro y le pasó los dedos por el pelo.

—¿La mejor manera?

Le rozó varias veces la barbilla con el pulgar, en un gesto que la distraía. Sabía muy bien qué era lo que quería. Tal vez todo lo que él había hecho en la vida

había sido huir hacia delante. Intentar salvar a toda la gente que podía. Intentar compensar por algo que nunca había hecho.

—Perry —dijo Aria, cubriéndole la mano con la suya—. Peregrino, tú eres una persona buena. Has arriesgado tu vida por Garra y por Tizón. Por mí. En mi caso lo hiciste cuando ni siquiera te caía bien. Te preocupas por tu tribu. Te duele saber que Rugido y tu hermana se encuentran en la situación en la que se encuentran. Sé que te duele mucho. Lo veía en tu cara cuando Rugido hablaba de Liv. —Le temblaba la voz. Tragó saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta—. Eres bueno, Peregrino.

Él negó con la cabeza.

—Tú ya me has visto.

—Exacto. Y por eso sé que tu corazón es bondadoso. —Le apoyó la mano en el pecho y sintió toda la vida que palpitaba en su interior. Con tanta fuerza que era como si tuviera la oreja pegada a su torso.

Él dejó de acariciarla con el pulgar. La mano ascendió hasta la nuca. La atrajo hacia sí hasta que sus frentes se tocaron.

—Me han gustado esas palabras —dijo.

En sus ojos brillantes Aria vio lágrimas de gratitud y confianza. También vio la sombra de lo que ninguno de los dos se atrevía a decirse, pues solo les quedaban unos pocos días más juntos. Pero ahora, esa noche, las palabras sobraban.

Peregrino

ARIA consiguió que se olvidara de comer. Aquella era una de las muchas señales que le indicaban que estaba metido en un buen lío. Habían terminado las escasas provisiones que se habían llevado del recinto de Castaño. Tendrían que cazar algo. Perry fabricó unas pocas flechas por la mañana, usando ramas que había ido recolectando, y decidió rastrear alguna pieza a medida que avanzaban. Se retrasarían un poco, claro, pero él ya no podía seguir ignorando los calambres que atenazaban su estómago.

Descendían por la ladera de una colina cuando olió un tejón en un prado amplio que llevaba a un río. El aroma penetrante del animal brotaba de las madrigueras subterráneas que le daban cobijo. Al momento decidió que esa sería su cena.

Perry encontró el túnel de entrada y otro más alejado. Encendió fuego en uno de ellos y pidió a Aria que esperara allí con una rama llena de hojas.

—Agita el humo, metiéndolo en el hueco. El animal vendrá hacia mí. Nunca corren hacia el fuego.

El tejón vio a Perry en cuanto salió de su escondrijo. Dio media vuelta e hizo exactamente lo que él acababa de decir que no haría. Perry corrió hacia Aria.

—¡El puñal! ¡Viene hacia ti!

Ella estaba preparada, observando la madriguera, cuando Perry llegó a su lado. Pero el tejón no salía. Aria se puso en pie y empezó a caminar. Se detenía a los pocos pasos, cambiando de dirección, sin dejar de contemplar el suelo del humedal. Perry entendió por qué lo hacía. Se lo había preguntado desde el día en que vieron a los lobos. Finalmente ella se incorporó y lo miró a los ojos.

—Está justo debajo de mí —dijo, sonriendo de oreja a oreja. Sorprendida.

Perry se descolgó el arco del hombro.

—No. Déjame a mí. Pero necesitaré tu puñal.

Perry se lo entregó y se alejó unos pasos, sin atreverse a parpadear para no perder detalle.

Ella esperó unos momentos, agarrando el arma con las dos manos. Entonces la levantó por encima de la cabeza, y la hundió con fuerza en la tierra embarrada.

Hasta Perry llegó un chillido amortiguado, que sabía que ella debía de haber oído perfectamente.

* * *

Después, en el mismo humedal, se sentaron junto al tronco de un árbol caído. Aria se tendió y apoyó la cabeza en su pecho. De un fuego se elevaba un penacho de humo más alto que las copas de los árboles. Al día le quedaban todavía algunas horas. Pero tenían el estómago lleno, y Aria estaba con buen ánimo, así que Perry echó la cabeza hacia atrás, saciado, relajado. Con los ojos cerrados, notaba el resplandor del éter tras sus párpados, mientras Aria le describía los sonidos que oía.

—No son fuertes... No sé cómo explicarlo. Se han ido haciendo más perceptibles. Sonidos que antes eran simples ahora me parecen complejos. Como el río. Hay centenares de pequeños sonidos que proceden del agua. Y el viento, Perry. Es constante, se mueve entre los árboles, hace chasquear el tronco y crujir las hojas. Puedo decirte con exactitud de dónde procede. Lo oigo con tal claridad que es casi como si pudiera verlo.

Perry intentaba en vano oír lo que ella oía, y sentía una curiosa sensación de orgullo ante su recién descubierta habilidad.

—¿Crees que estar aquí fuera... bajo el éter... crees que por eso me ha ocurrido esto? ¿Que la parte de Forastera que hay en mí está despertando?

Perry la oía, pero estaba tan a gusto que había empezado a quedarse dormido. Ella le pellizcó el brazo, y él se sobresaltó.

—Lo siento. El forastero que hay en mí se estaba quedando dormido.

Ella lo miró fijamente, con ojos vivaces.

—¿Crees que estoy emparentada con Rugido?

—Tal vez un parentesco muy lejano, de muchas generaciones. Oléis muy distinto. ¿Por qué?

—Rugido me cae bien. Pensaba que, si no encuentra a Liv, tal vez... ya sabes... Los dos somos audiles. No importa. Rugido nunca superará lo de Liv.

Perry se incorporó al momento.

—¿Qué?

Ella se echó a reír.

—Ahora sí estás despierto. ¿Te has creído que hablaba en serio?

—Sí. No. Aria, hay algo de verdad en lo que dices. Rugido sería más adecuado para ti. —Perry suspiró y se pasó la mano por el pelo. La miró. Había, además, otra razón, y tal vez fuera mejor que se la dijera, ya que, por lo que se veía, empezaba a dárselo tan bien eso de contárselo todo—. Liv dice... dice que es un banquete para los ojos. —Intentó decirlo sin sonar envidioso, sin demasiado éxito. Ahora ella era capaz de distinguir miles de sonidos.

Aria sonrió. Le cogió la mano llena de cicatrices y le pasó el pulgar por los nudillos.

—Rugido es muy guapo. En Ensoñación casi todo el mundo se parece a él. O lo pretende.

A Perry se le escapó una maldición. Era culpa suya, por sacar el tema.

—Y en cambio aquí estás, haciendo manitas con un Salvaje de nariz torcida, con golpes y quemaduras en... ¿cuántos sitios has contado?

—Nunca he visto a nadie tan guapo como tú.

Perry se miró las manos. ¿Cómo lo conseguía? ¿Cómo hacía para lograr que se sintiera débil y fuerte a la vez? ¿Entusiasmado y aterrado? No sabía cómo devolverle todo lo que ella le había dado. Él carecía del don que ella poseía con las palabras. Lo único que podía hacer era cogerle la mano y besársela, acercársela al corazón y desear que ella pudiera oler cuál era su estado de ánimo en ese momento. Desear que las cosas entre ellos dos fueran fáciles. Al menos, ahora, ella había llegado a comprender. Estaba descubriendo el poder de los sentidos.

La estrechó entre sus brazos y la apoyó contra su pecho.

—Al menos sobre tu padre sí puedo decirte algo —dijo, porque sabía que ella sentía curiosidad—. Probablemente proviene de un linaje muy poderoso de audiles, siendo tú tan buena como eres con los sonidos.

Ella le apretó la mano.

—Gracias.

—Lo digo en serio. No ha sido poca cosa, oír a través de la tierra, a tanta profundidad...

Quedaron en silencio, y Perry le besó la cabeza. Sabía que ella estaba escuchando. Oyendo un mundo nuevo. Pero él ya no percibía su buen humor de hacía un momento.

Durante días Perry había sentido en las entrañas un nerviosismo, una inquietud. Una sensación parecida a la que sentía un instante después de cortarse, antes de que llegara el dolor. En ese caso, sabía cuándo lo atacaría. En tres días llegarían a Alegría. Y ella regresaría junto a su madre. No sabía qué haría él si no encontraban a Lumina. ¿Se la llevaría con los Mareas? ¿La llevaría al recinto de Castaño? No podía imaginarse haciendo ninguna de las dos cosas. La abrazó con más fuerza. Aspiró su perfume, muy hondo, impregnándose de él. Ahora estaba ahí.

—Perry. Di algo. Quiero oír tu voz de nuevo.

Él no sabía qué decir, pero no quería decepcionarla. Carraspeó.

—Desde que empezamos a dormir juntos en la cabaña del árbol no he dejado de tener el mismo sueño. Estoy en una llanura cubierta de hierba. Y sobre mi cabeza se extiende el cielo azul. No hay rastro de éter. Y la brisa ondula la hierba y despierta a los insectos. Y yo camino, y el arco que llevo a la espalda araña los campos. Y ni una sola cosa me preocupa. Es un sueño bueno.

Aria se apretó más a él.

—Tu voz suena como una hoguera de medianoche. Cálida, cómoda, dorada. Podría oírte hablar toda la noche.

— Eso no podría hacerlo nunca.

Ella se rio, y él le acercó los labios a la oreja.

— Hueles a las violetas de principios de primavera —le susurró. Y entonces se echó a reír, porque aunque era cierto, al decirlo sintió que era el mayor de los idiotas del mundo.

* * *

— ¿Y Valle era un buen Señor de la Sangre?

Aria estaba tan impaciente por aprender más cosas sobre su sentido que no podía dormir, y se quedaron despiertos hasta muy tarde, hablando.

— Muy bueno. Valle es una persona muy tranquila. Piensa mucho las cosas antes de actuar. Tiene paciencia con la gente. Creo... creo que si no estuviéramos viviendo en estos tiempos... sería el hombre más adecuado para dirigir la tribu.

Perry se daba cuenta ahora de que tal vez por eso no había llegado a retar a su hermano para convertirse él en Señor de la Sangre, tanto como por su temor a herir a Garra. Todavía no terminaba de creerse que hubieran capturado a su hermano.

— Él no pensaba ir a buscar a Garra —dijo, recordando la última vez que estuvieron juntos—. Me dijo que hacerlo equivalía a poner en peligro la seguridad de la tribu. Por eso me fui yo.

— ¿Y por qué crees que cambió de opinión?

— No lo sé.

Valle nunca había puesto nada por encima del bien de tribu, pero Garra era su hijo.

— Ahora están juntos. ¿Todavía vas a intentar sacarlos de allí? —Él la miró—. A Garra lo están cuidando. Allí tiene la posibilidad de vivir.

— Yo no me rindo.

Aria entrelazó su mano con la suya.

—¿Aunque sea mejor para él?

—¿Me estás diciendo que debería dejarlo ahí? ¿Cómo podría hacer algo así?

—No lo sé. Yo también intento imaginarlo.

Perry hizo una pausa.

—Aria... —Iba a decirle que estaba entregado a ella. Que nada era ya igual que antes a causa de ella. Pero, ¿qué más daría? Ya solo les quedaban tres días para estar juntos. Y él sabía que ella debía regresar a su casa. Sabía muy bien lo mucho que necesitaba a su madre.

Aria le cogió la otra mano.

—¿Sí, Peregrino?

Y, al cabo de un momento, esbozó una sonrisa.

Él se descubrió a sí mismo sonriendo también.

—Aria, no entiendo que en este momento estés tan contenta.

—Solo pensaba. Pronto serás Peregrino, Señor de los Mareas —dijo, haciendo girar una mano en el aire mientras pronunciaba aquellas palabras—. Me encanta cómo suena.

Perry soltó una carcajada.

—Hablas como una auténtica audil.

ARIA oía canciones en todas partes.

Saltando en los árboles. Rugiendo en la tierra. Meciéndose en el viento. Era el mismo terreno, pero ahora ella lo veía de otra manera. Cuando miraba a lo lejos, allá donde antes no veía nada, ahora imaginaba al padre que tal vez estuviera ahí. Un hombre que oiría el mundo como lo oía ella, en tonos infinitos. Era audil. Eso era lo único que sabía de él. Por curioso que pareciera, para ella era mucho.

Un día después de haber descubierto su don, se dio cuenta de que caminaba más sigilosamente. No sabía cómo, pero sin ser consciente de ello había empezado a pisar con más cuidado. Cuando se lo comentó a Perry, este sonrió.

—Yo también me he dado cuenta. Más conveniente para la caza —dijo, dando una palmada a una liebre que llevaba colgada al hombro—. La mayoría de audiles son silenciosos como sombras. Los mejores terminan convertidos en espías o en guías de las tribus más numerosas.

—¿En serio? ¿En espías?

—En serio.

Aria empezó entonces a espiar a Perry, decidida a triunfar donde antes había fracasado. Y la mañana anterior a su llegada a Alegría consiguió sorprenderlo, le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso en la mejilla. Al fin le había dado un Beso Espontáneo. Suponía que él se reiría y le devolvería el beso, pero no hizo ninguna de las dos cosas. La abrazó y apoyó la cabeza en la suya.

—¿Quieres que descansemos? —le preguntó ella al notar el peso de su cuerpo sobre sus hombros. A lo lejos se divisaban las colinas en las que, según decían, se acurrucaba Alegría.

Perry se incorporó.

—No —dijo. Entrecerró los ojos, como si le molestara una luz muy intensa—. Debemos seguir avanzando, Aria. No sé qué otra cosa hacer.

Ella tampoco, y se pusieron de nuevo en marcha.

* * *

Llegaron a las colinas a media tarde. Fueron remontándolas, una tras otra, y entonces, casi de repente, se encontraron con Alegría, una montaña edificada por el hombre entre montes de tierra. Aria no había visto nunca una Cápsula desde fuera, pero sabía que la cúpula de más envergadura, situada en el centro, era el Panóptico. Y las estructuras que partían de él correspondían a las cúpulas de servicio, como en Ag 6. Ella se había pasado diecisiete años en el Panóptico de Ensoñación. Confinada en un solo lugar. Ahora le resultaba inconcebible. La última luz del día se disipaba, y los perfiles de la Cápsula gris se confundían con la noche.

Perry, a su lado, se mantenía inmóvil, en silencio, observándolo todo.

—Parece que se está produciendo un rescate. Hay deslizadores... unos treinta, más o menos, y una nave de mayor tamaño. Al menos cincuenta personas se mueven por el exterior.

Para ella, lo que le describía no eran más que unos puntos borrosos junto a Alegría, iluminados por un círculo de luz. Pero el rumor constante y leve de los motores sí llegaba hasta sus oídos.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó Perry.

—Acerquémonos un poco más.

Avanzaron en silencio sobre la hierba seca, y se detuvieron al llegar a un repecho rocoso. Desde allí, Aria distinguía un gran rectángulo que se abría en Alegría, una cavidad amplia en las paredes lisas de la Cápsula. Los Guardianes que entraban y salían vestían trajes estériles. Ella sabía bien lo que aquello significaba. El ambiente estanco había dejado de serlo. Aunque ya esperaba encontrarse con algo así, sintió que se le entumecía el cuerpo.

Perry, a su lado, maldijo en voz baja.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—Hay un carro negro ahí abajo —respondió él torciendo el gesto—. Una

especie de camión, cerca de la Cápsula.

Sí, lo veía. Para ella era una miniatura, pero lo veía.

—Hay gente. Cuerpos a bordo.

A Aria se le humedecieron los ojos.

—¿Distingues alguna de las caras?

—No. —Perry la abrazó—. Ven aquí —susurró—. Podría estar en cualquier parte. No te rindas ahora.

Se sentaron sobre las rocas, juntos, mientras ella se obligaba a pensar. No podía aparecer por ahí en plena noche y presentarse como residente. Necesitaba llegar con un plan bien estructurado. Sacó el Smarteye del macuto. En el recinto de Castaño no le había ayudado a comunicarse con Lumina, pero ahora sí le resultaría útil.

Aria observó con atención el punto negro en la distancia. Ya había esperado bastante. Sabía lo que tenía que hacer.

—Tengo que bajar hasta ahí.

—Te acompaño.

—No, no puedes. Te mataría si te vieran.

Él soltó un gruñido, como si aquellas palabras lo hubieran herido físicamente.

—Los Mareas necesitan que seas su Señor de la Sangre, Perry. Tengo que ir sola. Y yo necesito tu ayuda aquí arriba.

Le contó su idea, le describió el disfraz que esperaba encontrar, y cómo pensaba colarse. Él la escuchaba con la mandíbula apretada, pero aceptó ejecutar su parte. Aria se puso en pie y le devolvió el puñal de Garra.

—No —le dijo él—. Tal vez lo necesites.

Ella bajó la mirada y lo contempló unos instantes, con un nudo de emoción

en la garganta. Ni rosas ni anillos, sino un puñal con plumas talladas en la empuñadura. Ese puñal era parte de él. No podía aceptarlo.

—Ahí abajo no me servirá de nada —dijo. No quería herir a nadie. Solo quería volver a entrar.

Perry se metió el arma en la bota, pero al levantarse no quiso mirarla a los ojos. Cruzó los brazos, los descruzó, se pasó el reverso de la mano por los ojos.

—Perry —balbució ella. ¿Qué podía decir? ¿Cómo iba a poder describir lo que sentía por él? Él ya lo sabía. Tenía que saberlo. Lo abrazó, cerrando los ojos con fuerza mientras oía los fuertes latidos de su corazón. Finalmente quiso apartarse, pero él la estrechó con fuerza entre los brazos.

—Ha llegado el momento, Perry.

Él la soltó. Ella dio un paso atrás, contemplando su rostro una última vez. Sus ojos verdes. La curvatura de su nariz, las cicatrices de la mejilla. Todas aquellas pequeñas imperfecciones que lo hacían tan hermoso. Sin decir nada más, dio media vuelta y emprendió el descenso.

* * *

Avanzando sobre la hierba, hacia Alegría, se sentía como si flotara. «No te detengas —se decía—. Sigue avanzando.» Llegó al pie de la ladera en un instante, y se ocultó tras una hilera de grandes cajones con etiquetas en las que, en letras reflectantes, se leía CGB RESCATE Y RECUPERACIÓN. El ruido de motores atronaba en sus oídos. Le faltaba el aire. «No te vuelvas.» Se obligó a sí misma a concentrarse en la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Unas luces instaladas en lo alto de unas grúas electrificaban el aire con un brillo descarnado. A su derecha quedaba la inmensa estructura móvil que parecía ser el centro de la operación, un vehículo afilado y aparatoso, si se comparaba con los deslizadores azul perla alojados a su alrededor. Las paredes redondeadas, grisáceas, de Alegría se elevaban hacia el cielo, a su izquierda, lisas, su superficie interrumpida solo por el hueco que había visto desde arriba. Unos diez o doce Guardianes se movían entre el espacio que quedaba entre ambos. El camión negro estaba estacionado junto a varios deslizadores que aguardaban, inmóviles, en la oscuridad.

Su madre no podía estar ahí.

No podía ser.

Aria necesitaba saberlo.

Peregrino

LOS ojos de Perry se mantenían fijos en Aria, que se había acurrucado tras una hilera de cajones en la penumbra, abajo. Le costaba respirar. No quería parpadear siquiera. ¿Qué había hecho? La había dejado ir sola. Sabía que ella estaba esperando el momento adecuado para moverse, pero pasaban los segundos, y él apenas lograba reprimir el impulso de bajar corriendo y plantarse a su lado.

Los Guardianes se retiraron al centro de rescate. Con la llegada de la noche, la intensidad de su trabajo había disminuido. Perry se inquietó al ver que se apagaban las luces del perímetro, y que solo quedaba un sendero iluminado que conducía al centro de rescate. No había contado con ello, pero ahora veía que aquello los beneficiaría. Finalmente, cuando todo estaba tranquilo, Aria se puso en pie y, a oscuras, corrió hacia el camión negro.

A Perry se le revolvieron las tripas cuando la vio subir al remolque descubierto. Desde donde se encontraba veía con claridad el amasijo de miembros. Como mínimo debía de haber doce cadáveres. La vio rebuscar entre los cuerpos, en busca de su madre. Mientras la observaba sentía que le temblaban las piernas, y que se le formaba un nudo en la garganta. ¿Qué era eso? ¿Pensaba encontrar así a su madre? ¿Un cuerpo sin vida arrojado al frío de la noche?

Maldijo a la parte de su ser que quería que la encontrara muerta. Era la única posibilidad de que Aria regresara con él. Pero ¿entonces, qué? ¿Acaso no era eso lo que había deseado? ¿Que ella regresara a su casa, para que él pudiera volver con los Mareas?

No podía soportar estar ahí de pie sin hacer nada. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo se sentía ella? Llevaba días detectando hasta el más mínimo cambio en su estado de ánimo, y ahora no sabía nada.

Aria arrojó algo por el borde del remolque. Un traje voluminoso como el que llevaban los 40

Peregrino

Los ojos de Perry se mantenían fijos en Aria, que se había acurrucado tras una hilera de cajones en la penumbra, abajo. Le costaba respirar. No quería parpadear siquiera. ¿Qué había hecho? La había dejado ir sola. Sabía que ella estaba esperando el momento adecuado para moverse, pero pasaban los segundos, y él apenas lograba reprimir el impulso de bajar corriendo y plantarse a su lado.

Los Guardianes se retiraron al centro de rescate. Con la llegada de la noche, la intensidad de su trabajo había disminuido. Perry se inquietó al ver que se apagaban las luces del perímetro, y que solo quedaba un sendero iluminado que conducía al centro de rescate. No había contado con ello, pero ahora veía que aquello los beneficiaría. Finalmente, cuando todo estaba tranquilo, Aria se puso en pie y, a oscuras, corrió hacia el camión negro.

A Perry se le revolvieron las tripas cuando la vio subirse al remolque descubierto. Desde donde se encontraba veía con claridad el amasijo de miembros. Como mínimo debía de haber doce cadáveres. La vio rebuscar entre los cuerpos, en busca de su madre. Mientras la observaba sentía que le temblaban las piernas, y que se le formaba un nudo en la garganta. ¿Qué era eso? ¿Pensaba encontrar así a su madre? ¿Un cuerpo sin vida arrojado al frío de la noche?

Maldijo a la parte de su ser que quería que la encontrara muerta. Era la única posibilidad de que Aria regresara con él. Pero ¿entonces, qué? ¿Acaso no era eso lo que había deseado? ¿Que ella regresara a su casa, para que él pudiera volver con los Mareas?

No podía soportar estar ahí de pie sin hacer nada. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cómo se sentía ella? Llevaba días detectando hasta el más mínimo cambio en su estado de ánimo, y ahora no sabía nada.

Aria arrojó algo por el borde del remolque. Un traje voluminoso como el que llevaban los Guardianes. Unas botas. Un casco. Después bajó al suelo de un salto y se ocultó detrás del camión. Dejó de verla entonces, pero sabía que estaba desnudándose en aquel espacio reducido, que se estaba vistiendo con ropa de residente. Y sabía lo que eso significaba: que no había encontrado a su madre.

Aria, en efecto, apareció bajo el camión vestida de residente. Se puso el casco y avanzó a oscuras, manteniéndose lo más cerca posible de la unidad de rescate. Perry se movió para poder seguir viendo. Allí, en ese momento, solo había dos hombres plantados frente a la rampa de entrada. Sabía que aquella era la mejor ocasión que se les presentaría nunca, y ella también lo sabía.

Arrastrándose, se acercó todavía más. Al llegar a unos pocos pasos de la rampa se volvió hacia la colina y le hizo una seña para indicarle que estaba lista.

Ahora le tocaba a él. Perry encajó la flecha en el arco, y con brazos firmes y seguros apuntó alto, hacia el foco que iluminaba la entrada. No iba a fallar. Esa vez no.

Disparó.

41
Aria

EL foco estalló emitiendo un ruido ensordecedor que alcanzó los auriculares del casco de Aria. Los dos Guardianes apostados junto a la rampa del centro de rescate se sobresaltaron al verse envueltos en aquella súbita oscuridad. En cuestión de segundos, un grupo de hombres se asomó para ver qué ocurría. Aria, aprovechando el momento, abandonó las sombras y corrió hacia el centro de rescate, rozando con los hombros a los Guardianes que se apresuraban a salir.

Caminando despacio, atravesó un corredor metálico bastante largo, y se cruzó con un par de Guardianes que apenas se fijaron en ella. Iba vestida con su mismo uniforme. Llevaba un casco y un Smarteye. Era una más.

Aria avanzaba con decisión, aunque no sabía dónde iba. Buscaba frenéticamente con la mirada, mientras pasaba junto a las puertas abiertas del pasillo. Atisbaba camillas, equipos médicos. En aquella zona del centro de rescate se sucedían las cámaras de diagnóstico, lo que no le sorprendía: lo que sí le sorprendía era el silencio del lugar. ¿Dónde estaban los supervivientes?

¿Había supervivientes?

¿Cómo iba a encontrar a su madre?

Redujo el paso al acercarse a la siguiente cabina, escuchando primero, y asomándose después. Entró y recorrió el espacio con la mirada para asegurarse de que estaba sola.

No lo estaba.

Había gente en las literas que se alineaban a lo largo de las paredes. No llevaban casco. No se movían. Aria se adentró más en la habitación. El corazón le latía cada vez con más fuerza a medida que descubría sus heridas, las manchas de sangre que empapaban sus monos de trabajo. Estaban muertos. Todos.

De pronto fue consciente del hedor penetrante que se le había pegado al pelo, el olor de los cadáveres entre los que había tenido que moverse ahí fuera. Cada vez que respiraba, percibía el olor de la muerte. Desesperada, buscaba el rostro de

Lumina, moviéndose de litera en litera. De un cuerpo sin vida a otro. Había marcas de brutalidad por todas partes. Moratones amarillentos. Rasguños. Carne arrancada. Marcas de mordeduras.

No podía evitar imaginar qué había ocurrido. Tantas personas atacándose las unas a las otras como animales rabiosos. Como Soren en Ag 6. Su madre se había visto atrapada en medio de todo aquello.

«¿Dónde estaba?»

Oyó una voz muy débil y se volvió al instante. Se aproximaba alguien. Muy tensa, buscó con la mirada un lugar donde esconderse, pero entonces reconoció la voz y quedó petrificada. ¿Era el doctor Ward? ¿El colega de Lumina? En efecto, en ese momento entró en la sala y apuntó el visor hacia ella, antes de detenerse. La invadió una sensación de esperanza. Él sabría cómo encontrar a su madre.

—¿Doctor Ward? —dijo.

—¿Aria?

Se miraron a los ojos un segundo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, y de inmediato se respondió a sí mismo—. Has venido a buscar a tu madre.

—Tiene que ayudarme, doctor Ward. Necesito encontrarla.

Se aproximó a ella, clavándole aquella mirada intensa.

—Está aquí —dijo. Eran las palabras que esperaba oír, pero pronunciadas en el tono equivocado—. Ven conmigo.

Aria fue tras él, recorriendo pasillos metálicos. Sabía qué estaba ocurriendo. Sabía qué iba a decirle. Que Lumina estaba muerta. Lo había oído en su voz.

Lo seguía, y la cabeza le daba vueltas, y notaba las piernas agarrotadas, lentas. Aquello no era real. No podía serlo. No podía perder también a Lumina.

La condujo hasta un cuarto pequeño, desnudo, dotado de una puerta de compresión que silbó al cerrarse tras ella.

—Las tormentas hicieron que nos demoráramos —dijo Ward, y un músculo de su Smarteye se movió—. Llegamos demasiado tarde.

—¿Puedo... puedo verla? Tengo que verla.

Ward vaciló.

—Sí. Espera aquí.

Cuando se ausentó, Aria se tambaleó con tal fuerza que el casco que llevaba puesto rebotó contra la pared. Resbaló por ella hasta sentarse en el suelo. Le temblaba todo el cuerpo. Las lágrimas retenidas se le clavaban en los ojos. Intentó presionárselos, pero las manos tropezaron con el visor. Aspiró con fuerza, y su suspiro atronó en sus oídos.

La puerta de la cámara estanca volvió a abrirse. Ward empujaba una camilla, que introdujo en la pequeña cámara. Sobre ella reposaba una bolsa negra, alargada, fabricada en plástico resistente.

—Te espero fuera —dijo, y volvió a ausentarse.

Aria se puso en pie. De la bolsa emanaba un frío intenso, que ascendía en volutas de humo. Separó el velcro de los guantes y se los quitó. Se desabrochó el casco y lo dejó caer al suelo. Tenía que hacerlo. Debía saber la verdad. Tiró de la cremallera con dedos temblorosos. Se preparó mentalmente para hallar una herida abierta. Moratones. Algo horrible, como lo que acababa de ver fuera. Bajó del todo la cremallera y, al hacerlo, el rostro de su madre quedó al descubierto.

No se apreciaba ninguna herida espantosa, pero la palidez de Lumina era peor, prácticamente blanca, aunque oscurecida de granate alrededor de los ojos cerrados. Los mechones de pelo enmarañado caían sobre ellos. Aria se los retiró de la cara. Lumina nunca habría tolerado llevar el pelo así.

... Y ahogó un grito al sentir el frío de su piel.

—Oh, mamá...

Las lágrimas, ahora así, brotaron por los lados del Smarteye y resbalaron por sus mejillas.

Posó la mano en la frente de Lumina hasta que le quemó el frío que

desprendía. Tenía tantas preguntas que formular... ¿Por qué le había mentido sobre su padre? ¿Quién era en realidad su padre? ¿Cómo podía haberla abandonado para trasladarse a Alegría cuando conocía la peligrosidad del Síndrome Límbico Degenerativo? Pero sobre todo había una respuesta que necesitaba más que cualquier otra.

—¿Adónde se supone que debo ir ahora, mamá? —susurró—. No sé dónde ir.

Pero sabía qué le habría respondido su madre.

—Esa es una pregunta que debes responder tú, Pájaro Cantor.

Aria cerró los ojos.

Sabía que podía responderla. Sabía cómo poner un pie delante del otro aunque doliera. Y sabía que había sufrimiento en el camino, pero también una gran belleza. La había contemplado desde los tejados, en unos ojos verdes, y en las piedras más pequeñas y más feas. Encontraría la respuesta.

Se inclinó sobre el rostro de su madre. Calladamente le cantó el aria de Tosca, con la voz entrecortada por la emoción. Pero sabía que no importaba. Le había prometido esa aria, su aria, y se la cantó.

Al terminar, la puerta se abrió y entraron tres Guardianes.

—Un momento —les pidió. No estaba preparada para despedirse. ¿Lo estaría algún día?

Un hombre se adelantó y subió la cremallera con gesto preciso, y a continuación retiró la camilla. Los otros dos Guardianes permanecieron en su sitio.

—Dame tu Smarteye —dijo el que se había situado más cerca de ella.

Tras él, el otro Guardián sostenía una vara blanca que emitía una especie de zumbido eléctrico.

Aria, instintivamente, se dirigió hacia la puerta.

El Guardián de la vara le cerró el paso.

La luz se iluminó ante sus ojos, y todo desapareció.

Peregrino

PERRY no se iba. Permanecía en el repecho, aguardando su retorno. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Había encontrado a Lumina? ¿Estaba bien? Observó a los Guardianes, que reparaban la luz. Los vio regresar al centro de rescate a medida que la noche recuperaba la calma.

Pero ella no salía, y Perry iba comprendiendo que nunca lo haría.

Dio media vuelta y corrió, internándose en la oscuridad. Debería haberse dirigido hacia el oeste, hacia su hogar. Pero sus piernas seguían un rastro de humo que traía el viento. Al poco distinguió el resplandor de una hoguera parpadeando entre unos árboles. Llegó hasta él un rasgueo de guitarra, y oyó voces masculinas. Se aproximó y descubrió a seis hombres congregados en torno a un fuego.

La guitarra calló cuando lo vieron. Perry desenvainó el puñal de Garra. Lo empuñó con fuerza, y cuando lo hizo varios hombres se pusieron en pie.

—Lo cambio por un poco de bebida —dijo, señalando las botellas que reposaban junto al fuego.

—Es un arma de buena calidad —dijo uno, volviéndose hacia otro, que no se había levantado. Llevaba el pelo trenzado, y una cicatriz alargada que partía de la nariz y le llegaba hasta una oreja. Observó largo rato a Perry.

—Acepta el intercambio —dijo al fin.

Perry entregó el puñal con la esperanza de librarse de él, y de todos sus recuerdos. Al momento le ofrecieron dos botellas de Luster. En una noche como esa, lo que más le convenía era beber. Las aceptó y se alejó del fuego. La guitarra volvió a sonar. Perry dejó las botellas a su lado. Esa noche, seguiría el ejemplo de su padre.

Una hora más tarde, la primera botella yacía junto a él, boca abajo. Debería haber sabido que no sería suficiente. Aunque sentía el cuerpo adormecido, el dolor que sentía en lo más hondo de su ser no menguaba. Aria se había ido, y por más Luster que tomara eso no cambiaría.

El hombre de las trenzas no dejaba de mirarlo desde el otro lado de la hoguera. «Vamos —rogaba Perry en silencio, cerrando los puños—. Levántate. Acabemos con esto de una vez.» Pero Trenzas tardó todavía unos minutos en acercarse y, cuando lo hizo, se detuvo a unos pasos de él y se acuclilló.

—He oído hablar de ti —dijo. Era corpulento, macizo, pero Perry sentía que, a pesar de ello, podía ser rápido como una trampa. La cicatriz surcaba su rostro, partiéndolo en dos mitades.

—Mejor para ti —musitó Perry—. Yo, en cambio, no tengo ni la menor idea de quién eres. Aunque tienes un pelo bonito. Mi hermana también se lo peina así.

Trenzas se fijó en la mano quemada de Perry.

—¿La vida nómada no te sienta bien, Marea? ¿Ya no tienes hermano mayor que cuide de ti? ¿Que te aleje de los problemas? —Trenzas apoyó una mano en el suelo y se echó hacia delante—. Apesta a tristeza.

Era esciro. Trenzas sabía cuál era su estado de ánimo en ese momento. El dolor que sentía. Lo mucho que le costaba todo, incluso respirar. Pelearse con alguien con sus mismas ventajas era algo que debería de haberle preocupado. Pero se descubrió a sí mismo soltando una carcajada.

—Tú también apesta, hombre —dijo Perry—. Como si te hubieras tragado tu propio vómito.

Trenzas se puso en pie. Dio un puntapié a la botella de Luster llena, que se perdió en la oscuridad. Los demás hombres acudieron de inmediato, y Perry olió al instante las chispas de su emoción. Sí, suponía que esa noche habría pelea. Ya sabía cómo reaccionaba la gente al verlo. ¿Qué hombre no se crecería tras derrotar a alguien como él?

Perry empuñó de nuevo el puñal y se puso en pie.

—Vamos a ello. A ver de qué eres capaz.

Trenzas se incorporó, blandiendo un arma mortífera de filo dentado. Parecía más una sierra que un cuchillo. Miraba fijamente, y se movía con calma, pero su ánimo estaba teñido de miedo.

Perry sonrió.

—¿Ya has cambiado de opinión?

Trenzas se abalanzó sobre él como un disparo. Perry sintió el mordisco del cuchillo en el brazo, pero no el dolor de la herida abierta. Una herida contundente. La sangre que brotaba de ella se veía oscura a la luz del éter. Por un segundo, no logró apartar la vista de aquella sangre que resbalaba por el brazo.

Tal vez no fuera buena idea. Perry nunca se había peleado con nadie estando borracho. Sus movimientos resultaban demasiado lentos. Las piernas le pesaban demasiado. Tal vez a su padre le había funcionado con él porque Perry, entonces, era un niño. ¿Qué dificultad podía haber en pegar a un niño que se quedaba ahí plantado, deseándolo? ¿Un niño dispuesto a todo con tal de que lo perdonaran?

Ahogó una arcada con bilis, consciente de lo que tendría que hacer si Trenzas llegaba a ponerle el filo contra el pescuezo: prometerle fidelidad o morir. Una decisión fácil.

—No te pareces en nada a lo que había oído decir de ti —dijo Trenzas—. Peregrino de los Mareas. Dos veces Marcado. —Soltó una risotada—. No mereces ni el aire que respiras.

Había llegado el momento de callarle la boca. Perry hizo girar el puñal en la mano, y a punto estuvo de soltarlo sin querer. Se adelantó un poco, en una embestida que no resultó tan rápida como pretendía. Ahogó una risa. Los cuchillos nunca habían sido su arma preferida. Una vez más, el movimiento le provocó náuseas, y tuvo que echarse hacia delante.

Trenzas se acercó a él, que hacía esfuerzos por reprimir el vómito. Acercó la rodilla al rostro de Perry, que se apartó a medias y logró que el impacto no fuera en la nariz, sino en la sien. Con todo, le falló el equilibrio y cayó al suelo. Por un momento creyó que iba a perder el conocimiento.

Llegaron entonces las patadas, los puntapiés en la espalda, los brazos, la cabeza. Aparecían desde todas partes. A Perry le alcanzaban amortiguados, como sombras de dolor. No hacía nada por detener a Trenzas. Aquello era más fácil: quedarse quieto. La cabeza de Perry se echaba hacia delante cuando recibía los golpes en la nuca. Volvió a verlo todo negro, y los contornos se le hicieron borrosos. Deseaba que ocurriera. Tal vez tuviera más sentido sentir en la superficie lo que llevaba por dentro.

—Eres débil.

Estaba equivocado. Perry no era débil. Ese nunca había sido el problema. El problema era que no podía ayudarlos a todos. Por más que hiciera, la gente a la que quería seguía sufriendo, muriendo, yéndose. Pero, por más que lo intentara, Perry no podía hacerlo. No podía permanecer inmóvil. No sabía rendirse.

Pasó las piernas por detrás de la cabeza y, de un salto, se puso en pie. Trenzas retrocedió para evitar su movimiento inesperado, e intentó apartarse, pero Perry lo agarró por el cuello de la camisa. Tiró de él hacia sí, y le levantó la cabeza. Una vez lo tuvo inmovilizado, le hundió el codo en la nariz. La sangre brotó casi al momento. Entonces le retorció la mano para quitarle el puñal, esquivó un puñetazo y le asestó uno en el estómago. Trenzas se dobló en dos, y se apoyó en una rodilla. Perry le apretó el cuello con un brazo, y forcejeó con él hasta conseguir tenderlo en el suelo.

Recogió el cuchillo de filo dentado y se lo acercó al pescuezo. Trenzas lo miró, sangrando por la nariz. Perry sabía que era el momento de exigirle sumisión. «Sométete a mí, o muere.»

Aspiró hondo. El humor de Trenzas era rojo de furia, una furia dirigida únicamente hacia él. Jamás se sometería. Trenzas preferiría la muerte, lo mismo que él de haber estado en su situación.

—Me debes una botella de Luster —dijo Perry.

Se puso en pie, tambaleante. Los otros hombres se habían congregado a su alrededor. Olió sus humores, olores buenos y malos. Se preparó para que alguno de ellos lo desafiara. Pero ninguno dio un paso al frente.

En ese momento, una arcada repentina le hizo vomitar delante de todos. Agarró con fuerza el puñal y lo levantó, por si alguno de ellos decidía aprovecharse de su estado para atacarlo, como había hecho Trenzas. Pero no lo hicieron.

Se incorporó.

—Aunque tal vez no deba beber más.

Apartó el puñal y, a trompicones, se internó en la oscuridad. No sabía dónde iba. No importaba.

Quería oír su voz. Quería oírla diciéndole que era bueno. Pero lo único que oía era el sonido de sus pasos en la noche.

* * *

Llegó la mañana. Se sentía como si alguien hubiera dado un portazo y le hubiera golpeado la cabeza. Y le dolía todo el cuerpo. Perry se quitó la tela sucia con la que se había envuelto el brazo. El corte era profundo. Se lo lavó, y al ver que sangraba de nuevo se mareó un poco.

Se arrancó un pedazo de camisa e intentó vendárselo de nuevo. Pero los dedos le temblaban demasiado. Los efectos de la bebida seguían presentes en su organismo. Se tendió en el suelo y cerró los ojos, porque le molestaba la luz. Porque prefería la oscuridad.

Despertó al sentir que algo tiraba de su manga, y se incorporó de un respingo. Trenzas estaba agachado a su lado. Tenía la nariz hinchada, los ojos rojos, amoratados. Los otros hombres iban tras él.

Perry se miró el brazo. Ahora tenía la herida bien vendada, atada con destreza.

—No me exigiste sumisión —le dijo Trenzas.

—Me la habrías denegado.

Trenzas asintió.

—Es cierto. —Se quitó el puñal de Garra del cinto y se lo entregó—. Supongo que querrás que te lo devuelva.

43
Aria

ARIA levantó las rodillas. Había despertado hacía horas en una cámara diminuta, con mal sabor de boca. En la esquina seguía el guante abandonado. Había visto pasar del rojo al óxido las manchas de sangre de los dedos.

Le dolía el ojo. Se habían llevado el Smarteye mientras estaba inconsciente.

A Aria no le importaba.

La pared que se alzaba frente a ella contaba con una cortina negra tan ancha como el propio habitáculo. Aria esperaba que se abriera. Sabía a quién se encontraría cuando sucediera. Pero no tenía miedo.

Había sobrevivido al mundo exterior. Había sobrevivido al éter, a los caníbales y a los lobos. Había aprendido a querer, y a despedirse. Pasara lo que pasara a partir de ahora, también lo superaría.

Un ligero chasquido rasgó el silencio de la habitación. Junto a la cortina empezó a oírse el leve zumbido de unos altavoces. Aria se puso en pie al instante, y al hacerlo echó de menos el peso del puñal de Garra. La cortina se abrió, y quedó a la vista una habitación separada de la suya por un cristal grueso. Dos hombres la miraban desde el otro lado.

—Hola, Aria —dijo el Cónsul Hess entrecerrando los ojos, medio sonriente, una versión fantasmagórica, más vieja, de Soren—. No imaginas lo sorprendido que estoy de verte. —Estaba sentado a una silla muy pequeña para su tamaño. Ward permanecía en pie, silencioso y serio, a su lado, con el ceño fruncido.

—Siento tu pérdida —declaró el Cónsul.

En sus palabras no había el menor atisbo de compasión. En cualquier caso, ella no lo creería nunca. La había dejado a la intemperie para que muriera.

—Hemos visionado el mensaje de tu madre titulado «Pájaro Cantor» —prosiguió. Sostenía su Smarteye en la palma de la mano—. ¿Sabes que yo ignoraba tu especialísima composición genética cuando te dejé en el exterior?

Lumina nos lo mantuvo en secreto a todos.

Aria lo miró fijamente a través del cristal. Ahora lo comprendía todo. La veían como a una Salvaje portadora de enfermedades. No querían respirar el mismo aire que ella respiraba.

—Ya tenéis el Smarteye —dijo—. ¿Qué queréis de mí?

Hess sonrió.

—Ahora llegaremos a eso. Tú ya sabes lo que ha ocurrido aquí, en Alegría, ¿verdad? Lo viste en el archivo de tu madre. —Hizo una pausa—. Tú misma viviste un anticipo en Ag 6.

Aria pensó que no iba a sacar nada de mentir.

—Una tormenta de éter, y el SLD —dijo.

—Exacto. Un ataque dual. Primero externo. La tormenta debilita la Cápsula. Después, interno, cuando la enfermedad se manifiesta. Tu madre fue de las primeras en estudiar el SLD. Trabajaba para encontrar una cura, junto con otros científicos. Pero, como verás por lo que ha ocurrido aquí, carecemos de respuestas. Y es posible que el tiempo se agote antes de que las obtengamos.

Hess miró a Ward para indicarle que interviniera. El doctor empezó a hablar al momento. Había más pasión en su voz que en la de Hess.

—Las tormentas de éter descargan con una intensidad que no se conocía desde la Unidad. Alegría no es la única Cápsula que ha caído. Si estas tempestades siguen produciéndose, todas las Cápsulas desaparecerán. Ensoñación desaparecerá, Aria. Nuestra única esperanza de sobrevivir es escapar al éter.

Aria estuvo a punto de echarse a reír.

—No hay esperanza. No hay escapatoria. El éter está en todas partes.

—Los forasteros hablan de un lugar libre de él.

Aria sintió que se agarrotaba. ¿Ward había oído hablar del Azul Perpetuo? ¿Cómo podía saber algo así? Pero, por otra parte, era normal que lo supiera. Se dedicaba a estudiar a forasteros, como hacía su madre. Como había hecho su

madre.

—Son solo rumores —dijo. Pero, mientras pronunciaba aquellas palabras, pensaba que podían ser ciertos. ¿Acaso el rumor sobre Alegría no se había confirmado?

Hess la observaba con atención.

—O sea, que has oído hablar de ello.

—Sí.

—Pues hacia allí te dirigirás. —Se le cerró el estómago al darse cuenta de lo que pretendía.

—¿Quiere que salga a buscarlo? —Negó con la cabeza—. Yo no pienso hacer nada por usted.

—Aquí han muerto seis mil personas —intervino Ward, apremiante—. Seis mil. Entre ellas tu madre. Tienes que comprenderlo. Es tu única salida.

La tristeza se apoderó de ella, oprimiéndola. Pensó en los cadáveres del camión negro, en la gente de las camillas de la sala de diagnóstico. Ruina y Eco habían muerto por el SLD. Y Cachemira. ¿Caleb y sus amigos podían ser los siguientes?

El corazón la latía con fuerza ante la mera idea de regresar al exterior. ¿Era la posibilidad de ver a Perry la que le aceleraba el pulso? ¿O tal vez sentía que su deber era proseguir con la búsqueda iniciada por su madre? No. No podía permitir que las Cápsulas se desmoronaran.

—No puedes regresar a Ensoñación —dijo Hess—. Has visto demasiado.

Aria lo miró, desafiante.

—¿Qué va a hacer si no acepto? ¿Matarme? Eso ya lo ha intentado. Tendrá que esmerarse más.

Hess la estudió durante unos instantes.

—Ya me parecía que dirías algo así. Pero creo que he encontrado otra manera

de convencerte.

Sobre el cristal parpadeó un rectángulo azul. En una pantalla pequeña apareció Perry, flotando entre los dos. Se hallaba en la habitación de los barcos pintados y los halcones. La sala en la que se había encontrado con Garra en los Reinos.

«Aria... ¿qué está ocurriendo? —decía, desesperado—. Aria, ¿por qué no me conoce? Garra...»

La imagen parpadeó y pasó a otra de Perry abrazando a Garra.

«Te quiero, Garra —decía—. Te quiero.»

Y la imagen quedaba congelada.

Por un momento, el eco de su voz reverberó en la pequeña cámara. Después Aria se acercó al cristal y lo golpeó con la mano.

—¡No se atreva a tocarlos!

Hess se sobresaltó al ver su reacción. Pero al momento esbozó una sonrisa satisfecha.

—Si me traes información sobre el Azul Perpetuo, no tendré que hacerlo.

Aria posó la mano sobre la imagen de Perry, añorándolo. Añorando al Perry real. Su mirada se trasladó a Garra. No lo había conocido en persona, pero no importaba. Formaba parte de Perry. Y ella haría lo que fuera para protegerlo.

Miró a Hess.

—No le daré nada si les hace daño.

Hess volvió a sonreír.

—Bien —dijo—. Creo que nos entendemos.

La puerta se abrió, y el Cónsul desapareció tras ella.

Ward lo siguió, pero vaciló antes de salir.

—Aria, tu madre sí nos dejó una respuesta al irse. Te dejó a ti.

* * *

Era de noche cuando se montó en un deslizador, escoltada por seis Guardianes. Llevaba puesta su ropa —la que había dejado tras el camión negro, y que había recuperado—, y un Smarteye nuevo metido en el macuto.

En el interior de la cabina, la luz era tenue. Se abrochó los cinturones. Los Guardianes la miraban a través de sus visores con una mezcla de temor y repulsión.

Aria les sostuvo la mirada y les indicó en qué punto exacto de la Tienda de la Muerte debían dejarla.

Peregrino

TRENZAS, en realidad, se llamaba Arrecife.

Perry, aquella noche, se sentó con él y con sus hombres alrededor de una hoguera, con una jarra de agua, no de Luster, en la mano. Les contó lo que había hecho. Que se había colado en la fortaleza de los residentes. Que Garra y Valle habían sido secuestrados. De Aria les habló muy poco, porque el dolor de su pérdida era demasiado reciente. Y les explicó que regresaba a casa a proponerse como Señor de la Sangre de los Mareas.

Habló hasta quedar afónico, y después respondió a algunas preguntas. Casi había amanecido cuando el último de los hombres se quedó dormido. Perry se tendió y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

Se los había ganado a todos, no solo a Arrecife. A los seis componentes de aquella pequeña banda. Al aspirar hondo había reconocido el aroma de su lealtad. Tal vez los hubiera vencido con los puños. Pero los había convencido con sus palabras.

Perry contemplaba el cielo surcado de éter, mientras pensaba en una chica que habría estado orgullosa de él.

* * *

Las tormentas se sucedieron con violencia durante los días siguientes, lo que dificultaba su avance hacia la costa. Los torbellinos y las mangas de éter se descolgaban constantemente desde las alturas. El resplandor del cielo iluminaba las noches, e impedía que la luz del día calentara la tierra: el invierno había empezado.

Avanzaban cuando podían, esquivando campos calcinados. De noche buscaban refugio y se reunían en torno a una hoguera, y los hombres contaban una y otra vez la historia de su pelea con Arrecife. La iban adornando, y representaban sus papeles. Hacían que Perry se sonrojara, pues repetían las palabras que él había dicho, con la misma entonación pastosa. Y cuando llegaban al momento en que, sin

dejar de blandir el puñal, había vomitado, soltaban grandes risotadas. Arrecife se volvía a ganar el respeto de Perry al aceptar con humor su derrota al final del relato. Y aseguraba que todavía tenían que partírla la nariz cinco o seis veces más para que llegara a parecerse a la suya.

Los esciros que Perry había conocido hasta ese momento eran todos de su familia. Liv. Valle. Garra. Arrecife supuso un cambio en sus conocimientos sobre su sentido. Hablaban poco, pero se entendían a la perfección. Intentaba no pensar en lo que esa clase de vínculo implicaría con una chica. Cada vez que pensaba en ello, sentía que estaba cometiendo un acto de traición.

Una noche, Arrecife se volvió hacia él mientras se encontraban refugiados bajo unos árboles, esperando a que remitiera una lluvia torrencial.

—Sin el éter, la vida sería muy distinta.

Su humor era sereno, sosegado. Reflexivo.

Los demás hombres callaron al momento. Todos volvieron la vista hacia Perry, esperando a que dijera algo.

Él les habló del Azul Perpetuo. Al terminar, durante un buen rato, Arrecife y él permanecieron contemplando la lluvia, que seguía azotando el campo arrasado. Escuchando aquel silbido. Perry sabía que Rugido y él podían descubrir aquel lugar. Arrecife y sus hombres los ayudarían. Y Castaño y Tizón también. Descubrirían dónde se encontraba, y después él conduciría hasta allí a los Mareas.

—Encontraremos el Azul Perpetuo. Si existe, os llevaré hasta allí.

Sus palabras sonaron como lo que eran. Como una promesa que acababa de hacer a sus hombres.

* * *

Tras una semana esquivando tormentas, llegaron al recinto de los Mareas de noche, cuando el éter iluminaba el cielo negro. Perry avanzaba sobre un suelo que crujía bajo sus pies como leña seca, aspiraba los olores conocidos de la sal y la tierra. Allí era donde necesitaba estar. En su casa, con su tribu. No se hacía ilusiones sobre la bienvenida que le depararían. Los Mareas lo acusarían de la desaparición de

Garra y Valle. Pero esperaba convencerlos de que podía serles de ayuda. Ahora lo necesitaban.

Una antorcha se encendió en un extremo del recinto, y después oyó gritos de alarma que le decían que habían sido descubiertos por el Guardián nocturno. Al poco, otras antorchas se encendieron, lanzando destellos de luz en la noche azul. Perry sabía que su tribu creería que era víctima de un ataque. Él mismo había participado en situaciones como esa muchas veces. Concretamente, habría sido el arquero apostado sobre el tejado de las cocinas, donde ahora veía a Arroyo.

Temió que una flecha le atravesara el corazón, pero lo que oyó fue que gritaban su nombre. Volvió a oír su nombre pronunciado en voz muy alta, que después fue pasando de boca en boca. La gente decía: «Peregrino ha vuelto.» Al oírlo, le flaquearon las piernas. En cuestión de segundos todo el mundo había abandonado sus casas y se congregaba en el límite del recinto. La brisa traía la amalgama de humores: el miedo y la excitación impregnaban el aire con sus fragancias intensas.

—Sigue caminando, Perry —le instaba Arrecife en voz baja.

Perry rezaba por encontrar las palabras adecuadas, ahora que tanto las necesitaba. Ahora que había tanto que explicar y aclarar.

Los susurros enloquecidos de la multitud cesaron cuando hubo recorrido la distancia final. Escrutó los rostros que se alineaban frente a él. Todo el mundo estaba presente. Incluso los niños, soñolientos, aturdidos. Y entonces Perry vio que Valle daba un paso al frente, y los destellos de la cadena de plata que lo distinguía como Señor de la Sangre destacaron contra su camisa negra.

Por un instante se sintió aliviado. Valle era libre. No seguía cautivo en la Cápsula de los residentes. Pero después recordó las últimas palabras que le había dedicado su hermano, diciéndole que estaba maldito. Invitándolo a morir.

A Perry le temblaban las piernas. No sabía qué hacer. No había esperado ese desenlace. Y veía que Valle estaba tan desconcertado como él. Valle, siempre decidido y frío, se veía pálido, conmovido, y mantenía los labios apretados, el gesto tenso.

Finalmente habló.

—¿Ya has vuelto, hermanito? Ya sabes qué significa eso, ¿verdad?

Perry buscaba respuestas en el rostro de su hermano.

—Tú no deberías estar aquí.

—¿Yo no debería estar aquí? ¿No será al revés, Peregrino? —Valle soltó una carcajada seca y apuntó a Arrecife con la barbilla—. No me digas que has venido a jugar a convertirte en Señor de la Sangre con tu pequeño grupito. ¿No te parece que estás en inferioridad numérica?

Perry hacía esfuerzos por resituarse y comprender lo que ocurría.

—He visto a Garra —dijo—. Lo vi en los Reinos. Me dijo que tú estabas allí. Que te había visto en los Reinos.

Una sombra recorrió el rostro de Valle.

—No sé de qué me estás hablando.

Perry negó con la cabeza al recordar que Garra le había pedido que le demostrara que era quien decía ser. Así pues, era imposible que se hubiera equivocado con su padre. Y, además, no veía por qué habría de mentirle. Ello implicaba que el que sí mentía era Valle.

Sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Qué has hecho?

Valle se llevó la mano al cinto y desenvainó su puñal.

—Será mejor que te largues ahora mismo.

Perry notó que Arrecife y sus hombres se preparaban para el combate, tras él. Pero no podía dejar de mirar el puñal de su hermano. La mente le funcionaba a toda velocidad. Los residentes no solo habían venido a buscar el Smarteye ese día, en la playa. Habían venido a llevarse a Garra.

—Hiciste que lo secuestraran —dijo Perry—. Me utilizaste a mí... ¿Por qué? —Entonces recordó la cúpula de los residentes, la fruta podrida. Tanta fruta. Tanta que les sobra—. ¿Lo hiciste por la comida, Valle? ¿Tan desesperado estabas?

Oso dio un paso al frente.

—Nuestros almacenes están llenos, Peregrino. El segundo envío de Visón llegó hace una semana.

—No —dijo Perry—. Liv huyó. Visón no puede haber enviado esa comida. Liv no llegó nunca al recinto de los Cuernos.

Durante unos momentos todo el mundo permaneció inmóvil. Entonces Oso se agitó y arqueó las cejas, desconfiado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—He visto a Rugido. La está buscando. Volverá en primavera. Tal vez para entonces haya recuperado a Liv.

Valle torció el gesto, iracundo, perdida ya toda compostura. Estaba atrapado.

—¡Garra está mejor allí! —masculló—. Si lo vieras, tú también estarías de acuerdo.

De la multitud surgieron gritos de asombro.

Perry negó con la cabeza.

—¿Lo vendiste a los residentes? —No entendía por qué no lo había deducido antes. Valle había hecho lo mismo con Liv: venderla a cambio de comida. La diferencia era que, en el caso de su hermana, la costumbre lo avalaba. Una costumbre arcaica, en palabras de Aria. Ahora Perry lo comprendía.

¿Cuántas veces le habría engañado Valle? ¿Con cuántas cosas?

Distinguió a Arroyo entre la gente.

—Clara... —dijo, recordando a su hermana—. Arroyo, con Clara hizo lo mismo. La vendió a los residentes.

Arroyo se volvió hacia Valle y soltó un grito. Se echó hacia delante con los brazos extendidos, y Wylan la interceptó y la contuvo.

—Valle, ¿es eso cierto? —atronó la voz de Oso.

Valle señaló el cielo con la mano extendida.

—¡Vosotros no sabéis lo que es obtener comida de esto!

Entonces miró a los congregados, perplejo, como si se diera cuenta de que había perdido a los Mareas. Volvió a fijarse en Perry y clavó el cuchillo en la tierra, a sus pies.

Perry soltó también su puñal. Eran hermanos. Aquello no podía dirimirse con algo tan frío como un arma blanca.

Valle no esperó. Lo embistió bajo, por la cintura, con una fuerza explosiva. En el momento del impacto, Perry supo que su hermano sería el contrincante más duro al que se enfrentaría jamás. Se echó hacia atrás y cerró mucho la boca, pero sus pies no fueron lo bastante rápidos.

Cayeron los dos al suelo, y el hombro de Valle impactó en el estómago de Perry, dejándolo sin aire. Apenas rozó el suelo, recibió un puñetazo en la mandíbula que lo dejó aturdido. Parpadeó, momentáneamente cegado, y levantó los brazos para cubrirse de la cascada de golpes que caía sobre él. No lograba recomponerse. Por primera vez se le ocurrió que, para su hermano, pelear podía resultar tan fácil como para él.

Una vez recuperó la visión, Perry se incorporó con todas sus fuerzas. Lo agarró por la cadena de plata y tiró de ella, obligándole a levantar la cabeza. Perry quería asestarle un golpe en la nariz, pero le dio en la boca. Oyó el chasquido de varios dientes al romperse, y su hermano cayó al suelo.

Logró incorporarse y quedar de rodillas.

—¡Cabrón! —exclamó. Le salía sangre de la boca—. Garra es mío. Es todo lo que me queda. Y él solo te quería a ti.

Perry se puso en pie. El ojo derecho ya había empezado a hincharse y a cerrarse. ¿Valle estaba celoso? Perry sentía que estaba a punto de derrumbarse. Recordó al residente de los guantes negros que lo persiguió hasta el mar. Los residentes ya se habían llevado el Smarteye, y ya se habían llevado a Garra, pero aun así habían ido tras él. Querían matarlo.

—Tú pediste a los residentes que me mataran. ¿Verdad, Valle? ¿Eso también formaba parte de tu pacto con ellos?

—Primero tenía que pillarte. —Valle escupió sangre al suelo—. Hice lo que

tenía que hacer. Además, ellos te querían de todos modos.

Perry se secó la sangre que se le metía en los ojos. No daba crédito a lo que oía. Su hermano había hecho todo aquello a sus espaldas. Había mentido a los Mareas.

Valle se abalanzó de nuevo sobre Perry, pero en esa ocasión no lo pilló desprevenido. Se echó a un lado y le rodeó el cuello con un brazo. Lo empujó hacia el suelo. Valle cayó de cara, y forcejeó, pero Perry lo tenía bien sujeto.

Perry alzó la vista. A su alrededor, todos los rostros eran de asombro. Y entonces vio su puñal resplandeciente, en el suelo. Lo recogió. Perry levantó a su hermano y le acercó el filo al pescuezo. En realidad ya no eran hermanos. Valle había perdido ese privilegio.

—Garra nunca te perdonará si lo haces —le dijo Valle.

—Garra no está aquí. —A Perry le temblaban los brazos, y se le nublaba la visión—. Prométeme lealtad, Valle. Sométete a mí.

Valle se relajó un poco, pero seguía respirando entrecortadamente. Finalmente, asintió.

—Te lo juro sobre la tumba de nuestra madre, Perry. Te serviré.

Perry buscó la mirada de su hermano, intentando leer en sus ojos lo que su olfato no le revelaba. Se fijó en Arrecife, que aguardaba a unos pasos de allí, flanqueado por el resto de sus hombres. Arrecife sabía exactamente lo que Perry quería. Se adelantó, echó hacia atrás la cabeza y, abriendo mucho las fosas nasales, olisqueó, abriéndose paso entre el hedor de la ira, en busca de una verdad o una mentira.

Negó ligeramente con la cabeza, confirmando lo que Perry ya sabía pero no quería creer. Valle jamás lo serviría. Nunca podría confiar en él.

Entonces Valle miró a Arrecife. Se le agarrotó todo el cuerpo al darse cuenta, y alargó la mano para recuperar el puñal. Pero Perry estaba atento y le cortó el

cuello con el suyo. Después se incorporó, convertido ya en Señor de la Sangre.

45
Aria

—¿Y qué le digo cuando llegue? —preguntó Rugido.

Estaban los dos juntos en el patio de Delfos. La primavera le cantaba a Aria sus músicas alegres. Las flores estallaban por el muro, con sus colores vivos que se recortaban contra las piedras grises. El invierno había dejado zonas abrasadas en las montañas, y el aire olía a humo. Había llegado el momento. Tras varios meses juntos, en el recinto de Castaño, Rugido y Tizón se dirigían al encuentro de los Mareas.

Al encuentro de Perry.

—Nada —respondió Aria—. No le digas nada.

Rugido sonrió. Sabía lo mucho que lo echaba de menos. Habían pasado horas y horas hablando de Perry y de Liv. Pero ella no le había contado nada sobre el pacto al que había llegado con Hess. Perry ya tenía bastante ejerciendo de Señor de la Sangre. Aquella carga era suya, y solo suya.

—¿No tienes nada que decir? ¿Nada en absoluto? —preguntó Rugido—. Pues mejor que le eches un vistazo, Rosa. Yo creo que esta chica está enferma.

Rosa se echó a reír. Se encontraba junto a Castaño, a la entrada de Delfos, con una mano apoyada en el vientre. Estaba a punto de salir de cuentas, y daría a luz en cualquier momento. Aria habría deseado estar allí cuando se produjera el nacimiento.

Rugido cruzó los brazos.

—¿De veras crees que no acabará enterándose de que estás aquí?

—No, si tú no se lo dices.

—Si me lo pregunta, no le mentaré. No serviría de nada.

Aria suspiró. Llevaba semanas pensando en ese momento, y seguía sin saber qué hacer. Conocía los temores de Perry. Ella no era esciro. No era distinta de Rosa,

ni de la muchacha de la tribu. Tal vez Perry ya estuviera una vez más con ella. La mera idea le oprimía el estómago.

—¡Rugido! —gritó Tizón, que lo esperaba junto a la puerta.

Él sonrió.

—Será mejor que me marche, antes de que se enfade.

Aria lo abrazó. Estaba tan cerca, con la mejilla apoyada en su frente, que le transmitió un mensaje secreto a través de sus pensamientos: «Te echaré de menos, Rugido.»

—Yo también, Mestiza —le susurró él, en voz tan baja que solo ella lo oyó. Después le guiñó un ojo, y se alejó corriendo en dirección a la verja.

Con el rabillo del ojo, vio las flores silvestres que crecían en el muro y llamaron su atención.

—¡Rugido! ¡Espera!

Rugido se volvió.

—¿Qué? —le preguntó, arqueando una ceja.

Aria se acercó corriendo a la muralla, escogiendo con la mirada. Encontró la que quería y la arrancó. Aspiró su perfume e imaginó a Perry caminando a su lado, el arco a la espalda, mirándola con aquella sonrisa maliciosa.

Le alargó la flor a Rugido.

—He cambiado de opinión —dijo—. Dásela de mi parte.

Rugido entrecerró los ojos, confundido.

—Creía que te gustaban las rosas. ¿Qué flor es esta?

—Una violeta.

* * *

Aria partió del recinto de Castaño días antes de lo que había planeado. No pensaba que fuera a echar tanto de menos a Rugido. Añoraba incluso la presencia de Tizón. No soportaba ocupar ella sola los mismos espacios que había recorrido con ellos, por lo que hizo el equipaje, se despidió de Castaño y emprendió su viaje.

Dos semanas después, se encontraba acurrucada junto a una hoguera, dando vueltas a un conejo que había ensartado en un espetón de madera. No veía más allá del resplandor de las llamas, pero sus oídos le indicaban que el bosque era seguro, habitado solo por animalillos que se movían en las inmediaciones.

Mientras escuchaba el chisporroteo de la carne y la grasa, se acordó de la noche en que vio el fuego real por primera vez. El miedo y la excitación que sintió al contemplarlo en Ag 6. Seguía viéndolo así. Tal vez más aún. Había visto cómo el éter incendiaba partes enteras del mundo. Había sido testigo de cómo el fuego convertía la piel de una mano ancha y poderosa en algo retorcido y lleno de cicatrices. Pero ahora también adoraba el fuego, y concluía todos sus días así, frotándose las manos frente a él, dejando que le devolviera el dulce dolor de sus recuerdos.

Entre todos los sonidos de la noche, Aria oyó unos pasos distantes, débiles, que sin embargo reconoció al instante.

Y al momento se internó en la noche, dejando que sus oídos la guiaran. Siguió el crujido de aquellos pasos sobre las piedras, sobre las ramas caídas, aquellos pasos que se acercaban cada vez más, que resonaban cada vez con más fuerza, hasta convertirse en un trote, en un galope. Ella escrutaba los sonidos, hasta que ya no oyó otra cosa que los latidos de su corazón, y después su aliento, y después su voz que, al oído, le decía, con voz ardiente, las palabras exactas que ella deseaba oír.

Agradecimientos

MUCHA gente me ha ayudado a crear este libro. Estoy profundamente agradecida a Barbara Lalicki por sus observaciones editoriales, apoyo incondicional y entusiasmo desbordante. Maria Gomez me dio más consejos editoriales. Andrew Harwell me ayudó con un millar de tareas entre bambalinas con eficiencia y una magnífica actitud. Sarah Hoy y su equipo diseñaron una portada que continúa asombrándome. Melinda Weigel estuvo atento a cada detalle de estas páginas.

A Josh Adams, cinturón negro para los negocios, gracias por hacer que todo fluyera tan tranquilamente. Creo que eres un campeón.

Mi más sincero agradecimiento a los editores y asesores editoriales que han puesto su confianza en *Bajo el cielo eterno*. Es un honor increíble ver mi novela aventurarse en el mundo. Por su apoyo, también me siento en deuda con Stephen Moore y Chris Gary.

Dos personas me ayudaron a dar forma a la novela de principio a fin. A Eric Elfman y Lorin Oberweger, mentores brillantes y queridos amigos, dedico mi más sentido agradecimiento. Gracias también a Lynn Hightower, cuyos mantras «Todo comienza con érase una vez» y «Cada escena necesita un corazón» he hecho míos.

Talia Vance, Katy Longshore y Donna Cooner convirtieron el solitario oficio de escribir en un deporte de equipo. Tengo mucha suerte de conocerlos. Bret Ballou, Jackie Garlick y Lia Keyes han pasado muchas horas conmigo bajo el cielo eterno. Gracias.

Amigos y familia, gracias por animarme a continuar durante todos estos años mientras perseguía un sueño. Sin vosotros no lo habría alcanzado. En particular, gracias a mis padres por ser los mejores modelos que una hija podía pedir. A mis chicos: tiro de la anilla de una granada de amor y la lanzo trazando un arco hacia vosotros.

Finalmente, a mi marido: entregarme a ti hace que la vida sea dulce.